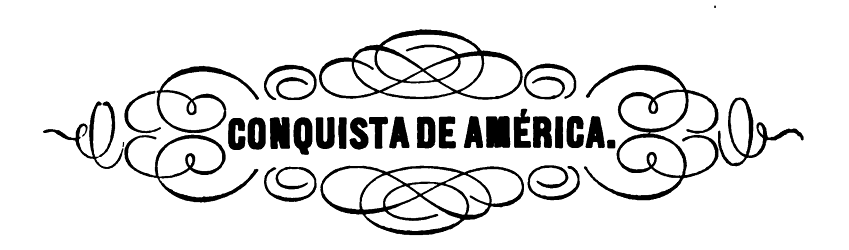
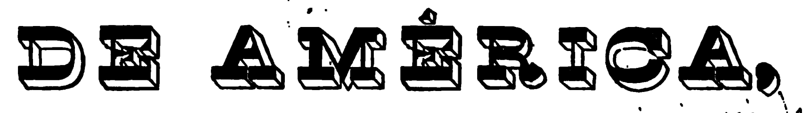

CONQUISTA DE AMÉRICA.

HISTORIA

DEL

DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA



ESCRITA EN ALEMAN

POR EL CÉLEBRE CAMPE,

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR DON FRANCISCO FERNANDEZ VILLABRILLE,

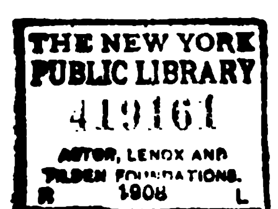
con una introduccion histórica y un apéndice que comprende una reseña del estado político y la division geográfica actual de los estados de América.

MADRID, 1845.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO,

DE D. FRANCISCO DE P. MELLADO.—*EDITOR.*

CALLE DEL SORDO, NÚMERO 11.


THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
419161
ASTOR, LENOX AND
TILDEN FOUNDATIONS.
R 1908 L

INTRODUCCION.

Si hay algun acontecimiento verdaderamente grandioso é importante en la historia de las naciones, este es, sin disputa, el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo. Tantos pueblos de tan diversa naturaleza, que surgen de improviso del medio del Occeano, adivinados por el genio de un hombre sublime, vienen á ofrecer á los asombrados moradores del antiguo continente, el espectáculo, tan nuevo como interesante, de sus costumbres y de las variadas producciones de su fecundo suelo. Los españoles, que amaestrados en largas luchas civiles y estrañas, y familiarizados con toda clase de peligros, eran los únicos á quienes las dificultades solo servian de estímulo para vencerlas, acuden presurosos á realizar la empresa concebida por el genio de Colon, como dotados del valor y perseverancia tan indispensables para llevarla á su debido término. Parece visible providencia del cielo, que el inmortal marino recurriese al fin á la España, como el único pais que pudiera tener la gloria de ejecutar su proyecto, en una época en que iba siendo la nacion mas culta y poderosa del globo, y cuando merecian una estraordinaria recompensa las memorables empresas de los Católicos reyes de Aragon y de Castilla.

Desde entonces se abren nuevos caminos al comercio y á la navegacion, se surcan nuevos mares, se descubren islas remotas y tierras no conocidas; la industria halla nuevas materias en que ejercitarse, las ciencias nuevos objetos con que enriquecerse: se dilata la esfera del humano saber, y salvando el abismo que separaba dos pueblos, se estrechan sus lazos de amistad y se facilita el trato y la cultura de sus habitantes.

La América, suelo vírgen todavía para la curiosidad europea, brindaba con el estudio de los usos y costumbres de sus habitantes, con la riqueza mineral contenida en las entrañas de su territorio, con la abundancia prodigiosa de utilísimas plantas que en él florecen, y con una multitud de objetos raros y preciosos, asi en las obras de la naturaleza como en los productos del arte. Aun hoy dia en que aquel suelo es tan conocido, en que á las primitivas conquistas han sucedido otras mas pacíficas y mas benéficas, todavía presenta la América una riqueza inagotable á los que se lanzan á recorrer sus fértiles campiñas y sus inmensas soledades por el interés de la humanidad y de la ciencia. Prueba de esta verdad son las repetidas espediciones científicas que los gobiernos, las corporaciones y aun los establecimientos particulares de la culta Europa han enviado y envian para esplorar aquellos remotos paises.

En la época del descubrimiento de América, aspiraban los españoles, y se hallaban capaces de ejecutarlo, á ensanchar los límites del universo conocido, buscando siempre nuevos peligros que arrostrar y nuevos enemigos que vencer. Ya no habia en España moros de que triunfar, ya tremolaba el sagrado estandarte de la Cruz en las Torres bermejas de Granada, y humillado el poder musulman en la península, era preciso un nuevo teatro en que pudiera ostentarse el espíritu belicoso de unos hombres amaestrados en aquella brillante y caballeresca conquista de Granada, émula de los tiempos y empresas de las Cruzadas. El espíritu conquistador habia cambiado entonces de forma, y los dos magnánimos pueblos de la península cruzaban im-

pávidos el Occeano: unos para esplorar los mas remotos confines del Africa y las Indias, y otros para llegar á ellos por diferente y mas cómodo camino, descubriendo al paso regiones desconocidas.

Era entonces el Nuevo Mundo un vasto campo en que podia ostentarse aquel valor español, incapaz de estar oculto ni ocioso, y que tan irresistible se muestra cuando tiende á conseguir gloria y fortuna. Los peligros y la gloria! He aquí los nobles objetos de la ambicion española, estimulada con el interés de unas riquezas que estaban á el alcance del hombre de menos nombradía. En aquella época, caracterizada por la pasion á los descubrimientos y arriesgadas empresas, el hombre mas insignificante y de mas humilde condicion se sentia capaz de realizar los mas atrevidos designios y estaba seguro de prosperar en el continente americano, con tal que supiera distinguirse por su constancia y valor.

El lauro de ser los primeros á descubrir nuevos hombres y nuevos paises, hacia olvidar á los conquistadores españoles el riesgo á que se esponian. La perspectiva de los brillantes frutos de su conquista les ocultaba unos peligros capaces de arredrar al hombre mas esforzado. Las estraordinarias fatigas de las prolongadas marchas, del calor y del frio, del hambre y de la sed, no eran suficientes á entibiar su entusiasmo, ni á impedir su proyecto de fijar el estandarte de Castilla en el mas remoto confin del continente americano, despues de haber borrado el NON PLUS ULTRA de las columnas de Hércules. Cuando en los blasones de España se sustituyó á la antigua inscripcion, el PLUS ULTRA de Cárlos I, ofreció este monarca en su persona y poderio un prodigio al mundo admirado. La historia no ofrece el ejemplo de otra nacion cuyo dominio haya igualado al de la España de Cárlos I, y con razon se dijo que el sol nunca dejaba de alumbrar el territorio español, ni el mar dejaba de bañar en todas partes sus costas, merced á esa série de gloriosos descubrimientos que vamos á referir.

Luego que el audaz genio de Colon reveló la existencia de un nuevo mundo, y asi que el triunfo de los españoles, que se lanzaron á seguirle, acreditó la veracidad de sus palabras, los descubrimientos se sucedieron con rapidez. El mismo Colon recorriendo una y mas veces el archipiélago de las Antillas, descubrió aquella multitud de islas en que pudieron fijarse los primeros pobladores. Desde entonces empezó tambien la série de las conquistas y arriesgadas espediciones de tantos españoles, que ansiosos de riquezas y de gloria, allí acudian, donde se presentaban mas penalidades que sufrir y mas peligros que vencer. El adelantado Diego de Velazquez, uno de los compañeros de Colon, se apodera de la isla de Cuba, siendo el poblador de esta rica Antilla, desde la que tantos campeones salieron á ilustrarse con hazañas y descubrimientos. Escitaban la ambicion de Velazquez las noticias que allí llegaban de las grandes riquezas del continente, descubierto por Colon, y en tanto que él preparaba espediciones que hiciesen su conquista, otros capitanes españoles se inmortalizaban con sus descubrimientos.

El animoso Juan Ponce de Leon, despues de haber conquistado á Puerto Rico, continuó sus esploraciones que dieron por brillante resultado el descubrimiento de la Florida. Ojeda y Nicuesa que se habian establecido en el Darien, estendieron sus incursiones por las cercanías del istmo de Panamá, viéndose sus empresas felizmente terminadas con el descubrimiento del mar del Sur, hecho por Vasco Nuñez de Balboa en 25 de septiembre de 1513. Este memorable descubrimiento resolvió la cuestion de si aquel vasto pais formaba un nuevo continente, ó era la estremidad oriental del Asia, como sospechó Colon; pero suscitó el deseo de hallar un estrecho ó comunicacion entre aquellos inmensos mares, el Atlántico y el del Sur, para llegar á la India mas pronta y facilmente que por el antiguo camino.

Francisco Fernandez de Córdova, enviado por Diego Velazquez, descubrió la península de Yucatan, donde recibió las heridas que ocasionaron su muerte, y poco despues, Juan de

Grijalva costeó las provincias de Tabasco y de Panuco, descubrió nuevas islas, vengó la muerte de Fernandez de Córdova y mostró el camino que habia de seguir el afortunado Hernan Cortés. Este prudente y valeroso caudillo, apoderándose del vasto territorio conocido con el nombre de Nueva España, parece que dejó afianzado el dominio español en aquellos paises, y ya en lo postrero de sus dias, cuando querian condenarle á una inaccion que tan mal se avenia con su genio y actividad infatigable, aun supo ilustrarse con el descubrimiento de la peninsula y golfo de la California: descubrimiento importante que por sí solo bastaria á engrandecer el nombre de Cortés, si fuera susceptible de aumento la gloria que ya tenia adquirida como conquistador de Méjico.

Ya por este tiempo la parte meridional de América era el teatro de nuevas conquistas y nuevos descubrimientos. Las naciones estrangeras, no podian ver con indiferencia el aumento de territorio, de riquezas y preponderancia que iba adquiriendo la España, y enviaban tambien sus espediciones para apoderarse de alguna parte de los nuevos dominios. Conocido, aunque tarde, el error de haber despreciado las ofertas de Colon, querian repararle en lo posible, y es por cierto muy chocante que las mismas naciones que tanto han declamado despues contra el modo que tuvieron los españoles de adquirir aquellas posesiones, no se avergonzáran entonces de concurrir á ver si podian adquirirlas del mismo modo, ni hayan tenido reparo en admitirlas ó heredarlas de quienes en su concepto las adquirieron ilegitimamente. Ninguno, sin embargo, entre todos los soberanos de Europa fué tan afortunado como el rey de Portugal, que debió á una casualidad el descubrimiento del rico Brasil, á cuyas costas fué llevado por la tormenta en 1500, Pedro Alvarez Cabral, que hacia descubrimientos en nombre de aquel soberano.

Al occidente de esta parte meridional de América se proseguian con no menos ardor los descubrimientos; aunque no sin fatigas y sangre derramada. Cuando Balboa esploraba las inme-

diaciones del istmo de Panamá, antes de su inmortal descubrimiento, el hijo de un cacique indio le dió á entender, que si el amor del oro le traia por aquellos paises, á seis soles, ó sean seis dias de camino de allí, hallaria un inmenso territorio, bañado por el mar, donde encontrarian el oro con tal abundancia, que empleaban sus naturales este codiciado metal para los usos mas despreciables. Esta fué la primera noticia que se tuvo del opulento imperio del Perú y de las fértiles comarcas de Cuzco y de Quito. Balboa murió desgraciado sin realizar su espedicion; pero Francisco Pizarro, uno de sus intrépidos compañeros, salió de Panamá y secundado por Diego de Almagro, descubrió muchas islas, costas y los principales paises de la parte meridional del continente americano. Almagro ya penetró en sus escursiones, hasta Chile, sin que de tan vasta comarca quedase sin descubrir mas que la parte reservada al valor de Valdivia y á ser celebrada por la musa heróica de Ercilla.

Por último, subsistia aun la misma necesidad y el mismo designio de hallar rumbo á las Indias por el Occidente; de hallar un estrecho al través del continente americano que facilitase aquel camino. Fernando de Magallanes, que aunque nacido en Oporto se hallaba al servicio de España, manifestó hasta que punto era posible satisfacer esta necesidad y este deseo, con el descubrimiento del estrecho á que puso su nombre en 21 de octubre de 1520. Esta misma espedicion es la felizmente terminada por Juan Sebastian de Elcano, simple piloto natural de Vizcaya y despues capitan de la nave Victoria, el cual en un tiempo en que la náutica se hallaba tan atrasada fué el primero que dió la vuelta al mundo.

Tal es el sucinto cuadro de la empresa mas maravillosa de la época: del descubrimiento y conquista de América. ¡Cuántas fatigas de las prolongadas marchas y navegaciones, cuantos rigores del calor y del frio, del hambre y de la sed, no tuvieron que soportar los hombres impávidos que descubrieron! ¡Qué de batallas campales y ataques sangrientos no tuvieron que sufrir los que á la

vez descubrieron y conquistaron! ¡Cuántas hazañas portentosas y rasgos de valor heróico se hallan comprendidos en ese vasto cuadro de la conquista del Nuevo Mundo, que oculto por tantos siglos á las demas naciones, el cielo reservó á nuestra patria!

Un asunto tan digno de admiracion y tan glorioso para la España, no podia menos de ser acogido con entusiasmo por los aventajados hijos de este pais, que repetidas veces le han consagrado su pluma. Para probar este aserto baste citar, entre otras muchas que omitimos como menos principales, la HISTORIA DE CRISTÓBAL COLON que escribió su hijo Don Hernando; las DÉCADAS que escribió en latin Pedro Martir de Angleria, y las apreciables memorias y noticias inéditas de Don Diego Deza, cura de los Palacios cerca de Sevilla. Tambien se conserva manuscrita la HISTORIA GENERAL DE INDIAS que entre otros trabajos importantes dejó escrita el respetable Fray Bartolomé de las Casas. Gonzalo Fernandez de Oviedo, escribió la HISTORIA NATURAL Y GENERAL DE LAS INDIAS, ISLAS Y TIERRA FIRME DEL MAR OCCEANO. El P. José de Acosta publicó en Sevilla en el año de 1590 su HISTORIA NATURAL Y MORAL DE LAS INDIAS. Francisco Lopez de Gomara se dedicó á escribir las memorables empresas de Hernan Cortés, de quien era capellan particular, y posteriormente Antonio de Herrera en sus DÉCADAS trató de abrazar la historia general de América, y sino pudo verificarlo, al menos fué bastante feliz en la parte que desempeñó. No menos curiosa es la historia de Nueva España de Bernal Diaz del Castillo, uno de los compañeros de Cortés; pero las hazañas de este valeroso capitan por ninguno han sido descritas tan dignamente, como por el sentencioso Don Antonio de Solis en su HISTORIA DE LA CONQUISTA DE MEJICO, obra que en nuestros dias se ha hecho mas interesante con las notas y continuacion de Don José de la Revilla. Los sucesos de la Florida han sido referidos por el Inca Garcilaso, y respecto á la historia del Perú, sus COMENTARIOS REALES DE LOS INCAS nada dejan que desear. Ultimamente el Sr. Don Martin Fernandez de Navarrete en su COLECCION DE LOS VIAGES Y DESCUBRIMIENTOS QUE HAN HECHO POR MAR

LOS ESPAÑOLES y en los inestimables documentos que la acompañan, ha prestado con datos auténticos nueva luz á la historia de América, y ha completado el catálogo de obras, que entre otras muchas pueden consultarse con fruto acerca de este pais.

Pero entre tantos historiadores españoles como se han ocupado de los asuntos de América, entre tantas plumas mas ó menos distinguidas que han descrito los acontecimientos parciales acaecidos en este vasto pais, no poseemos un trabajo completo acerca del descubrimiento y conquista: falta una historia en que se presenten eslabonados los hechos y que abrace todo el conjunto de circunstancias que contribuyeron á dejar afianzado el pabellon español en aquellos remotos paises. Notable es este vacío en nuestra literatura, y tanto mas, cuanto que la publicacion de una obra de esta clase, no serviria solo ásatisfacer la curiosidad, sino á vindicar el honor nacional que altamente la reclama. Es necesario ya desvanecer las calumnias con que afean la historia del descubrimiento y conquista de América los enemigos de la prosperidad española. Si es cierto que ha habido abusos, algunos de ellos difíciles de precaver bajo ningun sistema de gobierno, algunos tambien imitados en épocas mas avanzadas de civilizacion, por las mismas naciones que tanto los criticaron en los españoles, tambien es muy cierto que estos han hecho al Nuevo Mundo beneficios incalculables, y que merecia ser mejor conocido el sistema de gobierno con que aquellos pueblos florecieron bajo el régimen de la madre patria. Si esto se hubiera ejecutado hace ya tiempo y la verdad se hallase en su debido punto, tal vez se hubieran evitado las insurrecciones que últimamente estallaron en el suelo americano y no lamentariamos hoy esa barrera eterna que se levanta entre aquellos pueblos y la metrópoli que les dió existéncia política y les hizo avanzar en la carrera de la civilizacion.

No se concibe, pues, como en las épocas venturosas de nuestra patria, y en alguno de aquellos cortos periodos de administra-

cion recta y beneficiosa para el país, que tan grato hacen el recuerdo de algunos celosos é ilustrados ministros, no se ha pensado en remediar este inconveniente. Cómo no se ha elegido una persona, tan distinguida por su talento como por su laboriosidad, y se le han franqueado los archivos del gobierno, para formar la historia general del descubrimiento y conquista de América, cual corresponde á la importancia de este país en el mundo civilizado, y sobre todo á la relacion que tiene con la historia general de España, de la que viene á ser el mas interesante episodio! Solo el gobierno podia tomar bajo su proteccion un trabajo tan dilatado y costoso, y solo por este medio se le facilitaria al autor encargado de la obra, la entrada en los archivos del reino; cosa que hemos propuesto no sin intencion. En el estado á que han llegado las cosas, con las ideas erróneas que abrigan los estrangeros acerca de nuestro pais, nuestras costumbres y nuestros nombres, con los trascendentales perjuicios que sus atrevidas censuras nos han causado, ya no basta con bellos discursos y estudiadas razones, sino que es preciso apoyar unos y fundar otras en datos auténticos y documentos oficiales.

En tanto que alguna pluma feliz, digna de volver por nuestro honor, llena este vacio de la literatura española, dar á conocer en nuestro país la obra de Campe, adornada en la parte material con todo el lujo y elegancia de que es susceptible la tipografía moderna, parece una de aquellas empresas en que toda idea de especulacion desaparece ante el noble lauro de haber hecho algun bien á el pais, ofreciéndole una obra nueva hasta cierto punto, y tan importante por su argumento como por lo que de español tiene.

Los estrangeros á pesar de no hallarse principalmente interesados, no han sido por cierto los últimos á esplotar un campo que de derecho nos pertenecia. Merecen ser citados entre otros muchos, el abate Raynal que debió su celebridad á su HISTORIA FILOSÓFICA Y POLITICA DE LOS ESTABLECIMIENTOS Y DEL COMERCIO DE LOS EUROPEOS EN LAS DOS INDIAS, á pesar de la exageracion de sus

doctrinas que tanto alarmaron al parlamento de Paris en 1781. El sabio Roberston que ya se habia distinguido con sus historias de Escocia y de Cárlos V, puso el colmo á su reputacion de historiador, abrazando tambien el conjunto del descubrimiento y conquista en su HISTORIA DE AMÉRICA, y por último, la obra de Campe parece destinada en nuestros dias á gozar de una justa popularidad.

Joaquin Enrique Campe nació en Deusen, en el principado de Brunswick-Wolfembutel en el año de 1746. Sus padres que le destinaban al estado eclesiástico, le enviaron asi que recibió la primera educacion á la universidad de Halle, donde continuó el curso de sus estudios sérios, alternando con el de la amena literatura á la que siempre tuvo decidida aficion. Publicó algunas composiciones en los periódicos literarios de Alemania; aunque sin darse á conocer, ya porque no tuviese la mayor confianza en aquellos primeros ensayos, ya porque los considerase como impropios de las funciones que habia de ejercer. Campe se halló bien pronto en estado de enseñar lo que habia aprendido: en 1773 obtuvo la plaza de capellan de un regimiento prusiano de guarnicion en Postdam, y en virtud de una recomendacion del duque de Brunswick para el gran Federico; pero disgustado con permanecer al servicio de Prusia, aprovechó la primera ocasion de volver á su país que habia de ser el teatro digno de su talento. En 1776 fué nombrado director del colegio de Dessau, y un año despues fundó el establecimiento de Hamburgo, floreciente colegio que en breve no pudo contener el número de discipulos que solicitaban recibir las lecciones del sábio profesor. Campe para restablecer su salud, dejó este colegio cuando ya era citado como el modelo de todos los de Alemania, y se retiró á gozar de la vida sosegada del campo.

El duque de Brunswick, que era á un mismo tiempo el soberano y el justo apreciador del mérito de Campe, le nombró consejero de escuelas en todo el ducado, y canónigo de San Ciriaco, dignidades que le obligaron á dejar su retiro y empren-

der nuevas y útiles ocupaciones, á las que se agregó la de dirigir la libreria de educacion de Brunswick. Campe hizo un viage á Francia en 1789, mereciendo que la Asamblea nacional le confiriese los derechos y el título de ciudadano francés. Vuelto á su patria y muchos años despues, el colegio electoral de Westfalia, formado por Napoleon en favor de su hermano Gerónimo, le nombró individuo de los Estados del reino por el órden de los sábios. No era la política el terreno que Campe apetecia, por lo que logrando volver á la vida privada, se dedicó á la conclusion de sus obras, cuando le sorprendió la muerte el 22 de octubre de 1818.

Campe publicó muchas obras que han fijado su reputacion, y lo que es mas, han acreditado su superioridad en ese género especial de composicion que pone los arcanos de la ciencia á el alcance de los niños, y hace que la rigidez de los preceptos se suavice con la amenidad de las formas y el estilo. Tales fueron: LAS FACULTADES DE QUE ESTA DOTADA EL ALMA HUMANA, y la PSYCOLOGIA PARA LOS NIÑOS. Publicó el THEOPHRON ó EL GUIA DE LOS JOVENES, y su LIBRO DE MORAL PARA LA INFANCIA obtuvo en Hamburgo un éxito prodigioso. Ninguna empero de sus obras en este género puede compararse al ROBINSON CRUSOE, puesto en diálogos, obra conocida de todos los niños del mundo, pues se halla traducida hasta á el idioma turco, y que ha puesto el nombre de Campe entre los de los escritores que mas se han distinguido por sus trabajos en favor de la infancia. En el género político publicó Campe sus CARTAS ESCRITAS DESDE PARIS DURANTE LA REVOLUCION, y deseoso de restituir al idioma aleman su primitiva pureza, escribió el DICCIONARIO DE LAS PALABRAS QUE NO SON ALEMANAS. Por último, Campe se hizo tambien acreedor á la estimacion de los sábios y al recuerdo de la posteridad con su HISTORIA DEL DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE AMÉRICA.

Abraza esta obra los importantes sucesos del descubrimiento y de la conquista, cuanto es posible hacerlo en un cuadro de reducidas dimensiones. Consta la historia general de América de

tres grandes empresas á que pueden referirse las de menor importancia, de tres heróicas espediciones simbolizadas con los nombres de Colon, de Cortés y de Pizarro. Estos ilustres varones personificando cada uno sus empresas, que acaso sobrepujan á las mas celebradas de la antigüedad, como que reclaman tambien alguna distincion al referirlas: distincion que por otra parte la exige el mismo órden cronológico. Sin duda este es el motivo que ha inducido á Campe á dividir su obra en tres partes correspondientes á los nombres de aquellos tres héroes.

Vemos primeramente á Cristóbal Colon, luchando impávido con toda clase de obstáculos, antes de lanzarse á un mar desconocido, para dar un nuevo mundo á los ingratos gobiernos europeos, y despues de conseguido el triunfo, morir olvidado siendo desatendidos sus servicios, y sin haber dejado impuesto su nombre á la tierra que Dios habia prometido á sus desvelos. Esta primera parte que abraza los descubrimientos y los trabajos del célebre piloto, se halla tratada con alguna mas estension en la obra de Campe; lo que hasta cierto punto es una ventaja, pues de Colon es de quien menos documentos y noticias tenemos en castellano.

Aparece luego en la escena el valiente y afortunado Hernan Cortés. La sagacidad con que supo eludir las persecuciones de Velazquez, su impetuosidad en Tabasco, la destruccion de su armada en Veracruz, la prudencia y valor con que sujetó á los indomables tlascaltecas, su audaz entrada en Méjico, la prision de Motezuma, la derrota de Narvaez, la batalla de Otumba y la rendicion de Méjico, son otros tantos hechos tan estraordinarios, que á no estar confirmados por la historia parecerian fantásticas invenciones de novela. Estos hechos constituyen la segunda parte de la obra, hasta que Cortés termina su gloriosa carrera, olvidado de sus contemporáneos y víctima de la régia ingratitud.

Llega, en fin, Francisco Pizarro, y este aventurero de humilde origen, elevado de improviso á la cumbre del poder y hecho dueño del pais mas rico del universo; este hombre á quien

no pudieron dominar ni las fuerzas reunidas de los indios, ni los obstáculos que naturaleza opone algunas veces á los temerarios conatos de los hombres, sucumbe al fin, no á los enemigos de su religion y de su patria, sino á las desgracias de una guerra civil, encendida entre aquellos mismos españoles que llevaron su victorioso estandarte á tan remotas regiones, para dar á sus moradores el funesto espectáculo de enrojecer con su propia sangre los trofeos de sus victorias.

Los acontecimientos parciales y las noticias relativas á los demas conquistadores que no han logrado colocarse en primera línea, van oportunamente colocados en esta obra, guardando en lo posible el órden de los tiempos, y reducidos á sus tres principales partes para dar unidad á todo el conjunto.

Seguros ya de que esta obra vá á ocupar un lugar de preferencia en la biblioteca de todas las personas eruditas, nos lisongea tambien la idea de que contribuirá á popularizar en todas las clases de la sociedad el conocimiento de uno de los mas grandes sucesos de nuestra historia, sirviendo como de introduccion á la lectura de las que hay escritas sobre acontecimientos particulares de América, facilitando su comprension y ayudando á eslabonar los hechos y compararlos entre sí. Aun las personas que ni pueden ni deben dedicarse á estudios sérios, encontrarán en esta obra conocimientos de aquellos que á nadie está bien ignorar, presentados bajo una forma amena é interesante. No es solo una árida narracion de hechos históricos: el autor anima y hace hablar á los personages, y aun en los mismos hechos se nota aquel colorido poético que tanto embellece la narracion. Las producciones naturales y las curiosidades del pais se hallan tambien descritas, y la profusion de grabados que ilustran el testo, completa y abrevia la esplicacion, que reduce en algunos casos á una idea sensible.

La religion y las costumbres de los indígenas se hallan tambien bosquejadas; aunque en este último particular, si nuestro débil voto ha de servir en la materia, no hubieran estado demás

algunos detalles acerca del grado de civilizacion que alcanzaban los indios, y el estado en que se hallaba su pais cuando fué descubierto é invadido por los españoles. Cuestion es esta por largo tiempo debatida, que mas de una vez ha fijado la atencion de las corporaciones científicas, y que no se halla todavia suficientemente resuelta.

Presentaban entonces los diferentes pueblos de América, y particularmente los dos grandes imperios de Méjico y del Perú, una singular variedad en sus costumbres. Algunas de estas eran propias y tal vez las mismas de los paises que han llegado á la mas alta civilizacion, mientras que otras eran propias de los tiempos primitivos de la sociedad. Horrorizan por su barbárie algunas de estas costumbres, y el conjunto de todas ellas, incapaz de dar una idea exacta del estado moral de los americanos, ha hecho por la misma causa que se difundan acerca de ellos muchos errores.

Segun algunos, los indígenas del Nuevo Mundo constituian pueblos inocentes de apacibles y sencillas costumbres, y de una credulidad de que tan perfectamente supieron abusar los conquistadores: segun otros, la civilizacion y las costumbres de aquellos pueblos, se hallaban en el mismo estado que en las naciones europeas. Ambas opiniones nos parecen igualmente exageradas.

En cuanto á la pretendida candidez y pacífica índole de los indios, baste citar para desvanecerlas los actos feroces de crueldad que con ellos mismos cometian, y con los que tanto se ensañaron con los prisioneros españoles. En varios pasages de esta historia, y particularmente en la conspiracion de Cholula y en la defensa de Méjico, se vé que tampoco carecian de sagacidad y de aquel disimulo tan necesario para llevar á debida ejecucion un plan pérfidamente concebido. Tocante al estremo contrario, ó sea el de su avanzada civilizacion, daremos algunos pormenores, sin pretensiones de rivalizar ni de suplir defectos del autor, sino de aumentar la amenidad de la obra.

No parece que databan desde muy antiguo las monarquias que hallaron los españoles establecidas á su llegada al Nuevo Mundo. El gobierno de sus naturales fué por mucho tiempo benigno y patriarcal, y el poder residia mas ó menos limitado en los gefes ó cabezas de las tribus, á los que confundieron los españoles con el nombre genérico de caciques. En estos mismos gefes nació el deseo de aumentar su territorio, y ejecutándolo á costa de sus vecinos, destruyeron su independencia, y haciéndolos tributarios, como que ya se erigieron en soberanos y dominadores de aquellos paises. Pero todavia no tenia este sistema de gobierno aquel carácter despótico y cruel que adquirió despues, cuando algunos osados conquistadores estendieron prodigiosamente los límites de su dominio, y fundaron imperios y monarquías que dejaron vinculados á sus sucesores. Es verdad que la corona se reputaba como electiva, y que los grandes y poderosos tenian y usaban su derecho de eleccion; pero esta recaia siempre en un individuo de la familia del monarca difunto, prefiriendo entre todos al mas capaz. Ninguno entre estos déspotas de poder ilimitado se distinguió tanto, ni fué tan aborrecido de sus vasallos como el último emperador de Méjico, Motezuma, príncipe que tan débil é irresoluto se manifestó con los españoles; pero que tantas pruebas tenia dadas de valor y de talento.

El gobierno de los pueblos de América era por consiguiente monárquico, si se esceptúa el de los belicosos tlascaltecas, que en medio de la rudeza de sus costumbres ofrecian el egemplo de una república tan perfecta, como pudiera serlo la forma de gobierno que se conoce con este nombre en los paises civilizados de Europa.

Muchas ceremonias se verificaban cada vez que un nuevo soberano subia al trono de sus mayores; pero lo mas notable era la obligacion que tenia el nuevo soberano de salir á campaña y volver triunfante de los enemigos del imperio, sin cuyo requisito no se verificaba su coronacion. Cuando no habia enemigos declarados, era forzoso invadir alguna de las provincias limítrofes, y esto, ademas de ensanchar los límites del imperio, proporcionaba el

suficiente número de víctimas humanas que era necesario para los sacrificios.

El fausto de la casa real y la pompa que rodeaba el trono del monarca eran estraordinarios, como que en estas demostraciones esteriores, acompañadas de singular etiqueta, creian consistiese todo el prestigio de la soberanía. La ostentacion y magnificencia con que Motezuma y Atahualpa salieron á recibir á Cortés y Pizarro, pueden dar una idea del lucido acompañamiento, numerosos dependientes y guardadores de aquellos monarcas. Los emperadores tenian sus consejeros á quienes consultaban en los negocios árduos, y muchos funcionarios que recorriesen las provincias para recoger los tributos que tenian que aprontar los caciques subalternos, los que no podian ejecutarlo sino á costa de sus vasallos. Los tributos se pagaban en productos naturales de los diferentes paises, y tambien en obras de la industria de sus habitantes: los que eran tan pobres que nada absolutamente tenian que dar, contribuian con sus fuerzas físicas conduciendo aquellos tributos hasta el tesoro del emperador. Las embajadas de un pueblo á otro se verificaban con mucha magnificencia, y los embajadores disfrutaban un carácter sagrado é inviolable con tal que no se apartasen del camino que debian llevar. Habia mucha distincion de gerarquias en las diversas clases del estado: los nobles constituian una parte muy principal, y para conseguir, asi los títulos de nobleza como las dignidades que solian ser hereditarias, tenian que sujetarse los aspirantes á unas pruebas que acreditasen su virtud, su constancia y su valor. Estas pruebas eran mas largas y difíciles cuando se trataba de los supremos grados de la milicia ó de la primera dignidad del estado.

Las leyes eran pocas, pero muy severas. Las penas y castigos que despues tuvieron que adoptar los españoles, porque otros mas suaves no hubieran producido efecto, fueron tomados de las mismas costumbres, con fuerza de ley, establecidas entre los indios. La pena de muerte alcanzaba entre ellos á muchos delitos que merecen poco castigo en Europa, y los criminales eran abor-

cados, descuartizados ó quemados vivos, segun la gravedad de su culpa.

Esta ferocidad que caracterizaba particularmente á los mejicanos en sus guerras y en su legislacion, se notaba todavia mas en sus ceremonias religiosas. No hay cosa mas bárbara ni mas sanguinaria que estas ceremonias en las que la crueldad se hallaba, por decirlo asi, sistematizada en plazos fijos y egercida por una innumerable multitud de personas, entre sacerdotes, sacrificadores, adivinos, músicos ó cantores, guardas y otros ministros inferiores de los muchísimos adoratorios que habia en el imperio. En el Perú donde el culto no era sanguinario, ni se representaban las divinidades bajo formas espantosas, capaces solo de inspirar horror, todavia estaban admitidos muchos errores de aquellos que suponen grande atraso en las cualidades morales del hombre, y que mas entorpecen los progresos de su civilizacion. Cosa por cierto muy singular! Los habitantes del vasto imperio de Méjico, á quienes se concede la supremacia sobre todas las tribus enteramente salvages, eran al mismo tiempo los que en sus costumbres y en sus ceremonias religiosas daban pruebas de la mayor ferocidad.

Tal era el estado de la civilizacion de los indios, sin que sea necesario rebajarle y menos exagerarle, para realzar el mérito de la conquista: Todo cuanto se ha dicho por algunos autores, respecto de teatros públicos, colegios y otras instituciones propias de los paises civilizados, hay que leerlo con mucha desconfianza. Las celebradas pinturas de los mejicanos, mas que por su mérito artistico, lo han sido por la sorpresa que causaron á los españoles. El esplendor de las córtes de Méjico y del Perú, la grandeza de algunas ciudades y la perfeccion de algunos edificios, parece efectivamente que revelan un estado de cultura, incompatible con las bárbaras costumbres de los pueblos. Sabido es que muchos de estos, particularmente los que vivian errantes ó en islas apartadas, andaban continuamente á caza de carne humana para satisfacer sus feroces apetitos, y aun los que vivian sujetos al dominio de los grandes emperadores, no se libertaban

del tributo de víctimas que era forzoso sacrificar en las aras de los dioses. El despotismo inaudito de los soberanos era tal, que disponian de vidas y haciendas de sus vasallos que no osaban mirarlos à la cara. Los españoles sacaron á los indios de semejante estado de abyeccion, desterraron los horribles sacrificios de sangre humana con la introduccion del Evangelio, y en cambio del oro y de la plata, dieron á los americanos otras producciones útiles de que carecian. Diéronles tambien leyes sábias y justas en las que los indios siempre eran considerados como menores de edad.

Todos estos beneficios han sido desconocidos y olvidados, contribuyendo no poco à ello los estrangeros con sus violentas declamaciones. Bien conocidas son las equivocaciones en que incurren al hablar de nuestros asuntos, y lo desgraciados que son para trascribir con exactitud nuestros nombres propios; pero en la cuestion de América incurren ademas en defectos hijos del interés y de la mala fé. Aunque Campe no sea ciertamente à quien mas haya que tildar con este motivo, con todo, el esmero que hemos procurado poner en la traduccion, no nos ha dejado pasar sin enmienda algunas inesactitudes. Bajo este supuesto, nos hemos tomado la libertad de rectificar directamente el original, asi en la fecha de algunos sucesos, como en la ortografía de algunas palabras. Tambien hemos agregado notas al pasage que nos ha parecido obscuro ó que de precision las necesitaba, sin que por esto sea nuestro ánimo cargar con la responsabilidad de los sucesos que no vayan anotados, ni dar á entender que con las notas se ha completado enteramente la historia de América. Trabajo era este que nunca pudiera completarse por medio de notas, á las que poco aficionados, solo las hemos puesto donde eran casi de absoluta necesidad.

Por desgracia no han faltado borrones que empañen el brillo de nuestras conquistas; pero entre referir los hechos con la imparcialidad que requiere la gravedad histórica, y despojarlos de la animosidad con que los recarga la envidia estrangera, hay

un término medio que hemos procurado conciliar. Hacerlo asi, mas que obligacion era una gustosa tarea, para quien ya tiene dadas algunas pruebas de su interés por LAS GLORIAS DE ESPAÑA.

F. F. VILLABRILLE.





PRIMERA PARTE.

CRISTOBAL COLON.

I.

Nacimiento de Cristóbal Colon.—Su infancia.—Su educacion.—Sus estudios en la universidad de Pavia.—Primeras campañas.—Un abordage.—Colon en Lisboa.—Sus proyectos.—Su matrimonio.—Su permanencia en Madera.—El médico de Florencia.—Proposiciones de Colon á la república de Génova, á las córtes de Lisboa, Londres y España.—Ignorancia de sus jueces.—El superior de un convento español.—Nueva repulsa de la córte de España.—Consecuencias de la conquista de Granada.—Regreso triunfal de Colon.—Fírmase el tratado con el gobierno español.

Entre los hombres célebres que han figurado á su vez en la escena del mundo, y formado época en sus siglos por el ascendiente de su génio, hay uno que ha merecido por escelencia el renombre de grande. Su gloria durará tanto como el Universo, y la posteridad mas remota tributará á su memoria unánimes homenages, porque le debemos el descubrimiento mas importante con que el hombre pueda envanecerse: este hombre memorable es Cristóbal Colon, que adivinó y encontró un Nuevo Mundo.

Nació por los años de 1435, ó 1436, en las cercanías de Génova, y hasta la presente no se ha podido descubrir la fecha cierta y precisa de su nacimiento; las mas activas y minuciosas investigaciones no han podido resolver este problema. No era hijo de un marino, como ha pretendido la mayor parte de los historiadores, sino de un cardador de lana, no obstante, contaba en su familia muchos hombres de mar, y ya desde su infancia le divertian con narraciones de aventuras marítimas, que contribuyeron á determinar su vocacion á una carrera en que la gloria ofrece tan brillante compensacion á los trabajos y peligros.

Colon, todavia niño, anunciaba, dejaba presentir lo que debia ser algun dia: todos sus juegos, todas sus diversiones, tenian ya el carácter de un estudio grave, y revelaban el sério aprendizage de la vida de marino. Su padre, aunque pobre, apuró sus esfuerzos para cultivar las brillantes disposiciones del mayor de sus cuatro hijos. Colon á la edad de diez años, sabia leer, escribir, dibujar, y sus progresos en las matemáticas habian asombrado á sus maestros.

Le enviaron á la universidad de Pavía, donde estudió la gramática y el latin, que se consideraba entonces como la base de la educacion, y despues la geografía, astronomía, y navegacion; pero esta ciencia entonces tan limitada, no podia satisfacer al jóven estudiante, que sabiendo á poco tiempo cuanto los profesores de la universidad de Pavía podian enseñarle, dejó bien pronto los bancos del aula para volver á la casa paterna.

A los catorce años empezó á navegar en el golfo de Liguria; y un año despues se le vió mandar y dirigir una pequeña embarcacion con la que hizo muchas veces la travesía de Génova á Nápoles, y de Nápoles á Marsella. Tenia ya algunas de las cualidades del mando; la decision, la firmeza de carácter que fuerza á la obediencia, aquella penetracion y aquella presencia de espíritu tan necesarias al marino en su peligrosa carrera, y no tardó en dar pruebas de su valor. Despues de haber tomado parte en la espedicion que dirigió Juan de Anjou, duque de Calabria, para reconquistar el reino de Nápoles, mandó en 1474, muchos buques genoveses al servicio del rey de Francia Luis XI, durante la guerra que tuvo que sostener contra la España, cuyas tropas habian invadido el Rosellon.

Bien pronto la república de Génova, reclamó para su propia defensa los servicios de Cristóbal Colon. Habíase reanimado con nueva fuerza la antigua rivalidad entre esta república y la de Venecia, y el Mediterráneo era el teatro de encarnizados combates entre los navíos de las dos potencias rivales. En uno de estos frecuentes encuentros, en que se combatia por una y otra parte con igual encarnizamiento, el buque en que Colon servia á las órdenes de uno de sus parientes, fué atacado por otro veneciano de superiores fuerzas. Despues de cerca de dos horas de combate, llegaron á el abordage, y en aquel crítico momento el fuego estalló á bordo de los dos buques. El incendio se estiende con violencia, y obliga á suspender los ataques de los combatientes, para que piensen en los medios de escapar de la muerte que les amenaza sobre sus embarcaciones medio consumidas. Se precipitan en las chalupas;



pero estas no pueden dar cabida á todos los infelices que en ellas buscan su refugio, y la mayor parte perece entre las olas. En medio de aquel espantoso desastre, en medio de los gritos de los moribundos, un jóven conserva su sangre fria, y sereno mientras que sus compañeros de armas, aturdidos á vista del doble peligro, corren á su perdicion atestando las chalupas á las que hacen zozobrar, él se queda el último sobre el puente de su embarcacion Esperando el momento. mas favorable para abandonarla, salta de improviso á el agua, y como esperimentado nadador lucha contra las olas, se apodera del primer fragmento de navío que encuentra, y ayudándose con él, para no ser sumergido, se dirige hácia la costa de que le separaban dos leguas largas. La costa era la de Portugal y el atrevido y afortunado navegante era Colon. Escapado como por milagro, de este horrible naufragio que habia costado la vida á todos sus compañeros, sobreviviendo el único á aquel gran desastre de los dos navíos, se hincó de rodillas para dar gracias á la Providencia que le habia salvado, y despues de algunos dias de descanso se encaminó á Lisboa.

No hay mal que por bien no venga: Colon debió á la catástrofe que le arrojó á las costas de Portugal, la gloria de que se cubrió en lo sucesivo.

En aquella época los portugueses eran los mas hábiles y audaces marinos del Universo. Aventurándose en el Occeano Atlántico, que era entonces casi desconocido á las demas naciones, habian hallado el premio de su valor é intrepidez en el descubrimiento de dos islas importantes, situadas en las inmediaciones de Africa, y á las que llamaron Porto-Santo y Madera. Animándose con este brillante resultado, concibieron el proyecto y la esperanza de descubrir un paso para llegar hasta la India.

Cuando se consulta la geografía de los antiguos, se vé que no conocian mas que el Norte de Africa y una corta parte de la Etiopia, (1)

(1) Plinio, sin embargo, dice, que ya en tiempo de Alejandro se habia dado vuelta á el Africa, y que se habian encontrado en el mar de Arabia reliquias de naves españolas. Cornelio Nepote tambien hace una indicacion sobre este particular.—En cuanto á las escursiones en el grande Occeano, ya las hacian los españoles desde el tiempo de los fenicios. Un piloto de Cádiz viéndose perseguido por una nave de aquellos, la atrajo á unos escollos, donde perecieron los dos buques sin descubrir el secreto del viage.

(*Nota del traductor.*)

é ignoraban si la tierra se estendia hasta el polo Norte ó si terminaba en alguna parte hácia el lado del Mediodia.

Colon ya estaba precedido en Lisboa por su reputacion: ya se habia oido hablar de sus talentos, de su valor, y los mas hábiles marinos le acogieron con las demostraciones de la mas sincera estimacion de sus conocimientos. Admitido en su intimidad, bien pronto los tuvo á todos por amigos, y en los frecueutes coloquios que tenia con ellos, la conversacion giraba siempre sobre las empresas de los portugueses y sobre el plan de que pensaban valerse para descubrir un camino que les condujese á la India por el Atlántico. Los venecianos eran entonces el único pueblo que comerciaba con

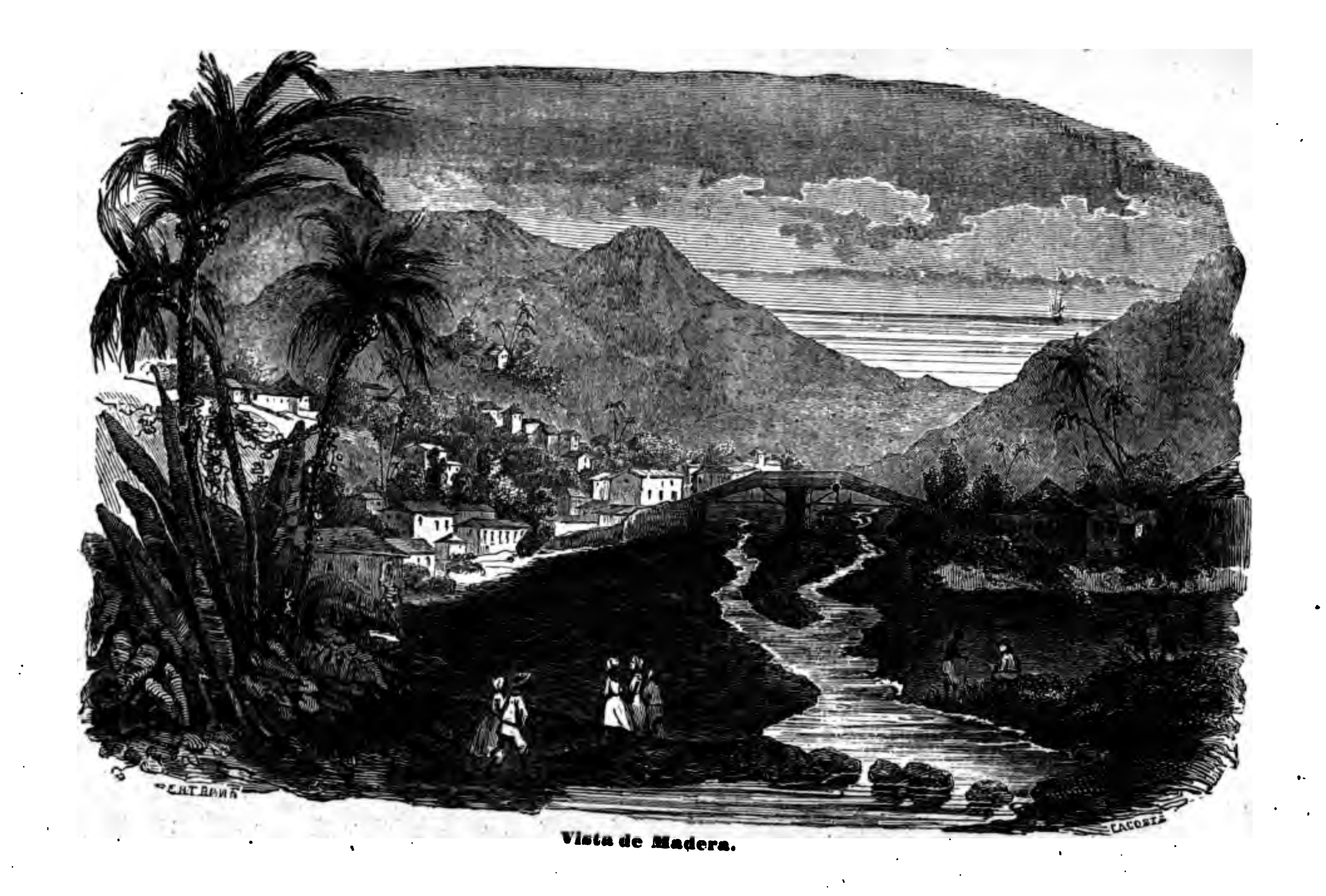


la India, y debian á este privilegio esclusivo la mayor parte de sus riquezas y su poder. Recibian los productos indios por el mar Rojo, que debe su nombre al color de la arena que contiene, y por el Mediterráneo; pero estos dos mares no comunicando entre sí, hallándose separados por un istmo muy ancho, era preciso que las mercaderías al llegar á este istmo, fuesen desembarcadas para

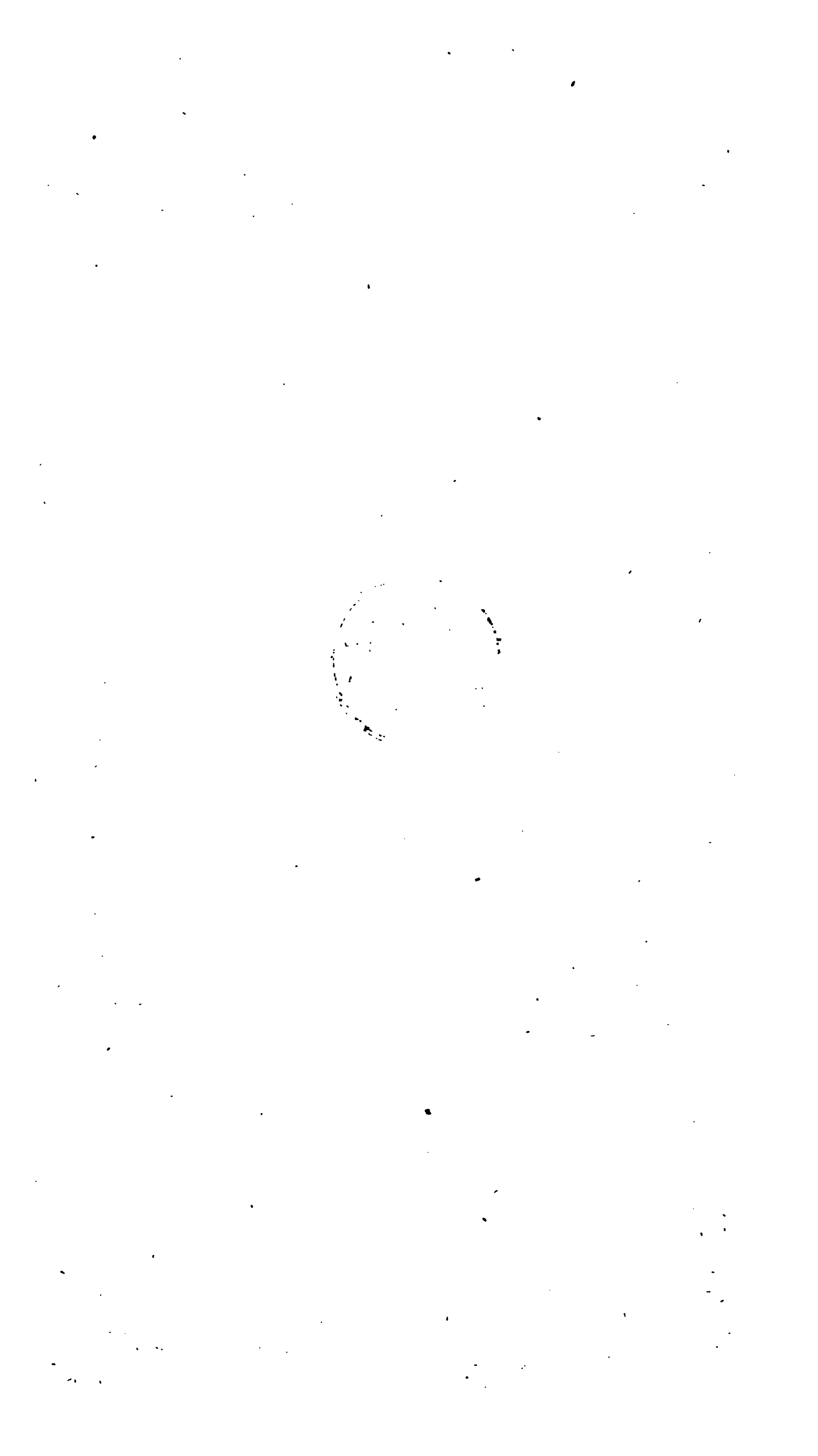
ra llevarlas á Alejandría de Egipto en camellos ó por los canales, y desde allí las hacian ir á Venecia por el Mediterráneo. Se concibe fácilmente qué trastorno y al mismo tiempo qué perjuicio causaban al comercio de la India esta necesidad de cargar y descargar las mercaderías, y estos trasportes por tierra desde el mar Rojo hasta la ciudad de Alejandría: asi se esplica la preocupacion constante de los espíritus y la importancia que se daba al descubrimiento de un camino que hiciese las comunicaciones menos lentas y menos dispendiosas.

Otra circunstancia favoreció tambien los proyectos de Colon. Se casó con la hija de uno de los capitanes con quienes habia adquirido relaciones en Lisboa: precisamente con el que habia descubierto las islas de Porto-Santo y Madera, y asi pudo consultar á su placer los diarios y los mapas de aquel hábil navegante. Estos documentos tan preciosos para él, eran el objeto de sus estudios y sus meditaciones, ni de noche ni de dia se le caian de la mano, comparándolos con las nociones transmitidas por otros navegantes, con sus relaciones, y las diversas hipótesis de la ciencia. Adquiria en este asíduo trabajo nuevo ardor, nueva energía para la realizacion de los proyectos que tenia en la mente, é inflamado con el deseo de seguir las huellas de navegantes célebres ya por sus dichosas esploraciones, quiso visitar por sí mismo las islas nuevamente descubiertas. Se embarcó para Madera, donde permaneció algunos años y aumentó sus medianos haberes, frecuentando sucesivamente las Azores y las Canarias en sus especulaciones comerciales.

Estas especulaciones y estas correrias no podian distraerle del objeto que se habia propuesto, ni hacerle perder de vista el principal asunto de sus reflexiones. «¿No hay, se preguntaba muchas veces á sí mismo, otro camino para ir á la India menos largo que el que buscan los portugueses al rededor del Africa? Si partiendo de Europa se caminase via recta al Oeste al través del Occeano Atlántico ¿no se llegaria á una tierra que fuese la India ó por lo menos confinase con ella? Si la tierra es redonda, como yo creo, es de presumir que el otro emisferio ha sido criado por Dios para otros hombres y otras criaturas. No, yo no puedo creer que el mar cubra enteramente con sus olas este emisferio; mi razon rechaza esta idea; estoy convencido, por el contrario, de que la In-



Vista de Madera.



dia es mucho mas vasta de lo que se piensa, y probablemente se estiende muy lejos al Este de Europa. Que una embarcacion guie constantemente al Oeste y llegará á la India.»

Otros indicios y observaciones le confirmaron en la opinion de que debian existir tierras al otro lado de nuestro globo. El capitan de un navio portugués que habia avanzado hácia el Oeste en el mar Atlántico, habia recogido un pedazo de madera artísticamente trabajado é impelido por los vientos de Oeste. El cuñado de Colon le habia asegurado, que en uno de sus viages, con rumbo desde Madera hácia el Oeste, habia encontrado otro pedazo de madera cuyas labores se parecian á las del precedente, y otros varios se habian encontrado en diversas épocas en las costas de las islas Azores, situadas en el Occeano Atlántico, entre Europa y América, y á las que se llama tambien islas de los Gavilanes. De tiempo en tiempo, árboles de especie aun desconocida y empujados por los mismos vientos, habian sido arrojados á las costas Occidentales de estas islas, y por último en ellas mismas se habian encontrado los cadáveres de dos hombres cuyo rostro no se parecia de modo ninguno al de los habitantes de Europa, Asia y Africa, lo que habia dado motivo á conjeturas muy contradictorias.

Estos datos y estas observaciones fortalecian la conviccion del navegante genovés, que habia decidido la cuestion á favor de su idea fija, mientras que los sabios titubeaban: no obstante, creyó que debia consultar todavía á los hombres que en aquella época gozaban la doble autoridad del saber y la esperiencia: aquel cuyas luces y reputacion inspiraban mas confianza á Colon, se llamaba Paulo y era médico en Florencia.

Este sabio acogió á Colon afectuosamente, y despues de haber escuchado su razonamiento, que le pareció muy juicioso, le comunicó sus propias observaciones y sus hipótesis, que se conformaban con las de Colon, animándole con ahinco á persistir en su resolucion de llevar cuanto antes á cabo un proyecto, cuyos buenos resultados le presajiaba.

Animado con estas palabras, Colon no titubeó en acometer una empresa cuyo plan, sometido al exámen de un juez tan competente habia merecido su honrosa aprobacion; pero una nueva dificultad detenia á el navegante. ¿Podia él con sus escasos recursos subvenir

á los gastos de un armamento considerable? ¿Podia él, á su costa, armar los buques necesarios para tan largo viage? Colon no desesperando de vencer este obstáculo, conoció bien pronto que semejante espedicion escedia á los medios pecuniarios de un simple particular y que debia interesar en el resultado de su empresa á uno de los monarcas de Europa.

Primeramente se acordó de su patria, para que gozase el fruto de sus descubrimientos, asociándola á la gloria que él se prometia: se dirigió pues al senado de Génova, presentóle sus planes y solicitó los socorros que le eran necesarios para su ejecucion; pero el senado no vió en Colon mas que un aventurero, y respondió á sus proposiciones con una insultante negativa.

Colon lejos de desanimarse, se dirigió á la córte de Portugal, donde tenia mas probabilidades de alcanzar su pretension, puesto que el gobierno portugués se habia ya ilustrado con atrevidas espediciones. En Lisboa prestaron la mayor atencion á sus ideas y sus proyectos; pero esta benevolencia ocultaba un lazo tendido á la buena fé del navegante. Aparentaban acogerle con entusiasmo, para abusar de sus revelaciones, ganarle por la mano en su esploracion marítima y arrebatarle el honor de ella. Esto era una traicion infame, y el gobierno que se hizo culpable de ella ha merecido el baldon de la historia.

Apesar de todo, la traicion fué inútil á este gobierno desleal. Se habia dado prisa á armar un navio, poniéndole á las órdenes de un capitan encargado de ejecutar el proyecto de Colon; pero este capitan carecia de la conviccion tan indispensable para llevar á cabo las grandes empresas. Navegó algun tiempo hácia el Oeste; pero se cansó bien pronto de una correria sin resultados, y volvió á Lisboa, donde su desaliento y sus quejas suscitaron algunas dudas acerca de la exactitud de los cálculos de Colon. En cuanto á este, indignado de la perfidia del gobierno portugués, salió precipitadamente de Lisboa y se puso en camino para España; pero temiendo que todavia se malograsen sus pasos, envió á su hermano Bartolomé á Inglaterra para solicitar socorros.

Ocupaba entonces el trono español, Fernando llamado el *Católico*, príncipe á quien su circunspecta política y su carácter indeciso retraian de las empresas aventuradas. Se hallaba por otra parte empe-

ñado en una guerra contra el último rey de los moros en Andalucia, que tenia su residencia en la ciudad de Granada. Las circunstancias por consiguiente eran poco favorables á Colon, que no podia prometerse grande acogida á sus proyectos; no obstante, Fernando y la reina Isabel su esposa, le recibieron con distincion, le escucharon atentamente y dieron muestras de haberle comprendido; pero eran tan atrevidas las pretensiones de Colon, que el monarca no se atrevió á acceder á ellas sin someterlas al exámen de hombres que pasaban por muy instruidos. Estos hombres cuyos conocimientos eran muy limitados, solo dieron á Colon las pruebas mas patentes de su crasa ignorancia, haciéndole las objecciones mas estrañas y absurdas; segun algunos, el mar quc se estiende entre la Europa y la India era tan vasto que se necesitaban por lo menos tres años de la mas feliz navegacion para llegar á el continente mas inmediato: otros pretendian que siendo la tierra redonda, era imposible que no se bajase constantemente, haciéndose á la vela hácia el Oeste, y que si se quisiese retroceder, seria preciso subir, lo que no podria hacerse aun cuando el viento fuese favorable, y hasta habia algunos entre aquellos jueces, que trataban de poner en ridículo á Colon preguntándole en tono de burla ¿si acaso creia ser mas instruido que los millares de sabios que habian vivido antes que él, y si era probable que admitiendo la existencia de tierras al otro lado de nuestro globo, hubieran podido permanecer ignoradas por tan larga sucesion de siglos?

No desanimó á Colon la necedad y orgullo de tales jueces; lejos de eso, no dejó traslucir su despecho y su cólera contra sus objecciones, que como se ha visto, tenian á veces visos de insultantes: llevó su reserva y moderacion hasta el punto de discutirlas. ¿Quién lo creeria, si el testimonio irrefragable de la historia, no probase la infatigable perseverancia de Colon? Pasó cinco años en estas interminables discusiones, y en el momento en que esperaba al fin lograr el objeto de sus desvelos, supo que habian dado al rey un informe desfavorable, y la córte de España le declaró que mientras durase la guerra contra los moros, no podia ocuparse en empresas de esta especie.

Este era un pretesto que no se ocultó á Colon; pero contuvo su indignacion y no acordándose de sus cinco años perdidos en tan penosa espectativa, tanteó el interesar en la ejecucion de sus proyectos

á dos grandes de España, que eran bastante ricos para costear los gastos de una pequeña espedicion; pero como estos señores no tenian confianza ni resolucion suficientes para satisfacer á la demanda de Colon, sufrió nueva negativa.

Tantos desengaños, contrariedades y repulsas, hubieran determinado á otro que no fuese Colon á renunciar á sus proyectos; mas si hubiera desesperado de su ejecucion, no hubiera sido un grande hombre. Las grandes almas y los caracteres de buen temple adquieren nueva energía en la lucha que les pone á prueba. Qué importan los obstáculos y las dificultades, que el ódio, la ignorancia y la envidia siembran en su camino? Fija la vista en su glorioso fin y en la posteridad que es su único juez, marchan adelante, sin inquietarse por la indiferencia y la ingratitud de sus contemporáneos, dél porvenir es de quien esperan justicia y esta nunca la esperan en vano. Tal fué Colon, debió su gloria á su firmeza inalterable.

Entretanto nuevas pesadumbres domésticas aumentaban las tribulaciones de su permanencia en España. El silencio guardado por su hermano Bartolomé, desde su partida á Inglaterra, decidió á Colon á pasar á esta isla. Ignoraba entonces que Bartolomé habia sido apresado en su travesia por unos piratas, y que consiguiendo romper sus cadenas, habia llegado por fin á Inglaterra, pero en tal estado de miseria que á fin de procurarse los medios de comprar un trage decente, para presentarse en la córte, se habia visto obligado á dibujar y vender mapas.

Colon tenia un hijo llamado Diego, al que amaba mucho, por lo que antes de salir de España, quiso verle, y se presentó en el convento donde era educado (1). El superior de esta casa religiosa, el padre Perez, era un hombre muy sabio, que hizo buena acogida á Colon, escuchando con interes la esposicion de sus planes y la narracion de las contrariedades que ya habia esperimentado. El buen religioso comprendió al instante la grandeza y utilidad de la empresa concebida por el genio de Colon, y confiado en su cré-

(1) Este convento era el de la Ravida, de religiosos franciscos, no lejos de el puerto de Palos. El superior ó guardian se llamaba el P. Juan Perez Marchena, hombre muy instruido, y entusiasta por las glorias de su patria.

(*Nota del traductor.*)



dito con la reina Isabel, suplicó á su huésped que retardase su partida á Inglaterra, hasta que la reina respondiese á la carta que iba á escribirle.

Esta carta en que el padre Perez hacia las representaciones mas enérgicas á Isabel, hizo la mas profunda impresion en el ánimo de esta princesa. Llamado inmediatamente á la córte, Colon fué recibido con bondad por la reina, y ya los amigos del navegante le felicitaban por su inesperado triunfo, cuando la indecision de Fernando dejó aun fallidas sus esperanzas. Sometió este príncipe de nuevo los planes del genovés, á los mismos hombres á quienes ya habia consultado sobre el particular, y su respuesta fué un nuevo decreto de condenacion, fulminado contra el que ellos llamaban el aventurero italiano. Fernando no quiso desde entonces oir hablar mas de la empresa de Colon, y hasta su protectora la reina Isabel, mandó que se cortasen con él las negociaciones.

Hele aqui espuesto de nuevo á los desdenes y sarcasmos de los

cortesanos, porque nunca faltan al rededor de los príncipes hombres perversos que miran como cosa de juego la calumnia, y que arrastrándose á los pies de sus amos, procuran escitarles una sonrisa aprobadora, escarneciendo al hombre de mérito que ha incurrido en su desgracia. Los envidiosos que tenian ya tal vez el presentimiento del brillante destino reservado á Colon, no le guardaron consideraciones. Parece que este, agoviado de disgustos y aun ultrages, debiera sucumbir bajo el peso de la adversidad; pero su alma era mas fuerte que ella: se dispuso á hacer la última tentativa con el rey de Inglaterra, ofreciéndole una parte del mundo desdeñada por tres potencias.

La noticia de la conquista de Granada por los españoles sorprendió á Colon en medio de sus preparativos de partida. Esta victoria de Fernando y de Isabel habia destruido el imperio de los moros en España, y un acontecimiento tan dichoso, pareció á dos amigos de Colon la ocasion mas propicia para recordar á la reina los proyectos del navegante genovés. Aquellos dos hombres se fundaban en que la prosperidad prepara el corazon humano á los nobles pensamientos y le anima á la ejecucion de empresas grandiosas. Quintanilla y Santo Angelo se espresaron con tanto calor y entusiasmo acerca de los proyectos de Colon, y defendieron tan bien su causa, que la reina y su esposo no opusieron mas resistencia. Un mensagero fué enviado para alcanzar á Colon, que ya habia partido, y su regreso fué un triunfo. Esperado con impaciencia por Fernando y su esposa, les presentó las condiciones de la espedicion que iba á intentar: fueron inmediatamente aceptadas, y Colon se preparó á la ejecucion de su empresa.

En fin, ya tiene en sus manos el acta, ó mas bien el tratado revestido de las firmas de Fernando y de Isabel. Este tratado le confiere el vireinato de todas las comarcas que pueda descubrir, garantizando para siempre la trasmision de esta dignidad á sus descendientes: ademas le asegura, tanto á él como á toda su posteridad, un décimo del producto anual de las tierras descubiertas.

II.

Singular cláusula del tratado.—Preparativos de la espedicion en el puerto de Palos.—Alonso Pinzon.—Gastos del armamento.—Composicion de la escuadra.—Efectivo.—El 3 de agosto de 1492.—Partida.—El timon roto.—Terrores supersticiosos de los compañeros de Colon.—El almirante los tranquiliza.—Llegada á las islas Canarias.—6 de setiembre de 1492.—Escenas de desesperacion.—Declinacion de la brújula.—Los vientos alisios.—Sintomas de desaliento.—Esplicacion del almirante.—Una rebelion á bordo.—Valor y serenidad de Colon.—Amenazas de muerte.—Convenio entre Colon y sus compañeros.— Tierra! tierra!—El *Te-deum*.—Arrepentimiento y perdon.

Isabel en calidad de reina de Castilla, quiso encargarse sola de los gastos de la espedicion (1); aunque estipulando, que únicamente sus súbditos castellanos podrian establecerse en los paises descubiertos, y que los estrangeros no tendrian derecho mas que á una permanencia muy limitada. Mientras vivió aquella princesa tuvo buen cuidado del estricto cumplimiento de esta cláusula, á la que tuvieron que someterse hasta los mismos súbditos de su esposo Fernando, y si hubo escepciones, fueron muy raras.

La córte dió órdenes para el pronto armamento de la espedicion; pero Colon tuvo que luchar todavia con largos retardos y dificultades de mas de un género. Le era preciso ante todas cosas desvanecer los terrores de los hombres que habian de tomar parte en la espedicion, cuyo objeto, tan vago y remoto, asustaba aun á los marinos mas es-

(1) Para esto empeñó sus mismas joyas á Luis de Santo Angel, escribano de raciones, el que aprontó sobre las alhajas mas de 16000 ducados.

(*Nota del traductor.*)

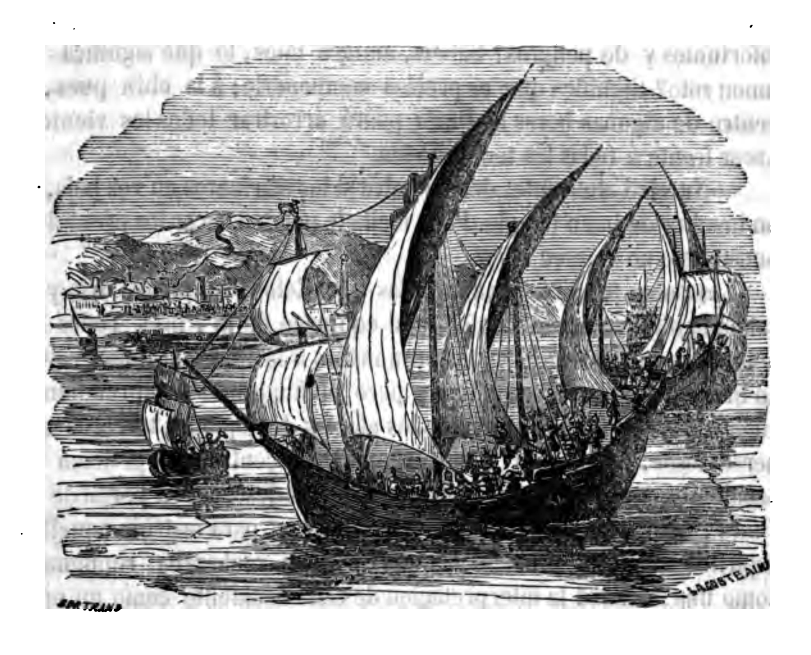
perimentados. En fin, tres buques fueron equipados en el puerto de Palos, pequeña poblacion marítima de Andalucia. Tal vez Colon no hubiera podido vencer los obstáculos que se oponian á su partida, sin la actividad y los esfuerzos personales de Martin Alonso Pinzon, hábil y rico navegante de Palos, que lo mismo que su hermano, (1) se habia asociado á la suerte de Colon. Estos dos hermanos con sus exhortaciones determinaron á un cierto número de vecinos de Palos á que les acompañasen. Martin adelantó ademas á Colon una suma considerable, para completar los gastos del armamento de la espedicion, pues pronto echó de ver, que los socorros pedidos al gobierno español no bastaban para costearla. Por otra parte, sino hubiera economizado asi sus pedidos, tal vez la córte de España hubiera temido demasiados gastos y entorpecido de nuevo al navegante. Colon se condujo con tal prudencia que todos los gastos del armamento, no pasaron de veinte y cuatro mil rixdalers, que representan cerca de trescientos sesenta mil reales de España; suma que aun pareció escesiva á la córte, por lo que Colon para que no se renunciase á la empresa, se comprometió á aprontar la octava parte de los gastos, bajo la condicion de ser indemnizado con un octavo del producto del viage.

Colon habia pedido tres buques pequeños: de los que le dieron, dos eran embarcaciones ligeras; unas especies de carabelas ó grandes barcas, como las que se han empleado despues para hacer el cabotage en las costas ó á la entrada de los rios. Estas embarcaciones no tenian puentes y únicamente su popa y su proa estaban muy elevadas. Por lo demas Colon habia juzgado que la pequeñez de estos navios era una ventaja para él, pues le facilitaria durante el viage la navegacion cerca de las costas, ó la entrada en las bahias y rios poco profundos. Asi, cuando en su tercer viage costeó los bordes del golfo de Paria, se quejó del grandor de su embarcacion; á pesar de que esta que hacia de navio almirante, no alcanzaba el porte de cien toneladas: se llamaba *la Santa Maria*, la segunda *la Pinta* y la tercera *la Niña*. El equipage de esta reducida escuadra, provista de víveres para un año, presentaba un efectivo de cerca de noventa hombres.

(1) Habia ademas otro hermano llamado Francisco Martin, el mas jóven de los Pinzones que fué de piloto en la carabela *Pinta*.

(*Nota del traductor.*)

Ya todos los preparativos están terminados, y las embarcaciones están en la rada de Palos. Colon implora á la providencia, invocando las bendiciones del cielo para su empresa, y despues de haber cumplido este religioso deber, dá la señal de la partida Se hizo á la vela el 3 de agosto de 1492, alejándose entre estrepitosas aclamaciones de una inmensa muchedumbre que le sigue con la vista y le acompaña con sus esperanzas.



Fiel á su plan, Colon se dirigió hácia las Canarias. Al otro dia de su partida, un accidente de poca importancia pudiera haber comprometido el resultado de la empresa, si él hubiera participado de la pusilanimidad supersticiosa de sus compañeros. Rompióse el timon de *la Pinta*, y aun se creyó que esto sucediese por cálculo del piloto, que asustado con los riesgos de la empresa, esperaba obligar á Colon que diese la vuelta á las costas de España. En efecto, á vista del timon roto, el equipage de *la Pinta* lanzó un grito de desesperacion, y viendo en este accidente el mas funesto presagio, rodeó á Colon diciéndole:

—Somos perdidos, sino retrocedemos al instante: A España! A España!

—Qué motivo os obliga, les preguntó Colon, á espresaros asi? Compañeros, qué se ha hecho vuestro valor?

—Y qué! contestaban, el cielo no ha cuidado de advertirnos la suerte que nos espera y las desgracias que nos amenazan, si queremos continuar un viage de tan peligrosa temeridad!

—Cómo! replicó Colon, un accidente tan comun en el mar puede ser considerado como un aviso de Dios, como un pronóstico de infortunios y de peligros? Sabeis, amigos mios, lo que significa un timon roto? Significa que es preciso componerle; á la obra pues, y dentro de algunas horas *la Pinta* podrá arrostrar todos los viento y hacer frente á todas las tempestades.

—Nuestro almirante, decian entre sí los marineros en voz baja, es un hombre de buen temple. Poca mella le pueden hacer los presagios, puesto que no cree en ellos.

Las pocas palabras pronunciadas por Colon, su sangre fria y su calma habian vuelto la confianza al equipage de *la Pinta*. Todos los hombres que le componian pusieron manos á la obra y el timon volvió en breve á su estado primitivo; pero el almirante comprendiendo cuan importante le era prevenir los efectos de aquellos terrores supersticiosos, y preparar á sus compañeros contra la repeticion de accidentes como el que habia intro ducido el desórden á bordo de *la Pinta*, hizo todos sus esfuerzos para ilustrar, para instruir aquellos espíritus crédulos probándoles que la razon rechazaba, repugnaba como una necedad la interpretacion de cada accidente como un presagio del porvenir.

—Ocultando á los ojos del hombre su destino futuro, decia él, Dios le ha dado una prueba palpable de su bondad y su sabiduria. Es por consiguiente una locura la pretension de leer el porvenir en ciertos signos, y atribuirles una influencia que nunca pueden tener. El hombre sabio y sinceramente piadoso no se inquieta mas que por el exacto cumplimiento de sus deberes: espera con serenidad y resignacion los decretos de la providencia; mas nunca intenta prejuzgarlos. Asi pues, camaradas, que no se vuelva mas á dar entrada á esos vanos terrores, á esos presentimientos siniestros, hijos de la credulidad y del miedo. Españoles, acordáos de que vuestra patria os ha

confiado una grande empresa, mostráos dignos de llevarla á cabo.

Los compañeros de Colon, sosegados con estas exhortaciones, continuaron su camino y llegaron á las islas Canarias, donde anclaron. Despues de algunas composturas que exigia el estado de los buques, la escuadra se lanzó el 6 de setiembre á el vasto mar Occidental, donde ningun navio se habia atrevido hasta entonces á desplegar sus velas.

La escuadra sorprendida por una calma, andubo poco el primer dia; el segundo, ó el tercero segun otros historiadores, perdió de vista las Canarias, y entonces los compañeros de Colon volvieron á su abatimiento. Parecia que solo entonces apreciaban el motivo de su viage y espantados de la audacia de su empresa, manifestaban su disgusto y su temor con lágrimas, sollozos y señales de desesperacion, como si ya tocasen al término de su existencia, como si Colon los condujese á la muerte. Semejante á una roca combatida por las olas bramadoras sin ser conmovida, Colon opone su serenidad, su calma y su convencimiento al desaliento general, y el contraste de esta heróica firmeza con las lamentaciones de los que le rodean les hace avergonzarse de su flaqueza. Les habla de sus esperanzas, de su fé en el resultado de la espedicion, y consigue hacerles partícipes de su convencimiento; les muestra en perspectiva los tesoros y la gloria que les esperan. ¿Se atreverian á volver á España donde no encontrarian mas que oprobio y vergüenza por premio de su pusilanimidad? Todos responden que están prontos á seguir á su gefe, á desafiar con él los peligros, y á participar con él del honor de una empresa cuyo triunfo les parece seguro.

Despues de esta victoria conseguida sobre el miedo, Colon se preparó á sostener otros combates, porque preveia que sus compañeros pondrian mas de una vez á prueba su constancia y no tardarian en recaer en su abatimiento y desesperacion. Desde entonces apenas se apartó de la cubierta de su nave, y alli, de pie derecho, teniendo ya la sonda, ya el instrumento necesario para las observaciones astronómicas, examinaba á que grados de longitud y latitud se encontraba la flotilla. Apenas descansaba algunos ratos, porque sabia que el éxito de la empresa dependia de su asídua vigilancia y que todo era perdido, si su energia y su actividad se desmentian un solo instante.

Antes de proseguir nuestra relacion, debemos dar algunas espli-

caciones acerca de los nombres de longitud y latitud que se podrán encontrar con frecuencia en esta obra. Nadie ignora que la tierra es redonda como una bola; á pesar de que presenta en su superficie muchas desigualdades. Hay en esta tierra dos puntos colocados uno en frente de otro, y al rededor de los cuales verifica su movimiento continuo de rotacion: estos puntos se llaman polos de la tierra. El mas elevado tiene perpendicularmente encima de sí una estrella que se llama septentrional, por lo que este punto se llama polo septentrional; el otro es el polo meridional.

En medio de la bola figurada por la esfera geográfica, se ha trazado una línea ó un círculo que la divide en dos partes iguales: esta línea no existe realmente, pero ha sido imaginada por la ciencia y se llama ecuador, porque con su ayuda, la tierra se halla dividida en dos partes iguales, y por que los dias son iguales á las noches, cuan-



do el sol se halla perpendicular sobre este círculo. Se llama longitud de la tierra, el espacio que al rededor de ella marca esta línea.

En cuanto á la latitud de la tierra, se halla trazada en la esfera

por líneas tiradas desde el polo septentrional al meridional, y que se llaman meridianos, porque es mediodia al mismo tiempo en todos los sitios por encima de los cuales pasa un mismo meridiano, cuando el sol se halla enfrente de esta línea.

Se dividen el ecuador y los meridianos en grados, cada uno de los cuales marca un espacio de unas diez y siete leguas y media. El ecuador contiene trescientos sesenta de estos grados y hay ciento ochenta en un meridiano desde uno á otro polo. Asi, decir que tal sitio está al grado trescientos treinta de longitud, es lo mismo que decir, que contando los grados del Ecuador desde este sitio, caminando siempre al Oeste al rededor de la tierra hasta el primer meridiano, hay trescientos treinta grados. Decir que este mismo punto está á los ocho grados de latitud, es indicar que hay ocho, contando los grados del primer meridiano desde el ecuador hasta el sitio designado. Cuando se trata de la latitud de la tierra encima del ecuador y hácia el polo septentrional, se llama latitud septentrional, para distinguirla de la que se halla debajo del Ecuador hácia el polo meridional y se llama latitud meridional.

Al otro dia de su salida de las islas Canarias, Colon contrariado por el viento no habia avanzado mas de diez y ocho leguas; pero presumiendo que sus compañeros se asustarian, solo con lo largo del camino, juzgó que debia engañarlos acerca del que andaban cada dia; asi les anunció que solo se hallaban á quince leguas de las Canarias.

El 12 de setiembre, que era el sesto dia de su navegacion, se hallaban á los 350° de longitud de la isla de Hierro, una de las Canarias, ó lo que es lo mismo, á ciento cincuenta millas de este punto hácia el Occidente y en el mismo grado de su latitud septentrional. En este dia, los marineros vieron el tronco de un árbol muy grande que parecia haber andado por mucho tiempo errante sobre las aguas, y este encuentro les hizo esperar que pronto encontrarian tierras. Esta ilusion duró poco: habrian avanzado como cincuenta leguas mas lejos, cuando un fenómeno vino á introducir de nuevo entre ellos la inquietud y consternacion. Colon mismo no fué dueño de disimular la sorpresa que le causaba.

Se sabe que la aguja tocada al iman es el guia mas seguro de los navegantes: gracias á la propiedad que tiene de dirigir su punta hácia el Norte, pueden reconocer la noche y el dia, los cuatro puntos

cardinales y guiarse en su marcha. Sin este guia, que hasta entonces habia sido fiel, el hombre que hubiese intentado un viage tan largo en un mar todavia desconocido, hubiera merecido con justicia reconvenciones por su loca temeridad. Es facil por consiguiente figurarse la sorpresa de Colon y el terror de sus compañeros, cuando advirtieron que la aguja de la brújula, en vez de indicar directamente la estrella polar, se inclinaba un grado entero hácia el Oeste.

Cuál era la causa de este fenómeno desconocido hasta entonces á Colon y á los demas navegantes? La ciencia consultada hace muchos siglos, todavia no ha podido responder satisfactoriamente á esta pregunta; aunque la declinacion se haya observado muchas veces, y aun anotado exactamente los parages en que se efectua. ¡Cuántos mas secretos hay en la naturaleza que el hombre no ha podido todavia penetrar!

La consternacion mas profunda reinaba entre los compañeros de Colon, que se estremecian al volver su vista al espacio que habian recorrido: espacio que les parecia inmenso; aunque el almirante habia tenido cuidado de disminuírsele lo menos en una tercera parte, engañándolos con un cómputo falso; pero la declinacion de la brújula, era la principal causa de su espanto, puesto que anunciaba una revolucion en el órden de los elementos y en las leyes de la naturaleza.

—Que va á ser de nosotros, esclamaban afligidos, cuando la aguja de marear, nuestro único guia, nos abandona?

Colon, cuyo fecundo ingenio para todo hallaba salida, esplicaba á sus compañeros aquel fenómeno de un modo que les satisfaciese y no perdiesen sus esperanzas, cuando se notó de improviso que las embarcaciones caminaban sin cesar empujadas en línea recta hácia el Oeste, lo que fué un nuevo motivo de espanto. Como ignoraban la accion é influencia de los vientos llamados alisios, que reinan constantemente entre los trópicos de Este á Oeste, se inquietaban con fundamento, creyéndose separados para siempre de las costas de España por aquel terrible viento del Este.

Ya comenzaban á tranquilizarse un poco, cuando el mar se les apareció, tan lejos como su vista podia alcanzar, cubierto de yerbas verdes, tan espesas en algunos parages, que entorpecian la marcha de la nave.

—He aqui, esclamaban, el límite de que no deben pasar los bu-

ques : estas yerbas son una insuperable barrera levantada por el mismo Dios, y ocultan las rocas donde deberá estrellarse la nave que tenga la audacia de pasar adelante. Iremos á perdernos con nuestras embarcaciones en ese mar, del que la prudencia aconseja alejarnos? Desgraciada la hora en que nos hemos fiado de las promesas falaces de un aventurero y en que hemos consentido en seguirle.

Colon, cuya prudencia y sangre fria, se sostenian á la altura de tan apuradas circunstancias, les decia :

—Os alarmais por una cosa que debia por el contrario escitar toda vuestra alegria, puesto que os anuncia que ya vais á coger el fruto de vuestros afanes y el premio de vuestros esfuerzos... ¿Es posi-



ble que la yerba crezca en medio del mar? Esta vegetacion pertenece á un continente del que no distamos mucho, y que va bien pronto á presentarse á vuestros ojos.

En el momento en que Colon pronunciaba estas palabras, el equipage vió una bandada de pájaros de distintas especies, que levantaban el vuelo por el lado del Oeste. Con semejanté espectáculo, revivieron todas las esperanzas y considerando seguro el triunfo de la espedicion, no pensaron mas que en seguir con ardor el rumbo hacia aquella tierra que parecia tan cercana.

Mas, ah! las conjeturas que habian hecho á vista de la yerba que cubria la superficie del mar; y del vuelo de las aves eran otros tantos errores, y una triste realidad disipó las ilusiones del almirante y sus compañeros. Habian ya recorrido un espacio de setecientas setenta leguas marinas y todavia no se presentaba el ansiado continente; pero de cuantos hombres iban en las tres carabelas, solo Colon era capaz de calcular el camino que se andaba, y recurriendo á su ardid acostumbrado, anunció á sus compañeros que solo quinientas ochenta leguas habian sido andadas por la escuadra.

Pero aquella vasta estension de mar que los separa de su patria, los llena de terror, y los gemidos, las quejas y murmullos empiezan de nuevo: tan pronto se acusan por haber escuchado las alucinadoras palabras de Colon, dejándose engañar por sus quiméricas promesas: tan pronto culpan á la reina Isabel, por haber sacrificado tantos vasallos en una loca empresa.

—Gracias á Dios, decian, ya hemos dado bastantes pruebas de valor, para no temer el que nos llamen cobardes; ahora nos toca pensar en nuestro provecho, y aventurarlo todo por volver á nuestra patria... pero el viento que viene constantemente del Este ¿no nos quita hasta la esperanza de volver? Obliguemos á el Almirante á que se detenga y renuncie á sus insensatos proyectos.

Todavia era mayor el peligro que amenazaba á Colon: algunos compañeros suyos proponen deshacerse de él y darle sepultura en aquel mar desconocido, adonde su loca audacia quiere conducirlos.

—A el mar el almirante! A el mar el autor de todos nuestros males! esclaman; si hemos de perecer, que no sea sin venganza! A nosotros pertenece castigar al aventurero, cuya perfidia nos pierde! Qué le importa á la España la vida de este aventurero, que se ha burlado

de ella, que ha espuesto la de tantos españoles que todavia podian ser útiles á su patria? ¡Que muera! A nadie se le ocurrirá, si Dios nos deja volver á España, pedirnos cuenta de este hombre, y al saber nuestra venganza, todos nuestros compatriotas la aplaudirán como un acto de justicia.

Perdido era el almirante, si cedia un solo momento á la rebelion, si se manifestaba asustado ó indeciso. Colon se presenta delante de los sediciosos: la serenidad de su rostro y su calma contrastan con las violentas pasiones que se pintan en los semblantes de sus compañeros. Finge ignorar que atentan contra su vida y les dice:

—Qué es lo que acabo de saber, amigos mios? ¿Cuál es vuestra intencion?

—Queremos volver á España.... Volvednos á nuestra patria! volvednos al puerto de Palos!

Estos gritos son repetidos con furor por todo el equipage, acompañándolos con ademanes de amenaza.

—Quereis volver á España? No obstante hace poco tiempo que confiando en mí, estábais llenos de esperanza y jurábais seguirme á todas partes, porque estábais convencidos de que no os engañaba. De donde proviene esta mudanza? Qué es lo que ha sucedido? Qué es lo que os da derecho para acusarme de temerario ó de impostor? ¡En el momento mismo de llegar al término de la empresa, quereis alejaros de él vergonzosamente! Sois españoles y tendreis miedo?

A estas palabras, que el almirante dirigia con intencion á el orgullo de los hombres que le rodeaban, un estremecimiento eléctrico, síntoma de la manifestacion de sentimientos generosos, advirtió á Colon que no se equivocaba. Por lo mismo esclamó levantando la voz:

—Españoles, teneis miedo?

—No, no, respondieron marinos y soldados, llevando la mano á las espadas.

—Ah! lo reconozco con placer, todavia sois los dignos hijos de la España y podeis escuchar el lenguage del honor. Quereis volver á vuestra patria y regresar al seno de vuestras familias; mas no es el temor del peligro el que os hace retroceder antes de cubriros de gloria en la empresa á que os he asociado. Sin embargo, amigos, qué dirá la España viendo que os presentais sin haber llevado á su debido término la empresa grandiosa que os habia encomendado, sabiendo

que habeis desobedecido á vuestro gefe, y abandonado á los estrangeros el nuevo universo que pudiérais haber dado á vuestra patria?

—Tampoco ellos le han de encontrar, respondió una nueva voz que interrumpió á el almirante.

—Quién os lo ha dicho? Habeis merecido conquistar ese nuevo mundo que os he prometido! Decid las tempestades que habeis tenido que arrostrar, los padecimientos que han puesto á prueba vuestro valor. Vuestra navegacion ha sido lenta tal vez; pero tranquila y en un mar sin borrascas. ¿Habeis tenido que lamentaros de aquellas horrorosas privaciones con las que el marino lucha con frecuencia en sus viages? No: solamente la tierra tarda en ofrecerse á vuestra vista; ya la vereis dentro de algunos dias, mañana tal vez, y ¿es posible que no tengais paciencia para esperar tan corto tiempo?

—Mas si despues de seguiros, salimos con que han sido inútiles nuestras pesquisas, quién nos volverá á España? preguntó Alvarez, uno de los marineros mas antiguos de *la Santa María*.

—Yo, replicó al instante Colon.

—Mas si el viento se mantiene siempre al Este?

—Cambiará, yo os lo prometo, y favorecerá nuestro regreso á España, en cuanto hayamos correspondido á la confianza de nuestros augustos soberanos, el rey Fernando y la reina Isabel.... pero observad, mis queridos amigos, el cielo quiere darnos una prueba de su proteccion: mirad, nuevo viento es el que infla nuestras velas.... es el viento del Sud-oeste.

—El viento del Sud-oeste! el viento del Sud-oeste! esclaman los hombres del equipage al ver la nueva direccion comunicada á las velas, estrechándose despues al rededor del almirante, para renovar un juramento que habian estado á punto de quebrantar.

Aquellos marinos, subyugados de esta suerte por el ascendiente de un hombre superior y su poderosa palabra, habian vuelto á entrar en la senda del deber y habian recobrado toda su confianza en el buen resultado de la espedicion, porque el repentino cambio del viento los tranquilizaba plenamente acerca de la posibilidad de volver á su patria. Otros indicios de las cercanías de tierra confirmaron bien pronto las palabras de Colon y las nuevas esperanzas que habia hecho concebir á sus compañeros. Un dia, el comandante de *la Pinta*, que iba siempre delante como la mas velera, dió aviso á el almirante

de que creia distinguir tierra al norte, como á unas quince leguas. Esta noticia escitó transportes de alegria: suplicaron á Colon que se dirigiese hácia aquella parte; pero el almirante, seguro de la exactitud de sus cálculos, sabia que el capitan de *la Pinta* estaba equivocado, y continuó el rumbo de Este á Oeste, sin ceder á los ruegos ni aterrarse por las amenazas.

Fácil le hubiera sido sin duda alguna, apartarse un momento de su ruta y dirigirse hácia el punto designado por Pinzon; mas su inteligencia superior le daba á conocer las fatales consecuencias de la concesion que hubiera podido hacer á las exigencias de sus compañeros. Convencido del error del capitan de *la Pinta*, hubiera justificado las dudas de la tripulacion acerca de la habilidad del almirante y la exactitud de su plan de viage. Un ligero estravío sin resultados podia alterar la confianza que inspiraba, siendo ademas un funesto precedente del que sus súbditos se prevaldrian para exigirle imperiosamente modificaciones en sus proyectos, y aun tal vez dictarle su voluntad. Colon se portó como hombre esperimentado, y las consecuencias de su viage harto probaron que se habia conducido con mucha prudencia, resistiendo á las importunidades del equipage.

Al otro dia por la mañana vieron muchas aves marítimas y Colon suponiendo que no podrian alejarse mucho de tierra, se creyó que le venian á anunciar su cercanía. De su engaño participaron tambien sus compañeros, hasta que la sonda desvaneció sus esperanzas: no se encontró el fondo, ni aun despues de haber soltado doscientas brazas de cuerda, que hacen casi mil doscientos pies. Se estaba por consiguiente muy lejos de la tierra, porque es sabido que el mar tiene regularmente poca profundidad en la inmediacion de las costas. Al caer de la tarde del siguiente dia, vinieron unos pájaros muy cantarines á encaramarse en las gabias, distrayendo á la tripulacion con sus alegres trinos. Pasaron toda la noche en aquella posicion, y al amanecer del siguiente dia, echaron á volar hácia el Oeste.

Poco despues se vió un pájaro de los trópicos, y por último, un espectáculo estraño, inesperado, causó la mas viva sorpresa á todos los hombres de la espedicion: era una nube de peces voladores que se elevaban fuera del agua; algunos vinieron á caer sobre el puente, donde cogidos y examinados con la mayor atencion, nadie se cansaba de observar la longitud de las estrañas nadaderas que les servian

de alas. Por la noche se vió el mar cubierto de yerba, y del conjunto de estas circunstancias deducia la tripulacion, que no se tardaria en descubrir tierra; mas los dias se sucedian á las noches, y contra mas avanzaban en aquel Occeano sin límites, mas distante parecia la tierra al impaciente anhelo de los compañeros de Colon. Entonces empezó á cundir á bordo de las tres carabelas el espíritu de sedicion, que no tardó en estallar, con la particularidad de que los oficiales, que habian permanecido fieles á Colon, hacian ya causa comun con los marineros. Presentóse aquel á los revoltosos, queriendo acudir á los medios que tan bien le habian probado otras veces; pero ellos no quieren escucharle. Sus gritos cubren su voz, le insultan, le ultrajan y le amenazan con la muerte, si inmediatamente no dispone que la espedicion dé la vuelta hácia España.

Era preciso ceder ó morir: ceder era ir á esponerse á la burla de todo un pueblo, y condenarse á un oprobio eterno! La muerte le parecia mil veces preferible á la verguenza de volver á España; pero los sublevados exigian pronta respuesta. Colon les pidió tres dias mas de resignacion y de obediencia, si en este plazo no se descubria un continente, se comprometia á volverlos á España, garantizándose por una y otra parte la ejecucion de este convenio con mútuas protestas.

Colon estaba sin inquietud, porque los indicios de la cercanía de tierra eran cada vez mas frecuentes y le daban la certidumbre de que abordaria á ella antes del término fijado en el convenio. Ya la sonda, que hacia tres dias llegaba al fondo del mar, se hundia en el cieno; ademas millares de pajaritos á quienes la cortedad de sus alas no permitia alejarse mucho de las costas, volaban hácia el Oeste; tambien sacaron del mar un arbusto cubierto de un fruto encarnado y fresco todavia, y por último, los vientos eran menos variables, particularmente al acercarse la noche. Estos eran otros tantos presagios de que se llegaba por fin al término de aquella larga y penosa navegacion, y de que Colon iba á recibir el premio de su constancia heróica.

Era tal la certidumbre que tenia el almirante de la proximidad de la tierra, que al anochecer del siguiente dia encargó á sus compañeros que diesen gracias á Dios, que les habia dado una prueba tan palpable de su proteccion en una empresa tan arriesgada; despues prescribió todas las medidas que aconsejaba la prudencia. Asi mandó que se plegasen las velas, temiendo con razon que durante la noche las

embarcaciones fuesen á dar contra la costa, donde corriesen peligro.

El almirante recordó á sus compañeros la promesa que habia hecho la reina Isabel al primero que descubriese el nuevo continente (1) Durante toda la noche, oficiales, marineros y soldados se estuvieron de pié derecho sobre el puente de sus naves, en la mayor agitacion, y sin apartar la vista del punto por donde esperaban ver aquella tierra por tanto tiempo deseada.

Hácia las diez de la noche, Colon que estaba en el castillo de proa, creyó que veia brillar una luz allá á lo lejos, y llamando á un



page de la reina, que iba á bordo, le enseñó aquella luz. El jóven la distinguió tambien, y aun se la hizo notar á otra persona que entonces se llegó á ellos. Los tres convinieron en que aquella luz era móvil y que un viagero debia llevarla.

(1) Los reyes católicos habian prometido diez mil maravedís de juro al primero que descubriese la tierra, y Colon por su parte prometió tambien un jubon de seda.—El primer español que vió la tierra, y por consiguiente alcanzó el premio, fué un marinero de *la Pinta* llamado Rodrigo de Triana. (*Nota del traductor.*)

De improviso, á las dos de la madrugada, la tripulacion de *la Pinta* lanza el grito de *Tierra! tierra!* que, repetido al instante por las tripulaciones de las otras dos carabelas, llena los corazones de alegria. Sin embargo, como tantas veces habian consentido, para ver despues burladas sus esperanzas, esperaron la venida de la aurora, para estar seguros de que esta vez no se equivocaban, y que habian por fin conseguido el objeto de la espedicion. En fin las tinieblas se disipan poco á poco; el horizonte se tiñe con los reflejos de la naciente aurora, y la tripulacion de *la Pinta*, á vista de la tierra, entona el *Te Deum* acompañado por los marineros de las otras dos carabelas, que tambien dirigen al cielo la espresion de su agradecimiento. Todos los corazones palpitan, las lágrimas corren y apenas han satisfecho aquel piadoso deber, cuando piensan expiar por medio de una ruidosa reparacion los ultrages y violencias que han hecho á el almirante. Aquellos mismos hombres, que poco antes desconocian su autoridad y amenazaban su existencia, se arrojan á sus pies para implorar el perdon de su infame conducta. Colon, enternecido por la sinceridad de su arrepentimiento, les promete olvidar lo pasado: su magnanimidad corre parejas con su valor y se ostenta entonces tan generoso, como inalterable se habia manifestado en su lucha contra la rebelion.

III.

Descubrimiento de la sla de Guanahani.—Desembarco del os españoles.—Fijan una cruz en la costa.—Toma de posesion en nombre de los reyes de España.—Mútua sorpresa de españoles y de indios.—Descubrimiento de Cuba.—Traicion de Pinzon.—Descubrimiento de la Española ó Haiti.—Visita de un cacique,—Naufragio de Colon.—Establecimiento de una colonia.—Partida de Colon á España.—Una tempestad.—Recibimiento de Colon en la córte de Portugal.

La tierra que tenian á la vista era una de las islas Lucayas ó de Bahama y se llama Guanahani. Colon agradecido al pais á cuyo descubrimiento debia su salvacion, le puso el nombre de *San Salvador;* pero no ha conservado este nombre que perpetuaba un recuerdo tan grande y piadoso.

Por algunos instantes, el equipage inmóvil de sorpresa y absorto en muda contemplacion ante una tierra desconocida hasta entonces, admiraba aquel risueño paisage dorado por los primeros rayos del sol, y la verde guirnalda de sus bosques cuyos perfumes y fertilidad revelaba á la vez la embalsamada brisa que de ellos venia. Nadie se saciaba de contemplar aquella vejetacion vigorosa que ostentaba y prodigaba por todas partes sus tesoros : por todas partes frutas, flores, bosquetes por entre los cuales serpenteaban muchos riachuelos, multiplicando las vueltas y revueltas de su caprichosa corriente, para hacer mas variado y ameno el conjunto de aquel cuadro encantador. Asi los españoles y su noble gefe saboreaban, desde lejos y en cierto modo, el placer de su conquista y su enagenamiento era casi un delicioso éstasis.

Colon dió por fin la órden de botar al mar las chalupas y entró

en una de ellas, para dirigirse á la costa al compas de una música militar. Sus principales oficiales le acompañan y por encima de sus cabezas se despliegan y ondean las banderas españolas, adornadas de cruces verdes entre las letras F é I (iniciales de los nombres de Fernando é Isabel) terminadas por sus coronas.

Al paso que las chalupas se iban acercando, los naturales acudian en tropel á la costa, manifestando en sus ademanes, en sus gestos, y en la espresion de su fisonomia, la sorpresa que les causa la maravilla de aquellas embarcaciones europeas de colosales proporciones, de aquellos castillos con alas que se balancean noblemente en la superficie del mar. Pero, cosa estraña y que parece á los españoles un verdadero enigma, aquellos isleños manifiestan la mayor seguridad, sin dar indicio alguno de terror ó de cuidado, á vista de aquellos estrangeros cuyas intenciones no conocen, de aquellas banderas, de aquellas armas que brillan á los rayos del sol, ni con el ruido de los instrumentos de una música guerrera que parece la señal de las batallas.

Cuando la chalupa de Colon llegó á la costa, el almirante llevando puesto un brillante vestido de terciopelo de color de escarlata, y con la espada en la mano, saltó el primero en tierra: él fué el primero que puso el pie en aquel nuevo universo que acababa de descubrir.

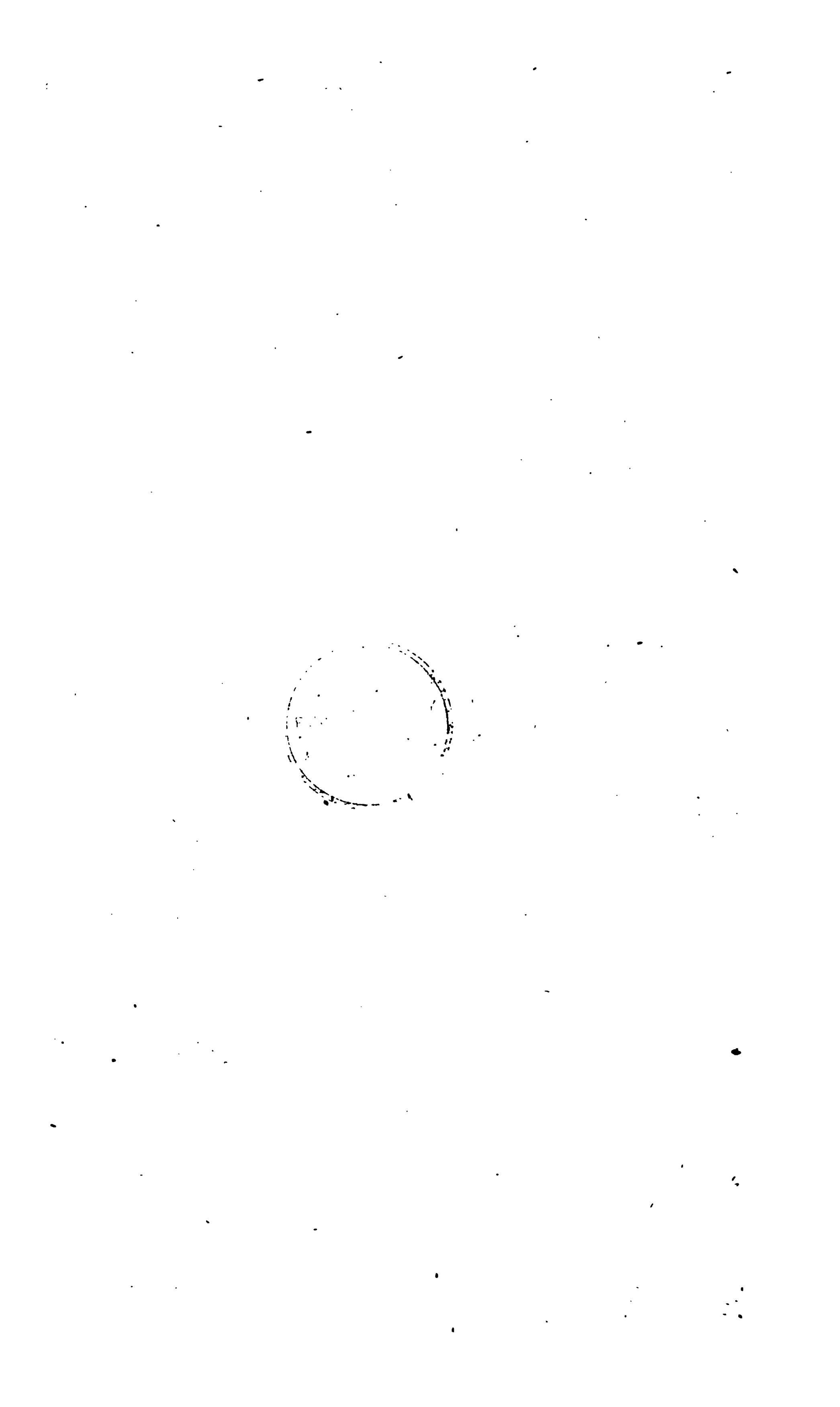
Sus compañeros se lanzan en pos de él, se prosternan al instante para besar la tierra, y alli humildemente postrados delante de Colon, le saludan como á virey del nuevo mundo, y renovando sus juramentos de fidelidad le prometen una obediencia sin límites y docilidad esclusiva.

Despues de esta afectuosa manifestacion, despues de haber rendido este homenage al genio de un grande hombre, fijaron una cruz en la costa. Todos los hombres de la espedicion, arrodillados ante aquel sacrosanto signo, ofrecen á Dios nuevas acciones de gracias y despues el almirante toma solemnemente posesion del pais en nombre de los reyes católicos don Fernando y doña Isabel.

Mientras que los españoles verificaban esta imponente ceremonia (el 12 de octubre de 1492), los indios se agrupaban al rededor, para examinar á su vez con silenciosa atencion aquellos hombres estraordinarios y los edificios flotantes en que habian venido al traves de las



Desembarco de Colon en América.



aguas; pero si hubieran podido sospechar las consecuencias de aquella solemnidad, es bien seguro que hubieran prorumpido en esclamaciones de dolor ó mas bien hubieran rechazado como á implacables enemigos á los estrangeros que entonces contemplaban con tan respetuosa admiracion.

Crecia la sorpresa de los indios á medida que iban apreciando los contrastes y las diferencias que mediaban entre ellos y los españoles: su larga barba, la blancura de su rostro, sus vestidos, sus armas, sus ademanes, todo parecia maravilloso á los indígenas estupefactos; mas cuando escucharon las salvas de artillería y de los mosquetes, creyeron que el rayo se desgajaba sobre sus cabezas y no vieron ya en aquellos estrangeros, armados del fuego del cielo, unos hombres vulgares, sino seres de naturaleza superior, hijos del sol, bajados á la tierra para visitarlos y recibir sus homenages; porque el sol era su Dios. Algunos americanos dotados de cierta inteligencia y entusiasmados por el esplendor del astro del dia, por los beneficios de su calor vivificante y de su curso regular, le miraban como el bienhechor del mundo, como el mismo Dios; otros por el contrario, se habian forjado uno ó mas dioses á los que adoraban bajo figura humana.

Los españoles por su parte, no estaban menos sorprendidos que los indios á vista de aquella multitud de objetos singulares y estraños, cuya variedad infinita no podia saciar su curiosidad: los árboles, las plantas, las yerbas, en nada se parecian á los de Europa. En los hombres la misma diferencia en la forma del cuerpo y en las costumbres: su piel era de color de cobre, su estatura regular, los cabellos negros y largos; pero sin pelo de barba. Sus estravagantes facciones estaban modificadas hasta cierto punto por su ingénua timidez y la dulzura de sus miradas. En su rostro y otras partes de su cuerpo tenian impresos caracteres y dibujos estraños.

La mayor parte de aquellos isleños estaba totalmente desnuda, otros se cubrian solo una parte del cuerpo. Por único adorno llevaban en las orejas, en la cabeza ó atadas á la nariz, plumas, conchas y hojas de oro. Al principio manifestaban una reserva que pudiera confundirse con el miedo; mas cuando recibieron de mano de los españoles algunas frioleras, como cuentas de vidrio, cintas y cascabeles, se hicieron mas tratables y concluyeron por tener la mas absoluta confianza en sus nuevos huéspedes.

Por la noche, cuando los españoles volvieron á bordo de sus carabelas, fueron seguidos por una multitud de indios embarcados en canoas hechas con troncos huecos de árboles, las que manejaban con mucha destreza. Pretendian los isleños, acompañando á los españoles, satisfacer su curiosidad viendo el interior de las embarcaciones europeas, ó el obtener algunas bagatelas en cambio del hilo de algodon que ellos hacian, de venablos que tenian por punta una gruesa espina de pescado, papagayos y frutas de todas clases. Era tal el ánsia que tenian por las mas simples baratijas de origen europeo, que se precipitaron sobre los cacharros rotos que vieron en el navio, y los recogieron como objetos de gran valor. Por algunas chapas ó botones de cobre que para nada les servian, daban veinte y cinco libras de escelente hilo de algodon.

Al otro dia por la mañana el almirante visitó las costas de la isla, siempre acompañado de un gran número de indígenas que le seguian con afan. Deseaba averiguar ante todas cosas, de donde sacaban los isleños las hojas de oro con que adornaban sus narices. A fuerza de preguntarles por señas, vino á colegir que el oro no era producto de su isla, sino de otra mas al Sud, donde se hallaba en gran cantidad. Determinado á aprovecharse de una noticia tan importante (porque habiendo prometido á la reina Isabel y á los hombres de la espedicion el descubrimento de comarcas que los habian de enriquecer, tenia empeño en cumplir esta promesa) se volvió á embarcar, llevando siete isleños para que le sirviesen de guias y de intérpretes y se dirigió hácia el Sud. Descubrió en el camino muchas islas; pero no visitó mas que las tres mas considerables, á las que puso los nombres de Santa Maria de la Concepcion, Fernandina é Isabela. En una de estas islas encontraron perros que no ladraban, y la esperiencia ha confirmado que algunos perros de Europa pierden la facultad de ladrar, cuando han pasado algun tiempo en el suelo americano.

En la isla Isabela adonde Colon fué á hacer aguada el 17, observaron los españoles algunas señales de civilizacion. El pudor no era desconocido á aquellos habitantes menos groseros, y las mugeres iban cubiertas desde la cintura á las rodillas, unas con telas de algodon y otras con hojas de árboles entrelazadas y atadas con bastante arte para formar una especie de tegido.

Habia tambien en esta isla cierto número de casas construidas á

manera de tiendas, con una especie de soportal cubierto de ramas para preservarse del viento y de la lluvia; pero no se encontraban en estas casas mas muebles que toscos utensilios y piezas de algodon.

Los españoles vieron tambien diversas clases de aves y de pe-



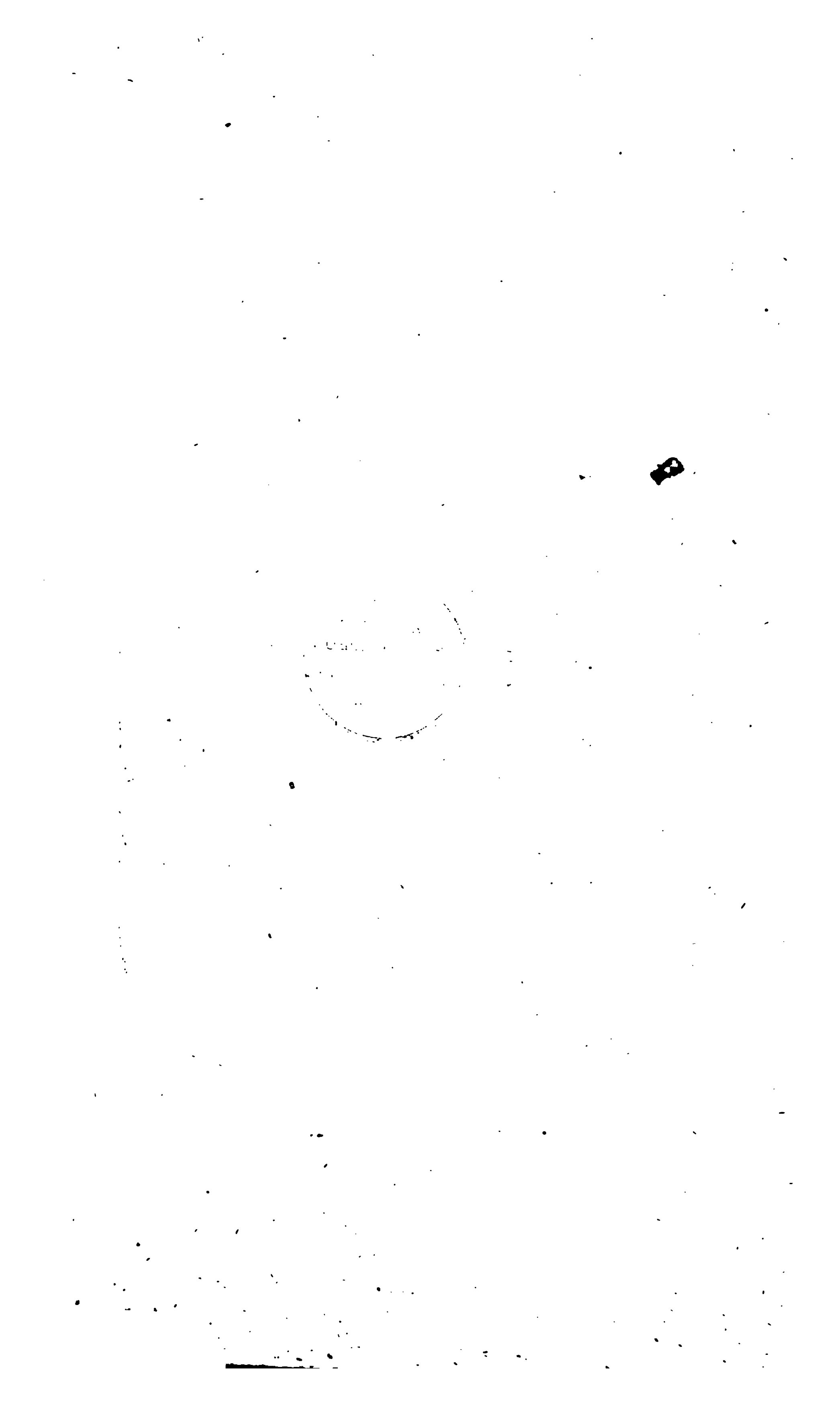
ces, la mayor parte diferente de los de Europa: vieron tambien el primer caiman, animal que es una variedad de la especie de los la-

gartos, y como tiene mucha analogía con el crocodilo, se le llama tambien crocodilo de las Indias Occidentales.

Siguiendo su esploracion el almirante, descubrió una tierra que por su grande estension y la particular naturaleza de su suelo, se diferenciaba mucho de las islas que habia encontrado hasta entonces. El terreno, lejos de presentarse llano y seguido, formaba á trechos colinas y valles en los que se descubrian vistosos bosques, praderas y rios. ¿Era aquella una parte del continente ó una isla muy grande? Esta es la duda que tenia Colon, y para salir de ella anduvo algunos dias hasta averiguar, que aquella tierra que acababa de descubrir era nna isla, llamada Cuba en el idioma de los indígenas. Está situada entre los grados veinte y veinte y tres de latitud septentrional, y en esta isla es donde se halla la Habana, puerto español adonde acudian siempre los *galeones* y los *navios de registro*, cuando hacian la travesia desde América á España.

Llamábanse *galeones* los navios que el rey de España enviaba todos los años á América, para venir cargados de oro, plata y cuantos objetos preciosos se habian recogido. Los *navios de registro* tenian diferente destino: recibian las mercaderias de Europa, que negociantes españoles, provistos de licencia especial, enviaban á América donde debian ser cambiadas por los productos del pais. Estos buques eran fletados, unos para Vera-Cruz, ciudad importante de Méjico y otros para Porto-Bello en tierra firme. Se llamaban *navios de registro* porque las mercancias enviadas de España á América, se apuntaban en un registro especial despues de ser sometidas á una inspeccion rigurosa. El gobierno español empleaba estas minuciosas precauciones, para precaver el fraude de los armadores, que sin esta vigilancia hubieran enviado al nuevo mundo mas mercancias de las permitidas en la licencia que habian comprado.

Por mucho tiempo los *galeones* fueron tambien conocidos con el nombre de la *flota de plata*. Antes que el gobierno español hubiese regularizado el servicio de los *navios de registro*, se equipaba cada año para América una sola flota, contribuyendo el rey y los particulares á partes iguales á los gastos de la espedicion. A esta flota se confiaban el oro y plata destinados á España, lo mismo que los géneros que se mandaban de España ó de América; mas cuando los *navios de registro* fueron generalmente adoptados para estos transportes,





Gefe indio.

se abandonó el nombre de *flota de plata* y aun hoy dia ya no es mas que un recuerdo en la historia de España.

Colon impaciente por conocer el pais y los hombres que en él habitaban, ancló en la embocadura de un rio caudaloso; pero los indígenas asi que vieron las carabelas, huyeron á esconderse en las montañas. Hubo uno sin embargo bastante atrevido para llegar en su canoa hasta el buque del almirante y subir á bordo. A fuerza de regalos pudo Colon ganarse la voluntad y confianza de aquel isleño, al que envió á tierra juntamente con un indio de los que traia desde Guanahani, y acompañados de dos españoles, á quienes dió la comision de estudiar con esmero el pais, adquirir noticias acerca de sus producciones, y sobre todo inspirar confianza á los naturales, para facilitar sus amistosas relaciones con los Europeos. Desembarcó tan pocos españoles con la mira de no intimidar á los isleños, pues como el casco de los buques habia padecido mucho y necesitaba prontas composturas si se habia de seguir el viage, tenia con precision que detenerse alli para repararle.

Los dos españoles que Colon habia enviado á la descubierta, volvieron despues de haber recorrido un espacio de doce leguas, internándose en la isla. (1) He aqui poco mas ó menos la relacion que hicieron á el almirante.

«La mayor parte del pais que hemos cruzado está cultivada y nos ha sorprendido por su fertilidad: los campos producen maiz ó trigo de Indias, y una raiz que despues de asada se come como el pan. Al llegar á una poblacioncita como de unas cincuenta casas de madera y en la que los habitantes no pasarian de mil, salió el gefe á recibirnos. Los indios que nos acompañaban les debieron dar noticias favorables acerca de nosotros, de nuestras intenciones y el objeto de nuestra visita, porque cogiéndonos del brazo nos llevaron á la poblacion, donde nos señalaron un vasto alojamiento. Nos sentamos en una especie de silla, que tenia la forma de un animal con los ojos y orejas de oro y cuya cola servia de respaldo. Apenas nos habiamos sentado en el sitio que nos señalaron, cuando todos los indios sentándose en

(1) Estos dos españoles enviados fueron Rodrigo de Jerez y Juan de Torres, el que entre otras buenas disposiciones para el desempeño de su comision, tenia la de poseer varios idiomas. (*Nota del traductor.*)

el suelo junto á nosotros, nos fueron besando los pies y las manos, lo que nos hizo creer que nos tenian por seres bajados del cielo. Comi-



mos las raices asadas que nos ofrecieron, cuyo sabor nos recordó el de las castañas; pero lo que nos chocaba estraordinariamente, era que entre los salvages que nos servian, no se presentaba una sola muger. No atinábamos con la causa de esta esclusion; pero cuando se retiraron, otras tantas mugeres como hombres nos habian servido, vinieron á relevarlos y no fueron menos atentas y obsequiosas. En fin, en el momento de nuestra partida, muchos habitantes se querian venir con nosotros; pero hemos rehusado sus ofertas, dándoles las gracias por su generosa hospitalidad. Nos pareció sin embargo, que debiamos ceder á las instancias del cacique ó rey y de su hijo, que se

han empeñado en servirnos de guias y acompañarnos hasta nuestras embarcaciones. Por todo el camino han venido dando sus órdenes, para que se nos tuviesen las mayores consideraciones y el mas profundo respeto.»

Esta relacion causó la mas viva satisfaccion á el almirante, que agradecido á los dos príncipes, les hizo un brillante recibimiento cuando subieron á bordo de su carabela, y trató despues de obtener de ellos algunas noticias del pais que producia el oro. El cacique y su hijo le señalaron el Este.

Aquellos isleños manifestaban la mayor sorpresa al ver á los hombres blancos tan ansiosos de un metal que no tenia ningun valor á sus ojos, y del que no se servian mas que para su adorno, al paso que los españoles no estaban menos admirados de su sencillez y benevolencia.

Las indicaciones del cacique y su hijo determinaron á el almirante á salir de Cuba, porque estaba impaciente por ir al pais de las minas de oro, al que los indios llamaban Haiti. Partió de Cuba el 19 de noviembre, llevando consigo doce naturales del pais, los que se proponia traer á España. Aquellos indios se alejaron de su patria con la mayor indiferencia, sin pesadumbre y sin derramar una lágrima, cosa que sorprendió mucho á los españoles. Verdad es que Colon nada habia omitido de cuanto pudiese hacerles agradable su permanencia en el buque, y ademas les habia prometido que la ausencia seria de corta duracion.

A poco tiempo de hacerse á la vela, fué contrariado por los vientos que le obligaron por tres dias á costear. Alonso Pinzon, comandante de *la Pinta*, observando el contratiempo de Colon y aprovechándose de que su nave era la mas velera de la escuadrilla, trató de sustraerse á la vigilancia del almirante, y adelantarse para llegar antes que las otras carabelas á Haiti, el pais del oro, y llenar de él su nave. Colon que adivinó las intenciones de su teniente, le hizo señales de que esperase, mientras que Pinzon llevado de su avaricia, desobedeció á el almirante, y pronto se le perdió de vista. Colon indignado de la deslealtad y pérfida conducta de Pinzon, cuya huida trastornaba todos sus planes, se decidió á volver á Cuba con las dos carabelas que le quedaban. Obligado por el mal temporal á permanecer en dicha isla, continuó la esploracion del pais, que ademas de su fer-

tilidad asombrosa, ofrecia por todas partes los mas agradables y encantadores puntos de vista. Inspiraban sin embargo bastante repugnancia á los españoles, las costumbres y modo de vivir de los habitantes, que se tragaban con ánsia arañas grandes, gusanos cogidos en la madera podrida, y pescados medio cocidos á los que arrancaban primero los ojos, para comérselos crudos.

Asi que el tiempo le permitió hacerse á la vela, el almirante salió de Cuba para ir á Haiti, el pais del oro, y alcanzar á Pinzon que le habia abandonado. Despues de andar diez y seis leguas, llegó por fin á la isla, objeto principal de sus pesquisas, y le dió el nombre de Española, porque halló en el suelo de Haiti mucha semejanza con el de España, y de todos los paises que habia descubierto hasta entonces, este es el que ha conservado por mas tiempo el nombre que le impuso. El nombre de Santo Domingo prevalece sin embargo hoy dia, porque este es el nombre de la ciudad que han edificado y es actualmente la capital de la isla.

Los habitantes huyeron espantados á los bosques á vista de los españoles, y Colon, sin hallar indicios del rumbo que seguia *la Pinta*, se dirigió hácia el Norte costeando la isla. Abordando á otro parage consiguió entablar relaciones amistosas con algunos indígenas. Habíase apoderado de una india, y despues de agasajarla la habia enviado hácia sus compatriotas. Hízoles ella una pintura tan seductora de la conducta de los españoles, y les habló en favor de aquellos estrangeros con tal entusiasmo, que al instante acudieron todos á la playa para ver y obtener algunos objetos preciosos, como los que aquella muger habia llevado.

Estos indios se parecian en su rostro y ademanes á los habitantes de Guanahani y de Cuba: estaban desnudos lo mismo que ellos, su rostro tenia color de cobre y se advertia en ellos la misma timidez, ignorancia y mansedumbre. Todo lo que veian escitaba su sorpresa, que espresaban por medio de palabras ininteligibles á los europeos, y por una pantomima muy animada. En su concepto los españoles no eran hombres, sino seres de naturaleza divina.

En su adorno habia mas oro que en el de los demas isleños; pero lo mismo que ellos, tenian en tan poco á este metal, que se volvian locos de contento cuando podian cambiarle por cuentas de cristal, cascabeles y otras bagatelas de esta especie. Cuando Colon les pre-

guntó el sitio en que se encontraba el oro, le señalaron el Oriente. En virtud de esta indicacion, Colon se hizo al instante á la vela y partió con la esperanza de encontrar bien pronto un manantial inagotable de riquezas.

Luego que Colon fondeó en otra bahía de la isla, vió acercarse al cacique de la comarca: este gefe, despues de haber tomado informes acerca de los hombres blancos, se habia dado prisa á visitar á el almirante. Venia acompañado por una escolta numerosa y conducido en un palanquin en hombros de cuatro indios. Este palanquin se parecia



un poco á las andas que se usan en Europa; pero el soberano venia desnudo lo mismo que sus vasallos.

No manifestó desconfianza ni indecision para subir á bordo y llegando á tiempo en que Colon iba á ponerse á la mesa, entró en la cámara del almirante, seguido de dos ancianos que se podian mirar co-

mo sus consejeros y tomó asiento al lado de Colon, manifestando á la vez respeto y confianza. Los dos viejos se colocaron á los pies del cacique, quien despues de catar los manjares y el vino que le presentaron, enviaba lo restante á los hombres de su escolta formados en fila sobre el puente.

Al fin de la comida, el gefe indio regaló á el almirante muchas hojas de oro y un cinto trabajado con mucho artificio. Colon por su parte ofreció á su huésped un collar de ambar, un par de borceguíes colorados, una colcha de cama y un frasquito de agua de azahar. Fué tal el contento del cacique, que en los estremos de su agradecimiento y alegria, dió á entender á el almirante que ponia á su disposicion todo su reino.

Este soberano, lleno siempre de gravedad y nobleza para con sus súbditos, usaba una familiaridad sin reserva con los españoles; todo lo examinaba en el navío con la mayor atencion, y las cosas estraordinarias que contenia escitaban la sorpresa y admiracion del gefe salvage. Al acercarse la noche manifestó deseos de volver á tierra, y Colon se apresuró á complacerle; pero queriendo aumentar su asombro, mandó disparar un cañonazo en el momento en que el cacique se alejaba. Ya no le quedó duda ninguna de que aquellos hombres blancos eran de origen celestial, puesto que sus manos estaban armadas del rayo que obedecia á su voluntad. Desde entonces el respeto de los indios á los españoles se convirtió en una especie de culto, hasta el estremo de besar la huella de sus pasos.

No siendo aun este pais el que contenia las minas de oro, objeto de los afanes y trabajos de los españoles, el almirante se hizo á la vela dirigiéndose á la parte oriental de la isla.

Todos los informes que habia tomado el almirante y las noticias que habia podido adquirir, indicaban como productora del oro una parte montañosa de la isla, sometida á un poderoso cacique. Colon le envió un mensage, recibiendo de parte de aquel príncipe la invitacion de ir á verle. Quiso al instante corresponder á este convite; pero la corta travesía que le fué preciso hacer para llegar adonde estaba el cacique, estuvo á punto de ser muy funesta á la espedicion y á su ilustre gefe.

Colon habia llegado á un cabo, donde aprovechando la calma del temporal, mandó plegar las velas como á una legua de distancia

de tierra. Hacia dos dias que no disfrutaba un momento de reposo, y rendido de fatiga fué á tenderse en el lecho á cosa de media noche, despues de haber mandado al piloto á quien confiaba el timon, que no le soltase de la mano. Apenas Colon se durmió, cuando el equipage, creyendo que no habia peligro que temer, siguió el egemplo del almirante, y el mismo piloto participando de aquella fatal seguridad, y olvidando las órdenes de Colon, puso un grumete en su lugar y fué á descansar como los demas; de modo que el buque quedó abandonado á la inesperiencia de un muchacho.

Mientras que todos dormian á bordo, menos el grumete, el buque era insensiblemente arrastrado hácia la costa por la corriente. De improviso sufrió un choque tan violento, que el grumete asustado, abandonó el timon dando gritos descompasados. Colon despertándose azorado acude sobre cubierta, vé las rocas que erizaban la costa y no tarda en conocer que el navío ha encallado. La confusion, el terror y la desesperacion reinan á bordo, solo el almirante conservando su presencia de espíritu y su sangre fria, discurre los medios de salvar la nave.

Por su órden, algunos hombres del equipage se lanzan á la chalupa, para arrojar á cierta distancia un áncora, por medio de la que se pudiese sacar la nave de entre las rocas; pero tan asustados estaban, que no pensaron mas que en buscar un refugio á bordo de *la Niña*, sin hacer caso de las reiteradas intimaciones del almirante. El capitan de esta carabela no quiso recibir á los cobardes, que olvidando sus deberes abandonaban á su gefe, y rechazados de esta manera, no tuvieron otro remedio que volver á la nave que se hallaba en tal apuro.

El almirante trató primero de aligerar el buque del peso de sus mástiles, los que mandó cortar: despues dió órden de que se arrojasen al mar todos los objetos que no fuesen indispensables. Estas medidas fueron inútiles, porque la nave se entreabrió cerca de la quilla, y el agua se precipitó con tal violencia y tanta cantidad por la abertura, que ya no hubo esperanza de salvar la embarcacion. El almirante seguido de todo el equipage, bajó á las chalupas que habian llegado para socorrerle, y que á fuerza de remos llegaron hasta *la Niña*.

Al dia siguiente por la mañana participó á el cacique la desgra-

cia que le habia sucedido, suplicándole pusiese á su disposicion cierto número de sus vasallos, para preservar de una pérdida total la embarcacion naufragada.

La noticia de este desastre causó el mayor sentimiento al cacique, llamado Guakanahari ó Guacanagari, y le hizo verter lágrimas. Acudió en el acto con sus gentes al socorro de los españoles, y en aquellas circunstancias los indios dieron una prueba brillante de su probidad: ademas de no ocultar ni siquiera un objeto de los que se hallaban en la carabela, se espusieron á los mayores peligros por salvar una gran parte. Reuniéronse prontamente muchas canoas, y gracias á tan activa y solícita cooperacion fué transportado á tierra todo lo que tenia algun valor. Ademas el generoso cacique se constituyó en persona guardador de los efectos preservados del mar, y suplicando á Colon que no se desesperase le ofreció cuanto poseia. Los efectos



sacados del buque se depositaron en un sitio inmediato á la habitacion del gefe indio, en tanto que se desocupaban las casas donde debian quedar en completa seguridad. No se

limitaron á esto solo sus precauciones: puso centinelas al rededor de aquel depósito; aunque eran inútiles, puesto que todos los súbditos de Guakanahari participaban del sentimiento de su gefe y de su afecto á los hombres blancos, llorando por la desgracia que les habia sucedido.

Colon hizo completa justicia á estos salvages, á su mansedumbre y hospitalario carácter, en el informe que dirigióála córte de España. «Estos hombres, decia, son tan afables, tan complacientes con nosotros que los considero como el mejor pueblo de la tierra: aman á sus semejantes como á sí mismos, y siempre amables y graciosos en sus maneras, están constantemente con la sonrisa en los labios. El rey es muy noble en sus modales y todos los actos de su servicio se verifican con la mayor solemnidad. Lo que he notado especialmente en este pueblo tan digno de interés, ha sido su prodigiosa memoria, la viva curiosidad que manifiesta por todas las cosas y la inteligencia que le induce á investigar las causas y los efectos. Está perfectamente dispuesto á recibir la enseñanza de los conocimientos europeos, y debe hacer rápidos progresos, cuando quieran instruirle en ellos.»

No habia tardado el cacique en advertir la pronunciada aficion de los europeos al oro; por tanto para procurarles algun consuelo y alivio en su desgracia, les dió ciertó número de placas de aquel metal que tanto apetecian, prometiéndoles que iba á dar sus órdenes para que trajesen mas de un sitio que se llamaba Cibao. A egemplo de su señor, muchos indios se apresuraron á traer tambien á los españoles placas de oro, recibiendo en cambio con entusiasmo algunas bagatelas de Europa. Uno de ellos que llevaba en una mano un gran pedazo de oro, estendió la otra hácia un español que le ofreció una campanilla. Al instante se apoderó de ella el salvage y tirando el oro á los pies del español, huyó como un ladron que acaba de hacer un robo: el indio se retiraba muy satisfecho de que habia engañado al hombre blanco.

Los españoles estaban contentísimos de su permanencia en aquella comarca deliciosa, donde nada les faltaba; pero su gefe estaba devorado por pesadumbres y cavilaciones: habia perdido la mejor de sus carabelas, y habia sido vendido, abandonado por el traidor Pinzon. La nave que le quedaba era tan pequeña, que no podia contener las dos tripulaciones, y ademas se hallaba en tan mal estado, que

emprender con ella un viage tan largo como el de España, hubiera sido una imprudencia que no podia menos de acarrear funestas consecuencias. Grande era el apuro de Colon y estremada su perplegidad; mas despues de haber reflexionado largo tiempo acerca de su penosa situacion, se decidió al fin á dejar una parte de su gente en la isla, donde debia formar una colonia, y embarcarse con el resto para España, á fin de dar cuenta á los reyes Fernando é Isabel, del resultado de sus descubrimientos. Esta resolucion fué aprobada por todos los españoles, muchos de los cuales se ofrecieron á quedarse en la isla. Faltaba disipar los recelos y desconfianza de Guakanahari, al ver que los estrangeros iban á establecerse en su reino; pero él recibió el mas vivo placer cuando supo que los seres de origen celestial iban á quedarse á su lado para protegerle, á él y á su pueblo, contra sus terribles enemigos los caribes.

Eran estos un pueblo feroz y cruel que habitaba en muchas islas situadas al Sud-este y que hacia frecuentes incursiones en la isla de Haiti. Los súbditos de Guakanahari, demasiado débiles para defenderse y resistir á un enemigo tan superior en fuerzas, buscaban un refugio en las montañas, de lo que se librarian en lo sucesivo, puestos bajo la proteccion de los españoles. Colon queriendo dar al cacique y á su pueblo alguna idea del arte militar de los europeos, dispuso que sus soldados ejecutasen algunas evoluciones delante de los indios. Estas maniobras dejaron pasmados á los salvages; pero cuando llegó el caso de disparar los cañones, el estruendo de la artillería les causó tanto miedo, que cayeron todos al suelo, llevando las manos á la cabeza, como para preservarse del rayo que les amenazaba. El mismo cacique, tan asustado estaba, que no se atrevia á levantarse, pero Colon se apresuró á tranquilizarle, prometiéndole que no se serviria de aquel trueno mas que contra sus enemigos los caribes. Para que los indios apreciasen mejor los terribles efectos é irresistible poder de aquellos mortíferos tubos que vomitaban el incendio y la muerte, hizo apuntar una pieza cargada con bala contra el casco de la nave encallada: la bala le traspasó de parte á parte, yendo á caer muy lejas al otro lado sobre las aguas. No hay con que ponderar el asombro del cacique á vista de tal testimonio de fuerza: quedóse estupefacto con lo que acababa de ver y aturdido con lo que acababa de oir, y cuando volvió á su habitacion ya no le quedaba duda ninguna de la

naturaleza divina de aquellos seres que disponian del rayo celeste.

Los españoles pusieron al instante manos á la obra para fundar una fortaleza, en cuyo trabajo los indios les ayudaban con mucho celo sin sospechar que por sí mismos forjaban los hierros que les habian de oprimir

Siempre que Colon bajaba á tierra, el cacique le recibia con las mayores demostraciones de respeto, multiplicando y variando sus atenciones con el almirante, que siempre le pagaba con algun regalillo. Un dia el cacique se presentó con una corona de oro en la cabeza, y llevando á Colon á una casa dispuesta con mucho esmero, se quitó la corona y la puso respetuosamente sobre la cabeza del almirante que sensible á esta prueba de amistad, se quitó al instante un



collar de perlas que solia llevar y le puso al cuello del cacique. Despojándose tambien del lujoso sobre-todo que llevaba puesto, suplicó á Guakanahari que se le pusiese, ayudándole á ejecutarlo: despues le puso en el dedo un anillo de plata, y pareciéndole que aun no es-

taba completamente ataviado, mandó por unos borceguíes colorados para que se los pusiese. Estas recíprocas atenciones y mútuos obsequios fueron como los preliminares de la buena fé del tratado de alianza que los dos gefes formaron entre sí.

El fuerte estuvo construido en menos de diez dias, y asi que pudo contener la guarnicion, el almirante escogió treinta y ocho hombres entre los que manifestaban deseos de quedarse en la isla y dió el mando de ellos á Diego de Arana. Les intimó y aun hizo prometer bajo juramento, la obediencia al comandante que les daba, y emplear todos los medios posibles para conservar sus relaciones amistosas con Guakanahari, justificando el buen concepto que habia formado de los españoles. Les recomendó tambien el estudio del idioma de los indios, y por último impuso al fuerte el nombre de Natividad.

Despues de haber adoptado las mas sabias providencias y las disposiciones que la prudencia aconsejaba en pro de la nueva colonia, Colon volvió á embarcarse y se hizo á la vela el 4 de enero de 1493. Los indígenas y los españoles que se quedaban en la isla, acompañaron á el almirante con sus aclamaciones y sus plegarias por un pronto y feliz regreso; porque habia mas que atrevimiento, habia temeridad en aventurarse asi en un mar aun desconocido, con una nave cascada y que no podia resistir tan larga navegacion.

El almirante ignoraba absolutamente lo que habia sido del traidor Pinzon y de su carabela. Una de dos, ó el comandaute de *la Pinta* habia perecido con su nave, ó se habia dirigido hácia Europa, para tener la gloria de ser el primero que anunciase á la córte de España los grandes descubrimientos que acababan de ilustrar el pabellon español: tal vez tambien para malquistar á el almirante con los reyes Fernando é Isabel y arrebatarle la recompensa debida á sus gloriosos trabajos. Estas sospechas y estos temores estimulaban á Colon á acelerar su regreso, cuya prontitud era de tanto interes para él, como el único medio de frustrar los planes del desleal capitan de *la Pinta*.

Debia ademas preveer toda duda acerca de su veracidad y quitar á una córte suspicaz todo pretesto de negarle la prómetida recompensa. Colon sabia ya como habérselas con los cortesanos y envidiosos influyentes en el palacio de los reyes, y por lo mismo llevaba en su nave muestras de todo lo que habia encontrado notable en

los paises descubiertos: por supuesto que no se habia olvidado del oro, como de la cosa mas estimada é importante. Hizo igualmente embarcar con él, cierto número de indígenas de cada una de las islas que habia visitado, muchas especies de aves desconocidas en Europa, y otros objetos curiosos, escogidos asi en los productos de la tierra, como en los artefactos de los habitantes de aquellos diversos paises.

Colon se dirijió hácia el Este, costeando la Española ó Haiti, para examinar al paso las otras localidades aun inesploradas de la isla. A poco tiempo de su partida, el vigía anunció que allá en el lejano horizonte se divisaba una cosa parecida á una embarcacion. Maniobrando al instante para tomar aquella direccion, ¡cuál fué el asombro de Colon, cuando al acercarse, reconoció á *la Pinta* mandada por Pinzon, al que andaba buscando hacia mes y medio! Estraordinario fué el júbilo de Colon y de su gente con aquel encuentro inesperado.

Pinzon pasó á bordo del almirante para justificarse, y aunque esta era empresa dificil, supo achacar su falta al temporal, que á pesar de sus esfuerzos le habia apartado del rumbo y hecho perder de vista la carabela del almirante. Esta escusa no podia satisfacer ni engañar á Colon; pero la severidad hubiera sido una gran imprudencia en la situacion precaria en que se hallaba. Su carácter era ademas propenso á la generosidad y la clemencia, y no podia olvidar los eminentes y personales favores que debia á Pinzon. Aparentó, pues, que le convencián sus estudiadas disculpas y volvió á ser amigo suyo, teniéndose ya por dichoso por no verse en la dolorosa necesidad de confiar la relacion de sus descubrimientos á una embarcacion que apenas podia sostenerse en el mar.

La codicia del oro es la que habia tenido á Pinzon separado por tanto tiempo del almirante. Se creyó que desembarcando en otras costas de la Española y esplorando otras localidades, donde no hubiesen penetrado Colon ni sus compañeros, encontraria mucho oro: esto en parte lo habia conseguido; pero sin hacer ningun nuevo descubrimiento.

Entre tanto un viento favorable protegia el regreso de Colon á España; la fresca brisa del Oeste inflaba las velas de las naves que surcaban rápidas el mar, anunciando á los españoles que pronto verian las costas de su patria. Ya las tripulaciones, embriagadas en sua-

ves ilusiones de gloria, creen escuchar los gritos de sorpresa y admiracion con que es acogida la noticia del descubrimiento del nuevo mundo; mas los aterradores preludios de una violenta tempestad vienen á disipar las esperanzas de los españoles. Densas nubes se forman y agrupan al Oeste, cuando Colon se hallaba aun á cien leguas de las Azores donde podria encontrar un refugio. La borrasca se aproxima y con ella densas tinieblas que convierten en lóbrega noche la brillante claridad del dia. Los hombres de la tripulacion sumergidos en cruel ansiedad, esperan el desenlace de aquella crisis que debe ser terrible: todos tienen sus ojos clavados en Colon, que siempre sereno, siempre intrépido, da sus órdenes con una imperturbable sangre fria.

Las olas se inflan, se elevan, y las naves traqueteadas, en vano luchan contra su furor; el viento rasga las velas, hace saltar las cuerdas y crugir los mástiles. Los relámpagos trazan en la oscuridad surcos de lúgubre resplandor, mientras que retumba el trueno y torrentes de agua se precipitan sobre las carabelas. En fin, la tempestad estalla con todos los signos precursores del naufragio, el estrépito del rayo se mezcla con el bramido de las olas, y las dos naves, juguete de ellas, tan pronto son levantadas hácia el cielo, tan pronto bajan precipitadas á un abismo que parece va á tragarlas.

Todos los corazones están helados de terror, y los hombres de la tripulacion, consternados, abatidos, espresan de varios modos el pavor que les causa aquella situacion desesperada. Unos puestos de rodillas, levantan al cielo sus manos suplicantes, para pedirle la conservacion de sus dias, mientras que otros pálidos y sin movimiento, guardan un sombrio silencio, cual si ya estuviesen heridos por la muerte. Otros hacen voto de ir en peregrinacion, descalzos y en camisa á la iglesia mas inmediata, dedicada á la Santísima Vírgen, en el primer pais cristiano adonde el cielo les permita llegar.

En vano Colon recurre á todos los medios que la prudencia indica á un marino esperimentado; en vano intenta reanimar el valor y actividad de las tripulaciones: todos permanecen inmóviles, mientras que la tempestad redobla su furia, contra la que serian ineficaces todos los recursos del hombre. Conociendo Colon la inutilidad de la lucha, se entró en su cámara; mas no para prorumpir en estériles lamentos, ni en aquellos desahogos á que recurren los hombres débiles

y pusilánimes : un solo pensamiento le ocupa, el de asegurar á la España y al universo entero el resultado de sus descubrimientos, y que no se pierda aquel camino que ha sabido abrir hasta el nuevo mundo.

Colon coge un pergamino y escribe aceleradamente las noticias mas importantes acerca de los paises que ha descubierto, le envuelve en un lienzo empapado en aceite, y despues de haberlo preservado ademas con una tela encerada, mete el paquete en un barril cerrado cuidadosamente y le arroja al mar. Pensaba, con fundamento, que las aguas llevarian aquel barril á alguna costa donde siendo recogido podria revelar los secretos que le estaban confiados. No satisfecho aun, colgó de la popa de la nave otro barril con las mismas instrucciones, el que no podria desprenderse hasta el momento y sitio del naufragio. Ejecutadas estas dos cosas, el almirante resignado, esperó mas sereno los decretos del cielo; ya si perece será sin pena y sin remordimientos, porque juzga que el fruto de sus trabajos no será perdido para el porvenir.

Entre tanto no cambiaba la situacion de las dos carabelas, y sus tripulaciones espuestas á los mismos peligros tenian sin cesar la muerte ante los ojos. El huracan no cesaba un solo instante en toda la noche, y la desesperacion continuaba reinando en las dos embarcaciones ; pero al fin, aquella noche tan larga, tan espantosa, se acaba, y con los primeros rayos del sol, aparece y se destaca en lontananza una tierra como salida del seno de las aguas. La esperanza renace en todos los corazones; pero ¿qué tierra es aquella cuya vista tanto regocija los ánimos ? El mismo almirante lo ignora : observa, duda, y en fin, cuando se puede distinguir mas la costa, falla que la que tienen enfrente es una de las islas Azores.

Se hallaban todavia á distancia bastante considerable de la isla y ademas la furia del viento hacia muy peligroso el acercarse á la costa. Por impaciencia que hubiese de bajar á tierra, tuvieron aun que andar costeando durante cuatro dias, que no fueron escasos de peligros para aquellos fatigados marinos. *La Pinta* habia vuelto á perderse de vista, ignorándose si habia naufragado, ó si su comandante, á favor de las tinieblas, habia vuelto de nuevo á sustraerse á la vigilancia de Colon, para adelantarse á España á dar las primeras noticias de los descubrimientos. Al fin cesó la borrasca y Colon pudo entrar en la rada donde ancló.



Los portugueses vinieron al instante á traer á los españoles los refrescos que tanto necesitaban, haciéndoles preguntas para saber de donde venian y adonde iban. Los españoles informados de que habia una ermita consagrada á la Vírgen, á poca distancia de la costa, pidieron permiso á el almirante para cumplir el voto que habian hecho durante la tempestad.

Colon concedió este permiso á la mitad del equipage, bajo la condicion de que habian de volver prontamente á bordo, para que la otra mitad pudiese cumplir igualmente su piadoso deber. Los marinos desembarcaron y descalzos y en camisa, conforme se habian obligado por su voto, se dirigieron al sitio, en que segun las señas de los portugueses se hallaba la ermita de la Vírgen.

Creíase que pronto estarian de vuelta, pero las horas pasaban y ellos no volvian. Viendo que la noche se acercaba. Colon sospechó alguna perfidia de parte de los portugueses y tuvo que esperar hasta el dia para averiguar la causa de la tardanza de su gente. Cuáles fueron á la vez su sorpresa y su indignacion, cuando al dia siguiente supo que la

guarnicion portuguesa habia hecho prisioneros á aquellos hombres desnudos y sin armas, sorprendiéndoles en una infame emboscada!

El almirante poseido de justa indignacion contra los autores de semejante perfidia, dirigió al gobernador reclamaciones que no tuvieron ningun resultado: entonces juró que sabria tomarse la justicia por su mano y que no saldria de la rada sin hacer todo el daño que pudiese y llevarse cien portugueses. El gobernador intimidado con las amenazas de tan terribles represalias, envió una comision á informarse de si él y sus gentes estaban realmente al servicio de España. Colon no solo respondió afirmativamente, sino que á mayor abundamiento manifestó los reales despachos de Fernando é Isabel, lo que hizo que los prisioneros españoles fuesen puestos en libertad. Sin duda que el gobernador habia formado el plan de apoderarse de Colon y tenerle detenido con toda su gente, para que el rey de Portugal pudiese apoderarse de los paises que acababan de ser descubiertos; pero la prudencia del almirante en permanecer siempre á bordo, hizo abortar el complot, y el gobernador juzgó que el mejor partido que tenia que tomar, era dar libertad á los marinos y disculparse diciendo ignoraba fuesen españoles.

Colon deseoso de salir cuanto antes de aquella tierra inhospitalaria, se hizo á la vela y cuando esperaba llegar al término de sus trabajos y sus desgracias, todavia otro nuevo contratiempo vino á hacer problemática su vuelta á España. Una tempestad casi tan terrible como la que habia sufrido al acercarse á las Azores, alejó su buque de las costas de España y rompiendo las velas, poco faltó para que le echára á pique; la tormenta iba en aumento hacia ya cuarenta y ocho horas, y la situacion del buque era de las mas críticas, cuando á media noche, el piloto avisó que las olas le empujaban contra unas rocas, en las que indudablemente se hubiera hecho pedazos, si hubieran seguido algunos instantes mas aquella peligrosa direccion.

Colon, cuya presencia de espíritu nunca se desmentia, mandó prontamente virar de bordo, y con esta maniobra preservó de una catástrofe á su carabela y á los que en ella iban. Bien pronto reconoció que estaban en las costas de Portugal y á corta distancia de la desembocadura del Tajo. Su primer cuidado asi que amaneció fué enviar dos correos, uno á la córte de España, para anunciar á los reyes su feliz regreso, y otro á Lisboa pidiendo al rey el permiso de llegar

hasta allí con su nave, que necesitaba algunos reparos. El monarca portugués accedió al instante á lo pedido por Colon que inmediatamente se hizo á la vela para Lisboa.

Apenas corrió la noticia de la llegada de una nave que por tantos títulos era digno objeto de la curiosidad pública, toda la poblacion de Lisboa acudió al puerto: una inmensa multitud cubria los muelles, y aun se metieron en barcas los mas ansiosos de conocer al hombre estraordinario que habia terminado felizmente una empresa tan difícil. Unos daban gracias al cielo que habia bendecido aquella espedicion, y otros lamentaban la desgracia de su patria, que habia perdido la gloria que le estaba ofrecida, por no haber sabido apreciar el talento de aquel grande hombre.

Aunque el rey de Portugal estuviese pesaroso por haber desdeñado las proposiciones de Colon, cediendo á la influencia de consejeros inhábiles ó pérfidos, y á pesar del despecho que le causaba el prodigioso incremento del poder y riquezas de la España, acogió á el almirante con las demostraciones del mayor aprecio, y le felicitó por el próspero resultado de su espedicion heróica. Por su órden se le hicieron á Colon los mayores honores, se le proporcionó cuanto podia necesitar, y por último, recibió el almirante una invitacion para pasar á palacio, escrita de puño del monarca.

Cuando el almirante se presentó en palacio, toda la córte salió á su encuentro por órden terminante del rey. En el coloquio que tuvo con el monarca, este exigió que Colon estuviese sentado y cubierto mientras le hablaba. Colon le refirió todos sus descubrimientos y el monarca no pudo menos de manifestar su admiracion y su pesar. El almirante por su parte conservaba una actitud modesta; pero interiormente le rebosaba el gozo á vista de aquellos viles cortesanos que poco antes le injuriaban como á un miserable forjador de proyectos, y entonces deslumbrados con la brillantez de su triunfo y la gloria asociada á su nombre, procuraban en vano ocultar su verguenza y obtener el perdon de sus ofensas, con los homenages que le prodigaban.

El rey con seductoras ofertas propuso á Colon el quedarse al servicio de Portugal: en aquellas circunstancias no hubiera creido cara la adquisicion de semejante hombre, aun á costa de la mitad de su reino; pero el almirante fiel al gobierno español, se despidió del mo-

narca en otra entrevista en que este volvió en vano á dar otro ataque á su fidelidad.

Embarcóse en la nave compuesta durante su permanencia en Lisboa, de donde salió con animo de entrar en el mismo puerto español de que habia partido para ir en busca del nuevo mundo. Entró efectivamente en el puerto de Palos el 15 de marzo de 1493, despues de un viage que habia durado siete meses y once dias.

IV.

Regreso de Colon al puerto de Palos.—Su entrada triunfante en Barcelona.—Honores estraordinarios que recibe en la córte de España.—Ejecutoria de nobleza.—Embajada española á Roma.—Bula de Alejandro VI.—Nueva espedicion.—Salida de Cadiz.—Descubrimiento de la Dominica y la Guadalupe.—Antropófagos.—Vuelta de Colon á Haiti.—Desastre del primer establecimiento español.—Fundacion de la Isabela.—Trama contra Colon.—Descubrimiento de la Jamaica.—Pesca singular.—Visita y discurso de un cacique.—Enfermedad de Colon.—Vuelve á encontrar á su hermano.—Preparativos de guerra contra los españoles.

Solo los indicios de que volvia la carabela de Colon, habian hecho que todos los habitantes de Palos volasen al puerto, para asegurarse por sí mismos de la realidad de un suceso que no acababan de creer y que debia escitar en el mas alto grado su entusiasmo y alegria. Cuando la nave se fué acercando lo suficiente para que pudiesen conocer á sus parientes y amigos, cuya vuelta era en cierto modo inesperada, porque habian salido acompañados de los mas tristes presagios y funestos presentimientos, muchos gritos de alegria resonaron en los aires. Veíase á la multitud estender sus brazos hácia aquellos hermanos, aquellos compatriotas restituidos á la gratitud de su pais, á el afecto de sus familias, y lágrimas de ternura corrian de todos los ojos.

El almirante desembarcó al son de las salvas de artilleria, de todas las campanas echadas á vuelo, y de los vivas de la muchedumbre; pero bien pronto tuvo que sustraerse á las estrepitosas demostraciones del entusiasmo general, para presentarse en Barcelona donde la córte se hallaba por entonces. En cuanto á Pinzon, las narraciones de los diferentes historiadores son muy contradictorias respecto de este oficial, que habia tomado tanta parte en la espedicion.

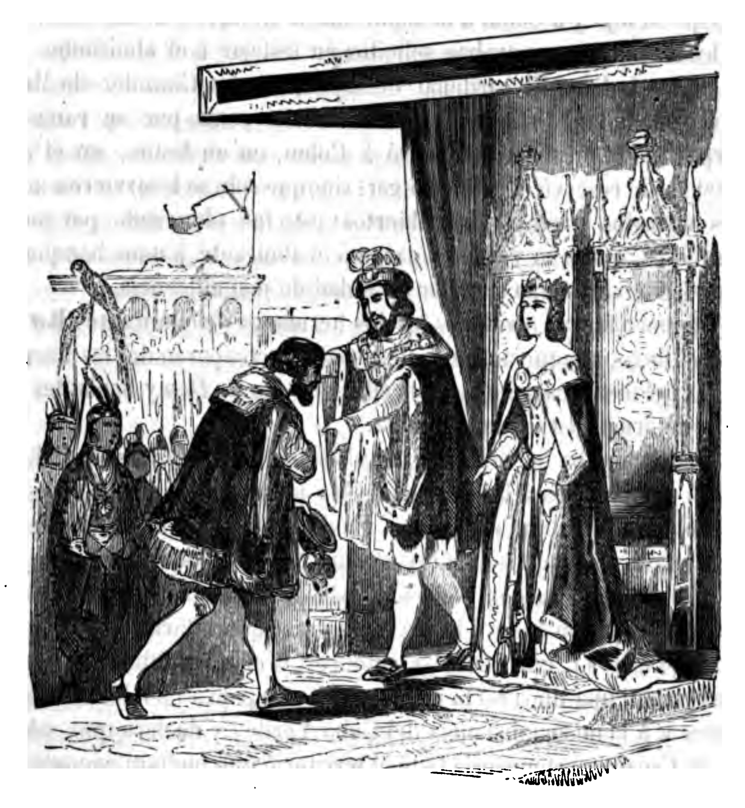
Segun algunos escritores, Pinzon separado del almirante por el temporal delante de las Azores, ó estraviado de intento, entró en el puerto de Palos poco despues de la llegada de Colon: otros historiadores pretenden que habiéndosele adelantado, llegó unos dias antes á las costas de Galicia y desembarcó para ir prontamente á la córte, con el objeto de ser el primero que anunciase las importantes nuevas de los descubrimientos con que se habia distinguido la espedicion, pero que el rey Fernando, desaprobando altamente esta conducta desleal, le habia intimado que no se presentase en la córte sin venir acompañado de Colon. Aquel hombre orgulloso, recibió tal pesadumbre co esta órden que asi desconcertaba los cálculos de su ambicion, que á los pocos dias fué acometido por una enfermedad que puso fin á su existencia.

En todas las poblaciones por donde pasaba Colon para ir á Barcelona, salian los habitantes á su encuentro y su nombre volaba de boca en boca, repetido por la admiracicn. En fin, llegó á la capital de Cataluña, donde Fernando é Isabel le esperaban con la mayor impaciencia: habian dado órden de que la córte saliese á recibirle y tributarle el homenage de su respeto. Apenas el almirante podia abrirse paso por las calles atestadas de curiosos que se estrechaban por verle.

Rompian la marcha los indios que Colon habia traido de las islas nuevamente descubiertas, los que iban vestidos á la estraña usanza de su pais. Despues era conducido cuanto oro se habia embarcado, ya en forma de adornos, de hojas, ó en granos. Seguian algunos hombres con ejemplares de todas las producciones de la naturaleza y el arte, que se habian recogido en el nuevo mundo. Esta coleccion tan interesante y tan nueva para los europeos, se componia de ovillos de algodon, cajas de pimienta, papagayos encaramados en cañas de veinte y cinco pies de alto, cuadrúpedos, aves disecadas y otra multitud de objetos nunca vistos en Europa. En fin, presentábase el mismo Colon, atrayendo hácia sí todas las miradas de los asombrados espectadores, porque él era el primer personage de aquella imponente escena, el héroe de aquella fiesta nacional.

Fernando é Isabel, su esposa, para dar á el almirante una solemne prueba de su estimacion y agradecimiento, le esperaban en un trono magnífico, levantado en medio de la plaza. Adelantóse el almirante, y conforme á la etiqueta, quiso arrodillarse á los pies de los reyes;

pero Fernando se lo estorbó, y dándole su mano á besar, le invitó á que tomase asiento en el sillon que le estaba preparado. Hízolo asi el



almirante, y con aquella modesta sencillez que no escluye la dignidad, relató minuciosamente sus descubrimientos y acabó por manifestar las producciones que traia. Mientras hablaba, la sorpresa y la admiracion se pintaban en el rostro de cuantos podian escucharle, y ya habia cesado de hablar, cuando todavia le estaban escuchando.

Apenas acabó su relacion, los dos soberanos, y á su ejemplo todos los espectadores, se hincaron de rodillas, para entonar un cántico sagrado, dando gracias á Dios por un suceso que iba á ser para la España el origen de grandes venturas. Despues los católicos reyes colmaron de honores á el almirante, confirmaron del modo mas solemne todas las recompensas que le habian prometido antes de su partida

y le concedieron ejecutoria de nobleza para él y toda su familia Siempre que el rey Fernando salia á caballo, llevaba á la derecha al príncipe su hijo y á Colon á la izquierda. A ejemplo del monarca, todos los grandes se mostraban solícitos en festejar á el almirante, virey de las Indias. El cardenal de España, Pedro Gonzalez de Mendoza, prelado tan distinguido por su mérito como por su rango y estirpe, fué el primero que honró á Colon, en un festin, en el que no solo se le reservó el primer lugar: sinoque solo se le sirvieron manjares probados y en platos cubiertos: esto fué observado por todos los señores, que á su vez convidaron á el almirante á unos banquetes en que se advertia una singular rivalidad de magnificencia.

Tampoco fueron olvidados los dos hermanos del almirante, Bartolomé y Diego; aunque ausentes de España participaron de las liberalidades del monarca, que les concedió el título de *Don* y brillantes escudos de armas para toda la familia.

No descansaba el rey Fernando hasta obtener la sancion del soberano pontífice, para la posesion de los paises descubiertos y de los que Colon pudiera aun descubrir. Envió al instante un embajador á Roma, para pedir al papa la investidura de aquellas comarcas en favor de los españoles, con esclusion de las demas naciones, solicitando que esta concesion fuese á la vez esclusiva y hereditaria.

Alejandro VI, que ocupaba entonces la silla pontificia, tiró en el mapa-mundi una línea recta desde uno á otro polo á cien leguas de las Azores y á la misma distancia del Cabo Verde, y declaró que solo al rey de España perteneceria todo el territorio que pudiera encontrarse mas allá de esta línea hácia el Occidente.

Para esplicar la peticion de Fernando y la respuesta del soberano pontífice, es preciso trasladarse á la época del descubrimiento del nuevo mundo y consultar la historia. Entonces los papas, en virtud de su gran poderío, gozaban una autoridad ilimitada y el privilegio de disponer de todo el universo como vicarios de Jesucristo: prerogativa consagrada en cierto modo, por el tiempo, la tradicion y el dominio del sentimiento religioso, ante el que es nula la política de los gobiernos de Europa. Antes de juzgar estos hechos y condenarlos, es indispensable examinarlos bajo su aspecto histórico, estudiando la época á que pertenecen, el estado de la sociedad, las creencias y costumbres que la dominaban con su irresistible influencia.

Asi en la bula de Alejandro VI se dice, que el pontífice concede al rey de España las islas y tierras descubiertas ó que de nuevo se descubriesen, y el acta solemne de investidura ó mas bien donacion, estipula que el santo padre dá á Fernando estas islas y tierras, con sus señoríos, ciudades, castillos, lugares, aldeas, derechos, jurisdicciones y demas propiedades y dependencias, por la autoridad de Dios Todopoderoso, de la que el papa goza en este mundo como vicario de Nuestro Señor Jesucristo.

Segun algunos historiadores, Fernando envió el embajador á Roma, para asegurarse la mediacion del soberano pontífice en las competencias que los nuevos descubrimientos podrian suscitar entre España y Portugal, interesando asi á la Santa Sede á favor del gobierno español. Bien puede ser que Fernando llevase esta mira secreta; pero no se debe olvidar, que se honraba con el título de *Católico*, como un testimonio de su piedad, y que este príncipe se dispensaria menos que ningun otro de cumplir, respecto del santo padre, lo que él consideraba como su primer deber de cristiano y de monarca.

Entretanto se hacian los preparativos de otra espedicion, con tal actividad y prontitud que en breve tiempo se hallaron en el puerto de Cádiz, diez y siete embarcaciones, prontas á hacerse á la vela para el nuevo mundo. Personas de todas las clases de la sociedad se disputaban el favor de embarcarse y tomar parte en una espedicion que prometia á la vez riquezas y gloria: ni faltaba quien habia formado el proyecto de establecimientos en los paises nuevamente descubiertos. Colon no podia llevar consigo á todos los que se presentaban, y escogió mil quinientos, tomando las precauciones necesarias, para que las naves fuesen provistas de todos los objetos indispensables á el viage y al establecimiento de muchas colonias. Nada olvidó la prevision del almirante, asi es que en los navíos iban herramientas é instrumentos de toda clase, embarcando tambien muchas especies de cuadrúpedos desconocidos en el nuevo mundo, como caballos, asnos, toros, vacas, &c., y semillas de todos los vegetales á quienes la temperatura del clima pudiese convenir.

Por lo demas, persistiendo en la opinion de que las tierras nuevamente descubiertas, eran una parte de la India, que segun estas erróneas suposiciones debia llegar hasta aquellos paises, la distinguió de la India ya conocida con el nombre de Oriental, dando á esta otra el

de Occidental, porque los navíos que van desde Europa tienen siempre que navegar hácia el Occidente, sin embargo esta denominacion no se ha estendido á toda la América, sino á las islas situadas en el anchuroso golfo de Méjico.

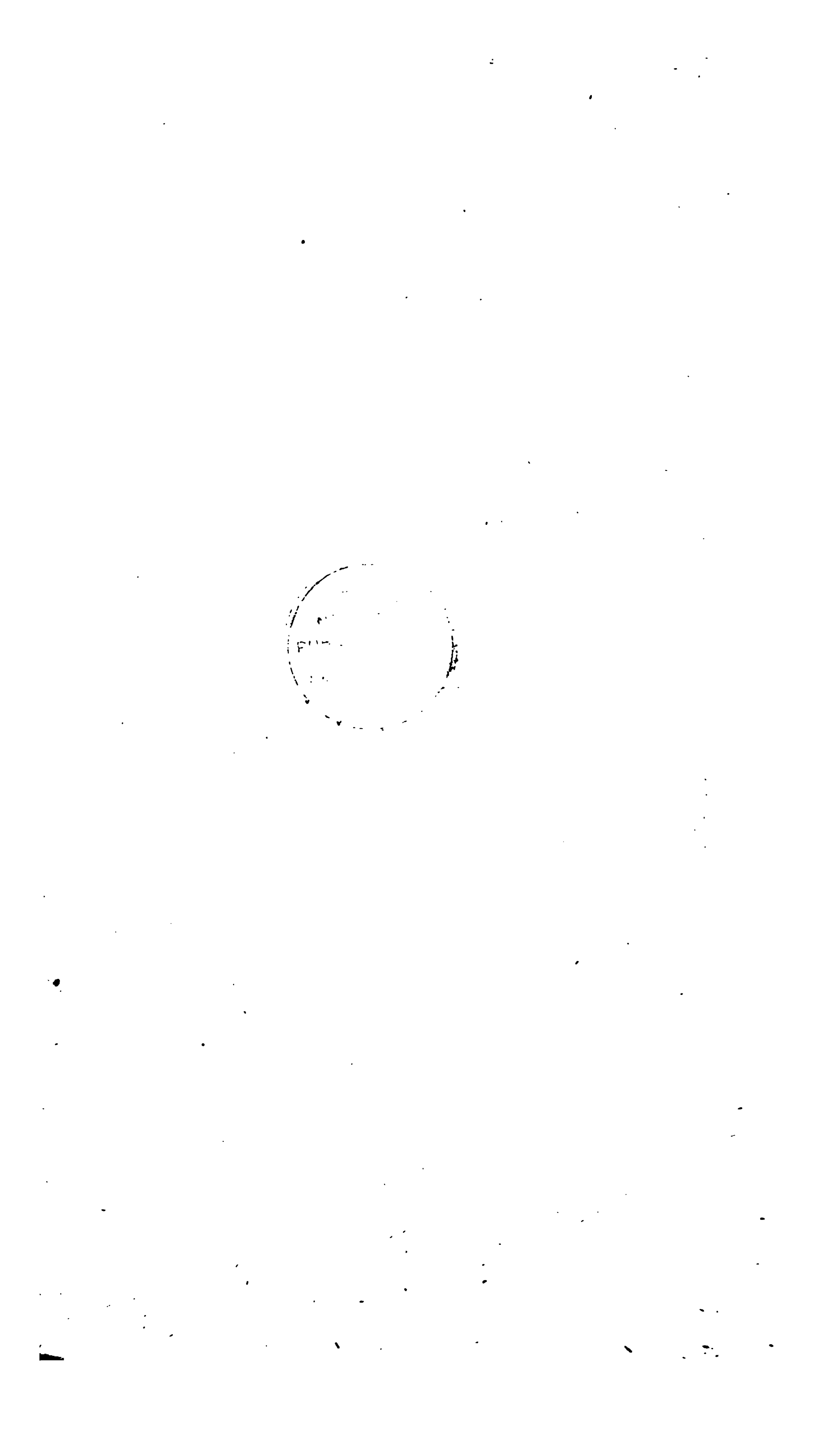
Terminados los preparativos, la flota salió del puerto de Cádiz el 25 de septiembre, y como en su primer viage, Colon se dirigió desde luego á las islas Canarias, donde ancló el 5 de octubre. Hizo provision de agua, de madera y ganado, principalmente de cerdos, y continuó su ruta con viento favorable que le permitió caminar ochocientas leguas marinas en veinte y ocho dias. El veinte y seis despues de su salida de España, la flota fondeó delante de una isla á la que puso el nombre de Dominica, porque la habia descubierto en domingo, dia que en latin se llama *dies dominica*, es decir dia del Señor, ó *dies solis*, dia del sol. La Dominica es una de las pequeñas Antillas ó islas de los caribes.

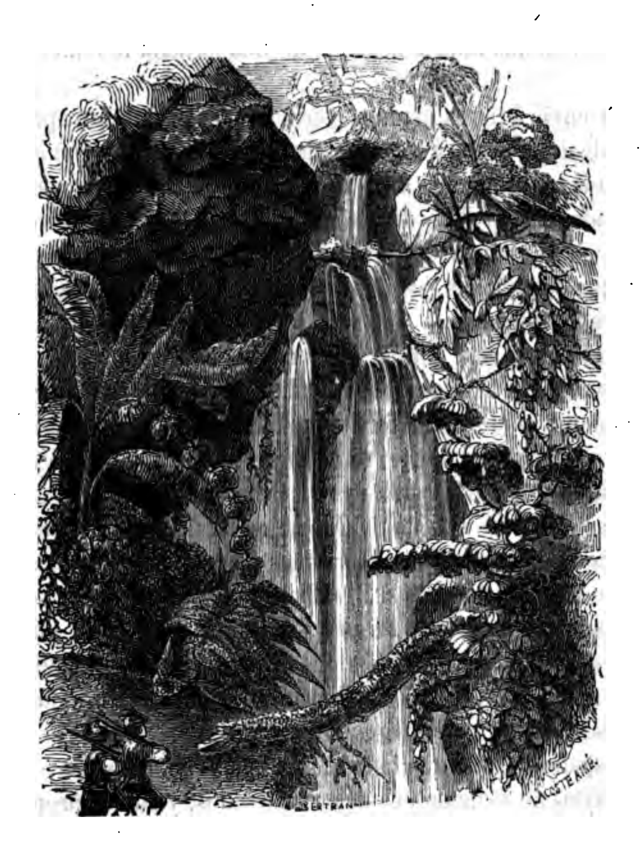
No siendo bastante cómoda la rada de esta isla, el almirante volvió á hacerse á la vela, y no tardó en descubrir sucesivamente muchas islas, siendo las mas considerables la Mari-Galante y la Guadalupe, que hoy dia pertenece á los franceses. Dió el nombre de Guadalupe á la segunda de estas islas, porque habia prometido á los frailes de un convento de esta advocacion, ponérsele á alguna de las islas que pudiese descubrir. De este número fueron tambien la Antigua, Puerto-Rico y por último San Martin.

La costa de la Guadalupe ofreció á los españoles el magnífico espectáculo de una cascada, cuyo ruido se oía á tres leguas de distancia. La formaba una tela de agua que saltaba desde un peñasco agudo y muy elevado. Al principio ningun habitante se descubria en la isla, porque todos habian huido de sus cabañas; pero Colon envió tras ellos algunos soldados que consiguieron atrapar dos indios jóvenes, que dijeron no ser de aquella isla, sino de otra donde habian sido cogidos para traerlos á la Guadalupe. Tambien vinieron seis mugeres á implorar el socorro de los españoles, diciéndoles que eran cautivas y estaban condenadas á perpétua servidumbre. Por estas mugeres supieron los españoles estremecidos la horrible costumbre de los habitantes de la isla: asaban y se comian todos los prisioneros que hacian en la guerra y se guardaban sus mugeres como esclavas. Asi los dos indios como las mugeres suplicaron tanto á Colon que los lle-



Vista de Cádiz.





vára consigo, que no pudo resistir á sus ruegos y á sus lágrimas.

Abordando á otras islas, Colon quedó cerciorado de la veracidad de estas mugeres y del cacique Guakanahari, que antes que ellas, ya habia dado á el almirante noticias del carácter belicoso y ferocidad de aquel pueblo. Casi en todas las partes donde se presentó, fué recibido como enemigo, y casi en todas partes halló restos de aquellos abominables festines, y las cabañas de aquellos antropófagos sembradas de huesos y calaveras humanas. Huyendo de tan horrible espectáculo é impaciente por encontrar á los españoles que habia dejado en Haiti, Colon se alejó prontamente de estas islas, donde habian sido infructuosas todas sus tentativas, para establecer relaciones amistosas con

los indígenas. Continuó su rumbo hácia la colonia y ancló el 21 del mismo mes, en una rada á distancia de una jornada del fuerte de Natividad.

Colon envió á tierra algunos españoles que volvieron apresuradamente á decirle, como á poca distancia de la costa, habian encontrado dos cadáveres con una soga al pescuezo hecha de corteza de árbol, y atados á un pedazo de madera, labrada en forma de cruz. No podian decir si eran europeos ó indios, porque el estado de putrefaccion en que se hallaban los dos cadáveres, los habia dejado enteramente desfigurados.

Alarmado con esta noticia, Colon sospechó la horrible verdad y corrió á ponerse á la altura de Natividad, es decir frente al punto de la costa en que se elevaba el fortin que habia mandado construir. Apenas estuvo delante del fuerte, se metió en la chalupa y saltó en tierra; pero ¡ cuál fué su espanto al buscar en vano á los españoles que habia dejado en la isla ! En el sitio del fuerte no habia mas que ruinas, descubriéndose por aqui y por allá girones de vestidos españoles, y fragmentos de armas y utensilios. Bastaba este espectáculo para dar á conocer lo sucedido durante su ausencia: once cadáveres, hallados á poca distancia del fuerte, con todas las señales de una muerte violenta; ya no dejaron duda á el almirante de cual habia sido la suerte de los desgraciados colonos.

Los españoles lamentando la suerte de sus compañeros, prorumpian en gritos de venganza contra sus asesinos, y aun se preparaban á ejercer con los naturales del pais terribles represalias, cuando el hermano de Guakanahari se presentó á dar cuenta á el almirante de la catástrofe de la colonia. He aqui los hechos principales que contó:

«Apenas el almirante se hizo á la vela para volver á España, cuando los españoles que habia dejado en la isla, olvidaron los consejos y órdenes que les habia dado antes de embarcarse. Habíales él recomendado particularmente, mantener á los naturales en aquel profundo respeto que desde un principio habian sabido inspirarles, pero lejos de esto provocaron el ódio é indignacion de los indios, con vejaciones é injusticias de todo género. En vano su comandante quiso traerlos á mejor camino por su propio bien, haciéndoles entender los graves peligros á que se esponian por su culpable conducta. Se hicieron sordos á susexhortaciones, despreciaron sus amenazas y recor-

rieron la isla, sin irse á la mano en sus rapiñas, contando con su impunidad y la paciencia de los habitantes.

La parte sometida al cacique de Cibao, fué el blanco principal de sus escursiones, atraidos por el oro que de alli sacaban. El cacique sufrió por algun tiempo estas violencias sin quejarse; pero irritado al fin por la conducta de los estrangeros á quienes la codicia hacia crueles, se armó para rechazarlos y escarmentarlos. Los españoles sorprendidos por las tropas de Cibao en el momento en que mas dispersos y descuidados estaban, trataron de refugiarse al fuerte que fué invadido y entregado á las llamas: unos murieron defendiéndose y otros pocos que trataron de salvarse en una pequeña embarcacion, perecieron en el seno de las aguas.»

Tal fuéen sustancia lanarracion delhermano de Guakanahari, añadiendo que este, siempre amigo de los españoles, á pesar de los insultos y malos tratamientos que habia recibido de ellos, habia tomado las armas para defenderlos, al ser atacados por el cacique de Cibao, y que en esta defensa habia recibido una herida de la que aun estaba padeciendo.

Los soldados de Colon tenian sus dudas acerca de la veracidad de esta narracion y querian tomar venganza de la muerte de sus compatriotas, haciendo una guerra de esterminio á todos los indios; pero la prudencia y humanidad del almirante estorbaron este designio. Hízoles ver que la seguridad del nuevo establecimiento y los intereses de la España, exigian que se procurase volver á ganar la confianza de los indios, haciéndoles olvidar los agravios de que pudieran quejarse. Recomendó á sus súbditos la dulzura y probidad en sus relaciones con los indígenas y pasó á visitar al cacique Guakanahari. Encontróle en efecto padeciendo de resultas de una herida, que no parecia hecha con arma europea, sino con alguna espada de madera. Por lo demas, la relacion de este cacique, hecha con la mayor confianza y franqueza, era en un todo conforme á la de su hermano.

Guakanahari para dar otra prueba de su adhesion á la causa de los españoles y su cariño á su noble gefe, regaló á el almirante ochocientas conchitas de gran valor entre los indios, cien placas de oro y tres calabazas llenas de granos del mismo metal, pesando todo cerca de doscientas libras. Colon correspondió por su parte dando al ca-

cique toda clase de frioleras de fábrica europea, tan apreciadas por el cacique como los regalos que acababa de ofrecer.

Despues de esta entrevista de la que Colon quedó muy satisfecho, llevó á sus compañeros á otro parage de la isla, mas agradable, mas sano y mas apropósito que el sitio que dejaban, para fundar junto á la desembocadura de un rio una ciudad regular, rodeada de fortificaciones, en la que los españoles pudiesen establecerse con seguridad y vivir en habitaciones sanas y cómodas.

Todos cuantos habian tomado parte en la espedicion, la tuvieron que tomar en la construccion de la nueva ciudad, siendo Colon el primero á dar el ejemplo de una actividad infatigable. Gracias á este concurso de todos los esfuerzos y á el ardor que el almirante supo comunicar á sus compañeros, la primera ciudad que los europeos han edificado en el nuevo mundo, estuvo acabada en muy poco tiempo. Colon quiso que se llamase Isabela en honor de su soberana.

Estaban sin embargo muy disgustados los conquistadores de aquel nuevo universo, que ni habian previsto la necesidad de la vida laboriosa á que los condenaba Colon, ni se esperaban estar sujetos á un trabajo fatigante, bajo un cielo mas ardoroso. Aquella continuidad de perseverantes esfuerzos, provocaba murmullos y la espresion del mal humor. Una triste realidad habia disipado sus ilusiones y dejado fallidos los cálculos de su avaricia. La esperanza de hallar inmensos tesoros, y gozar las delicias de una vida opulenta, era la que habia traido al nuevo mundo á la mayor parte de aquellos hombres; mas en lugar de aquel voluptuoso descanso, de aquella felicidad que solo habia existido en los sueños de su imaginacion, solo encontraban penosos trabajos, espuestos á los ardores de un sol devorante, y á todos los peligros de un aire insaluble que los diezmaba con crueles enfermedades. Afligian sobre todo á aquellos europeos, acostumbrados á todas las comodidades de la vida, las privaciones que les amenazaban, el recuerdo de la posicion que habian abandonado por venir en busca de aventuras, y la incertidumbre de la suerte que les esperaba. ¿Dónde estaban aquellos montes de oro que se habian prometido? Ni aun les era permitido irá buscarlos, porque Colon habia prohibido visitar el interior del pais, hasta que la ciudad estuviese acabada.

A estos principales motivos del descontento general, se agrega-

ban cada dia nuevas quejas de la severidad de Colon, viniendo á parar todo ello en una conspiracion contra la vida del almirante. Estaba pronta á estallar, cuando fué descubierta, y de los culpables unos fueron castigados en el acto, para precaver otras maquinaciones por miedo del castigo rigoroso, y otros fueron embarcados para España, donde los habian de juzgar. Al mismo tiempo escribió al rey Fernando una carta en que le pedia encarecidamente, le enviase cuanto mas antes nuevos refuerzos de tropas y provisiones para facilitar la ejecucion de sus grandes proyectos.

Una distraccion era el mejor remedio de conjurar los efectos del espíritu de rebelion, que tan fatales progresos hacia entre los españoles. Colon comprendiendo la necesidad de ocupar á los descontentos escogió cierto número de ellos para que le acompañasen á lo interior del pais. Esta determinacion tenia ademas el objeto de convencer á los indios de la superioridad de un ejército europeo.

Púsose pues en marcha á la cabeza de su tropa, que avanzaba en buen órden, banderas desplegadas y al compas de una música guerrera. Al mismo tiempo mandó ejecutar á sus soldados, principalmente á los de caballeria, maniobras que escitaron en el mas alto grado la sorpresa de los indios. Como era la primera vez que veian los caballos, se creyeron que caballo y ginete formaban un solo cuerpo, y júzguese por tanto cual seria su espanto á vista de un mónstruo, mitad hombre y mitad cuadrúpedo. Casi todos los salvages huyeron á sus cabañas y su sencillez era tan grande, que atrancando la puerta con cañas, se creian resguardados del ataque del mónstruo.

El 12 de marzo salió Colon de la Isabela, donde quedaba su hermano Diego para mandar en lugar suyo. La tropa llevaba los materiales necesarios para la construccion de un fuerte, que el almirante se proponia levantar en la provincia de Cibao, asi llamada por los isleños á causa del terreno formado de montañas pedregosas y de rocas, llamadas *ciba* en el idioma del pais.

El primer dia de espedicion no se andubo mas que tres leguas hasta llegar al pié de una montaña muy escarpada. Los indios súbditos del cacique Guakanahari, que servian de guias á los españoles, entraban sin ceremonia en todas las cabañas que encontraban al paso, y se apoderaban de cuanto les hacia falta á vista y paciencia de los propietarios, que no manifestaban la menor sor presa.

Parecia que todos eran bienes comunes entre aquellos isleños que tal vez nunca se habian visto.

El rico pais de Cibao llamaba la atencion de los españoles, no solo por sus tesoros, sino porque su cacique era el que se habia distinguido tan cruelmente contra los primeros colonos. Dirigieron su marcha há-



cia este punto y bien pronto conocieron que no les habian engañado en sus narraciones los habitantes de la isla. Ninguna mina habia abierta en el pais, porque los indios nunca se habian dedicado á las fatigas de penosas adquisiciones, y á los trabajos de

esplotacion, para procurarse un metal que les era casi inútil; pero en todos los arroyos relucian chispitas y arenillas de oro que las aguas habian desprendido de las montañas, lo que probaba que en ellas se contenia gran cantidad.

El primer cuidado de Colon, fué que se construyese un fuerte en aquella comarca, para estar seguro de su posesion. Despues de haber guarnecido este fuerte, se apresuró á dar la vuelta para anunciar tan felices nuevas á la colonia; pero cuando llegó á ella la encontró en la situacion mas deplorable.

Habíanse acabado todos los víveres, y amenazaba el hambre, porque no habia habido tiempo para cultivar los campos. Las enfermedades propias de los terrenos cálidos é incultos habian acometido á todos los colonos, que esperaban morir víctimas del hambre ó del contagio. Todos lamentaban las funestas consecuencias de la locura que les habia hecho perder su salud, sus bienes y su patria, para venir á buscar la muerte bajo un cielo estrangero: todos colmaban de maldiciones á los autores de su miseria, á los impostores, que trazándoles el falaz aunque seductor cuadro de las ventajas que reportarian en aquellas nuevas comarcas, los habian comprometido en tan fatal empresa. El gefe de los descontentos era un eclesiástico que habia venido de España como capellan de la armada, el cual creia hallar alivio de sus males y desahogo de su pena en sus violentas declamaciones contra el almirante.

Colon, amaestrado ya contra esta clase de insurrecciones, y familiarizado con los peligros en tantos como habia corrido, encontró en su esperiencia y en su firmeza los medios de contener la rebelion y triunfar de ella. Uniendo la prudencia á la energía, la severidad á la moderacion, consiguió restablecer la tranquilidad, y despues de haber tomado las medidas conducentes para que fuese duradera, resolvió ir en busca de nuevos descubrimientos, escogiendo á su hermano Diego para que gobernase durante su ausencia

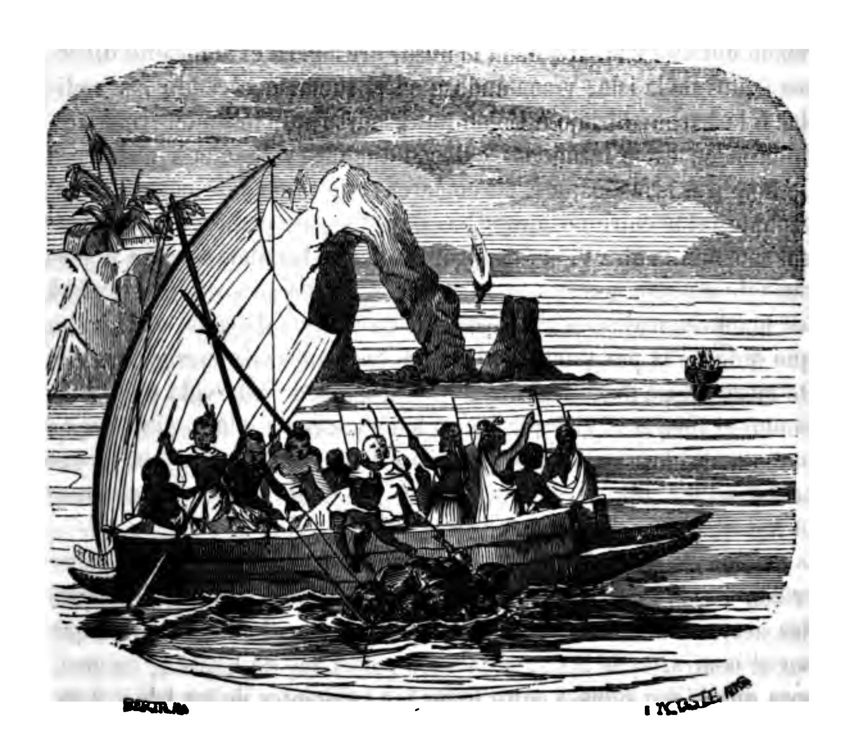
Se hizo á la vela con un navío y dos chalupas, dirigiéndose hácia el Poniente. El descubrimiento mas importante que hizo en este nuevo viage fué el de la Jamaica. Ancló á la altura de esta isla, y envió las chalupas tripuladas por hombres armados, para que sondeasen distintos puntos del puerto y viesen si el agua tenia la profundidad suficiente para sostener navios.

Apenas las chalupas se acercaron á la costa, se vieron rodeadas de una multitud de indios, que en sus canoas trataban de impedir el desembarco de los españoles. Estos emplearon en vano los medios de la persuasion para hacerles renunciar á su proyecto hostil, y viendo que no aprovechaban, les enviaron una granizada de flechas que los hicieron huir en todas direcciones. En aquella época el uso del fusil no se habia generalizado en los ejércitos europeos, en los que muchos soldados conservaban el arco, como principal arma ofensiva y defensiva. El almirante entró en seguida en el puerto, que se habia juzgado practicable, á fin de reparar sus naves que habian padecido alguna cosa: hizo despues algunas escursiones por lo interior del pais, que por la naturaleza de su suelo y su fertilidad, le pareció todavia mas ventajoso que la isla Española, por lo que tomó posesion de la Jamaica en nombre del rey de España.

Desde esta isla, navegó hácia Cuba para asegurarse de si en efecto era una isla ó parte del continente. Desde este momento empieza para él una nueva carrera de peligros y de padecimientos, en cuya comparacion le parecieron insignificantes los sufridos hasta entonces. Tan pronto necesita todo su valor y sangre fria, para resistir á las terribles tempestades que le asaltan en los sitios mas peligrosos de un mar desconocido: tan pronto se vé encerrado entre rocas y bancos de arena con riesgo de que las naves se vayan á pique de un momento á otro. Encontrábase á veces en baja mar en el momento en que las embarcaciones hacian tanta agua, que todo el equipage, dando sin cesar á la bomba, podia apenas sostenerlas á flor de agua. Unas veces tenia que sufrir, lo mismo que sus compañeros, el suplicio del hambre y de la sed, y cuando por una feliz casualidad, conseguian procurarse algunos refrigerios, él era siempre el último á aprovecharse de ellos, porque olvidado de sí mismo, no pensaba mas que en aliviar las penas de sus compañeros. Otras veces tenia que mitigar el descontento de aquellos hombres, que fuera de sí en momentos de desesperacion, prodigan á su gefe injustos cargos y amargas recriminaciones; aunque él sea el primero á sufrir todas sus penalidades. Este grande hombre, sereno é inalterable en las mas críticas situaciones, se esfuerza con sus palabras y su ejemplo á restituir el valor y la esperanza á sus compañeros, justificando de este modo la verdad y la exactitud de este bello pensamiento de un

antiguo escritor:—«No hay espectáculo mas sublime que el de un hombre animoso luchando con la adversidad.»

Los habitantes de Cuba, donde Colon desembarcó algunas veces, le enteraron de que aquella era una isla tan abundante en ciertos sitios de pájaros y mariposas, que obscurecian el aire interceptando los rayos del sol aun en los dias claros. Al Norte de la isla, el mar estaba sembrado de islotes, á los que dió el nombre de Jardin de la Reina. Navegando un dia entre estos islotes, encontró una canoa de pescadores que llamaron su atencion por el raro modo que tenian de pescar. Se valian de unos peces llamados *reves* que tienen los dientes muy cortantes; les ataban á la cola una especie de soguilla bastante larga y luego los echaban al mar. Asi que uno de estos pescados encontraba á otro, se le agarraba con los dientes, y los pescadores le sacaban del agua con su presa. De esta suerte pillaron delante de los admirados españoles, una tortuga que pesaba



cien libras, á la que el *reve* se habia agarrado con tal fuerza que se la trajo consigo hasta la canoa.

Apenas los pescadores divisaron las chalupas que precedian á el navío, hicieron señas á los españoles de que esperasen, lo mismo que si los hubiesen conocido toda su vida. Hízose lo que pedian; mas apenas se hubieron apoderado de la tortuga, vinieron á ofrecérsela á el almirante, que agradecido á esta atencion, les regaló algunas baratijas de las que ellos recibian con tanto placer.

Mientras que los marinos españoles reconocian estas islas, presenciaron un fenómeno que no sabian esplicar: la superficie del mar se presentaba matizada de verde én un parage, blanca como la leche en otro, y mas allá negra como la tinta.

En fin, despues de una navegacion larga y peligrosa al través de rocas y bancos de arena, anclaron de nuevo en la costa de Cuba, donde desembarcaron. Al tiempo que se celebraba misa en un altar levantado en la playa, llegó un viejo cacique, que se puso á examinar curiosamente la ceremonia, guardando un respetuoso silencio durante ella. Acabada la misa, presentó á el almirante diversos frutos de la isla, y sentándose en el suelo, acercando las rodillas á la barba, dirigió á Colon un discurso que los intérpretes tradujeron en estos términos: «Desde que has venido con una tropa de hombres armados, á estas comarcas que te eran desconocidas, el espanto reina entre nosotros: has de saber, sin embargo, que reconocemos en la otra vida dos lugares adonde las almas deben ir despues de nuestra muerte: uno terrible y tenebroso, está reservado á los hombres malos; el otro, mansion de eternas delicias, es para los que quieren la paz y felicidad de sus hermanos. Si tú crees que has de morir algun dia, si tú crees que despues de esta vida te será devuelto el bien ó el mal que hayas hecho durante ella, espero que no harás mal á los que no te le hacen á tí. Si he de juzgar por lo que acabo de ver, que es muy loable, tú no tienes malas intenciones, tú has querido solamente dar gracias á Dios.»

Colon le respondió, que tenia la mayor satisfaccion al saber creian en la inmortalidad del alma: que él no habia venido á aquellas tierras para hacer mal á los pueblos que las habitaban, sino que por el contrario, habia sido enviado por el rey de España, su amo, para que la paz reinase entre todos los habitantes de las islas, y pa-

ra que donde quiera que hubiese hombres crueles y enemigos de sus hermanos, como eran los caribes, los obligase á ser mas humanos y á renunciar á sus bárbaras costumbres. Esta respuesta esplicada al cacique, le enterneció, y en la efusion de su sensibilidad, aseguró á el almirante que le seguiria de buena gana á España, si el cariño á su esposa y á sus hijos, no le retuviese en el pais. Colon le hizo despues algunos regalos, que él recibió tan agradecido como admirado, y concluyó por hincarse de rodillas preguntando una y mas veces, si aquellos estrangeros no habian bajado del cielo para visitar la tierra.

Entretanto la salud de Colon se resentia de tantos trabajos, fatigas y pesadumbres; un abatimiento total, acompañado de continuo insomnio le hizo bien pronto perder la memoria, y desesperado de su curacion, fué preciso volverle cuanto mas antes á la Isabela. Una dicha imprevista le esperaba á su arribo á la nueva ciudad: encontró en ella á su amado hermano, don Bartolomé, que habia traido de España los socorros, reclamados con tan vivas instancias por el almirante. Como este era un doble motivo de alegria, contribuyó eficazmente al restablecimiento de la salud de Colon.

Estos dos hermanos, unidos por los lazos del mas tierno afecto, estaban separados hacía ya trece años, durante los cuales, no habian tenido noticia uno de otro, ni habian podido comunicarse mútuamente cual era su suerte. Bartolomé, como ya queda dicho, habia ido á Inglaterra para someter los planes de Cristóbal al soberano de aquel reino. Despues de negociaciones siempre entorpecidas ó suspensas por causas de distinta naturaleza, Bartolomé habia conseguido al fin que fuese aceptada su propuesta. Lleno de ardor y de esperanza, volvia á España á traer á su hermano tan feliz noticia, cuando al pasar por Francia, supo que Cristóbal Colon habia ejecutado ya la grande empresa, de cuyos peligros y gloria debia haber participado Bartolomé. Cuando este llegó á Cádiz, Colon habia partido ya para su segunda espedicion.

Invitado por el rey á presentarse en la córte, fué recibido de la manera mas honrosa; y como por los pliegos de Colon, ya se supiesen sus apuros y necesidades, fué elegido por Fernando para llevar socorros á el almirante. La llegada de su hermano salvó á la colonia de la ruina á que la precipitaban el desorden y anarquía que

habian reinado durante la ausencia de Colon. Margarita á quien Colon habia confiado el mando de las tropas, se habia rebelado y no pudiendo realizar sus proyectos contra el almirante, se habia escapado á España con el padre Buil, su cómplice, en uno de los navios de la flota. Las epidemias tan comunes en el pais habian reducido á una tercera parte los habitantes de la colonia. Las tropas se habian desbandado en pequeñas partidas, que recorriendo el pais hicieron tales violencias á los habitantes que les obligaron á tomar las armas para castigar á los autores. El levantamiento era casi general y ya algunos españoles habian sido víctimas, sorprendidos por los indios.

Tan tristes sucesos debian precipitar la ruina de la naciente colonia, porque los indios pacíficos hasta entonces, empezaban á conocer el porvenir que les estaba reservado, y se estremecian ante la horrible perspectiva de la esclavitud y del hambre con que les amenazaba la dominacion española. Acostumbrados á una vida indolente se contentaban para su alimento, con un puñado de maiz ó con la fécula del *casabe*, planta cuya raiz análoga á la de la remolacha ó el nabo, produce despues de pelada una sustancia harinosa. Comparando su frugalidad con el apetito de los españoles, cada uno de los cuales comia por cuatro indios, no veian en aquellos europeos mas que unos comedores insaciables, á quien el hambre habia arrojado de su pais, despues de agotar sus producciones. Deducian de aquí, que los víveres de su isla no tardarian tambien en ser devorados por aquellos huéspedes tan glotones, cuya fatal presencia era el presagio de un hambre inminente.

A estas consideraciones que bastaban ya para convencer á los indios de la necesidad de sacudir el yugo, se agregaban las violencias de los españoles, que acabaron de determinarlos contra sus opresores: acudieron por fin á las armas y reuniéndose á las órdenes de un cacique formaron un ejército considerable.

Cuando Colon volvió á la Isabela, se preparaban á la guerra por una y otra parte: el pueblo haitiense todo entero, á escepcion del cacique Guakanahari, fiel á la causa de los españoles, estaba sobre las armas y presentaba una masa de cien mil combatientes, prontos á esterminar aquel puñado de estrangeros, que con su conducta habian agotado su paciencia.

No dieron á Colon tanto cuidado los peligros que semejante coalicion podia acarrear al establecimiento español, como las injusticias y escesos que habian provocado tanto ódio y animosidad contra los europeos; pero habia que ceder á la triste necesidad de derramar la sangre de aquellos infelices, que solo querian defender sus propiedades, su libertad y su vida. Triste situacion para un hombre tan generoso y humano como el almirante, y que le inspiró amargas reflexiones la víspera de dar la batalla!

Tal era el estado de las cosas, cuando Guakanahari llegó á ofrecer su auxilio á los españoles. La necesidad tanto como las simpatías, comprometian á este cacique á favor de los españoles, porque el afecto que les profesaba le habia hecho blanco del ódio de los otros gefes indios. Colon, sin embargo, se manifestó muy agradecido á los ofrecimientos y nuevas protestas de Guakanahari y ambos á dos fueron á ponerse á la cabeza de sus tropas y se prepararon al combate.

V.

embate.—Cien mil indios contra doscientos veinte soldados españoles.—Los perros ausiliares.—Margarita y Buil.—Impuesto exigido á los indios.—Su desesperacion y su venganza.—El comisario Aguado.—Partida de Colon á España.—Efectos del hambre á bordo. —Regreso de Colon.—Preséntase á sus jueces.—Su justificacion.—Armamento de otra flota.—Las tortugas del Cabo Verde.—Paso de la línea.—Desesperacion de los equipages.—Los micos del Orinoco.—La boca de dragon.—Una corona de oro en la cabeza de Colon. —Fundacion de la ciudad de Santo Domingo.—Rebelion del juez Roldan.—Espedicion de Vasco de Gama.—Descubre nuevo camino para las Indias orientales.—Espedicion de Ojeda.—Américo Vespucio dá su nombre al nuevo mundo.—Descubrimiento del Brasil por Cabral.

Hemos trazado hasta ahora escenas de que la humanidad no ha tenido que lamentarse; hasta ahora la grandeza de la empresa concebida por el genio y ejecutada por la perseverancia, la gloria de este maravilloso descubrimiento, que abria nuevos caminos al comercio y á la navegacion, hacian olvidar cualquier esceso cometido por los conquistadores del nuevo mundo. Al seguir en sus aventuras á los españoles y á su ilustre gefe, no quedaba tiempo de apreciar ciertos hechos aislados, en los que un atento exámen descubriria ya los graves é infalibles síntomas de la larga y sangrienta espiacion del descubrimiento de la América.

He aqui llegado el momento en que cesan las falaces ilusiones de la gloria y el envanecimiento del triunfo: la hora postrera ha sonado para vencidos y vencedores, y el nuevo mundo va á ser el teatro de tragedias sangrientas, de lúgubres dramas en que la codicia representará un papel abominable. ¡Dichoso el historiador cuando, fatigado con el espectáculo de los horrores y crueldades que hacen tan penosa su tarea, pueda hallar de vez en cuando para su consuelo algunas virtudes y acciones generosas! ¡Dichoso, una y mil veces,

cuando entre los dominadores del pueblo americano, encuentre un cristiano digno de este nombre, un amigo de la humanidad!

Los dos ejércitos avanzando uno contra otro, llegaron á encontrarse, y esperaron la señal de sus gefes para empezar el combate: momento terrible que decidirá de la vida de los españoles ó de la libertad de un pueblo! Por una parte están reunidos cien mil indios, armados de sables de madera, de mazas, lanzas y de flechas, cuyas puntas están formadas de espinas de pescados y pedernales; por la otra solo se cuentan doscientos infantes y veinte ginetes, con algunos indios ausiliares mandados por Guakanahari. La desproporcion es enorme; pero si los españoles no tienen la ventaja del número, la suplen



con su táctica y la superioridad de sus armas: tienen ademas los caballos, y hasta una trahilla de perros de presa, para soltarlos contra

los indios desnudos, lo mismo que se sueltan contra los javalíes y otras fieras en las cacerías de Europa. Asi por ambas partes las ventajas eran casi iguales, y era dificil preveer el resultado de la batalla.

Colon resolvió diferir el ataque hasta la noche, esperando que las tinieblas aumentarian el espanto que un ataque brusco é imprevisto debia causar á los indios. Como esta era buena idea, pasaron á ejecutarla, dividiendo el pequeño ejército en tres cuerpos al mando de el almirante, su hermano Bartolomé, y el cacique Guakanahari. En el momento en que los indios se abandonaban á una fatal seguridad, cayeron sobre ellos, y el furor, los gritos de los españoles, el ruido de la mosqueteria, el relinchar de los caballos y los ladridos de los perros les infundieron tal espanto, que despues de una corta y débil resistencia se entregaron á la fuga. Unos perecieron á impulso del plomo ó del hierro enemigo, otros fueron atropellados por los caballos, despedazados por los perros ó hechos prisioneros, y la mayor parte se dispersó en los bosques.

La victoria pronunció el fallo que condena todo un pueblo á la sujecion de los europeos, haciéndole humillar su cerviz al yugo y resignarse á todos los padecimientos de una horrible esclavitud. Colon, aprovechándose de su triunfo, recorrió todo el pais donde nadie le hizo resistencia, sometiéndose en todas partes á su autoridad. Pocos meses le bastaron para dejar establecida y asegurada en aquella isla tan poblada la dominacion española.

Hasta ahora la conducta de Colon ha sido digna de nuestro aprecio y admiracion, acompañándole nuestra viva simpatía en sus arriesgadas espediciones al través del Occeano; pero como hombre al fin, debe pagar su tributo á la humana flaqueza.

Los dos enemigos mortales del almirante, Margarita y el padre Buil, habian vuelto á España. Colon que penetraba sus intenciones, sabia que la envidiosa saña de estos dos hombres no retrocederia ante ningun obstáculo para rebajar su mérito, para calumniar sus operaciones, y para desacreditar el resultado de sus descubrimientos en la córte del rey de España, cuya natural suspicacia era la mas á propósito para acoger las pérfidas insinuaciones contra Colon. Debia por lo mismo conjurar y libertarse del nublado que amagaba su cabeza, y no podia conseguirlo sino enviando á la córte de

España, brillantes muestras de aquellas riquezas, que en virtud de sus promesas con tanta ánsia se esperaban. Para cumplir estas promesas y satisfacer la ansiedad y codicia de la córte, tuvo Colon que recurrir al medio de imponer contribuciones á los indios. Previno á los que habitaban en los parages donde habia oro, que le trajesen cada tres meses cierta cantidad de este metal, y los demas tenian que traerle en el mismo plazo veinte y cinco libras de algodon. Esto era mas de lo que podian dar aquellos infelices, acostumbrados desde su infancia á una vida indolente, y para quienes era insoportable el trabajar como esclavos á fin de presentar el oro y el algodon, productos que debian disminuir de dia en dia en virtud de las exigencias del almirante. Quisieron sustraerse á la cruel necesidad de un trabajo que superaba sus fuerzas, y dirigieron sus quejas á Colon; pero este se mantuvo inflexible, y sus soldados exigieron con rigor el cumplimiento de sus órdenes.

Para libertarse de un yugo insoportable, los pobres indios aconsejados de su desesperacion, tomaron una resolucion estraordinaria. Exagerándose la voracidad de los españoles, creyeron que si cesaban de sembrar sus campos de maiz y de casabe, los obligarian por el hambre á salir de la isla. Hasta destruyeron las semillas ya confiadas á la tierra, y de comun acuerdo se retiraron á montañas inaccesibles, donde se alimentaron por algun tiempo con frutos silvestres. Este recurso no tardó en faltarles y entonces ellos fueron los primeros á sentir los efectos del hambre que deseaban sufriesen los demas. El hambre engendró epidemias que aumentaban el número de las víctimas, y los que escapaban de esta doble plaga, quedaban tan débiles, que no podian soportar el trabajo que de ellos se exigia. En cuanto á los españoles, la desesperada resolucion de los indios les causó sérias inquietudes, y aun algunas privaciones, mas despues tomaron el partido de cultivar lo que los indios abandonaban, y las nuevas provisiones que llegaban de España, los preservaron del hambre, convenciendo á los indios de que por este medio no podian sustraerse de su dominacion.

Llegábale á Colon tambien el momento de padecer, porque habia estallado la tempestad que desde lejos le amenazaba. Margarita y el padre Buil habian conseguido el objeto de su viage á España, habian trazado un cuadro tan triste y desanimador de las tierras

descubiertas por Colon, habian presentado su conducta bajo un aspecto tan odioso, que la córte no pudo menos de concebir algunas sospechas. Decidióse enviar á las Indias occidentales un comisario que debia examinar el estado de las cosas, lo mismo que la conducta de el almirante y presentar su informe al rey de España.

Una comision tan importante exigia tanta probidad como conocimientos; pero el comisario elegido por Fernando no tenia ni una cosa ni otra. Era un tal Aguado, gentil hombre de cámara de la reina, propuesto por los enemigos de Colon, para que cómplice de su ódio favoreciese sus proyectos contra el almirante.

Apenas este hombre, ufano con la autoridad de que estaba revestido, llegóá la isla Española, cuando afectando el tono y los modales de un superior para con el almirante, tuvo empeño particular en humillarle con su desden é insultante menosprecio. Invitó á todos los que se creyesen agraviados por Colon, para que viniesen á su tribunal á pedir justicia. Provocó, acogió con ánsia todas las acusaciones contra Colon, sin someterlasálas debidas pruebas, porque no deseaba otra cosa mas que acumular agravios en virtud de los cuales condenasen á Colon cuya pérdida habia jurado.

Paciencia tenia Colon, y mas de una prueba habia dado de su constancia y longanimidad, y á pesar de todo, no pudo resignarse á sufrir las humillaciones de que Aguado le colmaba. Resolvió partir á España, para informar y someter su causa á la justicia de los reyes don Fernando y doña Isabel, cuya buena fé habian sorprendido. Antes de embarcarse, nombró á su hermano Bartolomé, adelantado ó vice-gobernador, para que mandase en la isla durante su ausencia. Por desgracia estableció como gefe de la justicia á un hombre indigno de tan altas funciones y que debia abusar de la autoridad que leconferiael almirante: este hombre se llamaba Roldan.

Creyendo llegar mas pronto al término de su viage, Colon navegó rectamente hácia España. Todos los marinos saben hoy dia, que los vientos alisios, que en estos parages vienen siempre del Este, hacen dificultosa la navegacion, y que para evitar los vientos contrarios, los navios que vuelven de las Indias occidentales deben á lo primero dirigirse hácia el Norte. Colon ignoraba todo esto, y su marcha era tan lenta en la direccion en que se obstinaba su inesperiencia, que al cabo de tres meses todavia se encontraba en alta

mar, con las provisiones agotadas considerablemente. Fué indispensable acortar la racion todo lo posible á los hombres que venian embarcados, y Colon para evitar quejas y murmuraciones, se sometió á las mismas privaciones que el último de sus marineros.

La tripulacion cuya rabia era escitada por el hambre, concibió la horrible idea de deshacerse de los indios que venian á bordo, arrojándolos al mar para no tener que partir con ellos los pocos víveres que habian quedado. Colon siempre fiel á los principios de humanidad que eran la norma de su conducta, contuvo á los frenéticos contra los indios, y les hizo ver que estos eran hombres como ellos y que participando de sus padecimientos, debian tambien tener su parte en el resto de las provisiones. Asi consiguió avergonzar á los autores de aquel execrable proyecto, hasta que llegando á las costas de España, pudo Colon presentarse al tribunal que debia fallar entre él y sus acusadores.

Presentóse á sus jueces con noble entereza, con la seguridad que infunden una causa justa y una conducta irreprensible. Pocas palabras le bastaron para justificarse: sus jueces se avergonzaron de haber prestado oidos á la calumnia y Colon absuelto, hizo callar de nuevo á sus enemigos. El aborrecimiento enmudeció ante este solemne triunfo del génio y de la gloria, y cuando ostentó á vista de la córte los tesoros que habia traido, Fernando y su esposa, con los nuevos honores que prodigaron á el almirante trataron de hacerle olvidar los perjuicios de una acusacion facilmente acogida.

Apresurábanse por lo mismo, á concederle cuanto pedia y aceptar todas sus propuestas con el mismo entusiasmo de su primer regreso á España. Queria ante todas cosas que el gobierno garantizase la subsistencia de la colonia fundada en la isla Española, enviando muchos labradores y artesanos de todas clases, para que la colonia pudiese bastarse á sí misma y subsistir con sus propios recursos. Esta medida tan sábia fué aprobada por el gobierno; pero otra propuesta que Colon sometió al rey Fernando no hace honor á la perspicacia del almirante, y fué un grave error cuyas consecuencias debian ser funestas á los paises nuevamente descubiertos.

Como se temia que la considerable emigracion de colonos al nuevo mundo, llegase á despoblar la España, aconsejó al gobierno que transportase á la Española todos los malhechores sentenciados

á la pena capital ó á galeras, para que se empleasen en beneficiar las minas de oro. Aprobado este consejo, no solo se sacaron de las prisiones todos los criminales detenidos en ellas, sino que se previno á los tribunales, que en lo sucesivo condenasen á ser transportados á las Indias occidentales á cuantos mereciesen penas de consideracion. ¿Cómo un hombre que en tantas ocasiones habia dado pruebas de sabiduria y habilidad, cómo es que Colon tan celoso por la futura prosperidad de los establecimientos españoles en el nuevo mundo, no calculó el gérmen de confusion y desórden que iba á introducir la llegada de unos hombres corrompidos, y el poblar una colonia con criminales de toda especie?

Aunque eran perentorias las órdenes del monarca para el pronto abastecimiento de la flota, todavia le retardaron las intrigas de los enemigos del almirante. Al cabo de un año apenas estaban abastecidos los dos navíos que debian llevar á la colonia los víveres y otras provisiones que tanto necesitaba, y cuando al fin estos dos navios salieron para la Española, volvió á pasar otro año antes que pudiera hacerse á la vela la escuadra en que Colon iba á emprender sus nuevos descubrimientos.

Colon al embarcarse para esta nueva espedicion, siguió nuevo rumbo con la esperanza de encontrar por fin el continente que suponia fuese la India. Al llegar á las Canarias continuó navegando en la misma direccion hasta las islas del Cabo Verde, descubiertas por los portugueses; pero al alejarse de Canarias envió á la isla Española la mitad de la escuadra, con órden á los capitanes de los navíos de que acelerasen su marcha para llevar socorros á la colonia. Colon pasó mas allá de la *Isla de la Sal*, la primera de las del Cabo Verde, y ancló cerca de una islita estéril donde los portugueses han establecido un hospital para sus leprosos.

La fundacion de un hospital en semejante parage, era debida á una circunstancia singular: las muchas tortugas que vienen de la costa de Africa á depositar sus huebos en la arena de la costa de esta isla, se dejan coger facilmente, porque una vez volteadas de espaldas, ya no pueden levantarse. La carne y sangre de estos animales anfibios se empleaban como remedio eficaz y probado contra la lepra, una como alimento y la otra para lavatorios. Ademas de las tortugas se encontraban en la isla muchas cabras, que se habian

multiplicado estraordinariamente, desde que un portugués habia llevado ocho de Europa. Por lo demas, no se encontraban árboles ni



agua dulce, y los leprosos tenian que beber la llovediza que recogian en el suelo. No es, pues, de estrañar que Colon solo encontrase allí siete personas completamente sanas.

Desde allí, determinado á no volver la proa al Oeste, sin haber llegado al ecuador ó la línea, ese círculo imaginario que divide la tierra en dos partes iguales, siguió navegando al Sur, pero cuando llegó al tercer grado de latitud septentrional, una profunda calma paralizó la marcha de los navíos. Al mismo tiempo los rayos de un sol abrasador caian á plomo sobre los hombres de la tripulacion y los aplanaban con su insoportable calor que rajaba los toneles, corrompia el agua y los víveres. El terror y la desesperacion reinaban en los navíos, tan ardientes que se temia que estallase en ellos un incendio. Para colmo de desdichas, en aquellos momentos de crisis y espanto para los equipages, Colon empezó á sufrir los vivos dolores de la gota, consecuencia de sus fatigas y vigilias.

Al fin el cielo apiadado de tantos padecimientos, envió una lluvia tan abundante que era casi imposible estar sobre cubierta. Esto en poco disminuyó el calor sofocante; pero al menos los españoles pudieron renovar su provision de agua. Cesó tambien la calma que encadenaba en cierto modo los navíos y la esperanza volvió á renacer en aquellos hombres, cuya vida iba á estinguirse entre las convulsiones de una larga agonia. Suplicaron entonces á Colon que renunciase á su proyecto de navegar hácia el Sur y vencido por sus instancias se dirigió hácia el Oeste.

Despues de algunos dias de navegacion, los gritos de ¡tierra! ¡tierra! resonaron en las gavias y fueron repetidos por las tripulaciones. La isla que aparecia en el horizonte se presentaba en forma de tres montañas, por cuyo singular aspecto se le dió el nombre de Trinidad que hoy conserva. Está situada cerca del desembocadero del Orinoco, donde se encuentran micos muy raros que se pillan del modo siguiente. Cuando los cazadores divisan algunos de estos animales en lo alto de un árbol, colocan al pie una vasija en la que han puesto maiz. Apenas se han apartado de allí, baja un mico del árbol y mete una mano en la vasija, de donde no puede sacarla



con el puño cerrado porque le tiene lleno de maiz. Vienen entonces los cazadores y pillan á el animal, cuya golosina es tal, que antes se deja coger que soltar el maiz que tiene agarrado.

El Orinoco es un rio que á cierta distancia de Trinidad, desemboca en el mar con tal ímpetu que hace muy peligrosa la navegacion. Las olas aglomeradas chocan y se estrellan unas con otras, y desgraciado el navio que se deja arrebatar por aquel torbellino, porque se espone á ser hecho pedazos. Las naves de Colon corrieron este peligro, envueltas en aquella lucha espantosa de las olas, tan pronto levantadas hasta el cielo, tan pronto hundiéndose en el abismo.

Colon necesitó toda su habilidad para salir de aquella posicion, por un estrecho tan horrible que le llamó *la boca del Dragon*, y está situado entre Trinidad y la costa de Cumana que forma parte de la tierra firme. Colon habia por consiguiente descubierto el continente de América y la vista de un rio tan caudaloso como el Orinoco, saliendo de aquella tierra, le habia convencido de que no podia ser una isla.

No dudando de que por fin habia encontrado el continente americano, siguió el rumbo al Oeste á lo largo de la costa á la que bajó varias veces. Los habitantes que halló eran parecidos á los de la isla Española, de los que se distinguian sin embargo, por su inteligencia, valor, y blancura del cutis. Su adorno se componia de hojas de oro y de perlas que cambiaban con gusto por juguetes de Europa. Uno de ellos se acercó un dia á Colon y quitándole de la cabeza su gorra de terciopelo carmesí, le puso una corona de oro. Suponiendo con algun fundamento que fuese un cacique, Colon le manifestó mucho agrado y le hizo regalos.

Los indígenas se rodeaban á la cabeza un pañuelo de algodon de diversos colores; otra pieza de la misma tela les cubria por delante desde la cintura á las rodillas, llevaban una larga cabellera y usaban arcos, flechas y escudos.

Colon deseaba esplorar lo interior del pais, pero su mala salud y las averias de sus navios le obligaron á volver á la isla Española. Navegando hácia ella, descubrió la isla Margarita, célebre despues por la pesca de las perlas, y llegó por fin á su colonia, donde esperaba gozar algun descanso despues de las penosas fatigas de tan

largo viage. Pero este momento de reposo estaba aun lejano para Colon : nuevas pesadumbres y peligros le esperaban en la colonia donde dejó á su hermano Bartolomé , y su valor y su salud van á verse sometidos á otras terribles pruebas.

Durante la ausencia de su hermano, Bartolomé habia conducido los colonos de la Isabela á otro parage preferible bajo todos aspectos al que abandonaban, y habia echado los cimientos de una ciudad , á la que habia dado el nombre de Santo Domingo , en honor de Domingo su padre. Esta ciudad floreciente hoy dia , ha sido por mucho tiempo una de las mas considerables de las Indias occidentales y ha dado su nombre á toda la isla.

Cuando Bartolomé hubo terminado el establecimiento de esta nueva colonia, se dirigió con parte de su gente, hácia los parages de la isla en que el almirante no habia penetrado aun, con el fin de visitarlos, y dejó al gran juez Roldan en Santo Domingo con el resto de las tropas. Este hombre correspondió á la confianza del gobernador con la mas negra ingratitud : buscando medios de perder á los dos hermanos y apoderarse de la autoridad esclusiva en la isla, encontró la ocasion oportuna en la partida de Bartolomé y en la distancia de Colon , esforzándose con sus pérfidas intrigas á rebelar contra ellos los españoles que mandaba. Consiguió en efecto, interesar á la mayor parte en sus proyectos y hacerles cómplices de su ambicion criminal. Hizo que le eligiesen por gefe, y tomando las armas contra el adelantado, se apoderó de todas las provisiones y aun trató de hacerlo del fuerte construido en Santo Domingo. La vigilancia del comandante, fiel á su deber, hizo malograr esta tentativa y Roldan con los españoles comprometidos en su rebelion tuvo que retirarse á otros parages de la isla. Dedicáronse entonces á reclutar partidarios entre los indios que en ella habitaban, y se dieron tan buena maña con sus pérfidas sugestiones, que en breve tiempo toda la isla reconoció el dominio de Roldan.

Aun no habian llegado los tres navios cargados de víveres, que Colon habia despachado desde Canarias. Era de presumir que hubiesen perecido; pero aunque no habia llegado este caso, el almirante podia contarlos por perdidos. Las tempestades y las corrientes habian apartado á estas naves de su derrotero, y despues de andar por mucho tiempo errantes sobre las olas, abordaron por fin á la is-

la Española, en el parage ocupado por Roldan sus cómplices. Roldan se guardó muy bien de dar parte de su rebelion á los comandantes de los tres navios, y les hizo desembarcar parte de su gente, que se ofreció á conducir hasta Santo Domingo. Tuvo esta astucia el resultado que él se habia prometido, porque asi que los desembarcados, hombres que la mayor parte salian de las prisiones de España, entendieron los proyectos de Roldan, se alistaron bajo sus banderas, porque alli habia mas esperanzas de pillage. De este modo Colon expió, bien á costa suya, el funesto consejo que habia dado al gobierno español.

La llegada de los tres navios, que entraron en la rada de Santo Domingo pocos dias despues del regreso de Colon, no podia servirle de mucha utilidad,habiendo desembarcado en otra parte de la isla casi todas las tropas que traian, y consumido las provisiones que estaban á bordo, durante tan larga travesia. Roldan orgulloso con su superioridad y uniendo la insolencia á la perfidia, se burlaba con sus ironías de la debilidad del almirante, privado de los medios de recobrar su autoridad.

Indignado de tan infame conducta, Colon deseoso de castigar á un traidor y vengar su injuria, tuvo impulsos de ponerse á la cabeza de los pocos soldados que le eran adictos é ir á atacar á Roldan. Parecíale preferible la muerte en el campo de batalla, al oprobio de aguantar con los brazos cruzados los ultrages de los revoltosos. Colon, sin embargo, sacrificó sus resentimientos á los intereses de la naciente colonia, impuso silencio á su amor propio que le aconsejaba el violento estremo de la venganza, y estremecido con la idea de una guerra civil, intentó solo por la dulzura el que los revoltosos entrasen en la senda del deber.

Su primer cuidado fué publicar un indulto general para todos los que abandonasen el estandarte de la rebelion: entró en negociaciones con Roldan, al que prometió tambien el olvido de lo pasado y conservarle en el alto destino que ejercia anteriormente. Estas negociaciones fueron muy despacio y causaron muchos disgustos á el almirante; pero al fin consiguió lo que anhelaba: pudo felicitarse de haber evitado la efusion de sangre y hecho renacer la concordia y la paz en la isla, por el único medio de la conciliacion.

Despachó al instante un navio á España, para anunciar á la cór-

te el descubrimiento de la tierra firme, y la rebelion que habia reprimido. Enviaba muestras de las producciones del continente, que consistian en perlas, rieles de oro, y telas de diversos colores de un tegido muy fino. Con esta remesa iba unido el diario ó registro en que habia anotado con rigorosa exactitud el itinerario de sus embarcaciones y consignado los hechos mas notables de la espedicion. Roldan y sus cómplices enviaron tambien por su parte al rey de España una memoria en que se disçulpaban acusando á el almirante, y las calumnias de súbditos rebeldes prevalecieron en el ánimo del monarca, mas que la verdad fielmente espresada en el informe de Colon.

Es preciso detenerse aqui un momento, para dirigir una ojeada á otra parte del mundo, donde se verificaban sucesos de grande importancia, mientras que Colon continuaba sus esploraciones y descubrimientos en las Indias occidentales.

El rey de Portugal se habia arrepentido, aunque tarde, del error que le habia hecho rehusar tan desdeñosamente las ofertas de Colon, y deseoso de reparar cuanto le fuese posible la falta cometida y de ilustrar su nombre con la gloria de una grande empresa, se decidió á hacer gastos considerables para encontrar al rededor del Africa el camino de las Indias orientales, camino que se buscaba en vano hacia ya mucho tiempo. Hizo pues equipar una escuadra y confió el mando á Vasco de Gama, marino que á sus profundos conocimientos y talento superior reunia una esperiencia consumada.

Como Cristóbal Colon, Gama tuvo que vencer dificultades al parecer insuperables; pero triunfó como Colon, porque tenia la firmeza de carácter á la que nada podia distraer de la ejecucion de los proyectos una vez formados. Asi en vano las costas de Africa, que iba reconociendo por primera vez, le presentan largas cadenas erizadas de rocas, porque él salva impávido sus escollos y sus bancos de arena: en vano las borrascas y los huracanes desencadenan contra él todos sus furores, para hacer pedazos sus naves construidas sin arte y sin solidez; su valor inalterable vence todos estos obstáculos, supera todas las barreras que se oponen á su audacia, y llega por fin á el cabo de Buena Esperanza que es la punta mas meridional del Africa. No contento con esto, dobla el Cabo y avanzando por el lado opuesto llega á Melinda, situada en la costa de Zanguebar.

Esperaba encontrar naciones bárbaras y salvages como las que

habia visto por las costas de Africa; mas fué agradablemente sorprendido, hallando en Melinda un pueblo cuya avanzada civilizacion



recordaba la del Asia. Profesaba la religion mahometana, mantenia activas relaciones de estenso comercio con los estrangeros y aun cultivaba algunas artes de Europa.

Gama ya no dudó de la consecucion de su empresa: lleno de confianza y de audacia, volvió á hacerse á la vela, y el 22 de mayo de 1498 llegó á la costa de la India, que era el objeto de sus deseos y el término de su empresa.

Desembarcó en Calicut, en la costa de Malabar, en la península mas acá del Ganges. La riqueza del pais, fértil en producciones preciosas de toda especie, la sabiduria de su gobierno regular, la bondad de sus habitantes escitaron la admiracion del gefe portugués; pero tuvo que parar alli poco tiempo á causa de que los indios se manifestaban poco dispuestos á cambiar sus ricas mercancias por aquellas bagatelas que tanto apetecian los salvages. Se apresuró á volver á Europa, para anunciar á su rey el brillante resultado conseguido por la espedicion.

Ciertamente, que si alguna cosa debe sorprender, es la coincidencia de las arriesgadas espediciones de los dos navegantes y la simultaneidad de su triunfo. Casi en el momento en que Colon descubria el nuevo mundo, la audacia de un navegante portugués relacionaba con la Europa otra parte del globo, ya conocida es verdad; pero de la que los europeos habian sacado hasta entonces muy poco provecho. Desde esta época todas las riquezas de la India desembarcaban en los puertos del reducido reino de Portugal. Tanta prosperidad escitó la emulacion de los españoles, que á vista de los tesoros recogidos por sus vecinos, se quejaban altamente de la esterilidad y aun inutilidad de sus descubrimientos, que ni siquiera les sabian indemnizado del gasto que ocasionaron.

Entonces la aficion á lejanas esploraciones se apoderó de todos los espíritus atormentados con el deseo de hacer descubrimientos: vióse entonces á reyes y repúblicas, nobles y plebeyos, rivalizar en ardor para lanzarse á esta peligrosa carrera, equipar navios y contribuir á los gastos que exigian remotas espediciones. Uno de los españoles que habian acompañado á Colon en su segundo viage, determinó á muchos negociantes de Sevilla á que armasen algunos navios, poniéndolos á sus órdenes para hacer nuevos descubrimientos. Este hombre, llamado Ojeda, pidió al gobierno permiso para emprender este viage y le fué concedido sin consultar á Colon. El departamento de las Indias occidentales era dirigido en aquella época por el obispo de Badajoz, ministro del rey y enemigo declarado de Colon. No satisfecho el ódio de este indigno ministro con humillar á Colon, no sometiéndole el proyecto y pretensiones de Ojeda, no tuvo reparo en comunicar á este último, para que le dirigiesen en su espedicion, el diario y cartas marinas del almirante.

Ojeda se asoció para la ejecucion de su empresa, con un gentilhombre italiano llamado Amerigo Vespucci, ó segun otros, Americo Vespucio. Algunos historiadores aseguran que Americo era negociante de Florencia y que habia nacido hácia el año de 1451. Educado por Antonio Vespucio, su tio, que dirigia una escuela frecuentada por la juventud noble de Florencia, se distinguió por su aplicacion á la física y ciencias matemáticas, haciéndose uno de los hombres mas instruidos de su siglo. Asi es que no tardó en egercer grande influencia sobre todos sus compañeros por el ascendiente de su esperiencia y alta capacidad. Logrando ser el gefe verdadero de la espedicion, llegó al golfo de Paria, siguiendo el mismo rumbo de Colon, desembarcó muchas veces para hacer cambios con los indios, despues siguió á lo largo de la costa para cerciorarse de que aquella tierra formaba parte de un continente. Cuando ya no le fué posible dudarlo, regresó á España, donde hizo valer con tanta habilidad y fortuna los resultados de su viage, que consiguió se echasen en olvido los derechos y los títulos de Colon al honor de un descubrimiento tan importante y tan glorioso.

La modestia es inseparable de la verdadera grandeza: el hombre de génio, el que merece realmente este nombre, es estraño á todos los cálculos de la vanidad, y á las intrigas de la mediania ambiciosa: espera la gloria sin buscarla, porque la espera de la justicia de sus compatriotas ó de la posteridad.

Tal se habia siempre manifestado Colon: al dirigir á la córte de España el diario de su viage, no habia tenido mas objeto que el de instruirla. Nunca habia pensado en publicarle, precaviéndose de este modo contra una usurpacion que no tenia motivo de sospechar. Americo Vespucio, por el contrario, con el orgullo de las almas mezquinas, queria obtener á toda costa un renombre que no merecia. Asi, apenas estuvo de vuelta en España, esparció relaciones pomposas de sus viages, y como estas relaciones estaban escritas con cierta destreza, se llegó á creer sobre su palabra al hombre que mientras Colon guardaba silencio, se alababa de haber descubierto el primero la tierra firme. Acostumbráronse á considerarle como el verdadero autor de este descubrimiento, y arrebató de esta suerte á Colon el honor de imponer su nombre á esta cuarta parte del mundo, que fué llamada América.

Desde entonces se multiplicaron las espediciones y viages con el objeto de descubrir nuevas tierras. El rey de Portugal, queriendo sacar partido del descubrimiento del camino para la India oriental, hecho por Vasco de Gama, mandó equipar una flota cargada de mercaderías de todas clases y confió su mando á Cabral. Conociendo este los peligros de una navegacion á lo largo de las costas de Africa, se dirijió al Oeste al traves del grande Occeano. Apenas hubo pasado la línea, una violenta tempestad le arrojó á costas totalmente desconocidas. Reconoció con la mayor sorpresa que pertenecian á una tierra muy dilatada, y no á una isla, conforme habia creido á lo primero. La casualidad habia hecho á Cabral que descubriese el rico Brasil, del que tomó posesion en nombre del rey de Portugal. Le llamó Santa Cruz en honor de la cruz que habia fijado, y envió uno de sus navios á Lisboa para dar parte de tan feliz descubrimiento, acaecido en el año de 1500.

Facilísimo hubiera sido á Colon en su tercer viage, seguir una costa que le habria conducido hasta las Amazonas, despues de haber descubierto la isla de la Trinidad (1) y las bocas del Orinoco; pero siempre dominado por la ilusion de hallar un camino á la costa Oriental de las Indias, siguiendo el mar que se prolonga entre la tierra firme al Mediodia y la Florida al Norte, abandonó unas tentativas que tan brillantes resultados pudieran haber producido á la España. Contribuia no poco á su pronto regreso, el cuidado de la naciente colonia.

Nótese al paso, que el gobierno portugués, dueño del Brasil, inauguró su toma de posesion, con la misma falta que tan perjudicial debia ser á las colonias españolas. Este gobierno, tan imprudente como el de España, envió como primeros colonos al Brasil, los criminales y mugeres de mala vida de que se queria limpiar el Portugal. La córte de Lisboa no se tomaba entonces el mayor interes por este nuevo establecimiento que tanta importancia habia de adquirir en lo sucesivo. El comercio participaba tambien de esta indiferen-

(1) Colon en este y sus anteriores viages, descubrió y reconoció muchas mas islas que las que se refieren en esta obra. Tales fueron, Monserrate, Santa María la redonda, Santa Cruz, La Mona, El Monito, Santa Ursula, etc. Hubiera reconocido muchas mas á no temer aventurarse con sus naves en los bajíos que las circundaban.

(*Nota del traductor.*)

cia, pues solo se traian maderas de tinte, micos y papagayos. Todo esto no costaba mas que los gastos de transporte y se vendia pronta y ventajosamente en los diversos paises de Europa.

Mas adelante, el gobierno señaló á algunos señores provincias enteras, esperando que tan liberal medida fuese un medio de hacer que las poblasen; en fin, puso el Brasil en arrendamiento, contentándose el rey con una soberania casi nominal. Solo al cabo de cerca de cincuenta años fué cuando se establecieron á lo largo de la costa diversos pueblos, de los cuales los cinco principales eran Tamaraca, Fernambuco, Ileos, Puerto-Seguro y San Vicente

VI.

Triunfo de los enemigos de Colon.—Enviase un nuevo comisario á las Indias occidentales.—Francisco de Bobadilla en Santo Domingo.—Colon es aprisionado y conducido á bordo de un navio.—Sentencia de muerte pronunciada contra los tres hermanos.—Colon conserva sus grillos aunque el capitan de la nave se ofrece á quitárselos.—Su respuesta al capitan.—Indignacion general en España contra Bobadilla.—Colon y sus hermanos son puestos en libertad por orden del rey.—Preséntase á Fernando é Isabel.—Destitucion de Bobadilla.—Ovando es nombrado gobernador de las Indias occidentales.—Abolicion de la esclavitud.—Nuevo viage de Colon.—Las primeras almendras de cacao.—La costa de las Orejas.—El cabo de Gracias á Dios.—El secretario tenido por hechicero.—Tortuga viva en el cuerpo de un tiburon.—Las casas en el aire.—Minas de oro de Veragua.—Pesca de las sardinas.—El cacique Quibio, su cautiverio y huida.—Hostilidades.—Resolucion de Mendez y de Fieski.

Colon habia logrado con su moderacion y sabia conducta apaciguar la rebelion de la isla Española; pero la tranquilidad tan dificilmente restablecida, veiase amenazada á cada instante por el descontento de algunos ambiciosos y por sus sordas murmuraciones, síntoma de nuevos desórdenes. Roldan cuya sumision era aparente se hallaba siempre á la cabeza de los díscolos, y fiel á su ódio y á su sistema de calumnia contra el almirante, empleaba todos los medios conducentes á presentarle como sospechoso y aun hacerle aborrecible á la córte de España. Su indulgencia, que se interpretaba como debilidad, habia comprometido su autoridad en la isla, donde no era respetada ni obedecida. Viéndose precisado á reprimir frecuentes insurrecciones, no tenia tiempo para dirigir á la córte de España memorias justificativas de su conducta, ni para continuar la ejecucion de sus proyectos de nuevos descubrimientos.

Entretanto que agotaba sus fuerzas por sostener el órden en la colonia, estableciendo una administracion regular, y mientras esplotaba minas que prometian ricos productos á la codicia de sus com-

pañeros, y sobre todo á las exigencias de la córte de España, sus enemigos cada vez mas encarnizados, obtenian al fin un triunfo completo y Colon iba á ser víctima de las mas odiosas maquinaciones y la mas negra ingratitud.

Muchos españoles habian acudido al nuevo mundo, creyendo encontrar tesoros y no habian traido á su patria mas que desesperacion. Engañados en sus esperanzas, acusaban á Colon como causa de sus males, difundiendo por toda España sus denuestos é invectivas contra él. Cubiertos de andrajos, pálidos y mostrando en sus rostros enflaquecidos por las privaciones, las señales de sus largos padecimientos, provocaban y escitaban en su favor la caridad pública, enterneciendo á la multitud, siempre dispuesta á creer sus pa-



labras. Cuando los reyes se presentaban en público, se veian rodeados por estos infelices, que ostentando á su vista el espectáculo de su miseria, imploraban la justicia de Fernando y de Isabel, contra el único autor de su infortunio, contra Colon. Estas escenas tea-

trales, cuyo efecto era seguro, habian sido dispuestas y combinadas por los enemigos mas poderosos del almirante. No debe pues causar admiracion el que Fernando, naturalmente suspicaz y desconfiado, creyese á Colon culpable, y que la reina Isabel le retirase su marcada proteccion. Nadie se presentó á defenderle y fué condenado sin oir sus descargos.

Decidióse que pasára á las Indias occidentales un comisario encargado de averiguar cuidadosamente la conducta del almirante, y con el desmesurado poder de destituirle, si juzgaba esta conducta reprensible, debiendo en este caso reemplazarle en el gobierno de la isla Española. El hombre á quien Fernando confió esta mision, le habia sido eficazmente recomendado por los enemigos del almirante y se llamaba Francisco de Bobadilla. Muy dificil era que la inocencia de Colon no sucumbiese á impulsos de una trama tan bien urdida.

En el momento en que este comisario español, el mas terrible de cuantos enemigos habia encontrado el almirante en su gloriosa carrera llegó á la Española, Colon habia, como ya queda dicho, pacificado la isla. Las minas se utilizaban por sus desvelos, y el fomento que habia dado á la agricultura, correspondia á sus esfuerzos con productos, que prometian á la colonia un nuevo manantial de riquezas. Nunca la situacion de la isla habia sido tan favorable para su justificacion; pero su condena estaba resuelta y nada podia apartar de su cabeza el golpe que le amenazaba.

La ejecucion de algunas providencias, tenia ocupado á Colon en parages distantes de la isla: parece que la justicia y la equidad imponian á su juez la obligacion de esperar el regreso del almirante, antes de entablar contra él un odioso procedimiento ¿pero qué importaban la justicia y la equidad á un hombre como Bobadilla? ¿qué consideraciones podian detenerle? Ambicionaba el puesto de Colon, y para conseguirle, claro está que habia de condenar al que le ocupaba: no habia venido él á la colonia para escuchar una justificacion que podia desbaratar los cálculos de su ódio y su ambicion.

Apenas puso los pies en la isla, se hizo conducir á la casa del almirante; se instaló en ella, declarando que desde aquel instante le pertenecia y se apoderó de cuanto en ella encontró. Despues anunció publicamente, que habia sido enviado á la colonia para destituir al

gobernador, é invitó á todos los que tuviesen quejas de él, para que se presentasen ante el comisario del monarca á obtener buena y pronta justicia. Por último, soltó á todos los que estaban presos por órden del gobernador.

Bien pronto, por un refinamiento de esta infame conducta, Bobadilla citó á Colon por medio de un alguacil, para que compareciese inmediatamente en su tribunal á dar cuenta de su conducta: enviábale al mismo tiempo una carta del rey en la que le ordenaba someterse á las disposiciones del enviado estraordinario.

Colon se hallaba rodeado de una tropa leal y tenia consigo á su hermano Bartolomé: podia contar con muchos y poderosos ausiliares para responder victoriosamente con espada en mano, á la insolente intimacion de su juez; pero le ataba las manos el juramento de obediencia que habia prestado á sus reyes, del que no se creia dispensado, ni aun entonces que autorizaban la mas odiosa iniquidad y le entregaban á merced de un Bobadilla. Obedeció por tanto, presentándose sin titubear en Santo Domingo, y resignado á la suerte que le espera, sufrirá la sentencia que pronuncien.

Llega, pide presentarse á Bobadilla; pero este no quiere verle, ni escucharle. «Que le pongan unos grillos, esclama, y le lleven á una prision.» Esta órden bárbara es ejecutada, y Colon aherrojado es conducido á bordo de un navío.

¿Cómo no enternecerse é indignarse á la vez, á vista de una escena semejante, al aspecto de un grande hombre, de Colon, tratado como un vil criminal? Sobre la misma tierra que él ha descubierto, al frente de su propia casa, á vista de gentes que le deben respeto y obediencia como á un superior, es donde sufre estas humillaciones, y el hombre infame que despues de haberle arrebatado sus bienes, pretende quitarle tambien el honor, le arroja de su casa sin dignarse siquiera concederle una triste mirada: le hace cargar de cadenas, á pesar de su inocencia, y le despide vergonzosamente del pais que ha dado á la España, con peligro de su vida, y dando á su rey mil pruebas de lealtad, valor y desinterés! ¡Mas cuánto resplandece su inocencia, en la serenidad heróica, en la resignacion con que acepta su desgracia y sufre los ultrages de que le colman! Se deja encadenar sin resistencia, sigue, sin despegar sus labios y sin manifestar estrañeza, á los soldados que le conducen al buque don-

de ha de volver á España, espuesto en todas partes á la insultante mofa de los cómplices de Bobadilla!

No estaba aun satisfecho el furor de este hombre, necesitaba, reclamaba otras dos víctimas: los dos hermanos de Colon fueron tambien cargados de cadenas y conducidos á un navio particular. Fórmase causa á los tres hermanos y Bobadilla los sentencia á muerte, sin seguir los trámites de justicia; pero retrocede y se estremece ante la ejecucion de tan horrible sentencia: figúrasele que algun dia podrán pedirle cuenta de aquella sangre tan noble y tan pura que ansia verter sobre un cadalso. Confia sin embargo en que su pariente el obispo de Badajoz, enemigo declarado de Colon, consentirá el que se ejecute la sentencia, y un navio vá á transportar los prisioneros á España con el proceso en que el juez habia violado tan descaradamente todas las leyes y todos los principios de justicia y humanidad.

Apenas se hicieron á la vela los navios en que iban Colon y sus hermanos, el capitan lleno de respeto y compasion á su ilustre preso, se llegó á él para quitarle los grillos. «Vuestro preso, dijo el almirante, debe seguir conforme se os ha confiado: estos grillos que quereis quitarme, los llevo puestos de órden de mis soberanos; solo ellos tienen poder de mandármelos quitar, y yo me quedo con ellos para probarles mi completa obediencia.» Siguió, pues, con los grillos hasta llegar á España.

Bobadilla queriendo quitar á los presos todos los medios de acudir ó apelar á la justicia de la reina Isabel, habia prevenido que fuesen entregados al obispo de Badajoz; pero un piloto llamado Martin, compadecido de las desgracias del almirante, pudo desde el navio partir á la capital, y entregar á la reina una carta de Colon, en que la informaba de cuanto habia sucedido en la isla Española, y del modo que tenian de abusar de su nombre y de la autoridad confiada á un malvado. (1)

(1) Alonso de Vallejo y Andres Martin, fueron los capitanes de las dos naves en que venian embarcados Colon y sus hermanos, los que se ofrecieron á quitarles los grillos, y los que apenas llegaron á España, dispusieron enviar á la córte persona de toda su confianza para entregar las cartas de Colon antes de que llegasen las de Bobadilla.

(*Nota del traductor.*)

Al saber que Colon habia llegado á España, al leer los pormenores del horrible trato que le habian hecho sufrir, la reina Isabel fué dolorosamente sorprendida, porque en la córte estaban muy distantes de suponer que Bobadilla pudiera abandonarse á tales escesos. Estas violencias con un hombre de mérito superior, y que habia tan bien merecido de la monarquia española, fueron altamente vituperadas por Fernando y su esposa, quienes precaviendo el escándalo que este suceso habia de causar en Europa, enviaron al instante un correo con órden de que en el acto se pusiese en libertad á Colon y á sus hermanos. Despues el almirante fué llamado á la córte por medio de una afectuosa invitacion de la reina, y se le entregó el dinero necesario para que pudiera presentarse con el decoro suficiente y conforme á su rango.

Apenas entró en la sala donde el rey y la reina le esperaban, se arrojó á sus pies; su emocion era tan fuerte y tan profunda que no pudo hablar, pues le habia privado en cierto modo del uso de la palabra. En fin, repuesto de su turbacion y seguro de su inocencia, pronunció con voz firme un largo discurso, justificándose de las calumnias de que era víctima. Sus palabras convencieron á Fernando é Isabel de que les habian engañado indignamente acerca de la conducta de Colon. Manifestaron sinceramente su pesadumbre á el almirante, le hicieron nuevas protestas de su gratitud, y para probarle lo dispuestos que estaban á reparar los perjuicios de que podia quejarse, destituyeron á Bobadilla.

Apesar de todo, su sagaz política les hizo temer el resentimiento de un hombre cuyo mérito habian desconocido y cuyos eminentes servicios habian tan mal recompensado, y creyeron que seria peligroso conservarle en el desempeño de unas funciones que le proporcionaban tan facil venganza. En consecuencia, el almirante fué retenido en la córte bajo pretestos imaginados para lisongear su amor propio, pero que no le engañaban, y don Nicolás de Ovando fué nombrado gobernador de las Indias occidentales.

En vano Colon hizo valer los solemnes tratados que le garantizaban este gobierno durante su vida, y se le aseguraban perpétuamente á su familia; en vano reclamó contra la nueva y patente injusticia, que le destituia de su empleo, como un administrador culpable, despues que el gobierno habia reconocido y proclamado su ino-

cencia: estas quejas no fueron escuchadas, y Ovando siguió con el gobierno de las Indias occidentales.

Resentido de la desleal conducta del gobierno español, Colon no fué ya dueño de contener su indignacion, manifestándola en sus amargas quejas y reconvenciones contra la córte de España. Desde entonces llevó siempre consigo los grillos con que le habian aprisionado, los enseñaba en todas partes como un testimonio de la ingratitud con que habian pagado sus servicios, los tenia siempre á la vista, y aun mandó que despues de su muerte los enterrasen con él.

Mientras que el almirante, sacrificado á una política ingrata y suspicaz, se desahogaba en inútiles quejas, Ovando se disponia para ir á ocupar el importante puesto á que el rey le habia elevado. La flota puesta á sus órdenes, era la mas considerable de cuantas el gobierno español habia enviado hasta entonces á las Indias occidentales. Constaba de treinta y dos velas, y tenia á bordo dos mil quinientos hombres, cuya mayor parte iba á establecerse en la isla Española.

Ovando partió al frente de esta grande espedicion, dejando á Cristóbal Colon, paralizado de improviso en su noble carrera y con el sentimiento de ver que otro iba á arrebatarle el fruto de sus trabajos. La llegada del nuevo gobernador á la isla Española preservó á la colonia de su ruina total. Las locuras é injusticias de Bobadilla la habian puesto en situacion muy crítica: reinaba un desórden espantoso á consecuencia del sistema adoptado por aquel hombre, para conservar el poder que habia usurpado á costa de un delito. Ansioso de captarse el favor de la plebe, que era su principal apoyo, habia anulado los sábios reglamentos establecidos por Colon, autorizando asi todos los escesos de la licencia, bajo el nombre de una libertad de que solo los españoles podian gozar.

Su predecesor habia considerado como uno de sus principales deberes, el proteger á los infelices indios contra el mal trato de los españoles; sus disposiciones paternales, sus ordenanzas dictadas por la humanidad, habian evitado la opresion que amenazaba á los indígenas; pero Bobadilla hizo tan poco caso de los indios, que gracias á él los españoles pudieron ser crueles impunemente. Hizo el censo de la poblacion y distribuyó los habitantes en calidad de esclavos entre todos sus partidarios, cuya codicia pensaba satisfacer



con este favor. Éstos obligaron á los indios á trabajar en las minas, recurriendo al castigo para que se sujetasen á un trabajo penoso que escedia sus fuerzas, y de el que algunos eran víctimas. Ovando llegó muy á tiempo antes que las minas se convirtiesen en sepulcro de la poblacion indígena.

Lo primero que hizo el nuevo gobernador, asi que llegó á la isla Española, fué destituir á Bobadilla, enviarle juntamente con Roldan á España, para que diesen cuenta de su conducta. Despues en virtud de las órdenes de Fernando, abolió la esclavitud y proclamó la libertad de los indios, que tuvieron por fin garantías contra la violencia. La escesiva codicia de los españoles fué reprimida con otras leyes, y el nuevo gobernador, al permitirles la esplotacion de las minas, les impuso la condicion de que habian de reservar una parte del beneficio para el rey, como soberano de la isla.

En cuanto á Colon, preciso es figurarse á este grande hombre abatido con tantas pesadumbres; mas siempre con la esperanza de que, á fuerza de reclamaciones, haria que aquella córte ingrata se ar-

repintiese de su conducta desleal. Con la fuerza que le daba su derecho, fundado en solemnes convenios, no pedia gracia, sino justicia. Manifiesta sin cesar, ostenta el contrato autorizado con la firma del rey, aquel contrato en virtud del cual debe ser virey de las tierras que descubra; pero sus enemigos responden á sus quejas y á la ostentacion de sus derechos y sus títulos con el ultrage de un desdeñoso silencio.

Colon no queria condenarse á un solitario retiro, donde no presenciase el triunfo de la envidia y de la bajeza. Meditando la ejecucion de nuevos proyectos, la muerte le parecia preferible al reposo. Tal vez se le ocurrió por algunos momentos el ofrecer sus servicios á otro soberano; pero las otras córtes ¿valian mas que la de España? Bien sabia él por esperiencia como responder á esta pregunta.

En su último viage, se creyó á lo primero que la costa que habia descubierto era una parte de la India, que suponia llegaba hasta allí; pero desengañado de su error por diversas circunstancias y sobre todo por sus propias observaciones, estaba ya casi convencido de que aquella costa pertenecia á un nuevo continente. Esta opinion le hacia presumir, que entre este continente y la India pudiera haber un estenso mar, y que si hácia el istmo de Darien, el mar Atlántico comunicase con este occeano desconocido, se podria pasar por este estrecho á la India.

En concepto del almirante, era de alta importancia el asegurarse de si este estrecho existia, porque en este caso se ahorrarian muchos rodeos y dilaciones á los navios que yendo de España á la India atravesando la América, no tendrian que seguir el camino al rededor del Africa, descubierto por Vasco de Gama. Cruelmente ofendido se hallaba Colon por la córte de España y sin embargo, olvidó las injusticias y humillaciones que le habian hecho sufrir: haciendo al universo, á quien aun queria ser útil, el generoso sacrificio de su justo resentimiento, se determinó á arrostrar los peligros de un nuevo viage, y á esponer su vejez á las contingencias de una remota espedicion.

El proyecto del almirante fué bien recibido en la córte, porque proporcionaba la ocasion y el medio de alejar á un hombre cuya presencia era un estorbo. Fernando é Isabel creian satisfacer á Colon con esta nueva empresa, y atendida su habilidad esperaban de

ella los mas felices resultados. Por esto se apresuraron á mandar se equipase una escuadra para ponerla á sus órdenes.

Cuatro miserables navíos componian esta escuadra, y todavía la mayor de estas embarcaciones, no llegaba á la mitad del porte de un buque mercante ordinario. Tales eran las fuerzas que ponian á disposicion de Colon para una empresa de tanta importancia; con una escuadra semejante debia lanzarse á un mar remoto, desconocido, y hallar un camino por donde el gobierno español esperaba apropiarse las riquezas de la India, quitando á los portugueses las ventajas inmensas de su monopolio.

Aqui principalmente es donde hay que admirar la intrepidez de Colon: otro que él hubiera retrocedido con espanto, al ver las dificultades de una empresa que tan escasos recursos contaba, á vista de los peligros de una espedicion en tan mezquinas embarcaciones. Entusiasmado con el recuerdo de su primer viage, rejuvenecido en cierto modo con la esperanza de nueva gloria, no titubeó un instante en embarcarse. Llevaba consigo á su hermano Bartolomé y á su hijo primogénito de edad de trece años y que debiaser algun dia quien escribiese su vida.

Colon se hizo á la vela desde Cádiz el 11 de mayo de 1502, diez años despues de su primera espedicion. Se dirigió segun su costumbre á las Canarias, sin mas obstáculo que la marcha lenta de la mayor de sus naves. Se dirigió hácia Santo Domingo para cambiarla por otra, y apenas estubo á la altura de la isla, hizo saber á Ovando el motivo de su llegada, pidiéndole permiso de entrar en el puerto, que le fué negado por el gobernador. Colon como esperimentado marino, conocia por indicios seguros que iba á estallar un terrible huracan, por lo tanto suplicó á Ovando que le permitiese guarecerse en el puerto, mientras pasaba la tormenta. Disponíase el gobernador por entonces á enviar á España una flota considerable, y Colon creyó que debia advertirle el peligro que corria, si no dilataba su partida por algunos dias mas.

Ovando fué inflexible: menospreció el aviso de Colon, burlándose de un pronóstico que miraba como un desvario ó un cálculo de mala fé. Volvióse á prohibir la entrada del puerto á la escuadra del almirante, y la gran flota equipada por Ovando se hizo á la vela para España; pero los acontecimientos justificaron bien la previ-

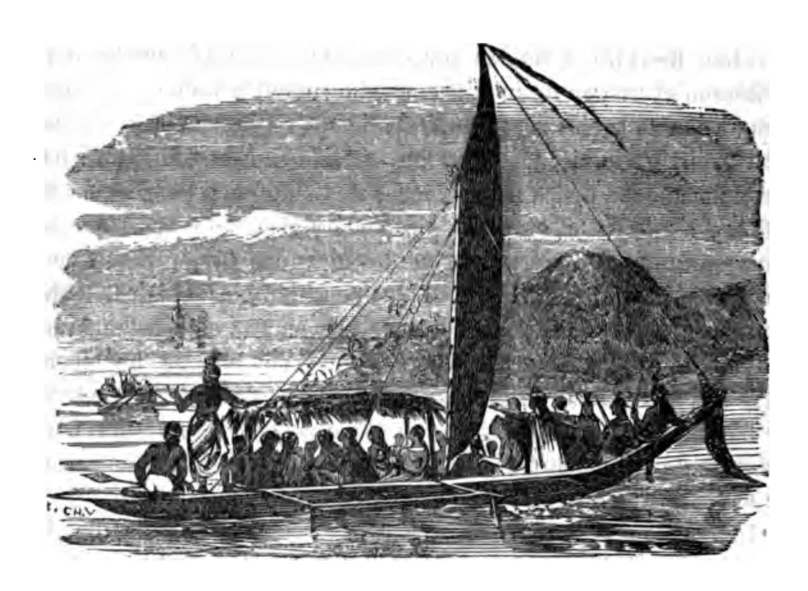
sion del almirante. Colon preparado contra el huracan, preservó á sus navios del naufragio con sus sábias precauciones; pero la rica flota que se habia hecho á la vela para España, pereció casi toda; de las diez y ocho embarcaciones de que se componia, solo tres se salvaron. Bobadilla y Roldan que se habian embarcado en esta flota recibieron el castigo de su odiosa conducta contra Colon, yéndose á pique con todas las riquezas, fruto de sus rapiñas en la isla Española. Ocurrió una circunstancia muy notable en este naufragio: habian colocado los restos de los bienes de Colon en el peor navío de la flota, y este fué el que menos padeció y el único que pudo continuar su rumbo á España, porque los otros dos tuvieron que volverse á Santo Domingo á causa de sus considerables averías. Hubo espíritus supersticiosos, que lejos de ver en esta circunstancia un efecto de la justicia divina, creyeron que Colon era un hechicero y que con la ayuda de sortilegios y el concurso de espíritus poderosos dóciles á sus órdenes, habia escitado aquella tempestad para vengarse de sus enemigos. Asi es como esplicaban la conservacion del navio que llevaba los bienes del almirante.

Indignado contra el implacable gobernador de una isla, donde hasta le rehusaban un refugio para escapar de una horrible tempestad, Colon se hizo á la vela al Oeste y hácia el continente con sus buques que habian padecido alguna cosa.

En este viage corrió muchos peligros y abordó por fin á una isla llamada Guanaja, situada á corta distancia del continente por la parte de Honduras. Apenas ancló tuvo buen cuidado de enviar á reconocer aquella tierra. Dió esta comision á su hermano Bartolomé, que al llegar á la costa acompañado de otros hombres, se encontró una barca india, construida con mejor arte que las canoas de los salvages. En medio de esta barca, muy larga y de ocho pies de ancho, se elevaba un cobertizo de hojas de palmera, que recordaba el de las góndolas de algunos paises de Europa; bajo este techo habia muchas mugeres y niños y se contaban ademas en la barca veinte y cinco hombres.

Quisieron alejarse de los españoles, mas al ver que estos les daban caza, se rindieron sin hacer uso de sus armas. Se procedió á registrar la embarcacion y se hallaron colchones, camisas sin mangas, de hilo de algodon, y otros vestidos, tambien las telas

de que las mugeres se servian como de mantas, grandes espadas de madera cuyo doble filo estaba formado por pedernales, sujetos



en una juntura con hilo y resina, hachas de cobre y otros utensilios del mismo metal. Estos salvages estaban desnudos, á escepcion del medio del cuerpo, cubierto con una tela de algodon. Sus alimentos eran casi los mismos que usaban los naturales de la isla Española, solo que su bebida habitual consistia en una especie de cerbeza, hecha con maiz cocido. Se halló tambien en la barca una corta cantidad de almendras de cacao, las que los indios tenian en mucha estima, porque les servian de moneda: estas fueron las primeras almendras de este género vistas por los europeos.

Colon, muy satisfecho por un encuentro que podria proporcionarle las noticias que le eran tan necesarias, encargó á sus compañeros que tratasen á los indios con el mayor miramiento, á fin de atraerlos y ganarse su amistad. Cambió con ellos algunas mercaderías, y cuando hubieron respondido á las importantes preguntas que les hizo, les restituyó su gran canoa, concediéndoles permiso de ir donde quisiesen. El almirante se quedó con un viejo, dotado

al parecer de una inteligencia superior á la de los demas indios, sin que este anciano manifestase sorpresa ni pesadumbre por verse prisionero á bordo. Colon le destinaba á servir de intérprete y medianero en sus relaciones con los salvages.

Gracias á las indicaciones de este indio, que se espresaba por signos, Colon supo que en una vasta comarca situada al Oeste habia mucho oro; que los habitantes llevaban en la cabeza coronas de este metal y gruesos anillos tambien de oro en los brazos y piernas, y que guarnecian de oro las mesas, las sillas y los cofres. Habiéndole presentado al indio, corales, especias y otras producc iones, aseguró que tambien abundaban en aquel fértil pais. El anciano queria sin duda significar el territorio de Méjico. La perspectiva de tantas riquezas escitaba fuertemente la codicia de los compañeros de Colon, que pedian con vivas instancias ser conducidos á un pais que tanto les ponderaban; pero el almirante, subyugado por el deseo de lograr el objeto de su viage, resistió á los ruegos de la tripulacion, y sordo á sus murmuraciones, siguió el rumbo al Este costeando la tierra firme.

Se dirigió de la costa de Honduras hácia el Este, esperando encontrar el estrecho, que segun las aserciones de los salvages debia hallarse hácia aquel parage; pero unos y otros se engañaban. Los indios habian tenido por un istmo el estrecho que Colon les dibujaba y le habian enviado al Darien.

Siguiendo la espedicion su camino á lo largo de las costas, encontró hombres mas salvages que los que se habian visto hasta entonces y cuyo género de vida era muy diferente. Estaban enteramente desnudos, comian la carne y pescados crudos sin ninguna especie de condimentos. Sus orejas estiradas con los objetos que de ellas se colgaban, les caian casi hasta los hombros: todo su cuerpo ofrecia una estraña variedad de figuras de animales, como leones, ciervos y otras especies trazadas con ayuda del fuego. Los personages mas importantes entre aquellos indígenas se distinguian por sus gorros azules ó encarnados de tela de algodon. Unos se pintaban el rostro de negro, otros de encarnado, otros con rayas de varios colores y habia tambien algunos que solo se pintaban los lábios, las narices y los ojos. Tenian en las orejas unos ahugeros tan grandes que podia pasar por ellos un huevo de gallina. Esto es

lo que determinó á Colon á dar á este pais el nombre de *Costa de las Orejas.*

Continuando su rumbo ; aunque con lentitud , porque los vientos contrarios y las corrientes retardaban su marcha , llegó á un promontorio que daba vuelta hácia el Sud , siendo favorecido para seguir en esta direccion por el mismo viento contra el que habia luchado por tanto tiempo. Puso á este promontorio el nombre de *Gracias á Dios,* como un testimonio de su agradecimiento á la Providencia que le habia concedido este nuevo beneficio.

Fondeó pocos dias despues en otro parage , y en el momento en que los españoles se preparaban á bajar á tierra , vinieron los salvages armados y en sus canoas para oponerse al desembarco; mas cuando conocieron que los españoles no tenian intenciones hostiles, se acercaron sin desconfianza y quisieron venderles sus géneros que consistian en armas de toda clase , como mazas , ballestas , bastones de madera negra y dura, cuya estremidad presentaba una punta muy aguda, formada con una espina de pescado, chalecos de algodon y pedacitos del oro de bajo color con que adornaban su cuello.

El almirante les distribuyó bagatelas de Europa , en cambio de las cuales nada quiso tomar; cosa que desagradó mucho á los indios. Instaron entonces á los españoles para que bajasen á tierra ; pero viendo que se resistian á sus instancias , creyeron que se desconfiaba de ellos y para evitarlo , enviaron á los españoles un anciano de figura venerable. Llevaba un estandarte , sin duda como signo de paz , y le acompañaban dos jovencitas con el cuello guarnecido de placas de oro. Pidió ser presentado á el almirante que recibió con su habitual bondad al anciano y á las jóvenes. Despues que les dieron de comer, y les regalaron vestidos europeos, los enviaron á tierra, muy satisfechos del recibimiento que les habian hecho los españoles.

Al dia siguiente, el hermano de Colon bajó á tierra y se quedó sorprendido al encontrar en la costa los objetos que se habian regalado á los indios. Creyóse que esto sería por efecto de la delicadeza de los indios , que no querian recibir regalos á que ellos no correspondiesen. En el momento en que el hermano de Colon desembarcó , fué recibido por dos gefes indios que le abrazaron , invitándole á sentarse junto á ellos en la yerba. Condescendió Bartolomé,

para hacerles diversas preguntas por medio del intérprete indio, y su secretario se preparó á escribir las respuestas. Mas apenas los salvages vieron la pluma, el papel, y el tintero, se levantaron dando muestras de repentino espanto, y huyeron juntamente con los demas habitantes que por curiosidad se habian reunido al rededor. Los indios se habian imaginado, por efecto de su ignorante y crédula supersticion, que el secretario era un hechicero; habian tomado la pluma, papel, y tintero por instrumentos de mágia, con los que el encantador iba á proceder á a'guna operacion funesta para ellos. Costó mucho trabajo el desengañarlos acerca de la persona del secretario, y no consintieron en acercarse á los españoles, hasta haber empleado los medios que juzgaban á propósito para precaverse del maleficio. Este preservativo consistia en cierto polvo que arrojaron hácia los españoles, produciendo un humo al que atribuian sin duda el poder de conjurar los sortilegios, y el que dirigieron mas particularmente hácia el hombre que miraban como un hechicero.

Llevaron despues á Bartolomé á su poblacion, donde nada encontró notable, mas que un grande edificio todo de madera, que servia de cementerio á los habitantes. Vió en algunos sepulcros cadáveres envueltos en telas de algodon, y entre ellos habia uno que estaba embalsamado. Cada sepultura estaba cerrada con una plancha cubierta de figuras de animales, y cerca de algunas estaba colocado el retrato del difunto con estraños adornos.

Al otro dia, el almirante retuvo á bordo algunos naturales del pais, para obtener de ellos nuevos datos; pero los otros, no viendo regresar á sus paisanos, se imaginaron que los retenian presos para hacerles pagar el rescate. En esta creencia enviaron á Colon unos comisionados para ofrecerle dos marranillos, suplicándole que en cambio de aquellos animales, les entregase los presos cuyo cautiverio tenia consternada á toda la poblacion. Colon les hizo entender que sus compatriotas no estaban presos, les prometió que pronto los enviaria, y les pagó el precio de los cerdos, con lo que los diputados se retiraron muy satisfechos de su entrevista.

Los dos cerdos que habian traido quedaron sobre cubierta, donde se hallaba tambien un gato montes, tan grande como un galgo de los de casta pequeña, y que habia sido cogido por un marinero des-

pues de romperle una pata. Este animal, tan ágil como la ardilla, cuya vivacidad iguala, se le asemejaba ademas en sus costumbres, saltando de árbol en árbol y colgándose con la cola de las ramas. Asi que los cerdos le vieron, tuvieron mucho miedo y quisieron escapar; pero los marineros cogieron uno y le plantaron delante del gato. Al instante saltó encima de él, y enroscándole la cola al rededor del hocico para apretársele, se agarró tan fuertemente con las patas delanteras á la cabeza del cerdo, que le hubiera muerto si los marineros no le hubiesen hecho soltar su presa.

Despues de algunos dias de navegacion, llegó el almirante á la embocadura de un rio y determinó que algunos soldados bajasen á tierra; pero una multitud de indios armados acudieron á la orilla para oponerse al desembarco. Se metieron mas de ciento en el mar y adelantándose con el agua á la cintura, blandian sus lanzas, tocaban sus instrumentos bélicos, arrojaban agua á los españoles y les escupian yerbas mascadas para darles á entender su ódio y desprecio. Los españoles no hicieron caso de estas demostraciones amenazadoras y permanecieron impasibles, conforme á las órdenes del almirante que les habia encargado una gran moderacion.

Asombrados de la actitud pacífica de los españoles, los salvages suspendieron al fin sus movimientos hostiles y establecieron relaciones comerciales, que valieron á los españoles diez y seis placas de oro, valor como de ciento cincuenta ducados, en cambio de algunos cascabeles.

Habíanse conducido los españoles con mucha moderacion; pero los indios, desconociendo el motivo que les hacia obrar asi, le creyeron efecto de su cobardia y debilidad, y al dia siguiente cuando la chalupa quiso acercarse á tierra dispararon contra ella sus azagayas. Un ataque tan temerario obligó á los españoles á probar á los indios que no les tenian miedo. El almirante mandó disparar un cañonazo, y al mismo tiempo una flecha de la chalupa hirió á uno de los acometedores. Todos huyeron entonces y los españoles saltaron en tierra, no para perseguir á los indios, sino para hacerles señas de que volviesen. Los salvages conociendo que los hombres blancos no querian hacerles mal; aunque tenian poder para ello, abandonaron sus armas y volvieron á la costa, para continuar amistosamente el cambio de placas de oro.

El almirante tomó todos los informes que le eran necesarios, acerca de la naturaleza del pais, sus diversas producciones y las costumbres de sus habitantes: despues se hizo á la vela para seguir costeando con la esperanza de hallar al fin el estrecho que tanto buscaba. Llegó á una ancha bahia que formaba un puerto espacioso y seguro : cerca de esta bahia se divisaba una considerable poblacion india, al rededor de la cual habia tierras bien cultivadas. Colon dió á este parage el nombre de Porto-Bello.

Los españoles no tuvieron queja de los habitantes de la poblacion que se apresuraron á traerles hilo de algodon y víveres, en cambio de clavos, agujas y otros objetos de poco valor. Avanzando ocho millas mas lejos, llegó Colon al sitio en que despues ha sido edificada la ciudad de *Nombre de Dios*. El temporal le obligó á permanecer alli algunos dias, de los que se aprovechó para reparar sus navios que estaban en bastante mal estado. Quiso seguir su viage; pero contrariado aun por el mal tiempo, hubo de acogerse á un puerto que llamó *del Retrete* ó la retirada.

Los habitantes del pais se manifestaban al principio muy complacientes con los españoles, pero ofendidos por algunos marineros imprudentes, se irritaron contra aquellos estrangeros y formaron proyectos de venganza. Confiando en su escesivo número, que se aumentaba á cada instante, se dispusieron á un ataque general para apoderarse de los navios. Colon que á toda costa queria evitar la efusion de sangre, se esforzó en vano á desarmar á los indios por medios de conciliacion: despues viendo que nada obtenia con dulzura, recurrió á las amenazas; pero todo fué inutil. Entonces mandó disparar un cañonazo, solo con pólvora, creyendo que el ruido bastaria para espantar á los indios; pero no logró el objeto que se habia propuesto. Los salvages viendo que no habian sido aniquilados por el rayo, creyeron que era nulo su poder, se hicieron mas insolentes y dando grandes alharidos y palos en los árboles, espresaban el desprecio que hacian de aquel inútil estruendo que habia causado su asombro. Colon se vió en la necesidad de hacerles sentir los efectos de la artillería que se atrevian á despreciar, y mandó disparar con bala á una colina en que habia muchos indios. Conocieron entonces que aquel trueno daba tambien la muerte y huyeron espantados á los bosques .

De todos los indios encontrados hasta entonces, estos eran los mas hermosos y mejor formados, notables por su esbelto talle y elegantes proporciones de su cuerpo: no presentaban la deforme protuberancia del abdomen que daba un aire tan grotesco á los otros



habitantes de estas comarcas. Los españoles vieron en el puerto muchos grandes caimanes. Estos animales cuando están cansados, se van á dormir á la costa y exhalan un olor muy subido de almizcle: parecen tímidos si se les ataca; pero esto no quita el que traten de pillar á los hombres para devorarlos.

Colon desanimado, renunció al fin á la esperanza de hallar el paso desde el Occeano Atlántico al mar del Sud. La pertinacia de los

impetuosos vientos, contra los cuales luchaba ya hacia tiempo, le determinó á desandar el camino para dirigirse á un pais llamado Veragua, donde segun las noticias de los salvages, existian ricas minas de oro. Corrió muchos peligros en esta penosa navegacion y asaltado por una violenta tempestad que duró muchos dias, tuvo que sufrir una gran escasez de víveres. De todas sus provisiones, agotadas en un viage de ocho meses, ya no le quedaba para alimentar á la estenuada tripulacion, mas que un poco de vizcocho corrompido por el calor y la humedad. Ademas estaba plagado de gusanos, siendo preciso comerle á obscuras, para evitar la repugnancia que debia causar este alimento inficionado.

Por este tiempo fué cuando los navios se vieron rodeados de una multitud de tiburones. Este pescado que á veces tiene hasta treinta pies de largo, es muy gordo, y sus monstruosas mandíbulas están armadas de tres hileras de gruesos dientes, con los que corta un brazo ó una pierna como si fuese con un hacha. Un solo golpe de su cola, que menea sin cesar, puede romper los brazos y piernas y aun matar al hombre á quien alcance. La voracidad de este pez no es menos espantosa, porque se traga todo cuanto le presentan, hasta los garfios de hierro y las hachas. Se leé en las memorias de un viagero digno de fé, que habiendo arrojado á el agua el cadáver de un hombre, envuelto en un pedazo de lona, conforme se acostumbra en el mar, donde no es posible enterrar los muertos, se pescó al dia siguiente un tiburon en cuyo vientre se encontró el dicho cadáver aun envuelto en su mortaja. Los negros de Africa miran como un manjar delicado la carne de este pez; aunque sea aceitosa y exhale un olor desagradable. Antes de comerla la esponen al ardor del sol, hasta que comience á corromperse; es decir durante unos ocho dias.

En cuanto á los compañeros de Colon, la presencia de aquellos mónstruos les pareció de mal aguero. Sin embargo, el hambre pudo mas que sus temores supersticiosos y su aversion á la carne rancia de tiburon. Se decidieron á comerla; porque todavia era preferible al vizcocho que disputaban á los gusanos. Los tiburones por otra parte, eran fáciles de coger. Sabiendo su estraordinario apetito y que se tragan cuanto les arrojan, los marineros prendian un pedazo de paño encarnado en un fuerte anzuelo sujeto á una cadena de hierro y le

arrojaban al mar. Apenas el anzuelo tocaba en el agua, ya un tiburon se prendia en el; y tirando de la cadena le subian al buque. Cogieron uno en cuyo estómago se halló una tortuga viva, la que anduvo sobre cubierta, apenas la sacaron de su singular prision. El estómago de otro tiburon contenia la cabeza de un pescado de la misma especie, echada al mar por los marineros hacia poco tiempo: esto hizo creer que los tiburones se devoran unos á otros.

El almirante caminando hácia Veragua, célebre por sus abundantes minas de oro, se vió obligado muchas veces por el temporal á detenerse en varios puntos de la costa, aguardando un viento favorable que le permitiese llegar al pais donde esperaba la justa indemnizacion de sus penas y contrariedádes. En uno de estos paises que visitó, le causaron sorpresa las casas que los habitantes habian edificado en el aire, valiéndose casi de los mismos medios que em-



pleó en tiempos antiguos la reina Semíramis, para construir sus jardines aéreos, de que hablan con tanto encomio los escritores de la antiguedad. Los salvages habian construido sus cabañas, apoyadas en las ramas de grandes árboles, conforme antiguamente se fundaban terrados y jardines enteros sobre altas bóvedas. Bajo este aspecto los indios se parecian á las aves, porque como ellas, eran habitantes del aire. Sin duda habian adoptado este género de construccion tan estraordinaria, para librarse de las inundaciones y de los ataques de animales feroces ó de sus enemigos. Subian á sus cabañas por medio de escalas, que tenian luego buen cuidado de recoger para que nadie subiese tras de ellos.

En fin, Colon llegó felizmente á Veragua, y todos sus compañeros saludaron con esclamaciones de alegria y de esperanza aquella costa donde debian encontrar tantas riquezas. Anclaron á la entrada de un rio al que el almirante dió el nombre de Belen, porque habian llegado alli el dia de los Reyes, que es una de las mayores festividades de la iglesia católica. Los habitantes le dieron á entender que á pocas jornadas de distancia, rio arriba, llegaria á la residencia de su rey, llamado Quibio, ó segun otros historiadores Quibian. Decidióse Colon á ir allá, enviando primero á su hermano Bartolomé, para que cumplimentase al cacique. Noticioso este de la llegada de los hombres blancos, se apresuró á salir á su encuentro, y en esta entrevista se hicieron por una y otra parte muchas demostraciones de cortesia y protestas de amistad. Su magestad india quiso visitar al mismo almirante, que recibió al cacique con la consideracion debida á su rango y obtuvo su amistad regalándole algunas bagatelas de Europa.

Entretanto, Bartolomé guiado por informes mas seguros acerca de la verdadera situacion de las minas de oro, siguió con su tropa el camino que le habian indicado y vió que no le engañaban. Encontraron el oro á flor de tierra, junto á las raices de los grandes árboles, y convencido de que la tierra por aquellos parages ocultaba con abundancia en su seno el precioso metal, recogió algunos granos y volvió á anunciar á su hermano su feliz descubrimiento.

En vista de él, Colon se determinó á fundar una colonia en este pais, mandando que inmediatamente se construyesen algunas casas cerca de la desembocadura de Belen. Pusieron al instante manos

arrojaban al mar. Apenas el anzuelo tocaba en el agua, ya un tiburon se prendia en el, y tirando de la cadena le subian al buque. Cogieron uno en cuyo estómago se halló una tortuga viva, la que anduvo sobre cubierta, apenas la sacaron de su singular prision. El estómago de otro tiburon contenia la cabeza de un pescado de la misma especie, echada al mar por los marineros hacia poco tiempo: esto hizo creer que los tiburones se devoran unos á otros.

El almirante caminando hácia Veragua, célebre por sus abundantes minas de oro, se vió obligado muchas veces por el temporal á detenerse en varios puntos de la costa, aguardando un viento favorable que le permitiese llegar al pais donde esperaba la justa indemnizacion de sus penas y contrariedádes. En uno de estos paises que visitó, le causaron sorpresa las casas que los habitantes habian edificado en el aire, valiéndose casi de los mismos medios que em-



pleó en tiempos antiguos la reina Semíramis, para construir sus jardines aéreos, de que hablan con tanto encomio los escritores de la antiguedad. Los salvages habian construido sus cabañas, apoyadas en las ramas de grandes árboles, conforme antiguamente se fundaban terrados y jardines enteros sobre altas bóvedas. Bajo este aspecto los indios se parecian á las aves, porque como ellas, eran habitantes del aire. Sin duda habian adoptado este género de construccion tan estraordinaria, para librarse de las inundaciones y de los ataques de animales feroces ó de sus enemigos. Subian á sus cabañas por medio de escalas, que tenian luego buen cuidado de recoger para que nadie subiese tras de ellos.

En fin, Colon llegó felizmente á Veragua, y todos sus compañeros saludaron con esclamaciones de alegria y de esperanza aquella costa donde debian encontrar tantas riquezas. Anclaron á la entrada de un rio al que el almirante dió el nombre de Belen, porque habian llegado alli el dia de los Reyes, que es una de las mayores festividades de la iglesia católica. Los habitantes le dieron á entender que á pocas jornadas de distancia, rio arriba, llegaria á la residencia de su rey, llamado Quibio, ó segun otros historiadores Quibian. Decidióse Colon á ir allá, enviando primero á su hermano Bartolomé, para que cumplimentase al cacique. Noticioso este de la llegada de los hombres blancos, se apresuró á salir á su encuentro, y en esta entrevista se hicieron por una y otra parte muchas demostraciones de cortesia y protestas de amistad. Su magestad india quiso visitar al mismo almirante, que recibió al cacique con la consideracion debida á su rango y obtuvo su amistad regalándole algunas bagatelas de Europa.

Entretanto, Bartolomé guiado por informes mas seguros acerca de la verdadera situacion de las minas de oro, siguió con su tropa el camino que le habian indicado y vió que no le engañaban. Encontraron el oro á flor de tierra, junto á las raices de los grandes árboles, y convencido de que la tierra por aquellos parages ocultaba con abundancia en su seno el precioso metal, recogió algunos granos y volvió á anunciar á su hermano su feliz descubrimiento.

En vista de él, Colon se determinó á fundar una colonia en este pais, mandando que inmediatamente se construyesen algunas casas cerca de la desembocadura de Belen. Pusieron al instante manos

8

á la obra, construyendo en pocos dias algunas casas de madera cubiertas con hojas de palmera. Colon escogió entre su gente ochenta hombres para formar la colonia, mandada por su hermano Bartolomé. Los proveyó de todos los instrumentos y todas las cosas que podian serles necesarias, y como el rio abundaba de peces de todas clases, dejó á los colonos muchos utensilios de pesca. Entre los escelentes peces del rio de Belen, habia una especie de sardinas ó anchoas, las que cogian los salvages de un modo muy particular. Habiendo notado que saltaban del agua á parages secos cuando eran perseguidas por otros pescados, cubrian el medio de sus canoas con hojas de palmera y metian mucho ruido con los remos al cruzar el rio, con lo que los peces engañados saltaban en la canoa, creyendo fuese la tierra, y eran cogidos por los hombres que iban en ella.

Cuando Colon tuvo arreglada la colonia y hubo adoptado las medidas que debian consolidar el nuevo establecimiento, se preparó á volver á España; pero supo de repente que el cacique Quibian, envidioso de que los europeos viniesen á establecerse en su territorio, queria prender fuego á la colonia. Era preciso discurrir medios de evitar esta desgracia, por lo que el almirante y su hermano, despues de haber deliberado el partido que debian adoptar, acordaron apoderarse del cacique antes que pudiese ejecutar su proyecto; pero esta resolucion de los dos hermanos tuvo funestas consecuencias para los españoles.

Bartolomé, acompañado de un buen destacamento de soldados, se dirigió al pueblo de Veragua, cerca del cual estaba la casa del cacique en lo alto de una colina. Cuando Quibian le vió acercarse, le envió á decir que no llegase hasta su casa, porque él saldria al encuentro del gefe español. Bartolomé se adelantó solo con cinco soldados, mandando á los otros que le siguiesen á corta distancia, y que al primer tiro que oyesen, rodeáran la casa de Quibian en términos de que nadie pudiera escaparse.

El cacique nada sospechaba y se adelantó con la mayor seguridad, hasta que los soldados de Bartolomé, cercándole de repente, le hicieron prisionero. Hízose entonces la señal convenida al resto de la tropa, la casa fué invadida, y cuantos en ella habia sufrieron la suerte de su amo sin hacer resistencia á los españoles. Tienen estos escusa de su conducta en las intenciones pérfidas del cacique, de

cuya persona fué preciso apoderarse para salvar sus vidas y la colonia; pero juzgando el hecho con la imparcialidad de la historia ¿con qué derecho iban ellos á establecerse en las tierras de aquel cacique? No se le puede tampoco á este acriminar porque tratase de repeler á unos estrangeros que le parecian perjudiciales á él y á su pueblo.

Determinóse llevar al desgraciado cacique, atado de pies y manos á uno de los navios, y le metieron de noche en la chalupa sujeto con una cuerda, que apretándole mucho le hizo dar gritos de dolor. Compadecido el hombre que le guardaba, le aflojó un poco; pero sin soltar la cuerda con que habia sido atado. Quibian menos embarazado en sus movimientos, se arrojó de improviso al mar, llevándose tras de sí á su guarda, y hábil nadador, favorecido por la obscuridad de la noche, burló la persecucion de los españoles. Estos se creyeron autorizados para apoderarse de todos los bienes del cacique fugitivo, culpable solo por haber recobrado su libertad, que le habian arrebatado con un acto de violencia. Su casa fué saqueada, y los españoles se repartieron su oro que valia trescientos ducados.

Quibian respirando ódio y venganza preparaba terribles represalias á sus enemigos. Adelantándose por un espeso bosque, á propósito para ocultar su marcha á los españoles, sorprendió á la colonia, atacándola de improviso con sus tropas, que daban gritos horrorosos y lanzaban flechas encendidas para pegar fuego á los techos de las casas. Esto no lo pudieron conseguir por la mucha distancia, pero se trabó un combate encarnizado que podia ser fatal á toda la colonia. El valor de Bartolomé la salvó, cargando á los indios con tal denuedo que los derrotó, causándoles una pérdida considerable. Los españoles tuvieron un muerto y algunos heridos, entre los que se contaba Bartolomé, á quien dieron un flechazo en el estómago; aunque felizmente la herida no fué mortal.

Colon esperaba que esta derrota serviria de leccion al cacique, para no hostilizar á los españoles; pero no sirvió mas que de ponerle todavia mas furioso. Su ódio prometia á sus enemigos una venganza de que al cabo hubieran sido víctimas, si asustados del peligro que les amenazaba, no hubiesen declarado que preferian los peligrosos azares de una larga navegacion, á la suerte que les esperaba en una tierra donde quedaban espuestos á los incesantes ataques de un ene-

migo tan implacable. El almirante viendo su desesperacion y el designio que les inspiraba, no pudo rehusarse á recibirlos á bordo, y abandonando uno de sus navíos que ya no podia sostenerse en el mar, se hizo á la vela con los otros tres, tambien en muy mal estado.

No deseaba otra cosa mas que poder llegar á la isla Española con sus buques tan averiados, porque ya habia conocido que no podian servirle para volver á España; pero la escuadrilla fué acometida por los violentos huracanes, tan frecuentes en aquel mar. La esperiencia de Colon, sus consejos y sus exhortaciones no podian infundir ánimo á sus equipages, en los que reinaba el desórden y la confusion. Sus órdenes no eran ejecutadas, y en vano prescribia las mas sábias disposiciones, porque no hacian caso de su voz. Vió perecer uno de sus navios cuando aun se hallaban á vista de tierra firme, y los otros dos hacian agua con tanta abundancia, que eran precisos todos los esfuerzos de las tripulaciones y el ejercicio contínuo de las bombas para que no se fuesen á pique. Colon no se habia hallado nunca en una situacion tan crítica. Tomó el rumbo para la isla de Cuba, donde esperaba que descansase su tripulacion y se pudiesen componer sus navios tan deteriorados; pero otra tempestad le lanzó lejos de las costas de Cuba, en el momento de abordar á ella. Los dos navios empujados uno contra otro por un viento impetuoso, chocaron con tal violencia, que todos cuantos iban á bordo creyeron que iban á abrirse en canal, y se preparaban ya á la muerte.

A pesar de todo, las naves resistieron este choque terrible, y llegaron hasta la costa de la Jamaica, donde el almirante consiguió por medio de una hábil maniobra hacerlas encallar cuando estaban próximas á irse á pique: si tarda un momento mas perecen él y todos sus compañeros.

La compostura de los navios presentaba dificultades insuperables, porque eran tan grandes sus averías que no habia esperanza de que volviesen á salir á el mar. A pesar de todo el almirante no quiso demolerlos, juzgando con su acostumbrada prudencia, que tal y conforme estaban, ofrecerian mas seguridad á las tripulaciones que su permanencia en tierra. Manteniéndose sobre aquellos restos, se estaba al abrigo de los ataques de los naturales del pais, y los españoles tenian menos ocasion de provocar con alguna imprudencia su descontento y su venganza, perdiendo las ventajas que su alianza y amis-

tad les pudieran proporcionar. Por consiguiente las naves fueron reparadas por los costados, se construyeron barracas sobre los puentas y se prohibió á las tripulaciones bajar á tierra.

El almirante pudo felicitarse por tan prudentes medidas, porque los indios no tardaron en venir á bordo, y como se les hacia buen recibimiento, manifestaban mucha confianza y amistad á los estrangeros. Traian víveres en abundancia, y se marchaban muy contentos, despues de haber dado dos patos por un pedazo de talco, un pan hecho con la raiz de casabe por una cuenta de vidrio, y los objetos de mas valor por un cascabel.

Entretanto se hacia preciso pensar en los medios de salir de la isla, celebróse un gran consejo á bordo del navío del almirante, para discutir esta cuestion vital. Todos fueron de parecer que se debia dar parte de sus apuros al gobernador de la Española, supli-



cándole enviase un navio en el que pudieran embarcarse ¿Pero cómo le habian de llevar este aviso? El almirante no contaba mas que con una chalupa, y habia mas de treinta leguas desde la Jamaica á la isla Española.

Los modales afables y la buena fe de Colon habian inspirado á los naturales tan vivo afecto á su persona, que no tuvieron inconveniente en venderle algunas canoas; no eran mas que troncos ahuecados, informes y toscos barquichuelos, útiles á lo mas para navegar á lo largo de la costa; pero incapaces de resistir al menor golpe de viento y prontos á sumergirse à la primera oleada. Emprender un viage tan largo con tan frágiles embarcaciones, era esponerse á una muerte casi segura, y sin embargo, estos peligros no aterraron á dos compañeros de Colon. El español Mendez y el genovés Fieschi, se espusieron valerosamente por salvar á el almirante y á las tripulaciones. Al conservar los nombres de estos dos varones intrépidos y trasmitirlos á la mas remota posteridad, la historia no ha hecho mas que rendir el debido homenage á su heróico sacrificio; ha cumplido un deber de justicia y de agradecimiento para con los salvadores de Colon.

Cada uno se embarcó en su canoa particular, llevándo seis españoles y cuatro salvages que hiciesen el oficio de remeros. Quedó pactado, que asi que llegasen á la isla Española, Fieschi volveria á dar parte á el almirante, mientras que Mendez iria por tierra á Santo Domingo, para desempeñar la comision de que iba encargado para el gobernador. Partieron al fin, acompañados de los ardientes votos de sus desgraciados compañeros para que tuviesen un próspero viage.

Habian navegado ya durante cuarenta y ocho horas, sufriendo mucho por el calor insoportable y siguiendo exactamente la direccion que el almirante les habia indicado, cuando se les figuró que se habian estraviado del verdadero camino y que se habian pasado en alta mar, mucho mas allá de Santo Domingo. Considérese ahora la angustia de aquellos hombres, que habiendo agotado ya su escasa provision de agua dulce, estaban atormentados por una sed ardiente. Algunos salvages cayeron muertos á vista de sus aterrados compañeros, qne esperando la misma suerte, daban señales de una horrorosa desesperacion. Creian encontrar algun consuelo llenando

su boca con el agua del mar; pero esto no hacia mas que refrescar su lengua y escitar mas la sed que aumentaba sus padecimientos.

De repente la esperanza vino á reanimar sus almas abatidas y hacerles recobrar su valor. Era de noche, y la luna presentándose de improviso en el horizonte, les permitió ver háciala parte por donde habia salido, una eminencia formada por una roca. Apenas la distinguieron, cuando creyendo encontrarse cerca de una isla, procuraron llegar á ella á fuerza de remos. Llegaron en efecto; pero una triste realidad disipó sus ilusiones: aquella isla donde esperaban encontrar el término de sus males y de sus padecimientos, no era mas que un peñasco estéril, sin rastro de vegetacion.

Apesar de su desesperacion quisieron recorrer aquel islote. Bajaron de sus canoas y apenas habian andado algunos pasos, cuando encontraron agua en abundancia en el hueco de las rocas: era agua llovediza; pero clara y fresca como la de una cisterna. El descubrimiento de semejante tesoro les hizo olvidar la templanza tan necesaria despues de sus largas privaciones. Se precipitan con ansia sobre el agua y se sacian hasta mas no poder: unos pagan instantáneamente con su vida su esceso, y otros víctimas de la misma imprudencia ,la pagan despues con calenturas, consupcion ó hidropesía.

Aquellos desgraciados habian podido satisfacer la mas imperiosa de sus necesidades; pero sufrian otras privaciones no menos crueles. Por una casualidad feliz para ellos, el mar arrojó á la costa algunos peces cuya carne pudo entretener su hambre. Entonces los comandantes de las dos canoas resolvieron que sus compañeros disfrutasen algun descanso sobre aquel peñasco solitario, durante el calor del dia, y se embarcaron á la caida de la tarde. Despues de haber remado toda la noche, alumbrados por la luna que prestaba este alivio á su triste situacion y á los padecimientos que habian sufrido, saludaron por fin con sus gritos de alegria á la costa occidental de la isla Española, donde desembarcaron.

VII.

Rebelion de Porras.—Colon abandonado por sus compañeros en la Jamaica.—Vuelta de los rebelados.—Peligro de hambre.—El eclipse de luna.—Sagacidad de Colon.—Guerra civil entre los españoles.—Llegada de un navio á la Jamaica.—Colon se embarca para Santo Domingo.—Su regreso á España.—Muerte de la reina Isabel.—Injusticia de la córte.—Muerte de Colon.—Su sepultura en Sevilla.—Traslacion de sus cenizas.—Su retrato.—Administracion de Ovando en Santo Domingo.—Espantosa despoblacion de la isla Española.—La reina Anacoana.—Perfidia de Ovando para con ella.—Bartolomé de Las Casas en América.—Su celo por la causa de los americanos.—El primogénito de Colon cita ante un tribunal al rey Fernando.—Gana el pleito.—Juan Ponce en Puerto-Rico.—El perro Becerrillo.——Velazquez en Cuba.—Resistencia del cacique Hatuey.—Es quemado vivo.—Palabras que pronuncia antes de morir.—Una tradicion india.—La fuente de juventud.—Descubrimiento de la Florida.

Mientras que Mendez y Fieschi arrostraban tan grandes peligros por socorrer á sus hermanos de la Jamaica, esperaban estos con la mayor impaciencia la vuelta del que debia anunciarles la feliz llegada de su compañero á la isla Española. Fijos siempre sus ojos en el mar, se consumian en la angustia de tan dolorosa espectativa, hasta que llegando á desanimarse del todo, desesperaron de que Fieschi volviese y se persuadieron que los dos enviados habian perecido entre las olas. Forzoso era resignarse á morir lejos de su patria, pues ya no habia probabilidad de salir de aquella tierra que iba á ser su sepultura!

Lanzando entonces gritos de desesperacion achacaron á el almirante la causa de su desgracia; le acusaron de haberlos conducido á una muerte inevitable, y bien pronto á las quejas y maldiciones sucedieron clamores sediciosos y la rebelion tomó un carácter amenazador á la vida del almirante. El ciego furor de los insurreccionados necesitaba una víctima y Colon era la mas espuesta á los golpes de su estúpida venganza.

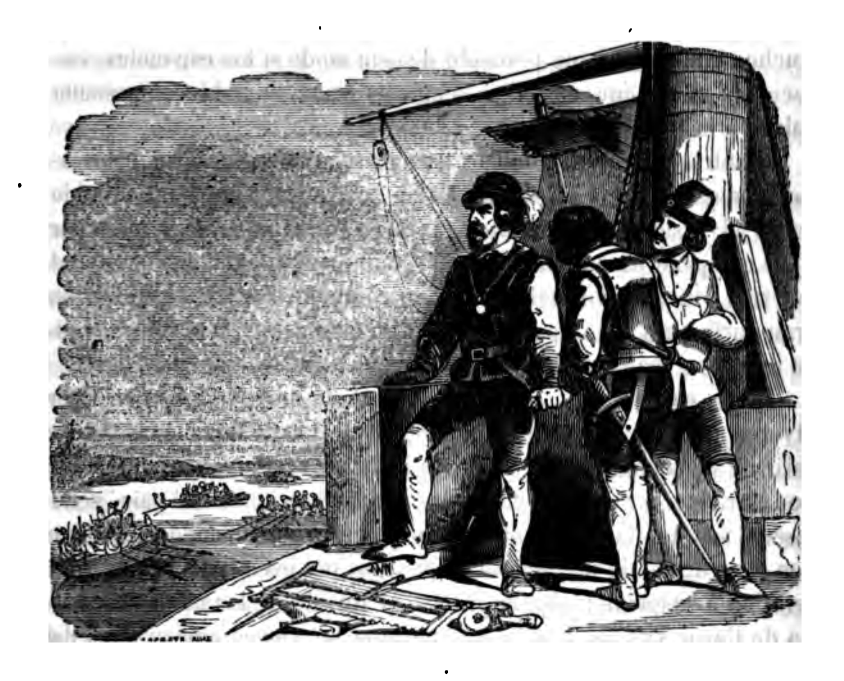
Hallábase retenido en cama por la gota y tambien se hallaban enfermos muchos de sus partidarios; los que se encontraban sanos to-

maron partido á favor de dos hermanos llamados Porras, gefes de la rebelion. El almirante se hallaba tendido en su lecho, cuando el mayor de los dos hermanos se acercó á él para preguntarle con insolente tono, porque se obstinaba en no volver á España. Colon le respondió con mansedumbre, que no deseaba otra cosa; pero que no encontraba medio de ejecutarlo y que si se le indicaba alguno pronto se aprovecharia del aviso, añadiendo que de todos modos iba á convocar el consejo de oficiales para deliberar acerca del partido que conviniese tomar.

Esta respuesta dictada por la razon no satisfizo á Porras; al contrario, significó á Colon con mayor insolencia, que él no habia venido allí para escuchar sus discursos y que estaba decidido á partir en el mismo instante. Amigos mios, esclamó dirigiéndose á las tripulaciones reunidas, que salgan al frente los que entre vosotros quieran seguirme! Estas palabras fueron señal de una completa rebelion, y casi todos los españoles se pasaron á el lado de Porras, diciéndole: prontos estamos á seguirte! Colon, al escuchar estas palabras, salta de su lecho, y á pesar de sus dolores, á pesar de su debilidad quiere hacer entrar á los revoltosos en la senda del deber; pero sus criados, temiendo con razon que le matasen, le obligan á permanecer en medio de ellos y se oponen tambien al movimiento temerario de Bartolomé, que con espada en mano se precipitaba contra los rebeldes para castigar su traicion.

Entretanto ellos, que habian cogido diez barquichuelos de los que los indios habian vendido á el almirante, se embarcaron en ellos aprestándose para hacerse á la vela. Los que permanecian fieles á Colon, al ver estos preparativos se desesperaban, envidiando la suerte de sus hermanos á quienes consideraban como prisioneros que rompen sus cadenas, asi es que hubo muchos que no pudiendo resistir á esta prueba de su fidelidad, pidieron se les admitiese en las canoas donde los recibieron de buena voluntad.

Colon y su hermano Bartolomé, espectadores forzosos de estas tristes escenas, no conservaron á su lado mas que algunos sirvientes y los enfermos que no tenian fuerzas para seguir á los revoltosos El almirante quiso dar las gracias á aquellos hombres que no le habian abandonado, y reuniéndolos al rededor de su lecho, les manifestó su gratitud en una tierna alocucion, exhortándolos á perseverar



en tan nobles sentimientos, cuya recompensa obtendrian pronto con el fin de sus trabajos,

Los revoltosos se dirigian entretanto á la punta oriental de la isla para ir desde alli hasta Santo Domingo: bajaron muchas veces á tierra cometiendo escesos de toda especie, robando y maltratando á los habitantes de los puntos donde desembarcaban. Se llevaron tambien algunos de aquellos isleños para que remasen en las canoas, pero apenas habian andado cuatro leguas cuando se levantó un viento furioso, las mezquinas embarcaciones se llenaron de agua y temiendo que se sumergiesen trataron de aligerarlas arrojando los indios al mar.

Púsose en ejecucion este proyecto contra los indios, que huyendo de sus perseguidores se arrojaban tambien al mar, pero agoviados de fatiga volvian al rededor de las canoas agarrándose al borde para salvarse. No por esto se compadecian los que iban dentro,

sino que temiendo volcasen las canoas, les cortaban cruelmente las manos y cayendo en el agüa no tenian mas remedio que ahogarse. Muchos indios hubieran perecido de este modo si los españoles, conociendo que ni aun asi podian seguir su viage, no hubiesen resuelto volver á la Jamaica.

Mientras que estos hombres feroces señalaban su corta navegacion con el robo y el asesinato, Colon cuyo valor nunca fué abatido por la adversidad, olvidaba sus propios padecimientos para cuidar á sus compañeros enfermos. Desplegando en su favor una solicitud paternal, tuvo el consuelo de ver su completa curacion que fué en gran parte obra suya; pero nuevas dificultades que no habian podido preveer, iban á aumentar los peligros de su crítica posicion.

Hasta entonces los indios habian estado muy solícitos en traer víveres á los españoles; pero viendo que estos no llevaban trazas de salir de la Jamaica, empezaron á inquietarse temiendo que aquellos estrangeros consumiendo todas las producciones del pais, redujesen á sus habitantes á una horrible escasez. Fortificado este temor con el recuerdo de los escesos cometidos por los rebelados, les determinó á suspender de improviso el surtido de los navios, cesando de llevar víveres á los españoles que se vieron amenazados del hambre.

Colon halló en sus conocimientos astronómicos y en su imaginacion fecunda en recursos, un medio de remediar esta desgracia y salir de apuros. Habia previsto que iba á suceder muy pronto un eclipse de luna, y resolvió sacar partido de esta circunstancia para que los indios volviesen á los sentimientos de respeto y benevolencia que por tanto tiempo le habian manifestado. Avisó por medio de un salvage que habia traido de la isla Española, á todos los gefes de aquellos isleños, diciéndoles que tenia que comunicarles un negocio muy importante. Cuando todos los gefes acudieron á la cita que les habia dado, les dijo por medio del intérprete, que él y sus compañeros conocian al Dios criador del cielo y de la tierra, que este Dios protector de los buenos y enemigo de los malos, dispensaba segun su justicia las recompensas y penas, y que castigaria tambien á los que rehusasen á los españoles las cosas indispensables para su subsistencia. «Vuestro castigo, añadió, no tardará mucho en llegar, ya amenaza vuestras cabezas, y para anunciároslo,

la luna, mensagera de la cólera celeste, saldrá esta noche con el rostro ensangrentado. Dáos prisa á proporcionarnos las provisiones necesarias conforme lo habeis hecho hasta aquí, ó temblad; preparáos á los mas espantosos desastres, que dando fin de vosotros os hagan expiar justamente el crímen de vuestra negativa y la dureza de vuestros corazones insensibles á la piedad.»

Los isleños incrédulos, al principio se rieron de la prediccion; pero cuando al acercarse la noche fueron viendo que una obscuridad progresiva iba ocultando el disco de la luna, entonces los salvages empezaron á temblar. Ya no se burlaban del almirante y vinieron atronando el aire con sus lamentos y espantosos gemidos á pedir á Colon intercediese con su Dios á favor suyo. Solo habia un medio de conjurar la venganza, celeste y era el comprometerse á traer víveres á los españoles, y los indios prometieron que nunca les faltarian. Entonces Colon les dijo que iba á interceder por ellos, y encerrándose en su cámara todo el tiempo que duró el eclipse, no volvió á presentarse á los gefes isleños hasta el momento en que la luna debia ir saliendo de la sombra. «No temais ya, les dijo, Dios ha visto con agrado que volveis á vuestros buenos sentimientos. Vuestro arrepentimiento os ha merecido el perdon de lo pasado, lo que se os anunciará tambien por la luna que va á presentarse á vuestros ojos con todo su brillo acostumbrado.» El cumplimiento de esta nueva profecía, hizo profunda impresion en los indios, que admirando desde entonces al Dios de los cristianos, proporcionaron abundantes víveres á los españoles.

Hacia ocho meses que Mendez y Fieschi habian partido para la isla Española, sin que de uno ni de otro hubiesen vuelto á tener mas noticia sus compañeros que habian quedado en la Jamaica, silencio que daba márgen á tristes conjeturas acerca de la suerte de aquellos dos hombres. Persuadidos los españoles de que habian perecido y desesperados por lo tanto de obtener socorro: los que aun no habian abandonado á Colon, ya trataban de reunirse á los revoltosos, que errantes por la isla vivian de la rapiña y del pillage, cuando un navio europeo vino á fondear á poca distancia de la costa. La sorpresa que causó á los últimos compañeros del almirante la aparicion de este buque, les hizo suspender el proyecto de su desercion. El capitan de la nave no tardó en desembarcar, y presentán-

dose á Colon, le entregó de parte del gobernador de la isla Española, una carta, un barril de vino y algunas provisiones que consistian principalmente en tocino: en seguida se metió en su chalupa, se volvió á su navío y se hizo á la vela para Santo Domingo. Colon no encontró en la carta de Ovando mas que las frases vulgares de una fria cortesanía.

La aparicion de aquel navio y su brusca partida eran un enigma para los compañeros del almirante: he aqui la clave de este enigma. Ovando, gobernador de la isla Española, que ya se habia desacreditado por su conducta respecto de Colon, abrigaba todavía sus envidiosos recelos del que miraba como un terrible rival. Temblaba solo con la idea de que volviese á España, porque sabia que el almirante reclamaria de nuevo la restitucion de su título y sus funciones de virey de las Indias occidentales y que alcanzando justicia, haria perder al nuevo gobernador un destino que se hacia cada vez mas importante.

Le interesaba por consiguiente muchísimo el tener noticias positivas de la situacion del almirante, de sus apuros, y el mensage y tardia remesa que envió á Colon, revelaban ya, segun algunos historiadores, los odiosos cálculos de Ovando; pero si se ha de creer á otros, el gobernador de las Indias occidentales, queria solamente y fuera de toda especulacion personal, cerciorarse del estado verdadero de las cosas, el que creia exagerado por interés.

No es del caso discutir aqui el valor de estas opiniones contradictorias; pero lo cierto es, que cualesquiera que fuesen las intenciones de Ovando, su carta no hizo mas que aumentar la perplegidad de Colon y sus inquietudes por la suerte de sus compañeros. Sin embargo, no se dejó abatir por este nuevo golpe y tuvo buen cuidado de ocultar á los que le rodeaban la situacion cada vez mas desesperada á que se creia reducido. Hasta fingió esperanzas que estaba muy lejos de tener, diciendo á sus compañeros, para esplicarles la partida del navio, que era muy pequeño para llevarlos á todos á la isla Española; que Mendez y Fieschi habian llegado con toda felicidad; que tenian órden de comprar por su cuenta un navio mayor que iba muy pronto á llegar para que todos se embarcasen.

Ya se ha visto anteriormente que Mendez y Fieschi habian llegado á la isla Española: falta decir porque este no habia podido vol-

ver á la Jamaica, conforme lo habia prometido. Ni la fatiga de tan penosa travesia, ni la calentura que le consumia desde que tuvo que permanecer en la roca aislada, donde este hombre intrépido estuvo á punto de morir de hambre, pudieran hacerle faltar á la palabra que habia dado á Colon de venir á traerle la noticia de su feliz l'egada á la isla Española; pero en vano empleó ya los ruegos, ya las amenazas para determinar á sus compañeros á que le siguiesen; ninguno quiso esponerse de nuevo á los peligros de semejante viage. Obligado á ir con ellos à Santo Domingo, unió sus esfuerzos á los de Mendez para que el gobernador les vendiese un navio en el que fuesen á buscar y traer al almirante y sus compañeros de infortunio. Ovando eludia su peticion ó si les prometia satisfacer á ella, hallaba siempre frívolos pretestos para retardar el cumplimiento de su ilusoria promesa.

Colon entretanto no podia sujetar á los revoltosos; su autoridad era desconocida, y lejos de entrar en la senda de sus deberes, llevaron los sediciosos su audacia hasta el punto de exigir que el almirante pusiese á su disposicion la mitad de los utensilios y efectos que habia á bordo de los navios encallados, amenazando que vendrian á buscarlos con las armas en la mano, en caso que se les negasen. Colon negó altamente lo que le pedian y los sediciosos se prepararon á poner por obra sus amenazas.

Como sus dolencias impedian á Colon salir á campaña, envió á su hermano Bartolomé al frente de cuantos se hallaban en estado de tomar las armas contra los rebeldes que se venian acercando; pero con órden todavia de ensayar medios de conciliacion sin recurrir á las armas hasta que fuese atacado. Bartolomé, conformándose á las órdenes del almirante, cuando avistó á los rebeldes les dirigió palabras de paz y reconciliacion; pero ellos se creyeron que Bartolomé tenia miedo, y atribuyendo sus razones á pusilanimidad é impotencia, travaron el combate. Habia entre ellos seis que habian jurado reunir sus esfuerzos contra un solo enemigo, atacándole esclusivamente y persiguiéndole sin cesar hasta que le viesen caer muerto á sus pies: el enemigo era Bartolomé; pero este digno hermano del almirante, se defendió con intrepidez contra sus seis adversarios: despues, conduciendo su pequeña tropa y animándola con su ejemplo, se precipitó con tanta impetuosidad sobre los rebeldes que los derrotó com-

pletamente: algunos fueron muertos, otros quedaron prisioneros y el resto debió su salvacion á la fuga.



Entre los rebeldes que se llevaron sujetos al navio, se hallaba Porras el gefe de los rebelados, á quien el hermano de Colon desarmó por su propia mano; pero los fugitivos imploraron bien pronto el perdon del almirante cuya generosidad conocian, y no invocaron en vano su clemencia porque los perdonó. Asi gracias á la firmeza de Colon, se restablecieron el órden y tranquilidad, y solo hubo castigo para los gefes de la rebelion, á quienes convenia tenerlos presos, hasta que un tribunal fallase la pena que merecian.

Entretanto Mendez y Fieschi acosaban con sus solicitudes al gobernador de la isla Española, para que les permitiese comprar un navio destinado al servicio del almirante. Sus instancias triunfaron

al fin de la mala voluntad de Ovando que les otorgó el permiso que le pedian, temiendo tal vez la severidad de la córte si prolongaba con su negativa los apuros de Colon. Este vió al fin llegar á la Jamaica el navio comprado para él y se embarcó con toda su gente para Santo Domingo, alejándose de una isla en la que habia sufrido tanto por un año entero.

Ovando fiel á su pérfido sistema contra el almirante, habia dado órden de que fuese recibido en Santo Domingo con todos los honores debidos á su rango, á sus títulos y á sus servicios; pero mientras que prodigaba á Colon hipócritas homenages, ponia en libertad á los gefes de la sedicion, á unos hombres que se habian atrevido á tirar de la espada contra sus hermanos y á quienes el almirante queria trasladar á España para presentarlos ante un tribunal. No contento con favorecer la causa de estos criminales, queria intimidar á los españoles que habian permanecido fieles á el almirante, amenazándolos con que iba á someter su conducta á un severo exámen, como si fuese un delito de que pudieran arrepentirse el haber sido fieles á Colon.

El almirante despreció estos nuevos insultos y haciéndose superior á sus enemigos con el desprecio que prodigaba á sus ultrages, no dió á entender al gobernador de la isla Española la indignacion que le causaba semejante conducta; pero se dió prisa á salir de un pais cuyo descubrimiento parecia que el cielo queria hacerle expiar con infelicidades y desgracias de todo género. Asi que estuvieron prontos dos navios que fletó, se hizo á la vela para España el 12 de setiembre de 1504.

La suerte que se habia empeñado en perseguirle desde el momento en que empezó á realizar sus grandes empresas, no le dejó acabar tranquilamente su último viage. Apenas se habia alejado de la isla Española, cuando el navio en que iba fué asaltado por violentas tempestades y averiado de tal manera que el almirante tuvo que enviarle á la isla Española. El otro quedó no menos maltratado, porque ademas de sus considerables averias, que le ponian en estado de no poder resistir las fatigas de tan larga navegacion, habia perdido el palo mayor y el de mesana. Colon no por esto dejó de proseguir su camino, y con un navio tan estropeado anduvo un espacio de seis á setecientas leguas marinas. Al fin, escapando

pletamente: algunos fueron muertos, otros quedaron prisioneros y el resto debió su salvacion á la fuga.



Entre los rebeldes que se llevaron sujetos al navío, se hallaba Porras el gefe de los rebelados, á quien el hermano de Colon desarmó por su propia mano; pero los fugitivos imploraron bien pronto el perdon del almirante cuya generosidad conocian, y no invocaron en vano su clemencia porque los perdonó. Asi gracias á la firmeza de Colon, se restablecieron el órden y tranquilidad, y solo hubo castigo para los gefes de la rebelion, á quienes convenia tenerlos presos, hasta que un tribunal fallase la pena que merecian.

Entretanto Mendez y Fieschi acosaban con sus solicitudes al gobernador de la isla Española, para que les permitiese comprar un navio destinado al servicio del almirante. Sus instancias triunfaron

al fin de la mala voluntad de Ovando que les otorgó el permiso que le pedian, temiendo tal vez la severidad de la córte si prolongaba con su negativa los apuros de Colon. Este vió al fin llegar á la Jamaica el navio comprado para él y se embarcó con toda su gente para Santo Domingo, alejándose de una isla en la que habia sufrido tanto por un año entero.

Ovando fiel á su pérfido sistema contra el almirante, habia dado órden de que fuese recibido en Santo Domingo con todos los honores debidos á su rango, á sus títulos y á sus servicios; pero mientras que prodigaba á Colon hipócritas homenages, ponia en libertad á los gefes de la sedicion, á unos hombres que se habian atrevido á tirar de la espada contra sus hermanos y á quienes el almirante queria trasladar á España para presentarlos ante un tribunal. No contento con favorecer la causa de estos criminales, queria intimidar á los españoles que habian permanecido fieles á el almirante, amenazándolos con que iba á someter su conducta á un severo exámen, como si fuese un delito de que pudieran arrepentirse el haber sido fieles á Colon.

El almirante despreció estos nuevos insultos y haciéndose superior á sus enemigos con el desprecio que prodigaba á sus ultrages, no dió á entender al gobernador de la isla Española la indignacion que le causaba semejante conducta; pero se dió prisa á salir de un pais cuyo descubrimiento parecia que el cielo queria hacerle expiar con infelicidades y desgracias de todo género. Asi que estuvieron prontos dos navios que fletó, se hizo á la vela para España el 12 de setiembre de 1504.

La suerte que se habia empeñado en perseguirle desde el momento en que empezó á realizar sus grandes empresas, no le dejó acabar tranquilamente su último viage. Apenas se habia alejado de la isla Española, cuando el navio en que iba fué asaltado por violentas tempestades y averiado de tal manera que el almirante tuvo que enviarle á la isla Española. El otro quedó no menos maltratado, porque ademas de sus considerables averias, que le ponian en estado de no poder resistir las fatigas de tan larga navegacion, habia perdido el palo mayor y el de mesana. Colon no por esto dejó de proseguir su camino, y con un navio tan estropeado anduvo un espacio de seis á setecientas leguas marinas. Al fin, escapando

de mil peligros, ancló en el puerto de San Lúcar en Andalucía.

No habia llegado aun el término de sus adversidades, pues apenas habia desembarcado, cuando supo la muerte de Isabel de Castilla, acaecida en Medina del Campo el 9 de noviembre. Esta princesa era su única protectora, y perdiéndola debia renunciar á la esperanza de obtener reparacion de todas las injusticias que el gobierno español habia cometido con él. ¿Qué podia esperar de un monarca suspicaz, indiferente á los grandes pensamientos é insensible á las grandes empresas y que no habia manifestado la mejor voluntad á favor de los proyectos de Colon?

Despues de algunos meses de descanso en Sevilla y asi que su salud se lo permitió, se puso en camino para la córte, para hacer al rey Fernando una relacion de su último viagè. Acompañado de su hermano Bartolomé, llegó á Segovia donde entonces éstaba la córte, y en una audiencia particular del rey, que los recibió con frialdad; aunque prometiendo hacerles justicia, Colon le recordó con enérgicas palabras sus gloriosos servicios; pero las promesas de don Fernando no eran sinceras y Colon reclamó y esperó en vano su cumplimiento. Cansado al fin de las quejas y reclamaciones del almirante, el rey le propuso que renunciase á todos sus privilejios, ofreciéndole en cambio tierras en Castilla, dándole una pequeña villa del patrimonio real acompañada de algunas pensionés. Tal fué la recompénsa de los trabajos de Colon para gloria de la España, y de el nuevo mundo qué la habia proporcionado.

No sobrevivió mucho tiempo á su protectora, la reina Isabel: la ingratitud del gobierno apresuró el fin de sus dias y murió á los 70 años el 20 de mayo de 1506, dia de la Ascènsion. Hallábase entonces en Valladolid, desde donde su cadáver fué trasladado á la Cartuja de Sevilla y luego á la isla Española para ser enterrado en la capilla mayor de la iglesia catedral de Santo Domingo, donde sus restos mortales han descansado por mas de tres siglos. Déspues de la cesion de la parte española de la isla de Santo Domingo, han sido trasladados á la isla de Cuba y esperan todavia en la Habana un monumento digno del gran nombre de Cristóbal Colon (1).

(1) Los restos de Colon fueron en 1513 depositados en el monasterio de cartujos de as Cuevas en Sevilla, y en 1536 traslad ados á la catedral de Santo Domingo en la isla Es-

Tuvo de su primer matrimonio á su hijo don Diego que heredó odas sus dig nidades, y de Beatriz Enriquez con la que se habia casado en España, á don Fernando, que escribió la vida de su padre.

Debemos ahora dar á conocer la persona y carácter de Colon, con arreglo á los retratos que de él han hecho los diversos historiadores de su época.



pañola. Habiendo pasado la isla al dominio de los franceses á 20 de diciembre de 1796, se exhumaron á peticion del teniente general de la armada don Gabriel Aristizabal, y puestos en una urna de plomo dorado se trasladaron á la Habana. La urna se condujo desde el puerto á la catedral con una pompa fúnebre sin igual en América, y costeada por el ayuntamiento de la Habana. Las cenizas se depositaron el 19 de enero de 1796 en el presbiterio de la catedral, bajo una lápida con su inscripcion latina.

(*Nota del traductor*).

Desde este momento, aquel pueblo débil y bueno sufrió tan cruel tratamiento por parte de sus insensibles señores, que la mayor par-



te de los indígenas pereció por el esceso de su miseria y sus fatigas, habiendo algunos que desesperados pusieron término á una existencia que aborrecian, por medio del suicidio. Cuando Colon descubrió este pais, calculó en un millon el número de los habitantes, y en menos de quince años ya no se contaban mas que sesenta mil indígenas. Resulta que en tan corto espacio de tiempo, la crueldad de los españoles hizo perecer novecientas cuarenta mil personas (1).

(1) Creemos este cálculo sumamente exagerado y fundado en documentos inexactos. Con algunos mas positivos se pudiera comprobar esa crueldad ejercida por los mismos que nos la

Habia aun en la isla una provincia estensa y fértil no sometida enteramente al dominio de los españoles ; aunque les pagaba tributo. Era gobernada por una reina llamada Anacoana, amiga de los hombres blancos y muy puntual en pagar el tributo impuesto á la provincia por Ovando.

Para desgracia de esta provincia y de su reina, habian ido á establecerse á ella algunos de los antiguos cómplices de Roldan. Anacoana y sus súbditos se habian siempre portado muy bien con aquellos miserables, que de vez en cuando solian corresponder á este buen trato con sus violencias y rapiñas, hasta que con su insolente conducta obligaron á la reina á que emplease contra ellos los medios de un justo rigor para reprimir sus escesos. Como habian contado con la impunidad, la firmeza de la reina les irritó y concibieron el proyecto de una horrible venganza, jurando la pérdida de aquel pueblo que les habia prodigado todas las atenciones de una generosa hospitalidad.

Denunciaron á Ovando como dispuestos á rebelarse contra el dominio español á la reina Anacoana y á sus súbditos, conjurando al gobernador para que estorbase la ejecucion de la trama, asegurando la persona de la reina y apoderándose de sus bienes y de su reino.

No se ocultaba á la sagaz política de Ovando la intencion de los denunciadores, ni la injusticia de la acusacion ; pero le convenia tomar por lo serio la denuncia y creer que el peligro era inminente. Se le ofrecia una ocasion y un pretesto para apoderarse de los bienes de la reina, que eran objeto de su ambicion y resolvió proceder como si le hubiesen dicho la verdad.

Habia el inconveniente de que la reina disponia de fuerzas considerables que no hubiera sido prudente despreciar. Su dominio se estendia en un pais vasto y muy poblado, pues los historiadores contemporáneos aseguran, que Anacoana tenia trescientos caciques por

echan en cara. No obstante, es necesario decir que la despoblacion de la isla Española, tuvo por causa, mas que las vejaciones hechas á los indios, la considerable emigracion de estos á otras islas y tierra firme para sustraerse á la obediencia de los españoles y vivir conforme estaban acostumbrados. Hubo ademas horrorosas epidemias de viruelas, que solo se han corregido cuando los mismos españoles introdujeron la vacuna, y por último, la mezcla con las castas europea y africana, iba poco á poco haciendo desaparecer el tipo y señales características de la poblacion primitiva.

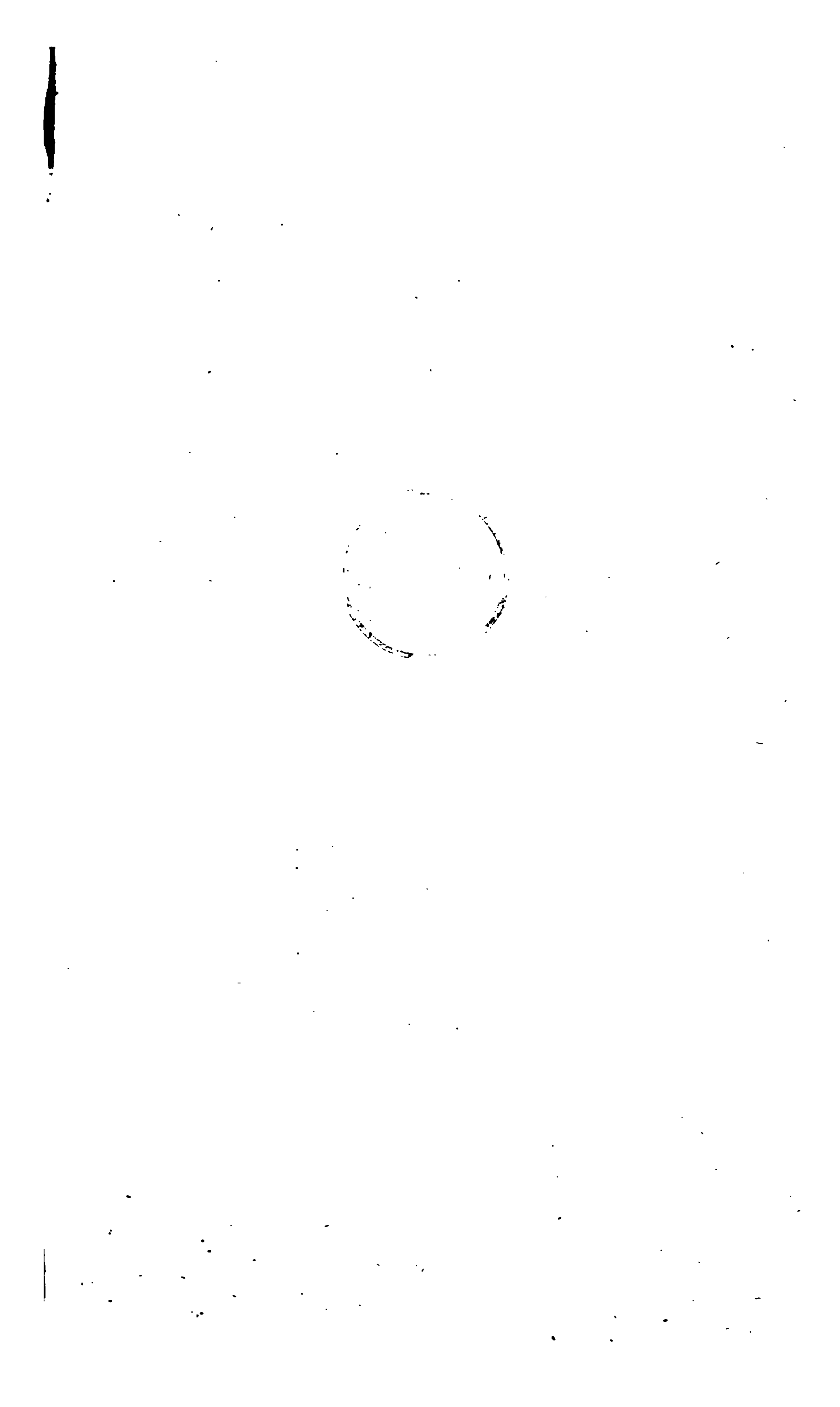
(*Nota del traductor*).

vasallos y que estaban obligados á presentar cada uno su contingente de tropas ausiliares cada vez que la reina reclamase su ausilio. Ovando lo sabia y no atreviéndose á declarar la guerra á la reina Anacoana ni correr el peligro de romper las hostilidades contra un enemigo tan poderoso, tomó el partido mas seguro; aunque menos noble, cual fué el de recurrir á una estratagema.

Para asegurar el resultado de la emboscada que meditaba, avisó á la reina de que iba á pasar á visitarla, para estrechar los lazos de amistad que unian á los dos pueblos y que iria acompañado de un numeroso séquito, para rendir mas digno homenage al poder de la soberana. Púsose al instante en camino seguido de trescientos infantes y setenta caballos. Anacoana que no tenia sospechas y miraba como un festejo la visita que le hacian aquellos estrangeros á quienes profesaba un síncero afecto, quiso dar al recibimiento que pensaba hacerles, todo el carácter de una solemnidad régia, y convocó á todos sus vasallos. Apresuráronse estos á concurrir á el llamamiento y con tan brillante comitiva salió á recibir al gobernador.

Asi que Ovando se presentó, la reina hizo la señal de que empezasen los cánticos y los bailes y condujo al gobernador á la residencia real Allí con su bondad natural apuró su ingenio para hacer agra dable aquella mansion al gefe español, multiplicando los juegos y diversiones que se usaban en su pueblo, que con su algazára favorecia las intenciones de su soberana. Ovando se manifestó muy satisfecho de aquel recibimiento y para corresponder á él, pidió permiso á la princesa de ofrecerla á ella y á toda su córte el espectáculo enteramente nuevo de una diversion europea. Ovando sabia muy bien que la reina no le habia de hacer un desaire, y asi es que al otro dia no solo se reunió la córte sino que acudieron al espectáculo prometido una multitud de indios atraidos por la curiosidad. Entonces el gobernador con pretesto de dar algunas órdenes para la funcion salió de la sala atestada de espectadores

En breve volvió á presentarse á la cabeza de sus ginetes y precedido de soldados que ocuparon todas las avenidas de la plaza donde debia darse la funcion; despues se dirigió hácia la espaciosa sala, formada por un cobertizo sostenido por gran número de pilares, donde estaba reunida toda la córte en presencia de Anacoana. Los indios, creyéndose en completa seguridad, se estasiaban con la be-





Perfídia de Ovando.

lleza de aquel espectáculo militar. De improviso Ovando lleva la mano á su cruz, y á esta señal convenida, los soldados tiran de sus espadas y se precipitan sobre los consternados indios, atropellándolos sin distincion de sexo ni edad. La reina es sorprendida y cargada de cadenas, los caciques sujetos tambien; la sangre corre en abundancia entre los gemidos de los moribundos y el clamor de los combatientes y por último se prende fuego al edificio, que desplomándose acaba de rematar á las víctimas.

La infeliz Anacoana sobrevivió á tantos desgraciados como habia visto perecer; pero todavia era mas digna de lástima que ellos. Al menos si hubiera sufrido su suerte, no hubiera visto prolongarse su suplicio con el escarnio de una justicia sanguinaria. Fué llevada á Santo Domingo para la formacion de su causa. En vano se buscaron pruebas para convencerla del crimen de que la acusaban; solo constaba su afecto síncero á los españoles, á aquellos mismos que habian correspondido á sus bondades con su perfidia, y cuyas solas declaraciones bastaron para que malos jueces sentenciasen á la pena capital á la desgraciada reina. Esta execrable sentencia se ejecutó á vista de los mismos que no habian esperado á su muerte para apoderarse de sus estados.

El suplicio de Anacoana aterró á lo restante de la poblacion india en términos que no se volvieron á hacer mas tentativas para sustraerse á la opresion. La reina Isabel habia siempre recomendado que se tratase á su nuevo pueblo con humanidad y dulzura: mientras que ella vivió, los tiranos se contuvieron; pero su muerte fué en cierto modo la señal de todos los escesos, de todas las violencias. No hubo un poder protector que se interpusiese entre el opresor y el oprimido, entre el tirano y la víctima entregada á merced de su codicia sanguinaria. Es verdad que un digno sacerdote católico, un varon cuyo nombre debe ser pronunciado con respeto, Bartolomé de las Casas, (1) tomó á su cargo la defensa de aquellos des-

(1) Fray Bartolomé de las Casas, varon apostólico, primero capellan, despues religioso dominico, y últimamente obispo de Chiapa. A este hombre piadoso debieron los indios grandes beneficios, por lo que le amaban entrañablemente. Constituido en protector suyo, recorrió todas las Américas, nombrado en 1516 por el cardenal Cisneros. Pasó cuatro veces hasta Alemania para verse con el emperador, y cruzó diez y siete veces el Occeano para defender la causa de los indios, esponiéndose á persecuciones. Escribió algunas obras é intervino

graciados pueblos. Consagrando su vida á esta santa mision, á este sublime ministerio de humanidad, imploró sin cesar, ya en España, ya en las Indias occidentales, la compasion en favor de los infelices indios. Hasta su último suspiro defendió valerosamente esta noble causa; mas ah! la voz de un hombre solo, era insuficiente contra esfuerzos conjurados, contra la liga de los opresores que oponian por únicos argumentos á las mejores razones de las Casas, Las barras de oro que enviaban á la córte de España.

La poblacion india disminuyó de un modo tan espantoso en la isla Española, que no se encontraban indígenas suficientes para la esplotacion de las minas. Ovando propuso entonces al rey volver á poblar la isla, trayendo los habitantes de las islas Lucayas descubiertas por Colon en su último viage. Su objeto, segun decia en la memoria que dirijió al monarca, era instruirlos mas facilmente en la religion cristiana. Este piadoso pretesto hizo que fuese aceptada su propuesta; pero como el realizarla ofrecia algunas dificultades por la resistencia de los indios, amantes de su pais natal, recurrió á la astucia para hacer caer en el lazo á un pueblo débil y crédulo. Mandó equipar con la mayor presteza algunos navios que se hicieron á la vela para las Lucayas. Cuando desembarcaron los diputados de Ovando á quienes era ya familiar el idioma de las islas, dirigieron á los habitantes esta solemne mentira en forma de alocucion: «Buenas gentes, les dijeron, venimos á daros una buena noticia: nosotros venimos del pais de los bienaventurados, habitado por vuestros mayores y en el que pasan su vida en medio de inefables delicias, en el seno de una felicidad imposible de pintar. Os suplican que vayais lo mas pronto posible, porque os esperan para que disfruteis en su compañia esta felicidad; persuadidos nosotros de que acudireis prontamente á su invitacion, nos ofrecemos á llevaros en nuestros navios.»

Apenas estos embusteros acabaron de hablar, cuando los habitantes, demasiado sencillos para sospechar el engaño de que iban á

en la formacion del código de Indias; tambien se le atribuye la idea de establecer audiencias en América, adonde los naturales pudiesen recurrir contra los abusos de sus señores. Casas, sin embargo, dejándose llevar de su celo, ha desfigurado algunos hechos y ha dado márgen con sus declamaciones á las invectivas que nos prodigan los estrangeros.

(*Nota del traductor*).

ser víctimas, corrieron á la costa pidiendo los embarcasen en los navios para irse á reunir con los objetos de su cariño y su respeto: mas de cuarenta mil de aquellos infelices pasaron á bordo para ser conducidos á la isla Española.

Asi que llegaron á esta isla, conocieron que los habian engañado indignamente y muchos murieron de pesadumbre, mientras que otros se espusieron á los mayores peligros para volver á su patria, y escapar de la esclavitud. Algunos fueron encontrados por un navio en alta mar á mas de cincuenta leguas de la Española, sentados en un tronco de árbol para sostenerse encima del agua y esforzándose para llegar á su pais con ayuda de los remos. No llevaban mas provision que calabazas llenas de agua dulce atadas al tronco que les servia de embarcacion. Fueron vueltos á la Española para seguir en la esclavitud. En fin, á la astucia que ya era ineficaz, sucedió la violencia, llevándose por fuerza los habitantes de aquellas islas muy pobladas; y en pocos años al movimiento de una poblacion numerosa sucedió en ellas el silencio del desierto y la calma de la tumba.

El virtuoso Las Casas habia hecho inútiles esfuerzos para salvar á los infeli ces cuya defensa habia emprendido; pero estraviado en su celo por la libertad de sus protegidos, de sus amigos de América, recurrió á un medio que debia causar la destruccion de otra especie de hombres. Aconsejó se comprasen negros de la costa de Africa, que mas robustos que los americanos, aguantarian mejor el penoso trabajo de las minas. El gobierno español siguió este consejo, y tal fué el origen de ese comercio bárbaro de esclavos (1), de ese infame tráfico, que durante muchos siglos ha costado cada año la libertad y aun la vida á mas de cuarenta mil negros, y que aun en nuestros dias vemos que resiste á los esfuerzos de grandes naciones de Europa coligadas para abolirle. En cuanto á los pobres america-

(1) La esclavitud de los negros data desde la mas remota antiguedad, siempre los habia habido en Grecia, en Roma, en los vastos dominios de los emperadores de Constantinopla y en las poblaciones musulmanas. Sin apelar á los tiempos antiguos, los portugueses empleaban ya los esclavos en sus posesiones de Africa desde antes de 1481. Los primeros esclavos no entraron en la isla de Santo Domingo hasta el año de 1501, por consiguiente los españoles en todo caso, no hicieron mas que imitar el ejemplo de otras naciones que hoy mas se precian de filantrópicas.

(*Nota del traductor.*)

nos su suerte poca mejoria tuvo, pues continuaron sufriendo la esclavitud!

Ibase acercando el momento en que llamado Ovando á España, daria fin la administracion de un hombre que tanto mal habia hecho á los Colones. Don Diego, el primogénito de los hijos del almirante, reclamó con vivas instancias despues de la muerte de su padre, la ejecucion del contrato que habia hecho con el rey, pidiendo el título y funciones de virey de las Indias occidentales, en nombre del acta solemne que aseguraba perpétuamente su posesion á la familia de Cristóbal Colon. Pero el rey Fernando siguiendo la conducta de que el almirante se quejaba con tanta amargura y que aceleró el fin de sus dias, fué tan injusto con el hijo como lo habia sido con el padre, y sin hacer caso de las representaciones de don Diego, ni de las personas que se interesaron por él, persistió en una negativa que debia ser un borron de su memoria.

Indignado de esta falta de justicia y confiando en su derecho, don Diego no tuvo miedo de citar al rey ante el tribunal establecido para entender en los negocios de América. Los jueces se honraron con su animosa imparcialidad, declarando que el monarca debia cumplir á don Diego las promesas que habia hecho á su padre. Apesar de todo, don Fernando tal vez no hubiera hecho caso de ésta decision, y don Diego hubiera visto otra vez sus pretensiones desestimadas por el rey, á no haber encontrado una poderosa proteccion en la córte obteniendo la mano de la hija de uno de los primeros señores del reino. Era sobrina del duque de Alba que no puso reparo á un enlace con un personage á quien la sentencia del tribunal habia investido con la mas alta dignidad de la monarquia española. El crédito de esta familia ilustre y sus poderosos empeños triunfaron al fin de la mala voluntad de Fernando, que se decidió á condescender con la demanda de don Diego. Ovando fué llamado y toda la familia de Colon se embarcó para la isla Española. Don Diego iba acompañado de su hermano, de sus tios, de su esposa y muchos españoles de distincion. Llevaba un tren cuya magnificencia correspondia á la importancia de las funciones que iba á ejercer en América, y se mostró en la isla Española, digno del nombre de su padre, digno de la nacion que representaba. Gracias á su adminis tracion, la colonia se halló en poco tiempo muy floreciente, y entre las

familias ilustres que ocupan hoy dia una brillante posicion en la América española, se cuentan muchos descendientes de los compañeros de don Diego.

Debemos ahora dar á conocer el sucesivo incremento del poder español en estas regiones.

Ya en los tiempos en que Ovando gobernaba la isla Española, un tal Juan Ponce habia solicitado y obtenido del gobernador, el permiso de establecer una colonia en la isla de Puerto Rico, descubierta por Colon. Creíase generalmente que habia mucho oro en esta isla y por eso muchos aventureros, seducidos con la perspectiva de una brillante y pronta fortuna, se reunieron á Ponce que al desembarcar en Puerto Rico no tuvo queja de los habitantes. Igualaban estos en dulzura y humanidad á los indios de la isla Española y penetrados de un santo respeto á los estrangeros blancos que venian



á visitarlos, los miraron como seres celestiales. Para dar al gefe español una prueba de estrecha alianza y eterna amistad á la manera de los indios, un cacique tomó el nombre de Juan Ponce Aqueynoba.

No tardaron los indios en desengañarse de que no eran dioses aquellos estrangeros, que arrojando bien pronto la máscara hipócrita con que se habian cubierto para engañar mejor á los crédulos indios, los trataron con tanta crueldad que hasta hubiera sido dificil el tenerlos por hombres. Apesar de todo, los gefes indios quisieron quedar bien seguros de que los hombres blancos eran de naturaleza mortal. Determinados á averiguarlo haciendo un esperimento con uno de ellos, esperaron y encontraron al fin una ocasion favorable á sus deseos.

Un jóven español que se habia internado en la isla para visitarla, entró al acercarse la noche en casa de un cacique á pedirle hospitalidad. El cacique le recibió de buena gana y le hizo sentar á su mesa. Al otro dia mandó que le acompañasen algunos hombres para llevar su equipage y servirle de guias; pero el cacique les habia dado instrucciones secretas acerca de la conducta que habian de observar con aquel estrangero.

Llegaron á la orilla de un rio y uno de los indios se ofreció á pasar al español sobre sus hombros. Aceptó este la proposicion; pero el indio al llegar al medio del rio, se dejó caer de modo que pilló al jóven estrangero debajo, y con ayuda de los otros indios, le tuvo sujeto en el fondo del agua, hasta que no dando ya señales de vida le sacaron á la orilla.

Estaban aquellos hombres sencillos tan creidos de que los españoles eran inmortales, que no podian persuadirse de que el ahogado estaba muerto, y temiendo su venganza le pedian perdon del accidente que le habia hecho beber tanta agua, protestando su inocencia y asegurando que les habia sido imposible acudir mas pronto á su socorro. Permanecieron tres dias junto al cadáver suplicándole que les perdonase, tanto era lo que temian que resucitára. Convencidos en fin por el mal olor que exhalaba el cuerpo, de que realmente estaba privado de vida, corrieron al cacique para anunciarle que se podia matar á los hombres blancos.

El cacique se apresuró á dar parte de tan feliz descubrimiento

á los otros caciques, que juraron esterminar á los españoles; pero entre un pueblo débil, desnudo y armado de flechas, y soldados veteranos con espadas, armas de fuego, caballos y buenos perros, la lucha no podia ser duradera y los indios debian sucumbir muy pronto. Sorprendieron, es verdad, á los españoles con un imprevisto ataque y asesinaron á un centenar de ellos dispersos por la isla; pero los españoles acudieron bien pronto al desquite, que fué terrible, é hicieron pagar cara su audacia á los indios. Ponce reunió á sus compañeros, casi todos veteranos del ejército español, persiguió y acorraló á los indios en sus madrigueras y los que escaparon del hierro enemigo, no pudieron escapar del cautiverio. Mientras que hacia á los habitantes esta guerra de esterminio, recibió nuevos refuerzos de la isla Española, con los que pudo continuarla con mas vigor. Lo que contribuyó mas pronto á terminarla, fué el error de los salvages, que al ver estos nuevos españoles se imaginaron que eran los mismos á quienes habian dado la muerte, y desesperando de resistir á unos seres que resucitaban para volver á la pelea, se sometieron voluntariamente al yugo de la esclavitud.

Al dar cuenta de la matanza acaecida en la isla de Puerto Rico, los historiadores de la época hacen grandes elogios del instinto é intrepidez de un perro llamado Becerrillo, anotando algunas de sus hazañas para admiracion de los contemporáneos y de la posteridad. «Este animal, dicen, distinguia con una sagacidad verdaderamente maravillosa, á los indios amigos ó enemigos de sus amos. Asi es que temian mas á diez españoles con el perro que á ciento sin él. Para tenerle mas contento le daban en la guerra la misma parte en víveres, en oro y esclavos que á un español; generosidad singular de que se aprovechaba el amo de Becerrillo.» Los mismos historiadores para probar el instinto de este animal refieren el hecho siguiente. «Una vieja india aborrecida por algunos españoles feroces, fué sentenciada por ellos á uno de los mas horribles suplicios que la imaginacion puede concebir. Enviáronla á que llevase una carta á sitio determinado, y apenas hubo partido soltaron tras de ella al perro, esperando que seria hecha pedazos por este animal. Cuando la infeliz india vió venir á Becerrillo furioso, se puso de rodillas y le dirijió esta plegaria: «ah! señor perro, os suplico que no me hagais daño, porque tengo que llevar esta carta á unos cristianos.» Al escuchar

estas palabras se apaciguó el furor del perro; meneó la cola, hizo caricias á la vieja y se retiró sin hacerle daño.

Las importantes y fáciles conquistas de los españoles aumentaban su ardor entusiasta por los nuevos descubrimientos. El primer cuidado de don Diego, celoso de estender su autoridad y el dominio español, fué el fundar una colonia en la isla de Cubagua, descubierta por su padre y situada cerca de otra mayor llamada la Margarita, á poca distancia de la costa de Cumaná. Don Diego queria establecer alli una pesqueria de perlas; pero la pesca de las ostras ó conchas en que se forman las perlas es muy penosa y muy espuesta. Los pescadores, que son casi siempre infelices esclavos, se tapan las narices y las orejas con algodon, se colocan en la boca una esponja empapada en aceite y atados á una cuerda, sujeta por la otra punta por los hombres que van en unas barcas, se sumerjen asi al fondo del mar, para recoger los preciosos testáceos.

Don Diego pensó con razon que los indios, hábiles en el arte de nadar, y sobre todo en el de zambullirse, serian mas apropósito para la pesca de las perlas que para el trabajo de las minas. Envió por lo tanto muchos á Cubagua con inspectores europeos, y el resultado acreditó la exactitud de la observacion de Cristóbal Colon que habia anunciado que cerca de las costas de esta isla debian hallarse perlas con abundancia. Los productos de la pesca fueron muy ventajosos al rey y á su teniente; pero los indios empleados en ellos sucumbieron casi todos, y bien pronto la colonia, á causa de la esterilidad de esta isla, tuvo que trasladarse á la Margarita que ofrecia mas recursos para un establecimiento de este género.

Casi en la misma época, don Diego tomó en nombre del rey de España posesion de la Jamaica; reunió colonos, y los habitantes de esta isla fueron condenados á la esclavitud como los demas indios.

Cuba no podia conservar por mas tiempo su independencia, y Velazquez (1) que se habia distinguido entre los compañeros de Colon por su valor y habilidad, fué el gefe á quien don Diego encomen-

(1) El adelantado Diego Velazquez, natural de Cuellar, el conquistador mas pacífico, y el que mas hizo florecer los nacientes pueblos americanos. Fundó trece villas y proporcionó recursos para la grande espedicion que pasó á conquistar el vasto continente americano. (*Nota del traductor.*)

dó la conquista de esta isla. Muchos españoles que ansiaban enriquecerse, quisieron acompañar á Velazquez en esta espedicion, que llegó á desembarcar en la punta oriental de Cuba.

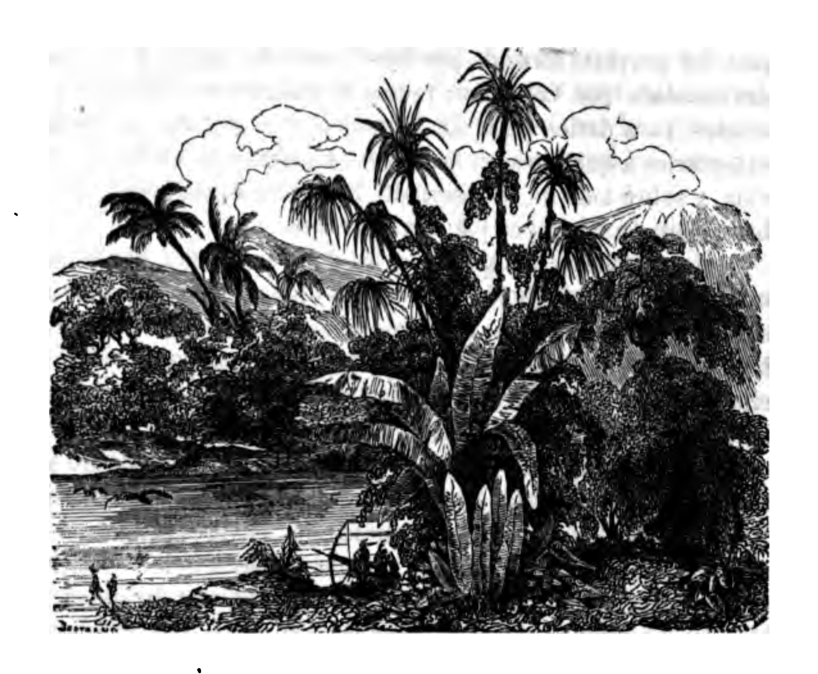
Hallábase entonces dominada la isla por un cacique llamado Hatuey, que habia venido á buscar en ella un refugio contra la esclavitud que le amenazaba en la isla Española. Animado del ódio mas violento y mas legítimo contra los opresores de los indios, y esperando el ataque de los españoles, mantenia espias en la isla Española á fin de tomar sus medidas y preparar sus medios de defensa cuando fuese avisado de la inminencia del peligro. Instruido por sus espias del proyecto formado por don Diego y del equipo de la escuadra mandada por Velazquez, reunió al instante sus súbditos y sus aliados, para darles parte de la noticia que acababa de recibir y exhortarlos á que tomasen las armas en defensa de sus bienes, de su vida, y sobre todo de su libertad. Todos le respondieron que estaban prontos á morir por tan sagrada causa.

«Me complazco, amigos mios, les dijo, al ver tan nobles sentimientos; mas para triunfar de nuestros tiranos, para obligarlos á que se alejen de nuestro pais, debemos pensar en una cosa indispensable. Vosotros no sabeis lo que les trae á estos parages: es su dios el que vienen á buscar aqui. ¿Hay acaso alguno entre vosotros que no conozca este dios? Aqui está, miradle, amigos mios.»

Pronunciando estas palabras, sacó un cestillo lleno de oro y les aseguró que aquel metal que para nada servia, era sin embargo el dios por quien los cristianos arrostraban los mayores peligros, y que solo por encontrarle en su isla pensaban conquistarla. «Tenemos, continuó, un medio fácil de hacernos propicia esta divinidad y es hacerla el solemne homenage de nuestro respeto; adorémosla tambien y apresurémonos á celebrar una fiesta en honor suyo.» Al instante los salvages bailaron y cantaron al rededor de la cesta, á la manera de los indios. La funcion se prolongó hasta ahora muy avanzada de la noche, y solo pudo cesar cuando todos fueron cayendo rendidos de fatiga y de embriaguez, ante el nuevo dios, objeto de su estraño culto.

Al otro dia Hatuey reunió de nuevo á sus indios y les dijo, que despues de maduras reflexiones sobre el objeto de sus alarmas, habia pensado que la fiesta de la víspera no bastaba para asegurar su

salvacion y que era indispensable arrojar de la isla el dios de los españoles. «En vano, prosiguió, le ocultariais cuidadosamente en los sitios mas recónditos, los hombres blancos sabrian bien pronto encontrarle, y aunque os le tragáseis, sabrian sacárosle de las entrañas. Arrojémosle al agua; que el mar le oculte á las miradas de nuestros opresores y asi nuestro pais no escitará su ansiosa curiosidad.» Todos los salvages aprobaron este dictámen dándose prisa á traer su oro para arrojarle al mar.



Este sacrificio ó esta precaucion no impidió que el pabellon español flotase en la costa de Cuba. Hatuey no se acobardó y quiso oponerse al desembarco de los españoles: llegaron á las manos y despues de una corta resistencia, las tropas fueron derrotadas y el desgraciado cacique hecho prisionero. Para aterrar á los demas caciques y conseguir con un solo castigo, pero egemplar, la pronta sumision de la isla, Hatuey fué sentenciado á ser quemado vivo.

En el momento en que atado á un poste contemplaba con mira-

da estóica los preparativos de su suplicio un fraile franciscano se acercó á él para ofrecerle los consuelos de su ministerio, para prepararle á la muerte con piadosas exhortaciones. Como le hablase del paraiso, mansion reservada al justo y al inocente, le preguntó el cacique:



—Hay tambien cristianos en ese sitio de delicias?

—Sin duda, respondió el religioso; pero solo los buenos son admitidos.

—Todos son malos, replicó Hatuey; yo no quiero ir á un parage donde pueda encontrar un solo cristiano.

Este crímen de una política bárbara tuvo por resultado la sumision de todos los indios de Cuba: atemorizados con el suplicio de Hatuey, humillaron dócilmente su cabeza al yugo español, y Velazquez se vió dueño en pocos dias de una de las mayores y mas hermosas islas del universo.

Mientras que Velazquez se apoderaba de Cuba, otras espediciones se dirigian al continente descubierto por Colon; los españoles fundaban establecimientos, y Ponce el conquistador de la isla de Puerto-Rico, descubria la Florida por una circunstancia que merece contarse.

Los naturales de Puerto-Rico, segun una de sus antiguas tradiciones, aseguraron á los españoles que en cierto parage hácia el Norte habia una isla con una fuente cuyas aguas tenian la virtud de restituir la salud, la mocedad y el vigor á los que se bañaban en ella. La curiosidad de Ponce fué altamente escitada con esta fábula, y tan crédulo como los indios que la propalaban, se hizo á la vela para descubrir la fuente milagrosa. Se dirigió al Norte por el lado de las islas Lucayas, y cuando al llegar al grado veinte y seis de latitud septentrional se volvió hácia el Oeste, descubrió una tierra que forma parte del continente de la América septentrional. Dió á esta comarca el nombre de *la Florida*, ya por su rica y brillante vegetacion, ya por haberla descubierto en domingo de Pascua florida.

Este descubrimiento llamó la atencion de los españoles hácia una region aun desconocida: sospechaban, es verdad, que existian tierras en la latitud del vasto y opulento Méjico; pero nadie habia intentado resolver el problema. Esta gloria estaba reservada á un grande hombre que se presentó de repente en la escena.

Este grande hombre, es *Hernan Cortés*





SEGUNDA PARTE.

HERNAN CORTÉS.

I.

Espedicion de Hernandez de Córdova.—La bahia de Campeche.—Dos bautismos. Julian y Melchor.—Combate.—Hernandez queda herido.—Su muerte.—Grijalva.—La Nueva España.—Discurso de un cacique—Un templo indio.—La isla de los Sacrificios.—Hernan Cortés.—S retrato.—Preparativos de la espedicion que debe mandar.—Se hace á la vela para Méjico.—Encuentro de un náufrago español.—Relacion de sus aventuras.—Una batalla.—Derrota de los mejicanos.—Una embajada.—La hija de un cacique.—Los embajadores de Motezuma.—Situacion crítica de Cortés.—Su destreza.—Un tribunal.—Dimision de Cortés.—Su discurso.—Es de nuevo elegido comandante.

La conquista de la isla de Cuba no podia satisfacer la ambicion de Velazquez, que sufria con impaciencia la autoridad de don Diego: deseando sustraerse á ella, pensó que lo lograria si tenia la fortuna de hacer algun descubrimiento importante que le proporcionase un gobierno independiente. Por lo tanto equipó dos navios y un bergantin y confió el mando de esta pequeña escuadra á Hernandez

de Córdova, (1) prescribiéndole que siguiese el rumbo al Oeste, porque presumia que existiese hácia aquel parage un gran continente no visitado todavia por ningun europeo.

Hernandez se dirigió hácia la tierra firme llamada de Yucatan y cuando hubo llegado á la costa ,siguió su rumbo, siempre remontándose, hasta la bahía de Campeche, donde crece la madera que sirve para los tintes. Habiendo desembarcado en diversos parages de la costa, tuvo que sostener algunos combates con los habitantes, encontrando una resistencia inesperada; pero estos indios eran los menos salvages y mas aguerridos de cuantos los españoles habian visto hasta entonces, que estaban casi todos desnudos. Estos tenian vestidos hechos de una tela de algodon picado; sus armas que manejaban con bastante destreza, eran espadas de madera guarnecidas de agudos pedernales, lanzas, arcos, flechas y escudos. Se pintaban el rostro de diversos colores y adornaban su cabeza con un penacho. Entre ellos fué donde se vieron las primeras casas de piedra y cal, edificadas con cierta regularidad. En algunos encuentros batieron á los españoles, haciéndolos reembarcarse, y estos hicieron prisioneros á dos jóvenes indios que despues recibieron el bautismo. Les pusieron los nombres de Julian y Melchor, y prestaron grandes servicios á los españoles sirviéndoles de intérpretes y mediadores con los mejicanos.

Un dia en que bajaron los españoles á tierra para renovar su provision de agua, se les acercaron cincuenta indios para preguntarles si venian del pais donde sale el sol. Como les respondiesen que si, fueron llevados por aquellos indios á un templo de piedra donde un horrible espectáculo se ofreció á su vista. Allí estaban colocados ídolos horrorosos, teñidos de sangre que aun humeaba. Al instante se presentaron dos hombres con capas blancas y con sus largos cabellos negros atados por detrás, los que se adelantaron hácia los españoles, trayendo en sus manos unas cazoletas de tierra. Cuando estuvieron en frente de los advenedizos, echaron en las cazoletas una especie de sustancia resinosa, arrojando hácia los españoles el

(1) Otros historiadores llaman Francisco Fernandez de Córdova, al comandante de esta escuadra en que iban ciento diez hombres, siendo piloto de las naves, el célebre Anton Alaminos.

(*Nota del traductor.*)

humo que levantaba. Terminada la ceremonia, les intimaron que saliesen del pais amenazándoles con la muerte si no obedecian. Los españoles juzgaron que no era prudente el permanecer mas tiempo entre aquellos indios y se volvieron prontamente á sus navios.

Desembarcaron tambien en otro parage cerca de Potonchan; pero fueron atacados por una numerosa tropa de indios, con tal impetuosidad y rabia, que mataron cuarenta y siete, hirieron á otros muchos, que pudieron escapar con dificultad de la matanza general, refugiándose en sus navios. El mismo Hernandez, gefe de la espedicion, quedó herido muy gravemente, por lo que tuvo que volverse al instante á Cuba, donde despues de haber dado á Velazquez cuenta detallada de la espedicion, murió de resultas de sus heridas.

Los nuevos descubrimientos hechos en su nombre sobrepujaban las esperanzas de Velazquez, que resolvió continuar su esploracion, cuyos resultados habian sido tan brillantes, y que le prometia otros no menos ventajosos. Equipó de nuevo tres navios y un bergantin, eligiendo para comandante de esta escuadrilla á Grijalva, oficial en quien corrian parejas el valor y la esperiencia. Velazquez le intimó que se limitase á buscar nuevas tierras sin detenerse á formar establecimientos en las que pudiese descubrir.

Grijalva se dirigió en línea recta hácia Yucatan; pero no advirtió que las corrientes le llevaban hácia el Sur, alejándole un poco del rumbo que se proponia seguir. A causa de este desvío descubrió cerca de la costa oriental de Yucatan, la isla de Cozumel, y desde allí siguiendo la costa llegó á Potonchan, donde Hernandez habia tenido tan mal recibimiento. Los compañeros de Grijalva que estaban impacientes por vengar la muerte de sus compatriotas y la afrenta hecha al pabellon español, pidieron se les dejase desembarcar, y su gefe bajó con ellos á tierra.

Estaban los indios tan orgullosos con la victoria que habian conseguido poco tiempo antes, que salieron muy ufanos al encuentro de los españoles; pero bien cara les costó su valentía. Doscientos quedaron en el campo y los demas huyeron llevando el terror por todas partes; pero Grijalva no quiso aprovecharse de esta ventaja, y satisfecho con haber dado una severa leccion á los indios de Potonchan, se hizo á la vela para seguir costeando. Júzguese cual seria la sorpresa de los españoles al ver por todas partes pueblos y ciu-

dades construidas con regularidad; casas de piedra y de cal que su imaginacion transformaba en palacios, y encontrando grande semejanza entre la España y este pais, le llamaron Nueva España, nombre que todavia conserva.

La espedicion llegó despues á la embocadura de un rio, al que los naturales llamaban Tabasco y al que los españoles para honrar á su digno gefe pusieron el nombre de Grijalva: el rio ha conservado este nombre, pero la comarca que riega se llama todavia Tabasco. La estraordinaria fertilidad del pais, que estaba tambien muy poblado, convidó á Grijalva á bajar á reconocerle: desembarcó con todas sus gentes bien armadas; pero apenas habian puesto el pie en la costa, cuando una muchedumbre de indios, dando horribles gritos, les prohibió pasar adelante. Grijalva sin intimidarse por sus amenazas fué avanzando hácia los indios, y cuando estuvo á tiro de flecha, mandó hacer alto y formó sus tropas en batalla. Despues ordenó á Julian y Melchor, los dos americanos llevados por Hernandez, que fuesen á decir á los indios que lejos de haber venido para hacerles daño, no deseaba mas que hacer alianza con ellos.

Si los indios quedaron asombrados á vista del órden de batalla, uniformes y armas de los españoles, no menos les sorprendieron las proposiciones pacíficas que les hacia el comandante de los enemigos. Algunos gefes se acercaron sin temor y no tuvieron motivo de arrepentirse porque Grijalva los recibió con mucho cariño. Díjoles por medio del intérprete, que él y los que le acompañaban eran súbditos de un gran rey, dueño de todos los paises por donde el sol sale, y que venia enviado á ellos por este monarca, para que se sometiesen á su dominio.

Esperaba Grijalva el resultado de esta intimacion que produjo murmullos de cólera entre los indios, indignados de la audacia de aquellos insolentes estrangeros; y uno de los gefes, imponiendo silencio á la turba irritada vino á dar esta respuesta: «Que no podian comprender se les hablase de paz al mismo tiempo que se queria esclavizarlos. Que era tambien muy estraño se les quisiese sujetar á un nuevo dueño antes de saber si estaban ó no contentos con el suyo, y que de todas maneras, supuesto que la cuestion era de paz ó de guerra, ellos no podian resolverla sin consultar á sus superiores acerca de las proposiciones que acababan de oir.» Alejóse en

seguida, dejando á los españoles admirados de la firmeza y sabiduria de esta contestacion.

Poco tiempo despues volvió á decir á Grijalva, que sus gefes informados de cuanto habia pasado en Potonchan, no tenian miedo á la guerra, como lo manifestarian en caso necesario; pero que siempre preferian la paz. Que le habian encargado trajese al gefe de los hombres blancos, una gran cantidad de víveres, que le regalaban como una prueba de sus pacíficos sentimientos.

Apenas habia acabado de hablar, cuando se presentó el mismo cacique, sin armas y con una muy corta escolta de los suyos. Despues de las mútuas salutaciones entre el príncipe indio y el comandante español, sacó aquel de una cesta que sus gentes habian traido, magníficas armaduras de oro, guarnecidas de piedras preciosas y adornadas con plumas de colores, y ofreciendo estos regalos á Grijalva, le dijo le suplicaba los aceptase como una prueba de su amor á la paz; pero que para evitar un rompimiento entre ellos, era preciso que se alejase del pais lo mas pronto posible.

El gefe español, á su vez, correspondió al cacique con varios regalos que él recibió con la mas viva satisfaccion, y se comprometió ademas á salir prontamente, por lo que fiel á su palabra, se dió prisa á embarcarse. La espedicion continuó avanzando á lo largo de la costa, hasta llegar á una isla que tenia casas de piedra y un templo. En el centro de este templo, abierto por todas partes, habia colocados sobre sus altares, diferentes ídolos horribles, y delante de ellos estaban espuestos los cadáveres de seis hombres, que parecian haber sido inmolados la noche anterior. Horrorizados los españoles á vista de estos crímenes de una feroz supersticion, dieron á esta isla el nombre de isla de los Sacrificios. Bien pronto se convencieron de que la bárbara costumbre de sacrificar víctimas humanas á los ídolos, reinaba en todos los pueblos de aquellas regiones, porqué habiendo llegado poco tiempo despues á una isla llamada Kulva por los naturales, vieron todavia mayor número de cadáveres humanos sacrificados á las divinidades indias. Los soldados españoles se estremecieron á vista de estos abominables sacrificios. Grijalva añadió el nombre de Juan al que ya tenia la isla, que todavia se llama de San Juan de Ulua.

Los españoles encontraron por todas partes oro en abundancia,



y seducidos por las riquezas de aquellas fértiles comarcas, algunos compañeros de Grijalva querian formar un establecimiento en la costa; pero su gefe conformándose á las instrucciones de Velazquez, les negó el permiso, limitándose á tomar posesion en nombre del rey de España, de todos los paises adonde llegaba, y sin detenerse siguió costeando hasta la provincia de Panuco, que por aquella parte es la última de Nueva España y de Méjico. Alli tuvo que rechazar un furioso ataque de los indios, matando una buena porcion de ellos, y como la violencia de las corrientes contrarias, no le dejase seguir la esploracion de la costa, tuvo que dar la vuelta á Cuba.

Al llegar á esta isla, sufrió injustas reconvenciones de parte de

Velazquez, que le acriminaba por haber cumplido escrupulosamente sus órdenes, no fundando una colonia en el rico territorio que habia descubierto. El gobernador de Cuba resolvió reparar lo que él llamaba la falta de su teniente, y equipó con la mayor prontitud diez navios de ochenta á cien toneladas.

Pero á quién Velazquez, este hombre tan suspicaz y desconfiado, daria el mando de esta flota considerable? No queria correr en persona los peligros de una espedicion larga y dificil, ademas de que por otra parte su presencia era necesaria en Cuba. Su previsora ambicion tenia bien calculados todos los azares, principalmente el de un desastre que hubiera tal vez estorbado su regreso á una isla, en la que si le era posible, queria mantenerse contra la autoridad de don Diego. La eleccion de comandante inquietaba mucho á Velazquez, que tardó mucho en fijarse entre todos los concurrentes que solicitaban el honor y la responsabilidad de una empresa tan grandiosa; porque se temia que eligiendo un gefe de valor é inteligencia y el mas apropósito para el desempeño, le arrebatase la utilidad y la gloria, no queriendo resignarse á desempeñar un papel subalterno el conquistador de tan vastas regiones. Velazquez, en fin, deseaba encontrar un gefe de capacidad, y que sin embargo consintiese en estar bajo la dependencia del gobernador de Cuba, siendo el instrumento dócil de su voluntad.

La casualidad le hizo encontrar á el hombre que parecia destinado por la Providencia á la ejecucion de la empresa preparada por Velazquez.

Hernan Cortés habia nacido en 1485 en Medellin, villa de Estremadura, de una familia noble, y habia cursado en su primera juventud en la universidad de Salamanca. Su padre queria que se aplicase á la jurisprudencia; pero una profesion grave no podia convenirle: el estudio de las leyes contrariaba sus inclinaciones y la viveza de su carácter; por lo que, cediendo á el ascendiente de una vocacion irresistible, prefirió la carrera de las armas. Obtuvo el permiso de pasar á Italia para servir á las órdenes del famoso Gonzalo de Córdova; pero una enfermedad peligrosa que le sobrevino el mismo dia de su partida, le impidió hacer su aprendizage militar en la escuela del Gran Capitan; aunque no pudo impedir sus inclinaciones y sus proyectos. Todas las miradas se dirigian entonces á las

Indias occidentales, y Cortés cedió al impulso que lanzaba tantos aventureros al Nuevo Mundo, resuelto á ir á buscar tambien en él la fortuna y la gloria.

Llegó á Santo Domingo en el año de 1504, provisto de cartas de recomendacion para don Nicolás de Ovando, el gobernador de la isla Española, y fué muy bien recibido. Apenas tendria entonces unos



veinte años, y ya dió pruebas de su valor y energia durante su viage, en el que se vió espuesto á grandes peligros. Ovando, á quien agradó desde un principio, le tuvo á su lado por algun tiempo, confiándole comisiones importantes y quedando satisfecho de sus talentos y su celo. La fisonomia de Cortés prevenia á favor suyo: era bien formado y realzaba sus ventajas esteriores con cualidades que le grangeaban el afecto de cuantos le conocian. Generoso, discreto, chistoso en su conversacion, tenia gusto en hacer un favor; pero sin ostentacion y sin pretender sacar partido de su condescendencia. Sencillo y modesto en sus modales é indulgente con los demas, tenia horror á la maledicencia.

En 1511, Velazquez, que habia oido hablar del mérito de Cortés, le propuso el empleo de secretario y le llevó consigo á Cuba; pero el gobernador descontentó á algunos, y Cortés que habia caido en desgracia suya, se encargó de presentar las quejas de los descontentos en la real audiencia de Santo Domingo. Habiendo sido descubierto este proyecto, Cortés fué preso y sentenciado á la pena capital. Intercedieron por él personas de consideracion y pidieron su indulto, que fué concedido por el gobernador, limitándose á enviarle preso á Santo Domingo.

Le embarcaron en un navio pronto á partir; pero como á bordo no tuviesen cuidado de él, se atrevió por la noche á saltar á el mar, llevándose agarrada una tabla. Con su ayuda y luchando contra las olas, consiguió llegar á la costa, donde volvió á caer en poder de Velazquez; pero esta desgracia fué el origen de su elevacion, porque el gobernador, admirando la energia é intrepidez de Cortés le perdonó y quiso atraérsele colmándole de favores. Creyó haber encontrado en aquel jóven lo que buscaba, es decir un acérrimo partidario de su voluntad y sus intereses; pero se equivocaba, y todos los que habian podido observar de cerca al nuevo comandante y traslucir la ambicion que le dominaba, pronosticaron que Velazquez no tardaria en arrepentirse de haberle elegido.

Un dia en que el gobernador y el capitan general de la armada, fueron juntos al puerto para inspeccionar y activar los preparativos de la espedicion, un bufon, llamado Francisquillo, se acercó á ellos y se puso á decir que Velazquez no tenia prevision y que debia prevenir otra escuadra para ir en persecucion de Cortés. «Compadre,

dijo el gobernador, que llamaba asi familiarmente á Cortés, por haber sido padrino de una hija suya, oís lo que dice ese pícaro Francisquillo?—Es un loco, dijo Cortés, y es preciso dejarle hablar.

La envidia y resentimiento de algunos oficiales que habian pretendido el mando concedido á Cortés, consiguieron despertar la desconfianza de Velazquez, y para evitar sus consecuencias trató aquel de acelerar su partida. En pocos dias reunió bajo sus órdenes cerca de trescientos hombres, entre los que se hallaba Bernal Diaz del Castillo, que escribió la historia de esta espedicion memorable. El estandarte que dió á sus tropas llevaba el signo de la Cruz con estas palabras latinas por divisa: «*Vincemus hoc signo.*» *Con esta señal venceremos*. Era la inscripcion del Labarum, adoptado por Constantino despues de su célebre victoria contra Maxencio.

Era tanto lo que Cortés temia los efectos de la desconfianza, ya manifestada varias veces por el gobernador, que resolvió embarcarse sin despedirse de él. Velazquez que se hallaba acostado, sabiendo que la escuadra iba á hacerse á la vela, se levantó prontamente al amanecer, para ir á la costa con un numeroso acompañamiento. Apenas Cortés le vió, vino á saludarle en una chalupa donde habia cuidado se embarcasen hombres de toda su confianza y bien armados. Al acercarse á la costa, Velazquez le dijo: «y qué, compadre, os marchais sin despediros? abandonar asi á los amigos es cosa muy estraña!—Señor, le respondió Cortés, os suplico me perdoneis; pero sabed que las grandes empresas reclaman la mayor diligencia: indicadme solamente lo que deseais que ejecute por serviros y vuestras órdenes serán inmediatamente cumplidas.» Velazquez atónito guardó silencio, y Cortés volviendo al instante á su flota, partió de Santiago el 18 de noviembre de 1518, y costeando del Norte hácia el Este, fué á fondear al puerto de la Trinidad.

Había sido precedido por una órden de Velazquez á el alcalde de dicha villa, para que recogiese á Cortés su nombramiento, es decir, el título de capitan general de la flota.

El alcalde se apresuró á participar á Cortés la órden que habia recibido; pero este manifestó á el alcalde, que tan súbita mudanza en el ánimo del gobernador no podia provenir mas que de un error ó mala inteligencia, y comprometió al primer magistrado de la Trinidad á que retardase la ejecucion de la órden hasta que Velazquez res-

pondiese al mensage que iba á dirigirle, demostrando al mismo tiempo el mas profundo respeto á la autoridad del gobernador de Cuba. Como el alcalde no se hallaba en disposicion de obligar á Cortés á que le obedeciese, tuvo que pasar por lo que este quiso, y le concedió la próroga que solicitaba. Cortés escribió en efecto á Velazquez; pero levantó áncoras al instante y se dirigió á la Habana.

Obligado á detenerse en este punto, aprovechó el tiempo para desembarcar la artilleria, hacer que limpiasen las armas y ejercitar á los artilleros. Como el territorio de la Habana producia algodon en abundancia, mandó hacer una especie de arma defensiva ó coraza formada de algodon entretelado, á la que dió el nombre de estampilla. Se adoptó generalmente esta armadura como mejor defensa que el hierro contra las flechas y dardos americanos.

La escuadra de Cortés se componia de diez navios y un bergantin. Dividió su pequeño ejército en once compañias, al mando cada una de un capitan, que lo era al mismo tiempo de uno de los buques, para que asi tuviesen la misma autoridad en tierra que en mar. El se encargó de la primera compañia, declarando que las ponia todas bajo la proteccion especial de San Pedro, cuyo nombre habia de ser por decirlo asi, su grito de guerra.

Se hizo á la vela del puerto de la Habana, el 10 de febrero de 1519, y despues de haber luchado por algunos dias contra vientos muy impetuosos, toda la escuadra se reunió en la isla de Cozumel, donde se verificó una revista general. El número de tropas ascendia á quinientos ocho soldados, sin contar los oficiales, y ciento nueve hombres para el servicio de los navíos. Entre los soldados habia trece con mosquetes, treinta y dos con ballestas, y los demas no tenian mas que espadas y lanzas. La caballeria de Cortés, esta caballeria que habia de hacer un papel tan importante en la espedicion, solo constaba de diez y seis ginetes. Su artilleria estaba reducida á diez cañoncitos de los llamados de montaña, y cuatro culebrinas, especie de cañon largo y delgado que ya no está en uso.

Entretanto Velazquez, informado de que Cortés habia salido de la Trinidad apesar de sus órdenes, acusó de traicion al oficial que no las habia ejecutado y tomó sus medidas para que Cortés, detenido en la Habana, fuese enviado preso á Santiago. Avisado el capitan general de la escuadra del peligro que le amenazaba, halló medio de

eludir el furor de Velazquez y salvarse de sus violencias. Dió parte á sus compañeros, con cuyo afecto podia contar, del proyecto formado por Velazquez, y les indicó la suerte que le estaba reservada por la injusticia del gobernador, pidiéndoles en el acto su parecer sobre el modo con que deberia conducirse. Todos le respondieron á una voz que no debia inquietarse por las maléficas disposiciones de Velazquez contra él, y le indujeron á que siguiese con el mando que se le habia confiado, suplicándole no les privase de un gefe que merecia toda su confianza. Todos juraron que estaban prontos á seguirle adonde quisiese llevarlos, arrostrando todos los peligros y hasta la muerte.

Seguro de esta suerte Cortés, del afecto y decision de sus soldados, dió la órden de la partida, y se hizo á la vela para ir á conquistar un imperio mucho mas vasto que todos los paises reunidos entonces bajo el dominio del rey de España.

Estaba resuelto á seguir el mismo rumbo que habia conducido á Grijalva á sus importantes descubrimientos, asi es que se detuvo primeramente en la isla de Cozumel. Su llegada fué una dicha para un español, arrojado por un naufragio á la costa y hecho esclavo por los salvages. Este hombre, llamado Aguilar, habia pasado ya ocho años en la esclavitud, y costó trabajo el reconocerle porque habia adoptado las costumbres, maneras, lenguage y hasta la misma figura de los indios. El sello de su origen europeo estaba completamente borrado en aquel infeliz que apenas se acordaba de su patria. Se hallaba desnudo como los salvages, cuyo color bronceado tenia: sus cabellos estaban trenzados al rededor de la cabeza, á la moda del pais, y tenia en la mano un arco, llevando el escudo, aljaba y flechas á la espalda. No tenia mas bienes que una bolsa de punto, en la que guardaba sus víveres y un antiguo libro de horas que leia con piadosa constancia. Cuando hablaba, su lenguage era casi ininteligible, apenas se acordaba del idioma castellano, que en su boca se habia convertido en un dialecto bárbaro, formado en gran parte de palabras indias.

Contó á Cortés que cuando él y sus compañeros naufragaron en la costa, eran diez y nueve, pero que el hambre y las fatigas hicieron que muriesen siete: los demas fueron cogidos por un cacique del pais, hombre feroz que sacrificó en el acto cinco á sus ídolos y se los comió despues. Los que por el pronto no saciaron el horrible apetito de aquel antropófago, estaban destinados á un suplicio mas cruel que la



muerte: los encerró en una jaula para que fuesen engordando. Habiendo logrado escaparse, pasaron por mucho tiempo una vida errante en los bosques, alimentándose de yerbas y raices, y estaban á punto de sucumbir, cuando descubiertos por algunos indios, fueron presentados á un cacique, el que los recibió con benignidad y les prodigó todas las atenciones de una hospitalidad generosa, porque era enemigo del que los habia tratado tan cruelmente. Apesar de esto, fueron condenados á un trabajo muy penoso que escedia sus fuerzas. Solo dos pudieron resistir el esceso de la fatiga y sobrevivir á sus compañeros de infortunio: estos fueron Aguilar y Guerrero; pero su

suerte mejoró, porque habiendo prestado singulares servicios al cacique su amo, en una guerra que sostuvo contra otros gefes, se mostró tan agradecido que los hizo amigos y confidentes suyos. Gracias á esta nueva situacion, Guerrero se casó con una india de una de las familias mas poderosas del pais, y poco tiempo despues de su matrimonio, obtuvo un mando de importancia. Poco á poco se aficionó de tal manera á la vida y costumbres de los americanos, que á la llegada de los españoles no quiso unirse ni aun presentarse á ellos, lo que se debe atribuir á la verguenza que pasaria presentándose á sus compatriotas con todos los signos distintivos de los salvages, porque segun decia Aguilar, tenia la nariz taladrada á modo de los indios y su cuerpo estaba pintado de diversos colores.

Cortés abrazó al pobre Aguilar, dando su misma capa para cubrir la desnudez de aquel español, feliz por volver á verse entre sus hermanos. El capitan general esperaba con fundamento que Aguilar le seria muy útil en sus negociaciones con los indios, cuyo idioma hablaba con facilidad.

Saliendo de Cozumel, Cortés avanzó hácia la provincia de Tabasco, queriendo llegar á el parage en que el rio de Grijalva desemboca en el mar. Como su predecesor, que puso su nombre al rio, no habia tenido motivo de queja por parte de los habitantes, esperaba el capitan general que á él le sucederia lo mismo ; pero se engañaba, y cuando la nave capitana fué descubierta por los naturales, acudieron manifestando intencion de oponerse al desembarco. Cortés les envió al instante el intérprete Aguilar, para que renunciasen á sus designios hostiles ; pero ellos rehusaron escucharle, y sin dejarle hablar tuvo que volverse á bordo sin haber adelantado nada.

Cortés no queria ser el primero á romper las hostilidades: impaciente por llegar lo mas pronto posible á las costas mas inmediatas al vasto imperio mejicano, la resistencia de los salvages era para él un sensible contratiempo. Puesto en la alternativa de ceder á las amenazas de los salvages, dando asi alas á su insolencia, ó dar principio en un pais tan distante del término de sus esfuerzos á una guerra, que por feliz que fuese le habia de ocasionar grandes pérdidas de hombres y de tiempo, se decidió por fin á tomar el partido violento de un ataque que juzgó necesario.

Al amanecer todos los preparativos para el combate estaban ter-

minados. Dispuesta la escuadra en semicírculo, empezó á subir contra la corriente del rio; pero antes de empezar el combate quiso Cortés hacer nueva tentativa para ver si los indios se sosegaban. Aguilar en calidad de intérprete fué á decirles que de ellos dependia el ser tratados como amigos ó enemigos; pero ellos sin escucharle, dieron en medio de espantosos ahullidos la señal del ataque, avanzando todas sus canoas contra la flota española.

Comenzaron por lanzar flechas y piedras contra los españoles, que padecieron mucho, acrivillados por aquella nube de proyectiles. Hasta entonces se habian mantenido inmóviles sin contestar mas que con su desden á las amenazadoras brabatas de sus enemigos; pero ya era tiempo de pensar en la defensa, y Cortés mandó disparar algunas piezas de artilleria que bastaron para que terminase el combate. Asustados los indios con el estrépito de aquel trueno que retumbaba contra ellos y sobre todo, de los terribles efectos de su poder, se precipitaron en el agua para salvarse á nado. En un momento quedaron abandonadas todas las canoas, y acercándose la flota española á la costa, Cortés desembarcó sin dificultad con todas sus tropas.

La contienda no estaba todavia terminada. Los indios que habian abandonado sus canoas para huir á los bosques, se incorporaron á un crecido número de naturales que venia para atacar á los españoles, y sorprendiendo á Cortés en el momento en que formaba su pequeño ejército en batalla le empezaron á acrivillar con flechas y piedras. El general español continuó formando sus líneas con una sangre fria estraordinaria, marchando despues contra los enemigos; aunque para llegar hasta donde estaban sus masas compactas habia que atravesar profundos pantanos y espesos bosques. Cuando los salvages vieron venir á los soldados españoles en buen órden y alineados unos con otros, no se atrevieron á esperarlos, y con su pronta huida evitaron los golpes de un enemigo, cuyo marcial continente y brillantes armas les ofrecian un espectáculo tan nuevo como terrible.

El valor que manifestó Cortés en este combate, reveló ya á sus soldados lo que debian esperar de semejante general. Al principio de la accion se le quedó un zapato en el fango de un pantano que tuvo que atravesar, sin que lo echase de ver hasta que puestos los indios en completa derrota, consiguió una victoria general.

El enemigo habia corrido á refugiarse en Tabasco, pueblo forti-

ficado con una hilera de troncos, clavados en tierra, como las empalizadas que se usan en las poblaciones fortificadas de Europa. El único camino que conducia á la ciudad, era tan sumamente estrecho y tortuoso que era muy temible aventurarse en él con imprudencia. Otro que Cortés hubiera titubeado á vista de tales dificultades ; pero él marchó via recta á la poblacion de la que pensaba apoderarse sin resistencia; mas los habitantes estaban resueltos á defenderse hasta la estremidad. Habian cortado con pies derechos la entrada del pueblo y de las calles, en términos que Cortés tuvo que dar otro nuevo ataque cuyo resultado no fué dudoso. Los indios arrojados de todas sus posiciones dejaron entrar á los españoles; pero rehaciéndose en la plaza principal sostuvieron una pelea aun mas encarnizada. En fin, los indios cedieron, y yendo á refugiarse á las selvas dejaron á los españoles por dueños de Tabasco.

Cortés mandó á sus soldados que no persiguiesen á los fugitivos. El botin que esta victoria proporcionó á los españoles, sobrepujó á sus esperanzas, porque si los indios se habian llevado á los bosques lo mas precioso, dejaron por lo menos en la poblacion abundantes víveres que tanta falta hacian á los españoles estenuados de hambre y de fatiga.

No menos prudente que animoso, Cortés tomó todas las precauciones necesarias para poner en salvo á su tropa, y sobre todo preservarla de una sorpresa. Al acercarse la noche, alojó á todos sus compañeros en tres templos situados en los sitios mas dominantes de Tabasco; colocó sus centinelas por escalones, para que en caso de alarma los soldados tuviesen tiempo de ponerse á la defensiva. Infatigable en su vigilancia, no disfrutó un momento de reposo, y cuando dormian casi todos sus soldados, para reparar sus fuerzas agotadas en combates y marchas penosas, él rondaba para ver si los centinelas que habia colocado cumplian con su deber. Al salir la aurora encargó á algunos oficiales que fuesen á reconocer los bosques inmediatos; pero no encontraron ni un indio siquiera, lo que pareció de mal aguero á Cortés. Mandó que se hiciese el reconocimiento mas lejos y entonces se descubrió un ejército como de cuarenta mil salvages, preparándose á presentar batalla á los vencedores de la víspera. Semejante aviso, en la posicion en que se hallaba Cortés, era para desalentar al gefe mas animoso, viéndose al frente con tal multitud de hombres, estimulados por el doble fanatismo de la religion y la liber-

tad, y pudiendo reparar tan facilmente sus pérdidas, mientras que la muerte de un solo español no era compensada con la de un millar de indios. El capitan general no ignoraba á que peligros se veia espuesto; pero sin dar parte á las tropas de sus inquietudes les presentaba siempre un semblante con tal aire de firmeza y seguridad, que logró inspirarles una confianza que él estaba muy lejos de tener, y cuando su pequeño ejército vió á su general siempre tranquilo y sereno, no dudó un solo instante de la victoria.

El primer cuidado de Cortés fué tomar una posicion favorable al corto número de sus tropas, formándolas en batalla al pie de una colina, cuya elevacion impedia que el enemigo acometiese por detras. Colocando la artilleria sobre esta colina, podian sus disparos hacer mas estrago en los apiñados pelotones de los indios. El, con los pocos ginetes que habia, se apostó en un bosque vecino para salir y caer de improviso sobre los enemigos. Tomadas estas disposiciones esperó á los indios que no tardaron en presentarse.

La mayor parte venia armada de flechas y de arcos, cuya cuerda era de un nervio de buey ó pelos de ciervo retorcidos; la punta de las flechas estaba formada con un hueso cortante ó una fuerte espina de pescado. Se servian tambien de un venablo que arrojaban desde lejos, ó con el que combatian de cerca manejándole como una espada; pero la mas mortífera de sus armas era un sable de madera muy dura y con el corte formado de piedras agudas engastadas en la madera. Este sable era tan pesado que era preciso servirse de las dos manos para manejarle. Muchos salvages llevaban tambien mazas; otros hondas con las que arrojaban á bastante distancia y con buen tino piedras muy grandes. Solo los gefes tenian armas defensivas que consistian en una coraza de algodon entretelado y un escudo hecho de madera ó con la concha de una tortuga. Por lo que hace á los soldados iban enteramente desnudos, y creian aparecer mas formidables pintándose la cara y el cuerpo de diversos colores. Con el fin de aparecer mas altos se ponian en la cabeza grandes plumas enlazadas entre sí para formar un ancho penacho.

Su música militar no era menos estraña que el trage, pues consistia en una flauta de caña y un tambor hecho del ahuecado tronco de un árbol. Aunque ignorasen completamente el arte de alinearse para combatir, observaban sin embargo cierto órden, y su ejército estaba

dividido en pequeñas divisiones, cada una con su gefe particular. En una sola cosa se parecia su estrategia á la táctica europea, y era en que rara vez acometian con toda la fuerza al enemigo, sino que reservaban una parte que constituia su refuerzo, ó como se dice en el lenguage militar, su cuerpo de reserva.

Anunciaban siempre con grandes gritos su primer ataque, el que siempre era muy impetuoso ; pero si el enemigo se sostenia y el desorden llegaba á introducirse entre los primeros acometedores , resultaba inmediatamente una grande confusion, una mezcla general, seguida bien pronto de la fuga y derrota de todo el ejército.

Tal era el enemigo cuyos cerrados y numerosos batallones se acercaban para combatir ó mas bien aniquilar el pequeño ejército de Cortés, que firme en sus posiciones esperaba el ataque. Apenas los indios llegaron á tiro de flecha empezaron la batalla, dando espantosos gritos y lanzando tanta cantidad de flechas que obscurecian el aire. Los españoles, que hasta entonces habian guardado un profundo silencio, contestaron al enemigo con una descarga general de sus cañones y arcabuces, cuyo fuego abrió anchas brechas en los batallones indios; pero aquellos truenos que enviaban la muerte á sus filas, no asustaron á los salvages, atentos solo á llenar los huecos que entre ellos hacian los disparos de la artilleria y arcabuceria. Hasta se les vió coger tierra y arrojarla á el aire, para que aquella nube de polvo ocultase á los enemigos las pérdidas que sufrian.

Por vigorosa que fuese la defensa de los españoles, el encarnizamiento y sobre todo, la superioridad numérica del enemigo debian al fin triunfar de su valor. Ya les habia costado mucho trabajo rehacer sus filas, rotas por la impetuosidad de los indios, ya se les acababan las fuerzas, cuando Cortés salió de improviso del bosque al frente de su caballeria, y se precipitó en medio de los indios que nunca habian visto un hombre á caballo. La vista de los ginetes, que con su caballo se les representaban como un solo animal, les causó tal sorpresa que las armas se les caian de las manos. Los españoles se aprovecharon de aquellos momentos en que aflojaba el combate para establecer el órden en su línea de batalla y en sus movimientos; rompieron un fuego mas vivo de cañones y arcabuces, y tomaron á su vez la ofensiva con tanta energia, que los indios, puestos al fin en completa derrota, huyeron en todas direcciones.

Cortés mandó á sus soldados que diesen cuartel á los fugitivos, y satisfecho de haber probado por segunda vez á los indios la superioridad de las armas españolas, se contentó con hacer algunos prisioneros de los que pensaba servirse para establecer la paz con la nacion que acababa de vencer. Contáronse en el campo de batalla los cadáveres de ochocientos indios. Los españoles no perdieron mas que dos hombres, pero tuvieron hasta setenta heridos. En cuanto al número de heridos indios no se pudo averiguar, porque los que no recibieron herida de consideracion desaparecieron, mezclados en el tropel que ocasionó la derrota general.

Al otro dia de la batalla llevaron algunos prisioneros á la presencia de Cortés: estaban pálidos y temblando porque creían que los iban á matar; pero cuál fué su asombro, cuando el general español que los recibió con benevolencia, les anunció por medio de Aguilar que ya estaban libres! Su alegria fué aun mas estrepitosa al recibir algunas bagatelas de Europa que les regaló Cortés. Se les hacia tarde para ir á contar á sus compatriotas la generosidad de los españoles, la que bastó para que los indios cambiasen en pacíficas disposiciones, sus transportes de furor y sus proyectos de venganza.

Todo aquel pueblo que habia jurado guerra á muerte á los españoles, se hizo bien pronto amigo suyo: los indios empezaron á traer víveres al campamento, y Cortés los recompensó con magnificencia. Hasta el mismo cacique envió sus embajadores con regalos á pedir la paz que les fué concedida sin tardanza. El vino poco tiempo despues y recibió regalos que le agradaron mucho, y para dar á Cortés una brillante prueba de agradecimiento le ofreció veinte jóvenes indias, diestras en hacer el pan de maiz.

Entre aquellas jóvenes habia una notable por su belleza. Era hija de un cacique indio, y arrebatada en su edad temprana del lado de su padre, fué vendida al cacique de Tabasco. Despues fué bautizada y se le puso por nombre Marina. Como tenia una rara inteligencia, aprendió en poco tiempo la lengua española, y el general se valió útilmente de ella en sus repetidas negociaciones con los mejicanos. Algunos historiadores aseguran que Cortés en agradecimiento á los servicios que le habia hecho, la elevó al rango de esposa suya, y que un hijo llamado Martin Cortés fué el fruto de esta union.

En el momento en que el cacique y los principales indios estaban

reunidos en la tienda del general, los caballos españoles se pusieron á relinchar. Al instante los indios llenos de espanto, preguntaron por qué aquellos seres tan poderosos daban unos gritos tan terribles. S es respondió que asi manifestaban su cólera, porque el cacique y su pueblo no habian sido severamente castigados por su audaz resistencia á los españoles. Apenas escucharon esta respuesta, cuando discurrieron el medio de apaciguar la cólera de aquellos formidables cuadrúpedos, yéndoles á buscar mantas en que pudiesen descansar sus fatigados miembros, volatería y frutas de toda clase para su alimento. Despues se hincaron de rodillas delante de los caballos, pidiéndo-



es perdon y jurando que en lo sucesivo serian súbditos constantes y decididos de los españoles.

Cortés que deseaba llegar á las costas occidentales del pais, dispuso los preparativos de la partida. El brillante triunfo que acababa de obtener le hacia esperar igual felicidad en sus demas empresas. Sus soldados estaban tambien poseidos del mas vivo entusiasmo. Terminados los preparativos, la escuadra se hizo á la vela dirigiéndose al Oeste.

En esta segunda espedicion, Cortés visitó todos los parages en que Grijalva le habia precedido, y abordó á la isla de San Juan de Ulua, ondeando la escuadra entre la isla y la tierra firme. Apenas se habia anclado, cuando dos piraguas (este era el nombre que daban los indios á sus grandes barcas hechas de un solo tronco de árbol) se acercaron á los navios españoles. Venian en ellas algunos indios, al parecer personages de distincion, los que no manifestaron la menor inquietud, aumentándose su confianza con el buen recibimiento que Cortés les hizo á bordo de su navio. Como venian comisionados para hacerle proposiciones, mandó á Aguilar que le esplicase lo que decian; pero el intérprete no pudo entender una palabra siquiera de aquel idioma: era el mejicano, y Aguilar no entendia mas que el idioma de Yucatan, diferente en un todo de el primero.

La posicion de Cortés en presencia de los enviados mejicanos, se iba haciendo embarazosa, cuando advirtió de repente que Marina, a bella esclava de que ya hemos hablado, conversaba con muchos de aquellos indios, y supo bien pronto que aquella jóven, nacida en una de las provincias de Méjico, de donde habia sido arrebatada y conducida á Yucatan, hablaba con igual facilidad el idioma de los dos paises. Por su intermedio se entablaron las negociaciones, porque hablando á los mejicanos en su idioma, traducia en el acto sus palabras en el lenguage de Yucatan á Aguilar, quien inmediatamente se las esplicaba en español á Cortés.

Asi fué como el capitan general supo que Pilpatoe gobernador, de la provincia, y Teutile, general del gran emperador Motezuma, le enviaban aquellos indios para preguntarle cual era el objeto de su viage y ofrecerle cuanto pudiera necesitar para continuarle.

Cortés respondió del modo mas afable, que solo le traia á su territorio el deseo de hacer alianza con su nacion, comunicando noticias del mayor interés para ella. Despues de haber transmitido esta respuesta á los embajadores, los despidió muy contentos de su munifi-

cencia, y en seguida hizo que desembarcasen inmediatamente las tropas, los caballos y la artilleria. Los españoles fueron ayudados en esta operacion por los naturales, que rivalizando en celo y presteza les construyeron cabañas de hojas. ¡Infelices, no se figuraban cuanto les iba á costar aquella hospitalidad tan generosa!

Al dia siguiente llegaron Pilpatoe y Teutile, seguidos de una numerosa tropa de mejicanos armados; todo su tren anunciaba el poder del monarca á quien representaban. Cortés juzgó tambien, que por su propio interés debia desplegar el mayor fausto para imponer á los mejicanos y darles alta idea del poderío del soberano que le enviaba por embajador. Mandó á sus guerreros que formasen á su alrededor con todo el aparato militar que podia herir la imaginacion de los enviados mejicanos, y él mismo los recibió con cierta dignidad que infundia respeto.

Habiendo preguntado á Cortés los enviados de Motezuma, cuales eran sus intenciones, de qué tierra venia y qué monarca le enviaba, él les respondió en pocas palabras: «Que venia en nombre de Cárlos de Austria, grande y poderoso emperador de Oriente; que venia encargado por este monarca de diversas proposiciones para el emperador Motezuma; pero que estas proposiciones eran de tal naturaleza, que exigian un coloquio particular con él, por lo que pedia que inmediatamente le llevasen á la presencia del emperador.

El monarca á quien Cortés daba el pomposo título de emperador del Oriente, era Cárlos V, nieto de Fernando el Católico. Este que no habia tenido hijos, sino una hija llamada Juana, concedió su mano á un príncipe austriaco llamado Felipe. De esta union nació un hijo á quien pusieron el nombre de Cárlos, el que, muerto su abuelo Fernando, resultó ser el heredero mas inmediato de la corona. Proclamado rey de España, unió á esta soberanía la de los Paises Bajos, y despues fué elegido emperador de Alemania con el nombre de Cárlos V, porque habia habido otros cuatro Cárlos antes que él.

Los enviados mejicanos, que estaban muy lejos de esperar semejante respuesta, la oyeron con tanta sorpresa como disgusto, porque no ignoraban cuan desagradable seria al emperador Motezuma la visita que el general español tenia empeño en hacerle. En efecto, aquel monarca estaba atormentado por los mas tristes presentimientos desde la primera aparicion de los españoles en las costas de Méjico. Au-

mentaba sus terrores una antigua tradicion que anunciaba, que una nacion poderosa vendria tarde ó temprano del Oriente á invadir y conquistar el imperio de Méjico. Esta antigua profecia, transmitida de generacion en generacion, esplica el espanto de los mejicanos en general y de Motezuma en particular, asi como el compromiso en que puso á los dos enviados la respuesta de Cortés, que exigia imperiosamente ser conducido á la capital del imperio.

Apesar de todo, abrigaban la esperanza de obligar al general español con magníficos regalos, á que abandonase su proyecto: Cortés los recibió manifestando su profundo agradecimiento, y esta manifestacion engañó por un momento á los enviados, que se animaron á declarar al general español que era imposible satisfacer á su demanda. Cortés variando entonces de tono y de lenguage, respondió á los emisarios estupefactos, que tenia una precision de insistir en su demanda y que llegaria hasta Méjico, quisieran ó no los enviados de Motezuma, porque tenia que cumplir las órdenes que habia recibido, antes de volver á dar cuenta de ellas al grande y poderoso monarca que representaba.

Este ultimatum amenazador no dejó replicar á los enviados mejicanos, y suplicaron tan solo á Cortés que les diese tiempo para participar sus intenciones al emperador Motezuma, y Cortés concedió lo que pedian.

Durante el coloquio de Cortés con los enviados, se vieron unos pintores que habian traido en su comitiva para dibujar en blancas telas de algodon, las cosas mas notables y que mas les llamasen la atencion entre los europeos. Sabiendo Cortés que aquellos cuadros eran para enviarse á Motezuma, quiso que representasen asuntos mas interesantes y de mas efecto en el espíritu y la imaginacion de los mejicanos. Con esta idea formó su tropa en órden de batalla y presentó á los indios el simulacro de un combate europeo. Se asustaron de tal manera, que unos huyeron, otros cayeron al suelo y costó mucho trabajo á los españoles hacerles comprender que todo aquello no era mas que un juguete, dispuesto con el fin de que se divirtiesen.

Los pintores sin volver enteramente del susto que les causó aquella diversion militar, pintaron con mano trémula las escenas que acababan de presenciar. Terminados los cuadros fueron enviados á Méjico, capital del imperio, juntamente con algunas bagatelas de Euro-

pa, y la relacion detallada de todo lo acaecido, durante la permanencia de los diputados mejicanos en el campamento español: todas estas cosas iban destinadas al emperador. Entre las sabias disposiciones que los españoles encontraron establecidas en este pais, habia una para que en todos los grandes caminos, desde las mas remotas provincias hasta la capital, hubiese andarines prácticos, empleados esclusivamente en servicio del emperador: se mantenian en todo tiempo á distancias calculadas con exactitud, para comunicar prontamente al monarca la noticia de cualquier suceso que acaeciese en su inmenso imperio.

Como unas cuarenta leguas separaban á los españoles de la capital, y á pocos dias de la partida de los enviados, ya los corredores imperiales transmitieron á Cortés la respuesta de Motezuma. Consistia en una negativa formal, absoluta; pero venia acompañada de regalos cuya riqueza correspondia al poderío del monarca que se los enviaba al general español. La generosidad de Motezuma estaba calculada para que Cortés no mirase su negativa como una ofensa. Pilpatoe y Teutile, empezaron, pues, por depositar á los pies del general español los regalos que cien indios conducian, y que fueron estendiendo sobre unas esteras.

Aqui se veian telas de algodon que en finura y brillo competian con las de seda; alli imitaciones de animales, de árboles y otros objetos, hechas con plumas de varios colores; pero con tanto arte que se equivocaban con la realidad. Mas allá brillaban brazaletes, collares y otras joyas preciosas que revelaban en los artífices mejicanos suma habilidad unida á mucho gusto. Los españoles no se cansaban principalmente de admirar dos globos de gran dimension: uno de ellos de oro macizo representaba el sol, y el otro de plata representaba la luna. Habia tambien entre aquellos regalos, muchas cajas llenas de piedras preciosas, perlas y oro en granos.

Cortés aceptó estos regalos, manifestándose muy complacido de las primeras demostraciones amistosas del emperador, tanto que los dos embajadores, animados con el cortesano lenguage y aire afable del general español, creyeron que era aquella la ocasion mas oportuna para darle á entender, en nombre de su soberano, que era imposible el permitir que entrasen tropas estrangeras en la capital, y aguantar que permaneciesen mas tiempo en el imperio de Méjico, y que el em-

perador invitaba al general español y á sus soldados á que se volviesen á embarcar lo mas pronto posible.

Al escuchar esta contestacion, que Cortés fingió recibir como una ofensa, les declaró nuevamente que no podia conformarse con tan terminante negativa, y que su honor y el de su soberano exigian ya que no diese la vuelta á su pais, antes de haber tenido con el emperador Motezuma la entrevista que reclamaba.

Júzguese ahora la sorpresa de aquellos mejicanos, de aquellos hombres acostumbrados á humillar sus frentes á la voluntad omnipotente de su amo, cuando escucharon las palabras del hombre audaz que se atrevia, no solo á entrar en contestaciones, sino á oponerse abiertamente á el grande emperador! En concepto de aquellos esclavos, la respuesta de Cortés era un atentado horrible, un abominable sacrilegio, y por esta causa permanecieron durante algun tiempo inmóviles y mudos. Cuando al fin se recobraron de su turbacion, suplicaron al general español que les concediese nueva prórroga para dar parte al emperador de la obstinacion del gefe de los estrangeros: Cortés accedió á la peticion de los diputados; pero exigiéndoles pronta respuesta.

Aunque ostentaba mucha calma y seguridad, no dejaba de tener sus inquietudes, y la incertidumbre de el resultado de aquellas largas negociaciones tenia su ánimo en continua y profunda ansiedad. No podia desconocer la temeridad de su empresa, ni engañarse acerca de el poder del estado que se proponia invadir con una pequeña tropa de aventureros, que todos habian de sucumbir tarde ó temprano en lucha tan desigual. Estas consideraciones no le detuvieron; insistió en su designio, bien resuelto á desafiar y sufrir las consecuencias de su audacia, porque tampoco le era posible volver á Cuba sin esponerse á la venganza de Velazquez. irritado por su desobediencia á sus órdenes. Habiendo de elegir entre una empresa cuyo triunfo justificaria la temeridad de acometerla ó le haria sucumbir con gloria, y la perspectiva de una muerte ignominiosa por mano del verdugo, prefirió el partido que mas convenia á su emprendedor carácter y á su alma ambiciosa: resolvió llegar hasta Méjico, abriéndose paso con la punta de su espada.

No todos sus compañeros estaban tan determinados como él. Habia entre ellos algunos partidarios de Velazquez, los que se esforza-

ban á comunicar sus inquietudes á los demas soldados, incitándolos á pedir al general que los volviese á Cuba. Estos manejos fueron ineficaces, porque se estrellaron en el entusiasmo que animaba á la mayor parte de los españoles, que esperaban hallar inmensas riquezas en Méjico, de donde todavia esperaban una respuesta favorable.

Sus esperanzas sin embargo quedaron frustradas: Motezuma aunque alarmado de la obstinacion de Cortés, seguia, con el mismo empeño de negarle la entrada en Méjico, y para alejar de una vez aquellos estrangeros de sus estados, envió á Teutile con este terrible mensage al general español. Esta vez Cortés se manifestó menos orgulloso, y deseando ensayar el efecto de la moderacion en el monarca mejicano, respondió con estudiado comedimiento: «que uno de los principales deberes de la religion cristiana, era la instruccion religiosa del prógimo, y su iniciacion en las verdades que aseguran la eterna felicidad: que habia sido enviado por el gran emperador de Oriente, su soberano, á Méjico, para libertar al dueño de este grande imperio y á todos sus habitantes de los errores y falsedades de la supersticion y la idolatria; que para conseguir un resultado tan feliz necesitaba hablar con el emperador, y que por tanto les declaraba de nuevo que era indispensable se verificase esta entrevista cuanto mas antes.»

Teutile indignado, estuvo á punto de interrumpir al intérprete que le comunicaba el discurso de Cortés, porque apenas podia dominar su impaciencia y su enojo. Se levantó diciendo con acento colérico, que puesto que las representaciones amistosas de nada servian, veria él de emplear otros medios mas eficaces para que se cumpliesen las órdenes de su soberano. Apenas hubo pronunciado estas palabras, se retiró precipitadamente con toda su comitiva y cuantos mejicanos habia en el campamento español.

La retirada de Teutile y la huida de todos los habitantes que hasta entonces habian surtido de víveres á los españoles, sumergieron á estos y á Cortés en una profunda consternacion. Bien se les alcanzaban las graves consecuencias de aquella retirada simultánea y empezaban á sentirlas en los rigores del hambre. Bien pronto, el desaliento se hizo general, y los descontentos se aprovecharon de él, para intentar que Cortés diese la vuelta á Cuba, acusándole entre los soldados de que los conducia á la muerte, queriendo sacrificarlos á su temeraria ambicion.

El prudente general, tan sagaz como valeroso, quiso conocer la disposicion de la mayor parte de sus soldados ; las personas de confianza á quienes encargó que los preguntasen , disiparon los temores que le habian hecho concebir las intrigas y las pérfidas sugestiones de los secretos partidarios de Velazquez. Contando para lo sucesivo con el afecto de casi todos sus compañeros, reunió á los promotores de la insurreccion, y se presentó á ellos sin la menor señal de disgusto á vista de sus enemigos, á quienes la serenidad de su rostro tranquilizó completamente. Consultóles acerca del partido que convenia tomar en aquellas circunstancias, invitándolesá que manifestasen su opinion. Ellos entonces se creyeron autorizados para decir á Cortés lo que pensaban, y todos opinaron que era preciso embarcarse inmediatamente.

Cortés los habia escuchado con la mayor calma y les respondió con la misma serenidad, que él no era de la misma opinion acerca de los peligros que tanto les asustaban, y que el temor les hacia exagerar ; pero que de todos modos no pretendia que le acompañasen por fuerza, ni oponerse á su deseo.

Al instante mandó que se anunciase en el campamento el próximo reembarco de las tropas, avisando á los soldados que estuviesen dispuestos para él. Esta noticia dejó pasmados á los españoles que, desde que habian puesto el pie en aquella tierra, lisongeaban su codicia con las mas brillantes esperanzas. ¡Haber de renunciar á las ilusiones de tesoros, al porvenir de conquistas y de gloria que Cortés habia prometido á su ambicion! Iban pues á volver vergonzosamente sin haber recibido la mas pequeña indemnizacion de las fatigas sufridas, de los peligros en que habian aventurado su existencia, al punto de donde habian salido, acompañados de los mas venturosos presagios y de los estímulos de la muchedumbre! No: desobedecerán á su general y no se someterán á una órden que le deshonra. En todos los parages del campamento, la indignacion de los soldados se desahoga en violentas murmuraciones y en amenazas contra Cortés.

Esto era lo que él queria: la cólera de los soldados favorecia tanto sus proyectos, que para estimularla envió á sus confidentes, para que acriminasen con vigor la conducta del general, insinuando que solo el miedo le obligaba á renunciar á su empresa. Esta diestra maniobra escitó un gran tumulto en el campo, y los soldados pidieron á una voz que Cortés renunciase el mando de una tropa á la que aban-

donaba, y que se volviese á Cuba. Este era el momento que Cortés esperaba para presentarse.

Empezó manifestando la mayor sorpresa á vista de aquel desorden; pero este se aumentó con la griteria. Los soldados furiosos rodeaban á su general para reconvenirle, porque desconfiaba de los ventajosos resultados de una empresa de gloria para la España, y le declararon que ellos por su parte sabrian elegir gefe mas digno de mandarlos, y que á sus órdenes lograrian el noble fin de sus trabajos y sus esfuerzos.

Semejante conducta y tal lenguaje eran graves ataques á la disciplina militar; pero Cortés estaba en el colmo de sus deseos, viéndose atacado con tal violencia, porque observaba que esta comedia caminaba al desenlace que él tenia preparado.

Respondió que jamás se le hubiera ocurrido renunciar á una empresa gloriosa, cuyo triunfo no le parecia dudoso, si no le hubieran participado el desaliento del ejército, y que habia tenido que ceder á una imperiosa necesidad, dando la señal de una retirada que todos los soldados pedian; que con el mayor sentimiento habia tomado una resolucion tan contraria á sus deseos y esperanzas. Fué interrumpido por sus soldados que le decian á gritos, que le habian engañado indignamente; que unos pocos cobardes habian tomado el nombre del ejército para calumniarle, y que lejos de ser cómplices de su cobardia, los demas soldados de Cortés estaban prontos á seguirle á donde quisiera guiarlos, y que á las órdenes de tal gefe arrostrarian los mayores peligros y aun la muerte.

El general español, dió gracias á sus soldados por haberle desengañado y los felicitó por su constancia, anunciándoles que iba á tomar todas las disposiciones para fundar una colonia en el parage en que se encontraban, para penetrar asi con mas seguridad en el centro del imperio, cuyo soberano pretendia insolentemente obligarlos á salir de sus costas. Con gritos de alegria fueron recibidas estas palabras que habian electrizado á los guerreros españoles.

Queria entretanto Cortés aprovechar una circunstancia tan favorable para legitimar su mando, porque su autoridad podia ser puesta en duda y gravemente comprometida, desde que Velazquez habia revocado los poderes que le otorgó.

Como se proponia fundar una colonia, formó para ella su ayunta-

miento, teniendo cuidado de que le compusiesen hombres afectos á sus intereses. Cuando esta especie de tribunal quedó establecido y el general hubo instalado en él á los nuevos magistrados, se presentó á ellos, llevando en la mano su baston de mando, y con el mas profundo respeto al tribunal le dirigió el siguiente discurso:

«Desde este dia, señores, os considero como los representantes y delegados de nuestro augusto soberano, por consiguiente, vuestros fallos tendrán para mi la autoridad de las mas sagradas leyes. Sin duda os hallais convencidos de la necesidad que tiene el ejército de ver á su frente un general cuyo poder no esté sometido al capricho de soldado; pues bien, señores, mi autoridad está en cierto modo á merced de su inconstancia. Desde que el gobernador de Cuba me destituyó de las funciones que me habia confiado, se pueden poner en duda mis derechos á el mando: esto es lo que me obliga á depositarlo en vuestras manos. Ahora, señores, elegid, nombrad comandante en nombre del rey, al oficial que os parezca mas digno de este honor. Por mi parte, estoy pronto á dar á mis compañeros, como soldado raso, el ejemplo de la obediencia al que tengais á bien elegir por comandante.»

Al pronunciar estas últimas palabras, inclinó su baston de mando, presentándosele con respeto al presidente, dejó sobre la mesa el título de su autoridad militar y se retiró.

La dimision de Cortés fué admitida por los jueces, que desempeñaron con singular gravedad el papel de que él mismo los habia encargado. Procediose en seguida á nueva eleccion, y por segunda vez Cortés fué proclamado por unanimidad de votos. Concluido este acto, el tribunal anunció su resultado á las tropas reunidas, que con su adhesion y sus aplausos ratificaron la eleccion verificada.

II.

Fundacion de la Villa-Rica de la Vera-Cruz.—El cacique de Cempoala.—Obesidad estraordinaria de este cacique.—Llegada de los españoles á Quiabislan.—Alianza de much os caciques con Cortés.—Destruccion de los ídolos indios.—Transformacion de un templo mejicano en iglesia cristiana.—Una conspiracion descubierta.—Cortés destruye sus naves.—Una embajada.—Discurso del embajador.—Batalla.—Xicotencal.—Sabias exhortaciones de un sacerdote católico.—Cortés avanza sobre Cholula.—Entrevista de Cortés y Motezuma.—Entrada de los españoles en Méjico.

El ayuntamiento formado por Cortés, puso á la nueva colonia el nombre de *Villa-Rica de la Vera-Cruz*, llamándola rica, porque allí era donde los españoles habian juzgado por primera vez de las inmensas riquezas de Méjico, á vista de los magníficos regalos que Motezuma habia ofrecido á Cortés, y porque esperaban que los tesoros del imperio vendrian á parar allí tambien. Añadieron al nombre de *Villa-Rica* el de *Vera-Cruz*, porque el dia en que habian desembarcado era precisamente un Viernes Santo.

Sin embargo, la villa que entonces se fundó no es la misma conocida hoy con el nombre de Vera-Cruz. Cortés tuvo que trasladar bien pronto la colonia á algunas millas mas al Sud, á otro parage mas favorable para un establecimiento de este género.

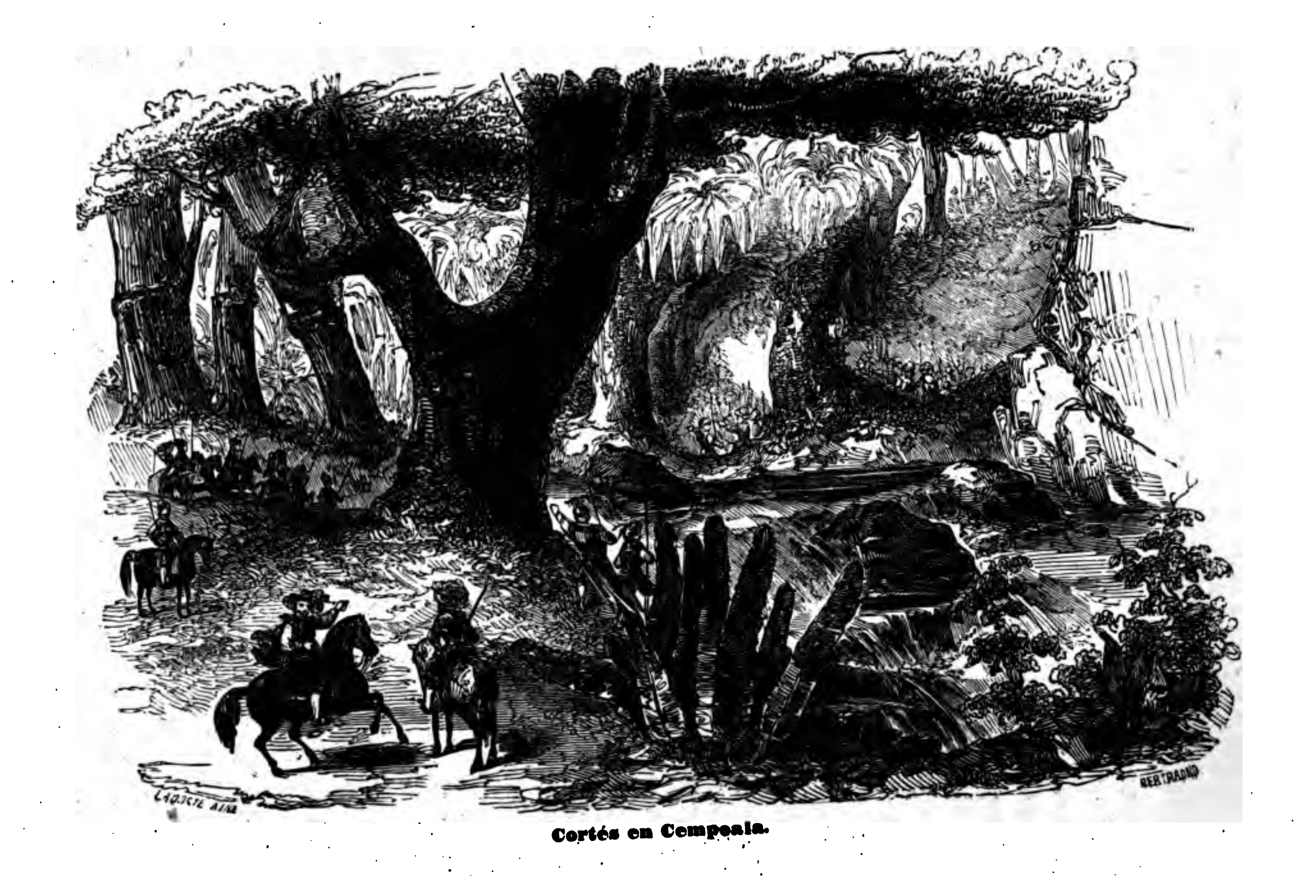
En el momento en que se disponia la partida, ocurrió una circunstancia que favorecia grandemente los proyectos de Cortés. Cinco indios, enviados por un cacique vecino, se presentaron en el campamento de los españoles y solicitaron el favor de ser presentados al general. Consintió en recibirlos y entonces uno de ellos declaró por medio del intérprete: «Que la fama de las hazañas y gloriosas proezas de los españoles en Tabasco, habia llegado á noticia

del cacique de Cempoala su señor, y que admirando el valor de tan ilustres estrangeros, anhelaba ser su aliado y su amigo.

Altamente satisfecho quedó Cortés de estas demostraciones amistosas, y de esta proposicion dealianza, y mas todavia, cuando por las preguntas que hizo á los embajadores supo, que los vasallos de Motezuma y entre otros los de Cempoala, sufrian con impaciencia la dominacion del emperador, que su orgullo y su crueldad habian hecho insoportable su gobierno, y que sus enemigos estaban prontos á aprovechar la primera ocasion favorable para libertarse de su tiranía. Cortés, sabiendo que un imperio por poderoso que sea, está próximo á su ruina, cuando el soberano ha perdido el amor de sus vasallos, ya no dudó del buen resultado de su empresa. Despidió á los embajadores colmándolos de regalos, y encargándoles que dijesen á su señor, que el general español iria muy pronto á visitarle. Deseaba él por otra parte visitar un pais, que le habian pintado como mucho mas á propósito para establecer una colonia, que el parage que entonces ocupaba.

Púsose inmediatamente en marcha con sus tropas, mientras que la escuadra iba costeando Al fin de la primera jornada, el ejército español entró en un pueblo indio enteramente desierto porque los habitantes habian abandonado sus casas. En los templos se encontraron ídolos, huesos humanos, restos horribles de sus abominables sacrificios, y muchos libros. Eran estos los primeros que se encontraban en América; pero en nada se parecian á los libros de Europa. Estaban formados de pergamino ó de pieles engomadas y dobladas para formar las hojas, presentando en lugar de letras, una gran variedad de figuras y emblemas, lo que hizo sospechar con fundamento, que aquellos libros servian para las ceremonias del culto mejicano.

Continuaron los españoles su marcha al dia siguiente, encontrando siempre al paso abandonadas las poblaciones. Esta soledad les pareció de mal agüero, y se temian que el cacique de Cempoala los hubiera engañado para llevarlos á alguna emboscada. No obstante, al anochecer llegaron doce indios con víveres que el cacique enviaba á los españoles. Les habia encargado ademas suplicasen al general español llegase hasta su residencia, que solo distaba un sol: lo que en el lenguage mejicano queria decir que solo faltaba un dia de



Cortés en Cempoala.

Las palabras que dirigió al general español al tiempo de saludarle, estaban llenas de benevolencia y sabiduria, y al fin de el discurso que agradó mucho á Cortés, le convidó á pasar á su habitacion para que allí pudiesen tratar con mas comodidad de sus comunes intereses. Cortés aceptó este atento convite, disfrutando en casa del cacique una hospitalidad que prevenia todas sus necesidades y sus deseos, mientras que tambien se suministraban con abundancia á los españoles cuantos ausilios podian necesitar.

Conferenciando con este gefe indio, Cortés que deseaba conocer sus verdaderos sentimientos y sus disposiciones respecto del soberano de Méjico, le habló del objeto de la espedicion de los españoles, anunciando al cacique, como habia sido enviado por el emperador de Oriente para esterminar á los opresores de los pueblos en aquella parte del mundo. Animado el cacique con esta declaracion, dejó desahogar todo el ódio que le animaba contra Motezuma, en amargas quejas y en violentas reconvenciones: representó al emperador de Méjico, como un déspota sanguinario, cuyo yugo deseaban sacudir todos sus vasallos. Era tal la emocion de este cacique, trazando el cuadro de la tiranía de Motezuma, que todo su rostro estaba bañado de lágrimas.

El general español procuró calmarle, tranquilizándole con la promesa de la proteccion poderosa de los españoles contra el tirano de Méjico, puesto que Dios protegia los esfuerzos de los españoles y combatia á favor suyo.

Al dia siguiente el ejército se puso en marcha para Quiabislan, punto elegido por Cortés para fundar una colonia. Despues de haber cruzado campos notables por su fertilidad, y bosques muy amenos, llegaron á la ciudad de Quiabislan, situada en una altura y rodeada de peñascos que formaban en rededor suyo una muralla natural. No se encontró un habitante siquiera, porque todos habian huido al acercarse los españoles; pero al llegar á la plaza principal, quince indios salieron de repente de un templo. Despues de saludar á los españoles, les dijeron que el cacique y todos los habitantes volverian en el acto á sus casas, si se daba palabra de no hacerles daño ninguno. Cortés les habló en términos de tranquilizarlos completamente, y bien pronto la ciudad volvió á poblarse, pues el mismo cacique hizo volver á los habitantes que huian con el miedo.



Este cacique y el de Cempoala fueron conducidos en andas al campamento español. Los dos gefes en el coloquio que tuvieron con Cortés, manifestaron con mucha viveza su aversion al gobierno tiránico de Motezuma, y obligaron de esta suerte al general español á que les ofreciese nuevamente su ausilio para romper un yugo que se les hacia insoportable.

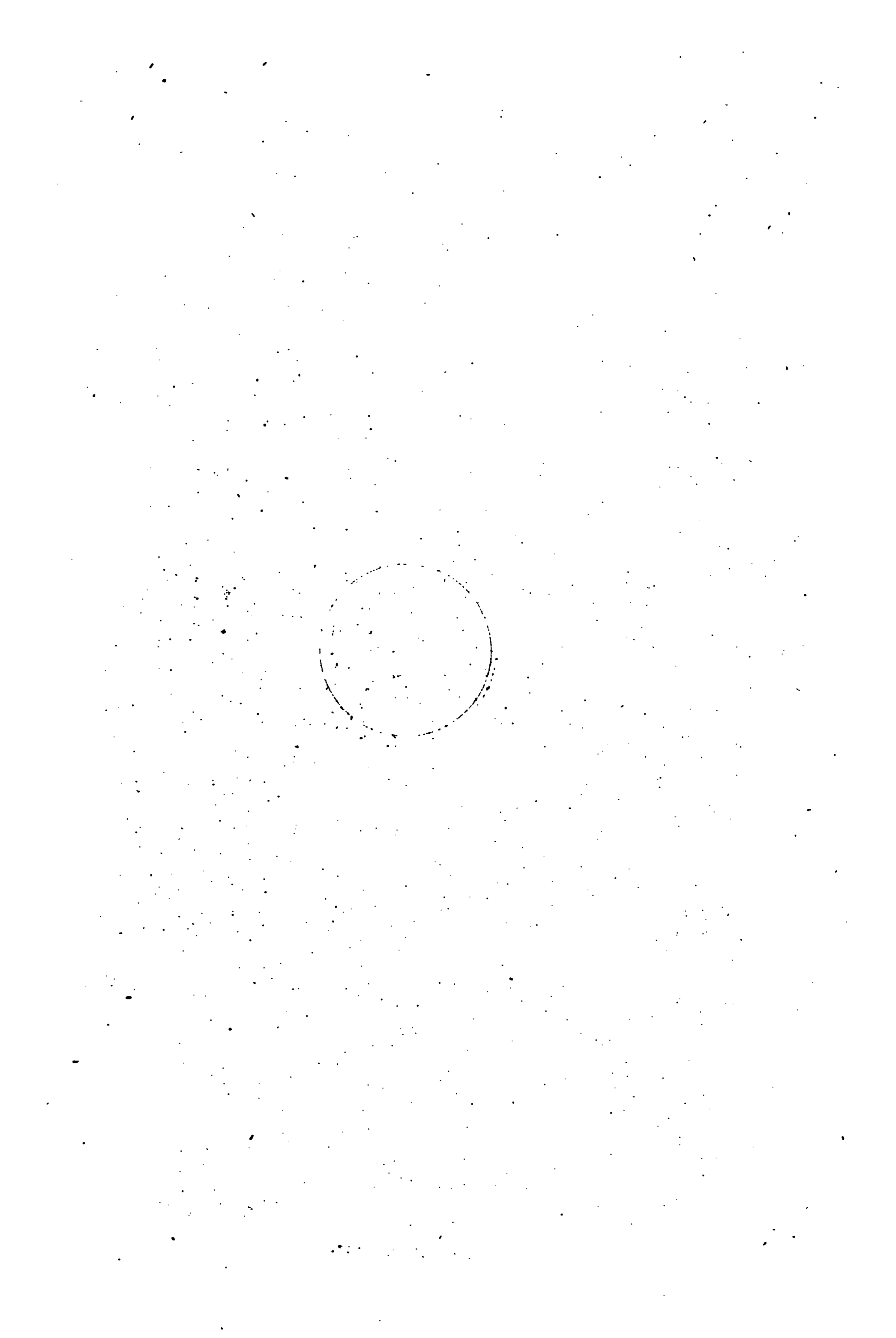
Esta conferencia fué turbada é interrumpida por unos indios que llegaron muy azorados á decir algunas palabras al oido de los dos caciques. Asi que estos las escucharon, dieron muestras de su turbacion, y se levantaron para salir, acompañados de algunos oficiales de Cortés. A poco rato se vieron seis ministros de Motezuma, vesti-

dos con ricos trages y acompañados de numerosos esclavos, algunos de los cuales les iban llevando quitasolés de pluma. Cruzaron por el campamento español, y al pasar por delante de Cortés y sus oficiales, se atrevieron á ejecutar algunos ademanes de desprecio; pero cara hubieran pagado su insolencia, si Cortés no hubiera contenido á sus soldados que iban á precipitarse sobre los indios. Envióse á Marina para que se informase de lo que iba á suceder, y volvió bien pronto diciendo, que aquellos ministros habian hecho comparecer á los caciques, y los habian reconvenido ásperamente por su amistad con los estrangeros, declarándoles que su conducta era una vil traicion, y que el único medio que les quedaba de aplacar á su irritado monarca y obtener su perdon, era entregarle ademas de tributo ordinario, veinte indios destinados á apaciguar con su sangre la cólera de las divinidades ultrajadas.

Al oir esta relacion, Cortés apenas podia contener su enojo; pero escuchando al fin los consejos de la prudencia, se limitó á llamar á los caciques para mandarles que no obedeciesen las sanguinarias órdenes del emperador, y que prendiesen á los ministros encargados de transmitírselas, asegurándoles que él aceptaba la responsabilidad de los sucesos. Los caciques titubearon un momento, tan acostumbrados estaban á una ciega obediencia á su soberano; pero Cortés hablaba en unos términos que no admitian réplica ni incertidumbre. Los ministros de Motezuma fueron arrestados, sin que al parecer los españoles se hubiesen mezclado en este asunto.

Entonces los mismos caciques, que primeramente habian dudado echar mano á los mensageros del emperador, quisieron degollarlos en lugar de los indios que Motezuma reclamaba. Cortés libró estos prisioneros del cobarde furor de los caciques y los mandó custodiar por soldados españoles.

Como deseaba ante todas cosas evitar un choque con las tropas de Motezuma, recurrió á una astucia para disponer favorablemente el ánimo del emperador á disposiciones pacíficas. Queriendo hacer creer á este monarca, que él no habia tenido parte en el mal trato que habian sufrido sus ministros, y que hasta habian sido preservados de una suerte cruel por la intervencion del general español, hizo que le trajesen por la noche dos de los prisioneros, y quitándoles sus cadenas, les anunció que estaban libres para volverse á su señor.





Vista de Vera-Cruz.

Ademas les encargó que dijesen al emperador, que el general español haria los esfuerzos posibles para librar tambien á los demas prisioneros, y á estos se les dijo al dia siguiente que sus dos compañeros de armas se habian escapado por la noche.

Entre los caciques de las montañas vecinas habia algunos que no sufrian con menos impaciencia la tiranía de Motezuma; estos gefes de razas indias, que tenian el nombre comun de totonaques, se sometieron voluntariamente á los españoles, y declararon que reconocian al rey de España por su único señor.

Entonces los españoles empezaron sus trabajos para la fundacion de una colonia en un parage situado entre Quiabislan y el mar. Cortés eligió este sitio á causa de la fertilidad del suelo y cercanía de las costas: las inmediatas selvas proporcionaban en abundancia maderas de construccion. El nombre de Villa-Rica de la Vera-Cruz que tuvo en un principio esta colonia, se ha reducido hoy solo á Veracruz. Cortés se puso al frente de los trabajadores para animarles, y vió con satisfacion elevarse tan rápidamente las construcciones, que al cabo de un mes, la plaza estaba formada y circuida de murallas bastante sólidas para resistir los ataques de los indios.

Entre tanto los dos indios soltados por Cortés, habian dado cuenta á Motezuma de lo sucedido en el campamento de los españoles, elogiando mucho la generosidad de su general. El emperador que ya se disponia á marchar contra los españoles á la cabeza de un ejército poderoso, cayó en el lazo que le armó Cortés, y se creyó, por lo que le contaron los indios, que todavia podria por medio de la persuasion alejar de su imperio aquellos estrangeros. Se determinó por lo tanto á enviar otros embajadores que ofreciesen á Cortés regalos considerables, y le presentasen dos jóvenes príncipes, parientes cercanos del emperador.

Llegaron los embajadores al campamento español al tiempo que se acababan las murallas de la nueva ciudad; entregaron al general los regalos que le estaban destinados, y despues de haberle dado las gracias en nombre del emperador, por lo que habia hecho en favor de sus representantes, le invitaron á salir de los estados mejicanos. Segun su costumbre, Cortés recibió con mucha distincion á los enviados de Motezuma, y antes de contestar al objeto principal de su mision, puso en libertad á los cuatro prisioneros. Despues de-

claró que sentia mucho lo que habia pasado; pero que el emperador ya debia entenderse solo con él por la prision de sus ministros: que los cristianos detestaban los sacrificios humanos, y que su religion les prescribia abolir tan bárbara costumbre donde quiera que la hallasen establecida; que el cacique de Cempoala y el de Quiabislan tenian derecho á la clemencia del emperador, y que su conducta con los españoles habia sido con arreglo á los deberes de una generosa hospitalidad; procurando hacer olvidar al general de los estrangeros las faltas en que Teutile habia incurrido por su culpable insolencia. En fin, que tocante á la cuestion de su partida, el emperador debia tener entendido, que él no podia retirarse y volver á su patria, antes de haber tenido una entrevista con el soberano de Méjico, y que por otra parte los españoles no retrocedian ante ningun peligro cuando se trataba de cumplir las órdenes de su rey.

La serenidad y aire magestuoso del general impusieron á los embajadores, que se apresuraron á volver á dar cuenta al emperador de la respuesta de Cortés.

Determinado este á llegar hasta Méjico, hacia los preparativos militares de tan arriesgada espedicion; pero su escesivo celo por los intereses de la religion, estuvo á punto de comprometer una empresa, que todo concurria á presentar como muy facil. Noticioso de que debia verificarse un sacrificio humano en un templo de sus aliados, acudió con algunos de sus campeones, y amenazó que lo llevaria todo á sangre y fuego sino eran puestos al instante en libertad los prisioneros que estaban bajo el cuchillo de los sacerdotes. Esta providencia era loable y la humanidad la justificaria en caso necesario. De aqui no debia pasar el celo del general; pero quiso que los ídolos fuesen hechos pedazos por los mismos sacerdotes, y obligar á los ministros de un culto bárbaro á renunciar á sus supersticiones. Cortés se olvidaba de que aquellos hombres no conocian todavia una religion mejor que la que él les mandaba abjurar.

Cuando los sacerdotes escucharon la órden del general español, prorumpieron en gritos y lamentos, y puestos de rodillas delante de Cortés, le suplicaban que no les impusiese tan cruel sacrificio: su cacique temblando no se atrevia á interceder por ellos, y guardaba un sombrio silencio. Cortés fué inflexible y mandó á sus soldados que derribasen los ídolos. Entonces los sacerdotes sacando fuer-

zas de su misma desesperacion, llamaron al pueblo á las armas, y en pocos instantes Cortés y los suyos se vieron rodeados de una mul-



titud de hombres furiosos. En tan crítica situacion, el general español no dió señales de acobardarse y anunció por medio de Marina á los indios, que si se atrevian á disparar una sola flecha contra los españoles, perderia la vida el cacique, y con él pereceria todo su pueblo. Los soldados, ejecutando las órdenes de Cortés, echaron á rodar, todos revueltos por las gradas abajo, los ídolos, altares y vasos sagrados, que se hicieron menudos pedazos. Laváronse las paredes, salpicadas de sangre, y una imagen de la Vírgen ocupó el lugar del principal ídolo mejicano.

Los indios, mudos testigos de esta ejecucion terrible, se imaginaban que el fuego del cielo iba á consumir á los profanadores de su templo, á los destructores de sus divinidades; pero cuando vieron que los españoles quedaban sanos y salvos, esta impunidad les hizo suponer que el dios de los estrangeros debia ser mucho mas poderoso que los ídolos mejicanos, y recogiendo los fragmentos esparcidos los quemaron, para manifestar el desprecio que les inspiraban tan impotentes divinidades. Los españoles transformaron el templo en iglesia cristiana, y el mismo dia en que Cortés estuvo tan audaz y temerario, un sacerdote católico celebró el oficio divino en presencia de un gran número de indios, asombrados del imponente espectáculo de esta ceremonia (1).

Peligros de otro género venian á entorpecer la ejecucion de la empresa. Algunos marineros y soldados, á quienes fatigaba el trabajo que les imponia Cortés y que no participaban de la confianza de su general, formaron una conspiracion para apoderarse de un navio y huir á Cuba. La conspiracion fué descubierta y Cortés mandó prender y castigar á los autores; pero el espíritu de insubordinacion que hacia tiempo reinaba en su pequeña tropa, no estaba completamente estinguido, y para quitar á los descontentos toda esperanza de salir con su idea, tomó una resolucion enérgica, desesperada: resolvió destruir su escuadra, para que convencidos sus soldados de que la fuga era imposible, se resolviesen á vencer ó morir. ¿Mas cómo era posible que el ejército se prestase á ejecutar una resolucion tan atrevida?

Mandó primero que se desmantelasen los navios, es decir, que se les quitasen los mástiles, las jarcias y los cañones, que fueron sacados á tierra: despues los carpinteros examinaron el casco de cada buque, y ganados por Cortés, declararon que todos los navios estaban tan deteriorados que era imposible componerlos. Entonces el general arengó á sus soldados con tanto calor y energia, que ellos mismos se brindaron á demoler los navios sacando á la costa las tablas y las

(1) Para cuidar del culto de la Vírgen y ornato de la capilla se ofreció, un anciano natural de Córdova, llamado Juan de Torres. Este que era el mas anciano de los soldados de Cortés, se quedó solo y entre los indios para ejecutar su propósito, en el que no se sabe que admirar mas, si la piedad ó el valor.

(Nota del traductor.)

vigas. Uno solo fué reservado para despacharle á España, porque aunque el ayuntamiento que habia creado hubiese confirmado á Cortés en sus funciones de general, no se le ocultaba á este la irregularidad de un acto que constituia una verdadera usurpacion de poder. Deseaba que la córte de España le declarase gobernador de los paises que iba á conquistar. Para conseguirlo, y neutralizar los envidiosos esfuerzos de Velazquez, que no se habia olvidado de afear al gobierno español la conducta de su teniente, era necesario presentar una brillante muestra de las riquezas del imperio mejicano. Solo se podia formar esta remesa con los regalos de Motezuma que habian sido distribuidos por Cortés á sus soldados; pero á la menor insinuacion de aquel, ofrecieron estos cuanto habian recibido, devolviéndolo sin murmurar, sin embargo de que ya era una legítima propiedad suya. Esta prueba feliz manifestó á Cortés el ascendiente que tenia sobre sus soldados. ¿A qué no podia el atreverse con unos hombres que le eran tan adictos y que se resignaban á un sacrificio de este género?

Tomó entonces sus disposiciones para partir. Tenia entonces quinientos hombres de á pie y quince de á caballo, con seis piezas de campaña. Como unos cincuenta soldados casi todos inválidos, se quedaron con dos caballos en Vera-Cruz, para formar la guarnicion. Facil hubiera sido á Cortés aumentar su ejército con numerosas tropas ausiliares que los caciques le ofrecian; pero rehusó las ofertas de aquellos gefes, no admitiendo mas que cuatrocientos hombres con doscientos *tamenes* ó indios de carga para llevar las provisiones del ejército. Para seguridad de los españoles que dejaba á su espalda, escogió entre los indios cincuenta de los mas ricos y de mas suposicion, para que le sirviesen de rehenes y respondiesen de la seguridad de los españoles que iban á constituir la escasa guarnicion de Vera-Cruz.

El pequeño ejército de Cortés, partió de Cempoala el 16 de agosgo de 1519. No ocurrió suceso notable en los primeros dias de marcha, como que se atravesaba por un pais cuyos caciques, como el de Cempoala, eran aliados de los españoles; asi es que en todas partes hallaron víveres en abundancia. Llegaron por fin á Tlascala, cuyo territorio tendria como unas cincuenta millas de circuito. Cruzan este pais montañas que se consideran generalmente como una conti-

nuacion de las que se estienden a lo largo de la América meridional y que se llaman la cordillera de los Andes ó simplemente las cordilleras.

Un valor á toda prueba, un ardiente amor á la libertad distinguian á los habitantes de estas montañas entre los naturales de los demas puntos de América. Sometidos durante mucho tiempo al gobierno mejicano, habian conquistado al fin su libertad y formaban una poderosa república, respetada por los pueblos vecinos. El pais estaba dividido en distritos que tenian sus representantes en Tlascala, cabeza de la república. La reunion de estos diputados formaba el gran congreso, que ejercia el poder legislativo de la nacion, ofreciendo tal vez el único ejemplo de un gobierno aristocrático, es decir, un gobierno en que el supremo poder se halla en manos de los habitantes mas principales, en medio de un pueblo cuyas groseras costumbres debian hacerle considerar como salvage.

La nacion no era numerosa; pero su fuerza residia en su valor, en su amor á la independencia, y en su carácter vengativo. Habia rechazado todos los ataques de Motezuma para volverla á su dominio, por lo que conociendo Cortés las ventajas de una alianza con semejante pueblo, resolvió enviar á Tlascala una embajada que propusiese al gobierno un tratado de paz.

Escogió para esta importante comision á cuatro cempoales, dictándoles por medio de Marina un discurso que aprendieron de memoria. Queriendo que se observasen en esta circunstancia todas las ceremonias acostumbradas entre los indios, se puso á los embajadores una gran capa de tela de algodon; en el brazo izquierdo una gran concha en forma de escudo, y en la mano derecha una larga flecha adornada con plumas blancas. La punta de la flecha estaba vuelta hácia bajo, lo que anunciaba disposiciones enteramente pacíficas: la flecha adornada con plumas rojas hubiera sido una señal de guerra.

Cuando los embajadores estuvieron adornados asi á la usanza india, partieron; debiendo tener cuidado de no salirse del camino real, porque apartándose de él se hubieran visto espuestos á los insultos, perdiendo la inmunidad que debian á su trage. El nombre con que los indios designaban esta singular costumbre, corresponde á lo que se entiende en Europa por derecho de gentes.



Llegados á Tlascala los embajadores, fueron conducidos á una casa particular, donde se les trató con todas las atenciones y el esmero que exigia su carácter. Al dia siguiente el senado los admitió para escuchar las proposiciones que les habian encomendado. Los miembros de aquel consejo estaban sentados, por órden de edad, en unos taburetes de una pieza y de madera muy rara. Los embajadores se presentaron en una actitud respetuosa, es decir, con la cabeza cubierta con el manto y la flecha levantada en alto. Entonces los senadores se levantaron un poco de los asientos para saludar, y los diputados haciendo unahumilde reverencia, se adelantaron hasta el medio de la sala de las deliberaciones, donde se hincaron de rodillas. Alli esperaron con los ojos bajos el permiso de dirigir su discurso á la augusta asamblea. El consejo les hizo seña de que po-

dian hablar, y entonces sentándose en el suelo con las piernas cruzadas, el que habia aprendido el discurso le relató en estos términos:

«Pueblos libres, valientes, é invencibles: el cacique de Cempoala y los caciques de las montañas, vuestros aliados y amigos, os saludan y os desean una abundante cosecha y el esterminio de todos vuestros enemigos. Os participan como han sido visitados por unos hombres estraordinarios venidos de Oriente. Estos hombres semejantes á los dioses, puesto que manejan las armas de que estos se sirven ordinariamente, es decir el trueno y el rayo, han llegado á nuestras tierras en grandes castillos que vuelan por el mar. Dicen que adoran un dios mas poderoso que los nuestros y que aborrece la tiranía y los sacrificios humanos. Su gefe es el enviado de un soberano de gran poder, al que su religion previene poner fin á las vejaciones é injusticias de Motezuma. Nosotros debemos ya á este capitan la dicha de vernos libres de la tiranía del emperador. Teniendo precision de pasar por vuestro territorio para ir á Méjico, quiere saber las injurias que el tirano os ha hecho, para defender vuestros derechos y los suyos, asociaros á su noble causa y hacer triunfen vuestros comunes intereses. No podeis por lo tanto dudar de sus amistosas intenciones, y os pide únicamente el permiso de pasar por vuestro territorio. Estad seguros de que no desea mas que vuestro bien; que sus armas no son mas que instrumentos de justicia, porque los guerreros que las llevan solo las emplean para castigar á quienes les atacan ú ofenden.»

Terminada la arenga, los embajadores se arrodillaron de nuevo, tocaron casi con la frente el pavimento de la sala, y despues, cruzando las piernas, esperaron en un respetuoso silencio la contestacion del senado. Se les dieron las gracias por las noticias que acababan de dar, declarándoles que ya se les pasaria una respuesta en debida forma, asi que se deliberase acerca del objeto principal de la arenga: es decir la cuestion del paso por el territorio tlascalteca. Se les invitó en seguida á que se retirasen y empezó la deliberacion.

Estaban divididas las opiniones de los consejeros, porque unos querian la paz y otros la guerra. El mas ardiente campeon de la guerra, era el general Xicotencal, jóven magnate lleno de valor;

pero arrebatado por el esceso de su bélico entusiasmo. Consiguió que su dictámen fuese aprobado por la mayoría que decidió fuesen los embajadores retenidos en Tlascala, para dar tiempo á los preparativos de defensa.

Pasados ocho dias y no viendo Cortés volver á sus embajadores, se determinó á seguir adelante para averiguar su paradero; pero apenas se habia puesto en camino, cuando encontró una multitud de indios armados para disputarle el paso. Trabóse un combate en el que los indios, batidos y dispersos, perdieron mucha gente, quedando heridos algunos españoles. Cortés pudo entonces penetrar en el pais, y al otro dia del combate vió llegar á dos de sus embajadores, acompañados de cierto número de tlascaltecas que acusaron á sus aliados llamados otomies, de haber atacado imprudentemente á los españoles: imprudencia de la que habian sido bien castigados, con su derrota y la muerte de sus mas intrépidos gefes. Despues de haberse escusado de esta manera, se retiraron, dejando á Cortés en la misma incertidumbre respecto de las verdaderas disposiciones del pueblo tlascalteca.

Bien pronto supo á que atenerse, porque al dia siguiente llegaron los otros dos embajadores en un estado que escitó á la vez la piedad y la indignacion de los españoles. Noticiaron á Cortés, que habian sido aprisionados en contra del derecho de gentes y que debian ser sacrificados por los tlascaltecas á sus dioses; pero que habian conseguido escaparse por la noche. A juzgar por lo que decian estos embajadores, el pueblo tlascalteca habia jurado inmolar tambien á todos los españoles.

Entonces Cortés no titubeó en arrostrar el peligro que le amenazaba: siguió su marcha, y bien pronto se halló rodeado de una innumerable multitud de enemigos, al frente de los cuales se hallaba el jóven Xicotencal. Era preciso dar la batalla y se dió en efecto; pero estuvo en muy poco que fuese funesta á Cortés y todo su ejército por un suceso de poca importancia. Un ginete español que separándose de los suyos, se habia precipitado en los batallones enemigos, recibió muchas heridas, y su caballo, acribillado de flechas, cayó muerto en el suelo. Los indios cortaron entonces la cabeza del animal, y levantándola en lo alto de una pica, la llevaron en triunfo por todas partes, á fin de probar que aquel mónstruo podia ser ven-

dian hablar, y entonces sentándose en el suelo con las piernas cruzadas, el que habia aprendido el discurso le relató en estos términos:

«Pueblos libres, valientes, é invencibles: el cacique de Cempoala y los caciques de las montañas, vuestros aliados y amigos, os saludan y os desean una abundante cosecha y el esterminio de todos vuestros enemigos. Os participan como han sido visitados por unos hombres estraordinarios venidos de Oriente. Estos hombres semejantes á los dioses, puesto que manejan las armas de que estos se sirven ordinariamente, es decir el trueno y el rayo, han llegado á nuestras tierras en grandes castillos que vuelan por el mar. Dicen que adoran un dios mas poderoso que los nuestros y que aborrece la tiranía y los sacrificios humanos. Su gefe es el enviado de un soberano de gran poder, al que su religion previene poner fin á las vejaciones é injusticias de Motezuma. Nosotros debemos ya á este capitan la dicha de vernos libres de la tiranía del emperador. Teniendo precision de pasar por vuestro territorio para ir á Méjico, quiere saber las injurias que el tirano os ha hecho, para defender vuestros derechos y los suyos, asociaros á su noble causa y hacer triunfen vuestros comunes intereses. No podeis por lo tanto dudar de sus amistosas intenciones, y os pide únicamente el permiso de pasar por vuestro territorio. Estad seguros de que no desea mas que vuestro bien; que sus armas no son mas que instrumentos de justicia, porque los guerreros que las llevan solo las emplean para castigar á quienes les atacan ú ofenden.»

Terminada la arenga, los embajadores se arrodillaron de nuevo, tocaron casi con la frente el pavimento de la sala, y despues, cruzando las piernas, esperaron en un respetuoso silencio la contestacion del senado. Se les dieron las gracias por las noticias que acababan de dar, declarándoles que ya se les pasaria una respuesta en debida forma, asi que se deliberase acerca del objeto principal de la arenga: es decir la cuestion del paso por el territorio tlascalteca. Se les invitó en seguida á que se retirasen y empezó la deliberacion.

Estaban divididas las opiniones de los consejeros, porque unos querian la paz y otros la guerra. El mas ardiente campeon de la guerra, era el general Xicotencal, jóven magnate lleno de valor;

El general español buscó una posicion en que pudiera fortificarse contra un enemigo tan peligroso; pero no perdiendo la esperanza de hacer paces con los tlascaltecas, envió á su general algunos prisioneros, que al presentarle sus proposiciones pacíficas, le hiciesen conocer las terribles consecuencias de una resistencia mas prolongada. Indignóse Xicotencal de tal manera con las proposiciones y amenazas del general español, que maltrató á los infelices que se las habian hecho, enviándolos cubiertos de heridas, para que dijesen á Cortés que al dia siguiente al amanecer, Xicotencal se presentaria con un poderoso ejército para prender al general español y todos sus soldados, y sacrificarlos ante los altares de sus dioses.

Aunque esta noticia no correspondiese á las esperanzas de Cortés, venia acompañada de un regalo que daba á entender no se hallaba el general tlascalteca tan irritado como parecia. Este regalo consistia en trescientas gallinas y en víveres de varias clases: verdad es, que Xicotencal habia cuidado de advertir á Cortés, que enviaba aquellas provisiones á sus enemigos para que estuviesen bien mantenidos antes de ser inmolados, y su carne fuese de mejor gusto, porque se proponia regalarse con ella en compañía de sus principales guerreros.

Esta fanfarronada causó risa á los españoles, que se comieron alegremente lo que el enemigo les habia enviado, mientras se preparaban al combate de el dia siguiente. Xicotencal cumplió su palabra: al romper el dia, se presentaron numerosos batallones que atacaron con furor á los españoles; pero la táctica militar y la superioridad de las armas, triunfaron tambien esta vez del teson y del valor, siendo derrotados los tlascaltecas, que abandonaron el campo de batalla á los españoles. No fué suficiente á abatirlos esta tercera derrota, porque persuadidos de que los españoles eran unos hechiceros, esperaban tambien que los magos de su nacion podrian saber mas que ellos. Ademas, sus sacerdotes que pretendian adivinar lo futuro, les prometian siempre la victoria. Consultados de nuevo, respondieron que los españoles, hijos del sol, debian toda su fuerza á los rayos de este astro durante el dia; pero que por la noche quedaban tan débiles que era cosa muy fácil vencerlos y esterminarlos.

Determinados los tlascaltecas á aprovecharse del aviso, intentaron un ataque nocturno contra los españoles; pero Cortés siempre

ble firmeza, agradó mucho á Cortés, que despues de haber reprendido severamente á este gefe por su resistencia, que habia hecho correr tanta sangre, mudó de tono y le prometió que dentro de algunos dias pasaria á Tlascala.

Mientras que sucedia todo esto en el campamento español, llegó nueva embajada de Motezuma, para traer regalos á Cortés é inducirle de nuevo á renunciar á su proyecto de ir á Méjico. Sospechábase ya con razon, que no era tanto esto lo que pretendia Motezuma, como el estorbar que hiciese alianza con la república de Tlascala. Los embajadores mejicanos se esforzaron, si, á inspirar al general español desconfianza de los tlascaltecas, á quienes representaban como gentes sin fé y prontos á vender á sus nuevos aliados; pero Cortés les contestó de manera que conociesen no se le ocultabân sus interesadas calumnias.

Entretanto el terror reinaba en Tlascala, porque no viendo los habitantes llegar al general español á su ciudad, se imaginaron que la tardanza era un efecto de las sugestiones é intrigas de los embajadores de Motezuma. Para neutralizarlas de una vez, tomó el senado la resolucion de trasladarse al campamento de los españoles, ofreciéndose en rehenes á su gefe. Desplegóse gran pompa en la ejecucion de este proyecto: cada individuo del senado llevaba un trage blanco, símbolo de paz, y era conducido en unas andas ó palanquin por oficiales de un rango inferior.

Venia á la cabeza de esta reunion imponente, el padre de Xicotencal; este anciano, que estaba ciego, se distinguia por un vigor de espíritu y una energía de carácter que su edad avanzada no habia podido debilitar. Haciendo que le llevasen junto á Cortés le abrazó y le pasó la mano por la cara, para formar alguna idea de él por medio del tacto. He aqui el discurso que le atribuyen los historiadores españoles, el que ofrece algunos rasgos de varonil elocuencia.

«Qué importa que tú seas un dios ó un hombre, de todos modos tienes á tu disposicion el senado de Tlascala, y ya no puedes dudar de su rendimiento y obediencia. Lejos de nosotros la idea y la intencion de escusar la falta de nuestro pueblo, al contrario, aceptamos toda la responsabilidad, esperando asi aplacar tu cólera y desarmar tu venganza. Nosotros resolvimos hacerte la guerra; pero tambien nosotros somos los que venimos á pedirte la paz. Motezuma se es-



Sumision de un gefe indio á Cortés.

fuerza, ya lo sabemos, á introducir el ódio y la desconfianza entre nosotros, para que nos rehuses tu alianza; pero si das oido á sus pérfidas insinuaciones, acuérdate de que es nuestro enemigo. ¿Podrás tú dudar todavia de que es un hombre malo y pérfido, cuando en este momento mismo quiere que seas injusto con nosotros? No es tu ausilio el que solicitamos contra él: no nos hace falta, y tú eres el único enemigo á quien no podemos combatir con esperanzas de vencer; pero nos duele que te alucine con sus artificios y falaces promesas: conocemos mejor que tú á este gefe acostumbrado á burlarse de los juramentos. Escucha, generoso capitan, aunque estoy ciego, veo bien claramente la desgracia que te vá á ocasionar tu noble confianza. Tú estás propenso á concedernos la paz, si Motezuma no te retrae de ello; mas por qué desea retraerte? Por qué dudas en acceder á nuestros votos y á nuestras súplicas? Por qué rehusas á nuestra ciudad el honor de tu presencia? Estamos determinados á merecer, á obtener tu confianza y tu amistad, ó hacerte el sacrificio de nuestra libertad. Escoge ahora: es preciso que seamos tus amigos ó tus esclavos: fija nuestra suerte; que respetuosamente esperamos la sentencia que salga de tu boca.»

Cortés respondió que se apresuraria á satisfacer los deseos del senado de Tlascala y pidió solamente algunos hombres para conducir los bagages y la artilleria. Al dia siguiente por la mañana ya estaban en el campo quinientos tamenes ó indios de carga, rivalizando entre sí sobre quien habia de cargar con el fardo mas pesado. El ejército se puso en camino; pero marchando en columna como si se fuese á combatir: precaucion ordinaria de Cortés, con la que este gefe tan prudente como animoso, solia asegurar el resultado de todas sus operaciones.

Los españoles hicieron en Tlascala una entrada triunfal; el pueblo se agolpaba en las calles por donde pasaban, mezclando sus gritos de alegria con el ruido de los tambores y de los pífanos; las jóvenes les arrojaban flores, y los sacerdotes revestidos con sus trages quemaban incienso delante de ellos. Los individuos del consejo supremo ó senado, y los habitantes mas principales vinieron á ofrecerles su respetuoso homenage. Condujeron á tan ilustres huéspedes, á quienes designaban con el nombre de Teules, es decir dioses, á una casa tan espaciosa que todos pudieron alojarse en ella.

Apenas Cortés se instaló en ella con su tropa, colocó centinelas en todas las avenidas: esta precaucion que anunciaba desconfianza, desagradó á los tlascaltecas; pero se les hizo entender que era costumbre de los ejércitos europeos, y que aun en tiempo de paz, la disciplina y las ordenanzas militares prescribian precauciones de este género. Entonces los tlascaltecas no hicieron mas objecciones contra la medida adoptada por el general español, y hasta el mismo Xicotencal se propuso seguir una costumbre cuya sabiduria y utilidad no pudo menos de confesar.

Conociendo Cortés el poderoso ausilio que le podria proporcionar la alianza con una nacion tan generosa como valiente, recomendó á sus soldados que tratasen á los tlascaltecas con mucha dulzura é igualdad. El fué el primero á darles ejemplo de esta política habil y previsora, esforzándose con su buen proceder á estrechar los lazos de amistad que le unian ya al caudillo de los guerreros de Tlascala; pero estuvo á punto de malograr todas las ventajas que le ocasionaba, por su exagerado celo en favor de la religion.

En una conferencia que tuvo con uno de los individuos del senado, le indujo á que renunciase el culto de los falsos dioses, para no adorar mas que al dios de los cristianos; pero el indio le dió una respuesta muy singular. Segun él, un solo general, que era un hombre, podia mandar muy bien á un mismo tiempo á los españoles y á los tlascaltecas; pero el único dios de los cristianos no podia bastar para unos y otros. Los tlascaltecas necesitaban muchos dioses; necesitaban uno que los protegiese contra las tempestades, otro para preservarlos de las inundaciones, otro que les favoreciese en la guerra, y otro en fin, para los casos estraordinarios en que tuviesen que valerse de él. Cortés le replicó, que el dios de los cristianos, supremo señor y árbitro de todas las cosas, cuidaba de remediar todas las necesidades de los hombres, pero el tlascalteca no pudo acabarse de persuadir de que un solo dios pudiera multiplicarse, para atender á tan diversas obras. Entonces el general español llamó en su ausilio al capellan de la espedicion, que trató de persuadir al senador y á los tlascaltecas que se encontraban con él. Escucharon con la mayor atencion al sacerdote cristiano; pero cuando acabo de hablar, el individuo del supremo consejo suplicó á Cortés, que no volviera á suscitar tan delicadas cuestiones fuera de

su campamento, para preservar á los tlascaltecas de la temible cólera de sus teules.

Estas palabras irritaron á Cortés en términos que ya se disponia como en Cempoala á destruir en el acto el culto de los ídolos en Tlascala; pero el padre Bartolomé de Olmedo, digno ministro de una religion de tolerancia y de paz, retrajo á Cortés de la ejecucion de este proyecto imprudente, cuyas consecuencias podian ser fatales á los españoles.

En el momento que el ejército español, reforzado con un cuerpo de seis mil tlascaltecas, iba á romper la marcha, llegó nueva embajada de Motezuma, para convidar á Cortés á dirigirse á Cholula, porque el emperador habia dispuesto que se le hiciese alli el conveniente recibimiento y que se proporcionasen víveres con abundancia al ejército. Por lo demas, los embajadores no suscitaron la cuestion de la marcha á Méjico.

Esta invitacion pareció sospechosa á los tlascaltecas, que suplicaron á Cortés no aceptase, porque ocultaba alguna emboscada. El general español dió gracias á sus aliados por el aviso; pero les declaró que no habia peligro que hiciese retroceder á los españoles, y marchó con su ejército hácia Cholula. Fueron recibidos los españoles con las mas amistosas demostraciones; pero se prohibió á los tlascaltecas la entrada en la ciudad, bajo pretesto de que eran enemigos declarados de los cholulanos, y tuvieron que acampar fuera de la poblacion: cosa que ellos supieron hacer con sorprendente habilidad, imitando á los españoles y rodeándose como ellos de fosos y trincheras.

Durante los primeros dias, los cholulanos se manifestaron muy solícitos en festejar á sus huéspedes; pero los españoles advirtieron ciertos hechos que justificaban la desconfianza de los tlascaltecas. Los víveres cesaron de llegar con abundancia; los caciques se manifestaban mas frios, y se notaron frecuentes reuniones de los embajadores de Motezuma. Dos tlascaltecas que habian conseguido introducirse en la ciudad á favor de un disfraz, informaron á Cortés, de que habian visto por la noche, un gran número de mugeres y de niños que se refugiaban á parage seguro; y que seis niños habian sido sacrificados á los ídolos en el templo principal; sacrificio que era el preludio ordinario de una espedicion militar. En consecuencia,

Cortés debia tomar sus disposiciones, para no ser sorprendido por un enemigo pérfido y desleal.

El general español estuvo alerta y observó á los cholulanos para penetrar sus intenciones; pero una feliz casualidad le hizo descubrir cuanto tramaban contra sus huéspedes. La intérprete Marina habia sabido inspirar tan vivo y sincero afecto á una cholulana, esposa de uno de los principales habitantes de la ciudad, que esta muger deseando salvar á la jóven, puso en su noticia toda la conspiracion formada contra los españoles, que habian de perecer sin distincion, aconsejándola que los abandonase para no perecer con ellos. Marina partidaria de los españoles, fingió que se aprovechaba del



aviso de la cholulana, para obtener de ella todos los pormenores de la conspiracion. Asi consiguió saber, que un cuerpo de tropa meji-

fuerza, ya lo sabemos, á introducir el ódio y la desconfianza entre nosotros, para que nos rehuses tu alianza; pero si das oido á sus pérfidas insinuaciones, acuérdate de que es nuestro enemigo. ¿Podrás tú dudar todavia de que es un hombre malo y pérfido, cuando en este momento mismo quiere que seas injusto con nosotros? No es tu ausilio el que solicitamos contra él: no nos hace falta, y tú eres el único enemigo á quien no podemos combatir con esperanzas de vencer; pero nos duele que te alucine con sus artificios y falaces promesas: conocemos mejor que tú á este gefe acostumbrado á burlarse de los juramentos. Escucha, generoso capitan, aunque estoy ciego, veo bien claramente la desgracia que te vá á ocasionar tu noble confianza. Tú estás propenso á concedernos la paz, si Motezuma no te retrae de ello; mas por qué desea retraerte? Por qué dudas en acceder á nuestros votos y á nuestras súplicas? Por qué rehusas á nuestra ciudad el honor de tu presencia? Estamos determinados á merecer, á obtener tu confianza y tu amistad, ó hacerte el sacrificio de nuestra libertad. Escoge ahora: es preciso que seamos tus amigos ó tus esclavos: fija nuestra suerte; que respetuosamente esperamos la sentencia que salga de tu boca.»

Cortés respondió que se apresuraria á satisfacer los deseos del senado de Tlascala y pidió solamente algunos hombres para conducir los bagages y la artilleria. Al dia siguiente por la mañana ya estaban en el campo quinientos tamenes ó indios de carga, rivalizando entre sí sobre quien habia de cargar con el fardo mas pesado. El ejército se puso en camino; pero marchando en columna como si se fuese á combatir: precaucion ordinaria de Cortés, con la que este gefe tan prudente como animoso, solia asegurar el resultado de todas sus operaciones.

Los españoles hicieron en Tlascala una entrada triunfal; el pueblo se agolpaba en las calles por donde pasaban, mezclando sus gritos de alegria con el ruido de los tambores y de los pífanos; las jóvenes les arrojaban flores, y los sacerdotes revestidos con sus trages quemaban incienso delante de ellos. Los individuos del consejo supremo ó senado, y los habitantes mas principales vinieron á ofrecerles su respetuoso homenage. Condujeron á tan ilustres huéspedes, á quienes designaban con el nombre de Teules, es decir dioses, á una casa tan espaciosa que todos pudieron alojarse en ella.

que él les concedia una amnistía general. Era tal la impresion de supersticioso temor, producida por las sangrientas escenas con que habian señalado su venganza los españoles, que todos los cholulanos fugitivos volvieron á la ciudad que en breve se vió llena de un pueblo sumiso y obediente.

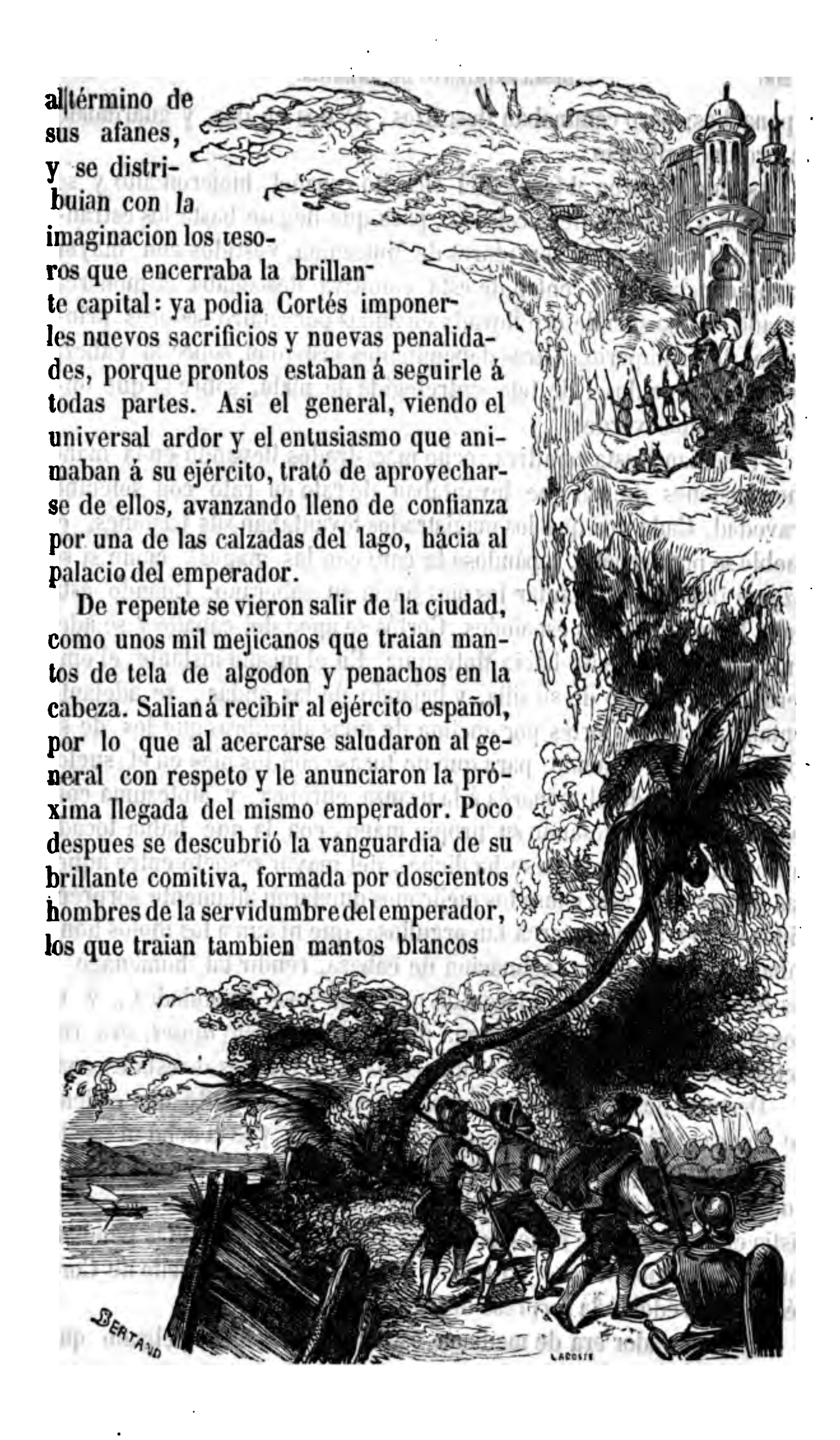
Pero el mismo hombre que habia autorizado unos escesos que tanta sangre costaron á los infelices cholulanos, se propuso ser el mediador de una sincera reconciliacion entre dos pueblos animados entonces uno contra otro, de los mas hostiles sentimientos. Cortés hizo que tlascaltecas y cholulanos se jurasen con todas las ceremonias que aseguran la inviolabilidad de los juramentos, una amistad que uniéndolos entre sí, le proporcionaba al mismo tiempo el ausilio de dos aliados tan poderosos. Esta reconciliacion fué á la vez un acto de humanidad y de previsora política.

Continuó entonces su marcha á Méjico, oyendo al paso en todas partes las quejas de los indios contra el despotismo de Motezuma. Los gobernadores no deseaban otra cosa mas que libertarse de él. Entre los caciques que recibieron á los españoles como unos libertadores, el de Tezcuco, una de las ciudades mas considerables del imperio, manifestó á Cortés el ódio mas violento al emperador. ¿Pero qué hacia este monarca, señalado en todas partes como un tirano, la ver que un enemigo formidable llegaba á la capital?

La conducta de Motezuma revelaba la indecision, síntoma de miedo y debilidad: tan pronto enviaba mensageros á Cortés para invitarle á entrar en Méjico, tan pronto le enviaba á decir que se detuviese; pero el general español abanzaba siempre: cruzando las montañas de Chalco, llegó á Tezcuco y de alli á Iztapalapa. Al bajar de las montañas de Chalco, quedaron los españoles agradablemente sorprendidos á vista de un delicioso paisage. A su frente se estendia un inmenso y delicioso pais, donde se divisaba un lago semejante á un mar, y en medio de este lago, ciudades y villas que parecian salir del seno de las aguas. Entre las ciudades era facil reconocer á la capital, notable por sus muchos templos. Detuviéronse los españoles á vista de tal espectáculo, cuya magnificencia escitaba su sorpresa y admiracion, creyéndose transportados al pais de las encantadoras. Olvidaron entonces los males que habian sufrido, para no acordarse mas que de la recompensa reservada á su constancia y valor; ya llegaban



Vista de Méjico.



al término de sus afanes, y se distribuian con la imaginacion los tesoros que encerraba la brillante capital: ya podia Cortés imponerles nuevos sacrificios y nuevas penalidades, porque prontos estaban á seguirle á todas partes. Asi el general, viendo el universal ardor y el entusiasmo que animaban á su ejército, trató de aprovecharse de ellos, avanzando lleno de confianza por una de las calzadas del lago, hácia al palacio del emperador.

De repente se vieron salir de la ciudad, como unos mil mejicanos que traian mantos de tela de algodon y penachos en la cabeza. Salian á recibir al ejército español, por lo que al acercarse saludaron al general con respeto y le anunciaron la próxima llegada del mismo emperador. Poco despues se descubrió la vanguardia de su brillante comitiva, formada por doscientos hombres de la servidumbre del emperador, los que traian tambien mantos blancos

y penachos; pero caminaban descalzos, de dos en dos, y guardando un profundo silencio.

Asi que llegaron al frente del ejército español, hicieron alto y se formaron á los lados de la calzada, para que llegase hasta los estrangeros otra comitiva de servidores de Motezuma, vestidos con mayor magnificencia. En el centro de esta comitiva descollaba el monarca sentado en una silla de oro llevada en andas por cuatro señores principales de su imperio. Otros dependientes sostenian sobre la cabeza del monarca un dosel de tela, entretegida de plata, sobre la que ondeaban plumas verdes.

Precedian á esta comitiva, ocho magistrados llevando en la mano unos bastones de oro que levantaban de rato en rato con solemne gravedad. Cada vez que los magistrados levantaban sus bastones, el pueblo se prosternaba, tapándose la cara con las manos, como si se juzgase indigno de levantar los ojos hácia su soberano. Cuando esta tropa llegó junto á los españoles, Cortés se apeó del caballo y se adelantó respetuosamente hácia Motezuma. En el mismo instante, el emperador se levantó de su silla, y bajando de las andas, se adelantó lentamente hácia Cortés por encima de unas alfombras que los de su comitiva iban tendiendo, para que no tocase con los pies en el suelo.

Cortés saludó al monarca á la usanza europea, y Motezuma contestó á el saludo, besando su propia mano, con la que habia tocado la tierra; signo, como ya se ha dicho, del mayor respeto entre aquellas gentes. Por esta causa los mejicanos quedaron altamente sorprendidos de ver á un monarca tan orgulloso, que ni aun á los ídolos honraba mas que con una inclinacion de cabeza, rendir tal homenage á los éstrangeros. Ya no dudaron de que eran unas divinidades, y el nombre de *Teules*, que en lengua mejicana significa *dioses*, era repetido con frecuencia por los numerosos espectadores de esta escena.

Despues de los primeros cumplidos, Cortés se quitó una cadena de piedras falsas que llevaba sobre la armadura, y se la echó al cuello Motezuma que pareció quedar muy satisfecho del regalo. Mandó que trajesen al instante la alhaja mas preciosa de su tesoro, que consistia en un collar de conchas muy raras, de cuyas puntas pendian cuatro cangrejos de oro. El mismo echó este collar al cuello de Cortés lo que redobló la sorpresa de los mejicanos.

El emperador era de mediana estatura y mas bien delgado que

grueso; tenia aire de magestad y viveza en sus miradas; su piel era menos tostada que la de los demas mejicanos, y tendria como unos cuarenta años. Traia un largo manto de fina tela de algodon, cubierto de joyas de oro, perlas y piedras preciosas. La corona de oro que llevaba en la cabeza era parecida á una mitra, y su calzado se componia de placas de oro macizo, sujetas con hebillas del mismo metal.

Cortés y Motezuma entraron juntos en la ciudad que no se llamaba entonces Méjico, sino Tenuchitlan. Los historiadores españoles aseguran que se contaban mas de veinte mil casas de un solo piso, y hablan tambien del estraordinario número y magnificencia de los templos que embellecian esta ciudad; pero sus relaciones son algo exageradas. En lo que no cabe duda, es en que la capital del imperio mejicano, era muy grande y estaba muy poblada.

Un palacio que por sus altas murallas y sus puertas, parecia desde lejos una fortaleza, fué el alojamiento adonde el mismo Motezuma condujo á los españoles. Segun su costumbre, Cortés colocó en todas las avenidas centinelas y cañones, recomendando á sus oficiales y soldados que observasen la mas exacta disciplina y estuviesen alerta para evitar toda sorpresa, porque desconfiaba, no sin fundamento, de la hospitalidad mejicana.



III.

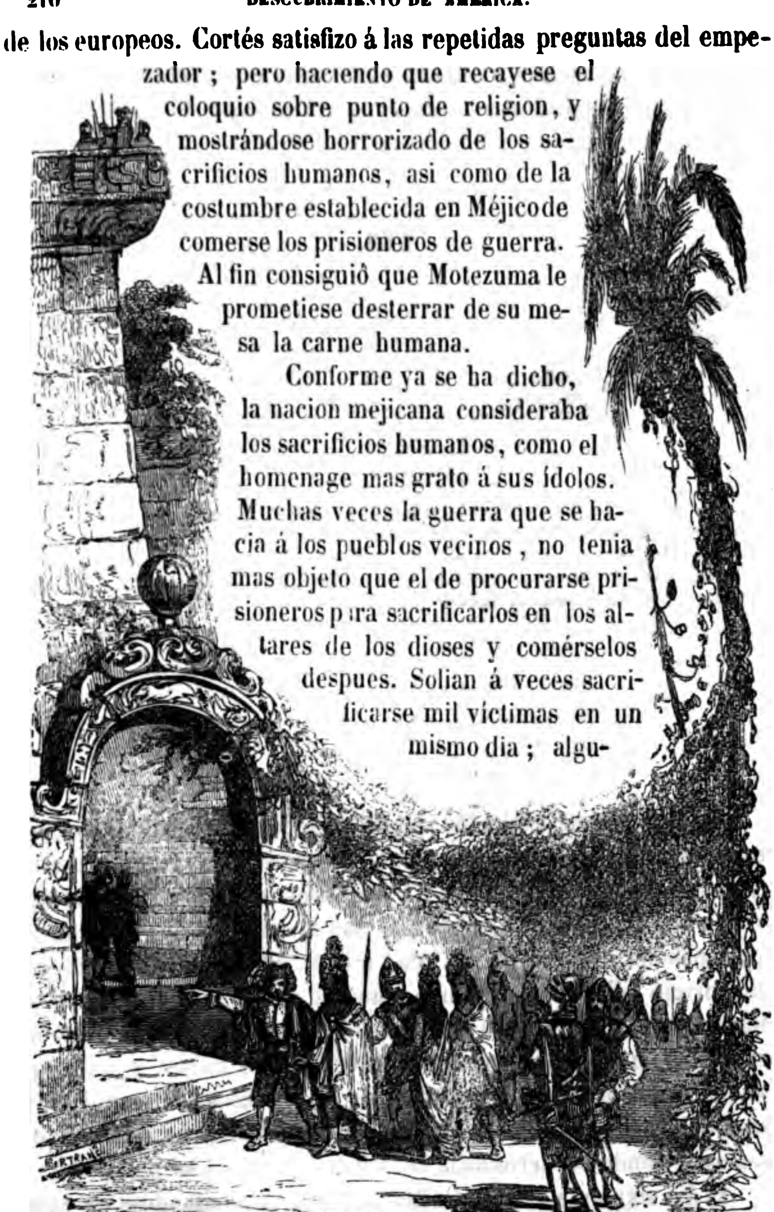
Visita de Motezuma á Cortés.—Sacrificios humanos.—Muerte de Escalante, gobernador de Veracruz.—Motezuma es llevado prisionero al cuartel de los españoles.—Suplicio de Qualpopoca y de sus hijos.—Tentativa de Cortés contra los ídolos.—Proyectos de rebelion contra los españoles.—Situacion crítica de Cortés.—Narvaez viene contra él.—Cortés sale de Méjico y marcha en busca de su enemigo.

Aquella misma noche fué Cortés visitado por el emperador que traia un magnífico acompañamiento. Despues de las ordinarias atenciones de cortesia, el monarca y Cortés tomaron asiento familiarmente uno á el lado del otro, mientras que la comitiva de Motezuma y los españoles estaban de pie junto á la pared. Entonces el emperador dirigió á Cortés un discurso que fué en el acto traducido por Marina y en el que fueron muy notables estas palabras: «unos te habran dicho que yo provengo de la estirpe de los dioses, y otros que soy un tirano orgulloso y sanguinario; ambas cosas son mentira.» En seguida distribuyó algunos regalos á los españoles que estaban presentes, y dando por terminada la visita, se volvió á su palacio.

El dia siguiente le pagó Cortés la visita, presentándose en la residencia imperial acompañado de sus principales oficiales. Esta vez la conversacion duró mas tiempo y giró sobre los usos y costumbres

14

de los europeos. Cortés satisfizo á las repetidas preguntas del emperador; pero haciendo que recayese el coloquio sobre punto de religion, y mostrándose horrorizado de los sacrificios humanos, asi como de la costumbre establecida en Méjico de comerse los prisioneros de guerra. Al fin consiguió que Motezuma le prometiese desterrar de su mesa la carne humana.



Conforme ya se ha dicho, la nacion mejicana consideraba los sacrificios humanos, como el homenage mas grato á sus ídolos. Muchas veces la guerra que se hacia á los pueblos vecinos, no tenia mas objeto que el de procurarse prisioneros para sacrificarlos en los altares de los dioses y comérselos despues. Solian á veces sacrificarse mil víctimas en un mismo dia; algu-

nos historiadores hacen subir este número á veinte y cinco mil (1). Si durante una larga paz, faltaban prisioneros que degollar, los sacerdotes representaban al emperador que los dioses tenian hambre, y entonces el monarca mandaba publicar en todos sus dominios que los



(1) Este número deberá entenderse, en un año, y aun en este periodo de tiempo el cálculo es escesivo. Nuestro grave historiador Solís, que mas bien peca de exagerado en sus narraciones, no hace subir el número de víctimas, mas que á veinte mil.

(*Nota del traductor.*)

dioses querian tener un buen banquete, que era lo mismo que declarar una guerra general á todos los pueblos vecinos.

Cuando suficiente número de prisioneros habia caido en poder de los mejicanos, eran conducidas las víctimas al atrio del templo. Poco despues llegaba un sacrificador revestido con una túnica blanca, llevando en sus manos un idolillo, hecho con harina de cebada y miel, el que tenia los ojos verdes y los dientes amarillos. Subiéndose sobre una piedra que le permitia asomarse por encima de la pared, presentaba aquella horrible figura á cada uno de los prisioneros, gritándole «¡He aquí á tu dios!» Bajándose en seguida, marchaba á la cabeza de los prisioneros, hácia el sitio en que los esperaban los otros sacrificadores. El director de estas execrables ceremonias se llamaba el Topilzin; su vestido muy largo, estaba guarnecido con pedazos de tela encarnada, llevaba en la cabeza una corona de plumas verdes y amarillas, y le colgaban de las orejas y del labio inferior, unos arillos de oro en que habia engastadas piedras verdes. Su rostro era negro como el azabache, y tenia en la mano un cuchillo formado con un pedernal ancho y punzante. Le asistian otros cinco sacerdotes, cada uno con sus funciones particulares, y se inmolaban los prisioneros sobre una ancha losa.

Apartemos la vista de este horrible cuadro de una bárbara superstición y veamos como Cortés va á salir de la posicion peligrosa en que le ha colocado su audaz empresa, pues no tardó en conocer que tanto él como su ejército, se hallaban en cierto modo á merced de un pueblo innumerable y de un príncipe cuyo afecto le parecia poco sincero.

Los avisos que le daban los tlascaltecas, sus exhortaciones incesantes para que desconfiase de Motezuma, habian en fin, hecho conocer al general español los peligros de su posicion. Bastaba en efecto cortar los puentes de las calzadas, para dejarle enteramente separado de tierra, y en este caso ¿cómo hubiera podido resistir á los ataques de un pueblo entero, que hubiera concluido por aniquilar aquel puñado de estrangeros á pesar de su valor? Un suceso lamentable acaecido en Veracruz aumentó todavia mas la inquietud de Cortés. Supo que despues de su partida, un general americano, llamado Qualpopoca, habia acometido á los pueblos que bajo la proteccion de los españoles, habian sacudido el yugo de Motezuma; que Escalante, gobernador

de Veracruz, habia querido socorrer á sus aliados, y que habia quedado herido de muerte en una batalla contra Qualpopoca; que siete españoles habian perecido, y que otro hecho prisionero, habia sido muerto por los mejicanos. Cortés supo ademas, que la cabeza de este soldado habia sido llevada en triunfo por las diferentes ciudades del imperio, para probar que los españoles no eran inmortales, y que despues este sangriento trofeo habia sido enviado á Méjico.

Otros datos no le dejaron duda de las intenciones hostiles de los mejicanos: algunos fieles tlascaltecas le informaron de que los principales ministros del emperador, hacia algun tiempo que tenian conferencias secretas, en las que se tramaba una conspiracion contra los españoles, Cortés tomo una resolucion atrevida, decisiva, que comunicó á sus oficiales insistiendo en la necesidad de su pronta ejecucion. Se trataba nada menos que de apoderarse de la persona de Motezuma: en una palabra, llevársele preso, como una prenda que garantizaba la seguridad de el ejército español y de su gefe.

Cortés se valió tan pronto de buenas razones como de amenazas, para determinar al emperador á que pasase al cuartel de los españoles. El emperador se mantenia inflexible, hasta que el jóven oficial español, Velazquez de Leon, esclamó con gesto amenazador: «Para que son tantos miramientos? Apoderémonos de ese hombre á la fuerza, ó matémosle si se atreve á resistir!» Motezuma preguntó al intérprete que significaban aquellas palabras tan coléricamente pronunciadas, y Marina al esplicárselas, tuvo cuidado de insinuarle que era perdido, si no se sometia inmediatamente á la voluntad de Cortés. Entonces aquel príncipe que al principio habia manifestado alguna energia, cayó en un profundo abatimiento. Temblando por su vida, se resignó á seguir á Cortés, anunciándole que estaba pronto á ir al cuartel de los españoles.

Cortés procuró hacer mas llevadero el cautiverio del monarca, permitiendo á sus principales funcionarios que viniesen á visitarle; no obstante, bajo pretesto de evitar confusion, no permitia que se reuniese gran número de visitas en el aposento de Motezuma, En cuanto á éste, continuó manifestándose alegre, para engañar á sus vasallos y no dejarles sospechar el oprobio de su situacion. Fiel á este sistema de disimulo, manifestaba el mayor cariño á los españoles, sin embargo de que realmente eran sus carceleros.

Durante estos sucesos, Qualpopoca, su hijo y cinco de sus capitanes, llegaron á Méjico en virtud de la órden dada por Motezuma. Este que persistia en sostener que habia obrado contra sus instrucciones, los abandonó á la justicia de los españoles. Formóseles un consejo de guerra ante el cual aquellos infelices prestaron las mas esplícitas declaraciones, y en consecuencia fueron sentenciados á ser quemados vivos. Hasta entonces habian tomado sobre sí la responsabilidad de su conducta, esforzándose por disculpar á su soberano; pero su valerosa lealtad se desmintió á vista del suplicio, declarando antes de morir que habian obedecido á las órdenes de Mo-



tezuma. Apenas hicieron esta confesion, mandó Cortés que los llevasen al sitio en que habia de cumplirse la sentencia, y acompañado de algunos oficiales y un soldado que llevaba unos grillos, se presentó en la habitacion de Motezuma. «Los culpables, le dijo, han declarado al fin que habeis sido la causa del crímen cometido por órden vuestra: la justicia exige que seais castigado como ellos.» Apenas dijo estas palabras, salió sin esperar respuesta, haciendo seña al soldado de que pusiese los grillos á Motezuma. No opuso este resistencia á la humillacion vergonzosa que le hacian sufrir, lo que por otra parte de poco le hubiera servido; antes figurándose que tambien iban á conducirle al suplicio, se abandonó á una violenta desesperacion.

Cuando los sentenciados exhalaron el último suspiro, Cortés volvió á presentarse á Motezuma y le dijo: «Ahora ya queda satisfecha la justicia, y la muerte de los cómplices ha espiado vuestro crímen.» En seguida mandó que le quitasen los grillos, lo que hizo pasar á Motezuma desde la desesperacion á la mas viva alegria, dando las gracias y abrazando á Cortés como á su libertador.

El poder de los españoles parecia suficientemente asegurado en Méjico; pero el prudente Cortés se consideraba como encerrado en una isla, y discurria sin cesar el medio de abrirse paso para salir de la capital, aun en el caso en que los mejicanos llegasen á romper los diques y calzadas. Asi en sus coloquios con Motezuma, le hablaba con frecuencia de la construccion estraordinaria de los navios europeos, á ver si escitaba su curiosidad y manifestaba deseos de contemplar tan maravillosas embarcaciones. Habiendo al fin Motezuma manifestado este deseo, Cortés le prometió procurarle esta satisfaccion, y por órden del emperador se enviaron suficientes indios de carga á Veracruz, para transportar hasta Méjico los restos que aun se conservaban de los navios españoles. Otros obreros fueron á cortar en los vecinos bosques las maderas necesarias, y en poco tiempo quedaron construidos dos bergantines, en los que algunas veces salia á paseo el monarca enagenado de gozo. El general español se aprovechaba de estos paseos para estudiar la situacion del lago y de todas sus cercanías.

Conforme ya se ha visto, Motezuma se habia manifestado muy dócil á las exigencias de Cortés; pero cierto dia le envió á llamar, y Cortés, que no ignoraba las secretas entrevistas de su prisionero con



los sacerdotes y los principales de la nacion, tomó las precauciones que autorizaba su justa desconfianza, presentándose á Motezuma con doce de sus mas valientes compañeros. El aire sombrío que advirtió en el semblante del monarca, le confirmó en sus sospechas; pero mayor fué su asombro cuando Motezuma cogiéndole de la mano, le dijo con voz casi amenazadora: «Que esperaba dispusiese cuanto antes su partida, supuesto que ya habia desempeñado la comision

que su monarca le habia confiado.» Era la primera vez que el emperador se espresaba con tanta firmeza y resolucion.



Cortés se volvió al instante hácia uno de los oficiales que le acompañaban y le dió secretamente la órden de poner la tropa sobre las armas; despues sin manifestar la menor turbacion, respondió á Motezuma, que deseaba vivamente el volver á su patria; pero que tenia necesidad para ejecutarlo de construir algunos navios que sustituyesen á los que habian sido destruidos; que por lo tanto suplicaba al monarca diese órdenes para que los españoles fuesen ayudados en este trabajo largo y dificil.

Motezuma al escuchar estas palabras, hizo tales demostraciones de alegria, que no dejaron duda ninguna á Cortés de cuales eran las

disposiciones del monarca y de su pueblo: el emperador saltó al cuello del general, abrazándole una y mas veces, y asegurándole que los mejicanos y sus dioses quedarian igualmente satisfechos de aquella declaracion, porque pedian con la misma impaciencia la salida de los estrangeros. Cortés conoció cuanta astucia era menester para salir de aquel compromiso y evitar los peligros que le amenazaban: continuó disimulando sus verdaderas intenciones, y despues de haber dado públicamente y en voz alta la órden de construir los navios, encargó á los carpinteros españoles que trabajasen con escesiva lentitud, para dar tiempo que llegasen los refuerzos que esperaba de España.

Ocurrió por entonces el acontecimiento que mejor puso á prueba la intrepidez de Cortés, y que estuvo á pique de arruinar su prosperidad. Cierto dia, Motezuma le avisó que tenia una noticia muy importante que comunicarle, y cuando el general español se presentó á saberla, desarrolló una tela de algodon, en la que estaban pintadas á la manera de los mejicanos, diez y ocho embarcaciones europeas. El correo que habia traido aquel cuadro al emperador, declaraba que todas aquellas embarcaciones estaban ancladas en la costa.

Esta noticia colmó de alegria á Cortés, figurándose que en aquellos navios venian los refuerzos que aguardaba, y que al mismo tiempo le traerian el nombramiento en debida forma, de gobernador de todos los paises que habia descubierto; pero una carta de Sandoval, gobernador de Veracruz disipó todas sus ilusiones. Por ella supo que la referida escuadra habia sido equipada por Velazquez, el que habia mandado á Narvaez (1), gefe de la espedicion, que hiciese prisioneros á Cortés y todos sus partidarios, y los llevase á Cuba para que fuesen juzgados.

La posicion de Cortés se agravaba de dia en dia, complicándose con nuevas dificultades y nuevos peligros. Si se decidia á marchar en contra de un ejército europeo, dos veces mas fuerte que el suyo, le era preciso abandonar á Méjico y abandonándole perdia el

(1) Pánfilo de Narvaez, natural de Valladolid, hombre ambicioso y de altivo carácter. Pasó con treinta hombres desde la Jamaica á Cuba, y ayudó á Diego Velazquez en la pacificacion de esta isla. Despues fué gran privado del gobernador, que le confió la escuadra.
(*Nota del traductor.*)

fruto de tantos trabajos y tantos esfuerzos. Por otra parte ¿qué esperanza podria tener de la victoria, combatiendo con un enemigo que le igualaba en valor y destreza militar y cuyos adalides no estaban quebrantados con tan prolongadas marchas y tan continuos combates como los de Cortés? Pero si esperaba en Méjico á Narvaez, se esponia á tener dos enemigos con quien combatir, porque los mejicanos no hubieran desperdiciado una ocasion tan favorable á sus deseos y á sus proyectos de venganza. ¿Deberia desarmar la cólera de Velazquez con una sumision voluntaria y entregar su cabeza á los jueces de Cuba, harto dispuestos á sacrificar un rival á la envidia y rencor del gobernador?

Pero las mas desconsoladoras noticias se sucedian y se multiplicaban, anunciándole á cada instante reveses. Supo que un cierto número de sus soldados habia seguido las banderas de Narvaez, y al mismo tiempo, este hacia publicar que Cortés y sus partidarios, traidores á su soberano, habian sin órden suya declarado la guerra á los mejicanos, para sujetarlos, y que él, Narvaez, venia á castigar este delito, por lo que era preciso que Motezuma le ayudase al justo castigo de los facinerosos que habian invadido sus estados.

Cortés, viendo que no habia mas remedio que apelar á las armas, se preparó á una lucha desesperada. Dejó á su teniente Alvarado en Méjico con ochenta hombres, encargándole se condujese con la mayor prudencia con los mejicanos, y tuviese el mas profundo respeto á Motezuma, que prometió seguir en el alojamiento de los españoles hasta el regreso de Cortés. Tomadas estas disposiciones, salió este de Méjico, marchando con su pequeña tropa al encuentro del orgulloso Narvaez.

IV.

Reunion de Cortés y Sandoval.—Narvaez sorprendido en Cempoala, es hecho prisionero.—Sus tropas se incorporan á las de Cortés.—Regreso de Cortés á Méjico.—Rebelion de los mejicanos.—Motezuma se presenta al pueblo para apaciguarle.—Es herido.—Su muerte.—Quetlavaca su hermano le sucede.—Heróico designio de dos jóvenes americanos.—Construccion de un puente volante.—El general español se apresura á salir de Méjico.—Principio de la retirada.—Rotura de un dique.—Combate.—Intrepidez de Cortés.—Esterminio de parte de las tropas españolas.—La noche de la desolacion.—Horribles padecimientos.—Batalla de Otumba.—Cortés se apodera del estandarte imperial.—Llegada de refuerzos.—Muerte de Quetlavaca, sucesor de Motezuma.—Guatimocin nuevo emperador

Cortés habia mandado á Sandoval, gobernador de Veracruz, que viniese á reunírsele con los pocos españoles que mandaba. Confió este la custodia de la colonia á los indios sus aliados, y salió al encuentro de su general, reuniéndose con él á doce millas de Cempoala donde estaba Narvaez. Las tropas reunidas de Sandoval y de Cortés, no formaban mas que un batallon de doscientos cincuenta hombres, y sin embargo el animoso Cortés no persistió menos en atacar á un enemigo que le era tan superior en número.

Hizo una nueva tentativa para amansar el intratable génio de Narvaez, porque estremecido con la idea de una guerra civil, queria que toda la odiosidad de ella recayese en el teniente de Velazquez, pero este contestó á los mensages de Cortés con injurias y amenazas. Lejos de intimidarse por la jactancia de su adversario, Cortés avanzó hasta Cempoala y cuando solo distaba una milla, Narvaez salió de la



poblacion para dar la batalla. Una abundante lluvia que cayó en aquel dia, y la posicion ventajosa que habia tomado Cortés al otro lado de un arroyo, impidieron á Narvaez el que le atacase. Ya se quejaban las tropas de este último de las fatigas que habian sufrido á las órdenes de un general que no era muy de su agrado, y al anochecer tuvo que entrarse en la poblacion.

Entonces Cortés concibió un atrevido proyecto, cual fué el aprovecharse de la obscuridad de una noche lluviosa y sorprender al enemigo que no deberia estar vigilante. Resuenan de improviso los terribles gritos de guerra que lanzan Cortés y sus intrépidos soldados. Narvaez entonces conoce, aunque tarde, su error, y en el momento en que trata de abrirse paso con espada en mano, cae sin conocimiento herido de un lanzazo que le echó un ojo fuera.

Una circunstancia singular facilitó la sumision de las tropas de Narvaez. Habian descubierto en la obscuridad de la noche el brillo de una inmensa cantidad de lucecillas, que se les figuraron las mechas encendidas de un cuerpo de arcabuceros que venia en el ejér-

cito de Cortés, porque en aquella época todavia no se usaban las piedras de chispa en las armas de fuego, sino unas mechas; pero las luces vistas por los soldados de Narvaez eran producidas por los gusanos de luz, que en América son mayores que los insectos de esta clase que se encuentran en Europa.

Cortés se manifestó despues de la victoria humano y aun generoso, porque no solo trató á los prisioneros con el mayor afecto, sino que les hizo algunos regalos, dejándolos en libertad de alistarse en sus banderas ó volver á Cuba: casi todos eligieron el primer partido. De esta manera el afortunado general vió reforzado su ejército con ochocientos soldados. En cuanto á Narvaez, apenas volvió en sí y se vió cargado de cadenas y en poder de un enemigo al que habia tratado con tan insolente desprecio, estuvo á pique de morir de dolor y de vergüenza. Cortés quiso verle; pero respetando su infortunio con un acto de delicadeza, entró sin darse á conocer, en el apo-



sento en que Narvaez estaba acostado. La actitud respetuosa de los soldados hizo que Narvaez conociese quien era, y volviéndose á Cortés le dijo: «Señor capitan, bien podeis estar contento por la dicha que habeis tenido en hacerme prisionero.» El terco orgullo de Narvaez merecia una severa respuesta. «Buen hombre, le contestó Cortés, todo lo que Dios hace está bien hecho, sin embargo, os juro que mi victoria y vuestra prision son en mi concepto hechos de bien poca importancia para que pueda envanecerme por ellos.» Despues de haberle dado esta justa leccion, Cortés mandó que fuese conducido á Veracruz, donde debia quedar arrestado.

Apenas gozaba Cortés algunos instantes de reposo en el teatro de su triunfo, cuando recibió la funesta noticia de la rebelion de los habitantes de Méjico, contra los españoles que habia dejado en esta ciudad. Alvarado que se sostenia con dificultad en su fortaleza, pedia pronto socorro, y el mismo Motezuma enviaba uno de sus correos, suplicando á Cortés que volviese cuanto antes á la capital, donde dominaba la insurreccion victoriosa.

No habia un momento que perder, por lo que Cortés se dirigió con su ejército á la capital, pasando por Tlascala. Los tlascaltecas, sus ardientes partidarios, pusieron todas sus tropas á su disposicion; pero no llevó consigo mas que dos mil hombres.

Se temia que le costaria trabajo el entrar; pero encontró los puentes en el mismo estado que los dejó á su salida. Entró, pues, en Méjico con su ejército, disponiendo de fuerzas considerables, y con el doble prestigio de la victoria y el poder, hubiera facilmente triunfado de la insurreccion, si hubiera sabido portarse con aquella moderacion que exigia una previsora política; pero la prosperidad le habia deslumbrado, y se creyó que ya no le eran indispensables la sagacidad y la prudencia. Se manifestó violento y altivo, alcanzando sus desprecios al mismo Motezuma. Se imaginó que comprimiria facilmente la rebelion con la fuerza, y la primera providencia que tomó fué enviar á Ordaz, uno de sus mejores oficiales, á la cabeza de cuatrocientos hombres escogidos entre españoles y tlascaltecas, para indagar el estado de la poblacion, é informarse de si disponia nuevos ataques. Ordaz salió con su destacamento; pero apenas se hubo internado en una calle, cuando le salió al encuentro una tropa de mejicanos armados. Marchó hácia ellos para coger algunos pri-

sioneros á quienes se pudiese preguntar; pero los mejicanos se replegaron al instante. Esta era una astucia suya para atraer á los españoles á una emboscada, y Ordaz que se empeñó en perseguirlos se vió de repente envuelto y atacado por los muchos mejicanos que le esperaban. Al mismo tiempo le arrojaban desde lo alto de las casas, coronadas de gente, piedras, flechas y venablos. Ordaz no se apuró



en tan crítica situacion; formó el cuadro con su gente, colocando en sus lados á los que tenian lanzas, y en el centro á los que tenian ar-

cabuces, para que disparasen contra los enemigos que estaban en los terrados y ventanas, mientras que los otros rechazaban á los acometedores con sus lanzas. Dió entonces la órden y el ejemplo de romper por donde mas compactas se presentaban las masas de los mejicanos. Tan vigoroso ataque les obligó á retirarse, y Ordaz pudo llegar á el alojamiento, no habiendo perdido mas que un soldado español y ocho tlascaltecas; pero quedando herido, asi como casi todos sus soldados.

Al dia siguiente el enemigo dió un nuevo asalto, y aunque rechazado esta vez con una pérdida enorme, no por eso dejó de renovar sus tentativas contra el fuerte en los siguientes dias.

En uno de estos encarnizados ataques de los mejicanos, Motezuma quiso evitar la efusion de sangre, presentándose á su pueblo con todos los atributos de su poder, con toda la pompa ante la que se humillaba con respeto la servil obediencia de sus vasallos, y creyendo que su voz conservaba aun su antiguo ascendiente para con ellos.

Se reviste apresuradamente con su manto imperial, se pone la diadema en la cabeza, y realzando todavia mas el esplendor de su trage con un adorno guarnecido de piedras preciosas que no se usaba mas que en los dias de gran ceremonia, sale de su habitacion acompañado de los principales mejicanos que entonces se hallaban en su compañía. Uno de ellos, subiendo á lo alto de la muralla, anuncia al pueblo sorprendido la llegada de su emperador, que desea saber el motivo de sus quejas, y ofrece á sus vasallos su paternal mediacion entre ellos y los estrangeros, que tambien son huéspedes suyos.

Al solo nombre de Motezuma, los mejicanos cesaron de combatir y el silencio sucedió á los alharidos con que atronaban los aires. Entonces el monarca subió á la muralla, y á su vista el pueblo, penetrado de respeto á su soberano, permaneció silencioso é inmóvil. El emperador buscó con la vista entre la multitud á los que tenian mas influencia sobre ella, los llamó por su nombre, y dirigió un discurso al pueblo que tan resuelto se mostraba, tan fiel á su soberano, y que con tanto valor lidiaba por su libertad.

Cuando acabó de hablar, el silencio duró todavia por algunos minutos; despues empezó un ruido sordo causado por violentos mur-

mullos, y que aumentándose sucesivamente terminó en voces sediciosas y vehementes escitaciones á la rebelion.

Motezuma, queriendo responder, hizo seña con la mano para imponer silencio, pero no quisieron escucharle. Los gritos se aumentaban; por último, muchas piedras y flechas fueron arrojadas contra el monarca. Los dos soldados que Cortés habia puesto á su



lado, quisieron ampararle con sus escudos; pero ya era tarde: le habian alcanzado algunas flechas y ademas vino á darle en la cabe-

za una piedra lanzada con tal furia y violencia, que le hizo caer sin conocimiento al pié de los españoles.

El general español mandó que transportasen al instante á su habitacion al desgraciado príncipe que no daba señales de vida, dando sus órdenes para que le prodigáran todos los cuidados que reclamaba su desesperada situacion, y despues acudió á vengarle; pero ya no era tiempo. Apenas los mejicanos vieron caer á su emperador, cuando sorprendidos y aterrados se dispersaron á la vez, como si temiesen que el rayo viniese á castigar su delito cayendo sobre sus cabezas.

Entretanto el infeliz monarca habia recobrado el uso de sus sentidos; pero en un estado que inspiraba compasion. Se enfurecia al recordar de que modo tan infame le habian tratado sus mismos vasallos. Espiró maldiciéndolos, y hasta su último suspiro se negó á las instancias de los españoles, para que abrazase la religion cristiana.

Los mejicanos eligieron por sucesor de Motezuma á su hermano, llamado Quetlavaca, el que hasta entonces habia sido cacique de Iztapalapa. El primer acto del nuevo emperador, fué la continuacion de las hostilidades contra los españoles, y su estreno militar una empresa que les hizo correr mucho peligro. Colocó sus mejores campeones sobre los terrados y sobre la plataforma del templo principal, adonde hizo llevar piedras y maderos para arrojarlos al patio principal del alojamiento de los españoles. Cortés, que ya se ocupaba en los preparativos de su retirada, se vió comprometido á retardarla, hasta desalojar á los enemigos de una posicion, desde la que podian aplastar con facilidad á sus tropas.

Encargó ésta operacion á Escovar, uno de sus mas intrépidos capitanes, poniendo á sus órdenes un fuerte destacamento compuesto de lo mejor del ejército, y el mismo Cortés se encargó de ahuyentar al enemigo de las calles, cubriendo la retaguardia de los españoles en el momento de atacar el templo. Escovar llegó con facilidad hasta el pié de las gradas y aun subió hasta el medio de ellas; pero fué necesario que Cortés acudiese á socorrerle para que los españoles pudiesen ganar la cumbre de la plataforma.

Entonces fué cuando dos jóvenes americanos se distinguieron con un acto de sublime patriotismo. Habian jurado sacrificarse por

la salvacion de su patria, y para verificar su generosa resolucion se acercaron en actitud de súplica al general español que andaba combatiendo: creyó éste que deseaban rendirse y no le ocurrió al verlos sospecha ninguna. Apenas estuvieron junto á Cortés, que iba á tenderles la mano, como para ponerlos bajo la salvaguardia de su clemencia, cuando se agarraron á él y llevándole á la parte mas elevada del edificio, hicieron su empuje y fuertemente asidos á su cuerpo se precipitaron desde el borde de la galeria. Esperaban llevarse consigo á Cortés; pero este que conoció su intencion, se agarró con



tal fuerza al borde que logró desprenderse de los dos mejicanos: bajaron estos á estrellarse en las losas, víctimas de una resolucion

que de nada sirvió á su desdichada patria, pero que fué admirada segun dicen, por el mismo Cortés.

Solo la muerte del último mejicano de cuantos defendian el templo, puso fin á la carnicería: se asegura que perecieron quinientos, todos de las principales familias de Méjico.

Al dia siguiente los mejicanos permanecieron tranquilos y como si abandonasen el ataque del alojamiento español. Cortés entonces empezó los preparativos de su marcha; pero las disposiciones del enemigo estaban muy lejos de ser pacíficas. Habia jurado esterminar hasta el último de los españoles, y el tiempo de su aparente inaccion estaba destinado á combinar un nuevo plan que dejase mas segura su venganza. Querian cortar la retirada á los españoles, y cortando los puentes de los diques, sitiarlos por hambre, quitándoles los medios de procurarse víveres.

Pero Cortés, meditando como desconcertar el proyecto de los mejicanos, hizo construir con celeridad un puente volante, para irle echando sucesivamente en todas las cortaduras de la calzada y establecer así las comunicaciones. Asi que estubo acabado, fijó la retirada para la noche siguiente, esperando que seria favorecida por la obscuridad y por las creencias supersticiosas del enemigo.

Al acercarse la noche, dividió sus tropas en tres columnas, dando á Sandoval el mando de la primera ó de vanguardia; él quiso mandar la columna del centro, y Velazquez de Leon, pariente cercano del gobernador de Cuba, se puso á la cabeza de la tercera que formaba la retaguardia.

A media noche empezó esta retirada con visos de huida, con el mayor silencio para no llamar la atencion del enemigo, y la lluvia que estaba cayendo, como que favorecia la salida de las tropas españolas. No encontraron obstáculo ninguno hasta la calzada de Tacuba, hácia donde se dirigian, no figurándose que estuviese cortada, por hallarse en direccion opuesta al camino que habian seguido los españoles para entrar en la ciudad.

Los mejicanos habian tenido buen cuidado de cortar esta calzada y fué preciso echar el puente volante sobre la cortadura que se franqueó sin dificultad; pero en el momento en que las tropas llegaban á otra cortadura que se disponian á pasar de la misma manera, se oyeron de improviso los gritos de guerra, el lago se cu-

brió al instante de canoas, y una granizada de flechas y de piedras fué el primer anuncio del combate mas terrible de que hace mencion la historia: combate cuyo horror era aumentado por un conjunto de diversas circunstancias.

Cortés se manifestó heróico, verdaderamente heróico en esta espantosa noche; solo él conservó su sangre fria y su firmeza; solo él no desesperó de la salvacion del ejército. Reuniendo como unos cien hombres hizo los mayores esfuerzos para abrirse paso hasta la segunda y luego hasta la tercera cortadura de la calzada. Al fin triunfó su valor y llegó á tierra firme, sirviéndole de puente los cadáveres de sus enemigos que llenaron el hueco de las cortaduras.

Pero qué le importaba su propia salvacion? El peligro de la mayor parte de sus soldados le llama el teatro de duelo y de matanza: escoge entre los que se han salvado los pocos que no estaban heridos y vuelve con ellos al sitio del peligro. Logra incorporarse con parte de sus compañeros que seguian por la calzada el camino que él les habia abierto, mas ah! todavía quedaban muchos desgraciados que salvar. Escuchábanse los lúgubres acentos de los españoles



que habian caido vivos en poder de un enemigo feroz, que los llevaba al templo para inmolarlos en los altares de sus divinidades. Cortés queria ir á libertarlos; mas en vano trata de llegar hasta ellos; obstáculos insuperables se le oponen, y le es preciso limitarse á proteger y asegurar la retirada de los pocos soldados que sobreviven á este gran desastre.

Cuando salió la aurora, Cortés pudo conocer la estension de sus pérdidas, y no pudo reprimir sus lágrimas al ver cuantos valerosos compañeros de armas le faltaban. La mayor parte de sus tropas habia perecido á manos del enemigo, ó en las aguas del lago: dos mil tlascaltecas habian sucumbido con mas de la mitad de los españoles. Entre los muertos se contaba Velazquez de Leon y otros muchos intrépidos oficiales, y casi todos los que se habian salvado estaban cubiertos de heridas: nada se habia podido salvar de la artilleria, municiones y bagages, y cuantos tesoros se habian reunido se perdieron tambien casi en su totalidad.

Un nombre que caracteriza esta espantosa derrota, ha perpetuado su recuerdo: la noche tan fatal á los españoles es conocida hoy dia en Nueva España con el nombre de *Noche triste*.

En Tamba fué donde los fugitivos españoles hicieron alto por la primera vez desde su salida de Méjico; pero no se detuvieron mucho tiempo en este parage. No podian contar mas que con la hospitalidad de los tlascaltecas, y para llegar á su capital era preciso costear toda la parte septentrional del gran lago mejicano. Como los españoles se hallaban entonces en la parte occidental, tenian que atravesar paises desconocidos, en los que no esperaban encontrar los bastimentos que tan necesarios eran á las tropas fatigadas con una larga caminata. A pesar de todo, este era el único partido que Cortés podia tomar para salvar los restos de su ejército, por lo que se dirigió á Tlascala.

La marcha de los españoles al través de inmensas soledades, donde no encontraban para alimentarse mas que frutas silvestres, raices y tallos verdes de maiz, fué una série de horribles padecimientos.

Hacia ya cinco dias que caminaban de esta suerte las tropas españolas; pero todavia no habian llegado al término de sus males. La jóven Marina, que lo mismo que Aguilar, pudo salvarse de la catástrofe de la Noche triste, habia oido decir muchas veces á los meji-



Cortés en Otumba.

canos en sus repetidos ataques contra los españoles: «Id, malvados, caminad al sitio en que recibireis el castigo de vuestros delitos.» El sentido de estas palabras encerraba un enigma que no se adivinó hasta que al sesto dia llegaron al valle de Otumba. Desde una altura inmediata á este parage, descubrieron los españoles con espanto allá á lo lejos, los numerosos batallones indios que cubrian la llanura. Aquellos mismos que hasta entonces habian conservado toda su serenidad, no pudieron menos de estremecerse á vista de tantos y tan nuevos enemigos como se presentaban para combatir. Cortés, á prueba de todos los reveses de fortuna, reanimó el valor de sus soldados, haciéndoles comprender en una enérgica alocucion, que habia llegado el momento de vencer ó morir, y vió al instante marchar á sus tropas en busca del enemigo que no esperaba tan impensado acometimiento.

Habia inspirado Cortés tal ardor á sus valientes, que rompieron



hasta el centro del ejército mejicano, sembrando el camino de muertos y moribundos; pero bien pronto agoviados de fatiga apenas podian manejar sus armas, y envueltos y acosados por la muchedumbre de los mejicanos, iban ya á sucumbir todos en lucha tan desigual, cuando una repentina inspiracion de su gefe los salvó y les dió la victoria. Divisando á lo lejos al general del ejército enemigo, que llevaba el estandarte del imperio, se acordó de que la pérdida de este estandarte era para los mejicanos la señal de la derrota. Reunió al instante á sus capitanes que tenian caballo, y se precipitó con ellos sobre la tropa que custodiaba el estandarte, la dispersa y de un bote de lanza tiende á sus pies al general mejicano. Uno de los ginetes echa pié á tierra, remata de una estocada al general y se apodera del estandarte, á cuyo tiempo las demas banderas se rinden á los españoles, y los mejicanos despavoridos huyen arrojando sus armas.

Esta victoria que dejaba á los españoles franco el camino de Tlascala, les proporcionó tambien un botin considerable: oportuna indemnizacion de los tesoros que habian tenido que abandonar en Méjico, porque los enemigos dando por suya la victoria, habian venido adornados con sus mas ricas preseas, que fueron despojo de los soldados de Cortés.

Al dia siguiente entraron en el territorio de los tlascaltecas, que los recibieron con su acostumbrada benevolencia, y asi pudieron disfrutar algun descanso. Hallábanse todavia en Tlascala cuando Cortés recibió una noticia que le colmó de alegria, porque iba á recibir un inesperado refuerzo de soldados y municiones de toda especie.

Velazquez, gobernador de Cuba, dudaba tan poco del triunfo de Narvaez, que sin esperar noticias suyas, le envió otros dos navios cargados de municiones, dando á los comandantes de estos navios nuevas instrucciones para el general. El gobernador de Veracruz hizo mañosamente que los dos buques entrasen en el puerto, y apoderándose de ellos sin dificultad, determinó á las tripulaciones á que sirviesen á las órdenes de Cortés. Poco tiempo despues llegaron á la costa otros tres grandes navios que formaban parte de una escuadra considerable, equipada por el gobernador de la Jamaica para hacer nuevos descubrimientos; pero los capitanes, habiéndose dirigido hácia las provincias septentrionales de Méjico, habian en-

contrado pueblos pobres y belicosos que les hicieron mal recibimiento. Despues de penosas escursiones y sin útil resultado, habian venido á parar al puerto de Veracruz, é invitados allí á incorporarse á las tropas de Cortés, le procuraron tan considerable refuerzo de armas y municiones de guerra, que el ejército se encontró tan numeroso como en el momento de entrar en Méjico, y se creyó con él, capaz de conquistar todo el imperio. Los tlascaltecas y los otros pueblos indios aliados suyos, le facilitaron un cuerpo ausiliar de diez mil hombres.

Otro suceso que concurrió á favorecer sus proyectos contra Méjico, fué la muerte del nuevo emperador Quetlavaca, que mandaba á los mejicanos en la *Noche triste*.

Los mejicanos eligieron por emperador en lugar de Quetlavaca, á un cercano pariente de Motezuma llamado Guatimocin. Este que no carecia de valor ni de prevision, apresuró la ejecucion de los trabajos empezados por órden de su predecesor, y cuando llegaron á su noticia los nuevos preparativos de los españoles, reunió en su capital gran número de guerreros convocados de todas las provincias del imperio. Guatimocin estaba dispuesto á oponer una desesperada resistencia al enemigo.

Cortés, avisado de lo que pasaba en Méjico, no se arredró por las nuevas dificultades de su empresa, y se puso en camino á la cabeza de su ejército, dirigiéndose á la capital del imperio.



V.

Marcha de los españoles á Méjico.—Llegada á Tezcuco.—Perfidia de un cacique.—Preparativos de defensa en Méjico.—Cortés hace construir una flota para el ataque de la capital.—Conspiracion contra él.—Plan de los conjurados.—Los trece bergantines.—Ataque de Méjico.—Desastres.—Nuevos aliados.—Los españoles entran en Méjico.—Un desafio.—Guatimocin cae prisionero.—Sumision de los mejicanos.—Guatimocin y su ministro puestos en el tormento.—Redificacion de Méjico.—Muerte de Guatimocin.—Regreso de Cortés á España.—Se justifica y vuelve á Méjico.—Descubrimiento de la peninsula de la California.—Cortés vuelve á España.—Su muerte.

Habia llegado ya el ejército á las cercanias de Tezcuco, cuando se presentaron embajadores, enviados por el cacique de esta ciudad para convidar á Cortés á que descansase en ella por la noche, ofreciéndole cuanto sus tropas pudiesen necesitar; pero diciendo que los indios auxiliares debian acampar fuera de la poblacion.

Pareció este convite sospechoso á Cortés, que juzgó debia dejar para el dia siguiente su entrada en Tezcuco. Satisfecho pudo quedar de su prevision, porque al entrar al otro dia por la mañana en la ciudad, la encontraron desamparada. Cortés se apoderó al instante de las plazas principales en las que formó sus tropas en batalla. Al fin se atrevieron á llegar algunos habitantes, por los que se supo que el cacique habia formado el proyecto de aniquilar á todos los españoles en la noche anterior y que habia huído, creyendo ya descubierto su designio.

Conoció Cortés que le seria imposible apoderarse de Méjico, sin tener á su disposicion una flotilla de pequeños buques de guerra para dispersar las canoas mejicanas. No habia en todo su ejército mas que dos ó tres carpinteros: era preciso cortar las maderas de

construccion en los bosques de Tlascala, y todos sus soldados no bastaban para transportar estas maderas hasta Tezcuco; pero el valor de Cortés se aumentaba tanto á vista de las dificultades como de los peligros; necesita una escuadra y la tendrá!

Puso bajo la direccion de sus carpinteros un gran número de tlascaltecas para que les sirviesen de obreros, y en tanto que se activaban estos trabajos, empezó á tomar sus medidas para rendir por hambre la ciudad. Sometió muchas poblaciones inmediatas atrayendo otras á sus intereses, haciendo alianza con ellas. Esta inesperada defeccion afligió á Guatimocin, pero sin desanimarle.

Por este tiempo se vió Cortés espuesto á un gran peligro, y en el momento en que se disponia á destronar á Guatimocin y conquistar sus estados, una conspiracion iba á estallar para destruir sus proyectos y tal vez hacerle perder la vida.

Los antiguos soldados de Narvaez, que se habian incorporado en su ejército le seguian á disgusto, quejándose altamente de que habian sido engañados en sus esperanzas de fortuna por el nuevo general, que les habia prometido riquezas inmensas. En vísperas de dar el primer asalto, se asustaban con la perspectiva de los azares de una lucha que debia ser larga y sangrienta. Un simple soldado, por nombre Villafaña, que reunia suma resolucion á una sagacidad poco comun, habia permanecido fiel al partido de Velazquez, y viendo el descontento general de sus compañeros, supo hábilmente aprovecharse de el para formar el proyecto de asesinar á Cortés y á sus principales capitanes, nombrando despues otro general que volviese el ejército á Cuba. Los conjurados deberian sorprender á Cortés en el momento en que estuviese á la mesa con sus oficiales, y cayendo sobre ellos, procurar que el general fuese la primera víctima. Uno de los cómplices sufrió tales remordimientos que fué á presentarse á Cortés para darle parte de la conspiracion.

Marchó Cortés en seguida al alojamiento de Villafaña, que turbado á vista del general, confesó su crímen sin intentar disculparse. Cortés le mandó arrestar y le encontraron un papel que ocultaba con mucho empeño: era la lista de los conjurados, entre los que se contaban muchos que Cortés creía fieles á su causa; pero la prudencia le imponia silencio y se guardó muy bien de revelar su asom-

contrado pueblos pobres y belicosos que les hicieron mal recibimiento. Despues de penosas escursiones y sin útil resultado, habian venido á parar al puerto de Veracruz, é invitados allí á incorporarse á las tropas de Cortés, le procuraron tan considerable refuerzo de armas y municiones de guerra, que el ejército se encontró tan numeroso como en el momento de entrar en Méjico, y se creyó con él, capaz de conquistar todo el imperio. Los tlascaltecas y los otros pueblos indios aliados suyos, le facilitaron un cuerpo ausiliar de diez mil hombres.

Otro suceso que concurrió á favorecer sus proyectos contra Méjico, fué la muerte del nuevo emperador Quetlavaca, que mandaba á los mejicanos en la *Noche triste*.

Los mejicanos eligieron por emperador en lugar de Quetlavaca, á un cercano pariente de Motezuma llamado Guatimocin. Este que no carecia de valor ni de prevision, apresuró la ejecucion de los trabajos empezados por órden de su predecesor, y cuando llegaron á su noticia los nuevos preparativos de los españoles, reunió en su capital gran número de guerreros convocados de todas las provincias del imperio. Guatimocin estaba dispuesto á oponer una desesperada resistencia al enemigo.

Cortés, avisado de lo que pasaba en Méjico, no se arredró por las nuevas dificultades de su empresa, y se puso en camino á la cabeza de su ejército, dirigiéndose á la capital del imperio.



Entretanto, se hallaban ya prontos los materiales para la construccion de los trece bergantines; pero faltaba trasladarlos desde el territorio de Tlascala á Tezcuco. Esta marcha tan penosa ofrecia un espectáculo enteramente estraordinario. En el centro iban ocho mil tamenes é indios de carga, llevando las vigas, mástiles, cuerdas, velamen y herrage. Quince mil tlascaltecas, entre cuyas filas se habian distribuido algunos soldados españoles, para conservar el órden en la marcha, formaban la vanguardia y la retaguardia, marchando tambien por hileras en los flancos de la columna, tan larga que ocupaba el espacio de mas de una legua. Sandoval se puso á la cabeza de la columna, eligiendo para mandar la retaguardia, á un jóven tlascalteca, llamado Chechimical, porque Xicotencal, el jóven guerrero que tan brillante papel habia representado al principio de la invasion española, ya no existia. (1)

El jóven Chechimical era no menos temerario y orgulloso que Xicotencal: tenia pretensiones muy singulares y quiso disputar el mando de la vanguardia á Sandoval. Al llegar á Tezcuco, Chechimical pidió que se hiciese alto por unos instantes, para tener tiempo de acicalarse con sus mas bellas plumas y otros adornos guerreros; «Porque, decia él, cuando un valiente soldado va á combatir, debe ir tan adornado como si fuese á una revista.»

Estas brabatas hicieron sonreir de lástima á Cortés, que desde luego conoció que los servicios de semejante auxiliar le serian de poca utilidad. En efecto, los historiadores españoles no hablan siquiera una palabra de las hazañas de este fanfarron, cuya jactancia divertia mucho á el ejército.

Mientras que se trabajaba con ardor en la construccion de los bergantines, recibió Cortés una noticia que le colmó de alegria. Supo la llegada á Veracruz de cuatro navíos enviados desde la isla Española y que le traian un refuerzo considerable.

Resolvió entonces atacar á un tiempo á Méjico por tres distintos parages, para lo que dividió su tropa en tres columnas. Sando-

(1) La muerte de Xicotencal y la causa que hubo para ella, es uno de los puntos obscuros de la historia de América. Parece lo mas seguro que su orgullo y altivo carácter se avenian mal con los españoles y que estos se dieron prisa á matarle, cuando desamparó el ejército, llevándose sublevadas casi todas las fuerzas de Tlascala.

(*Nota del traductor.*)

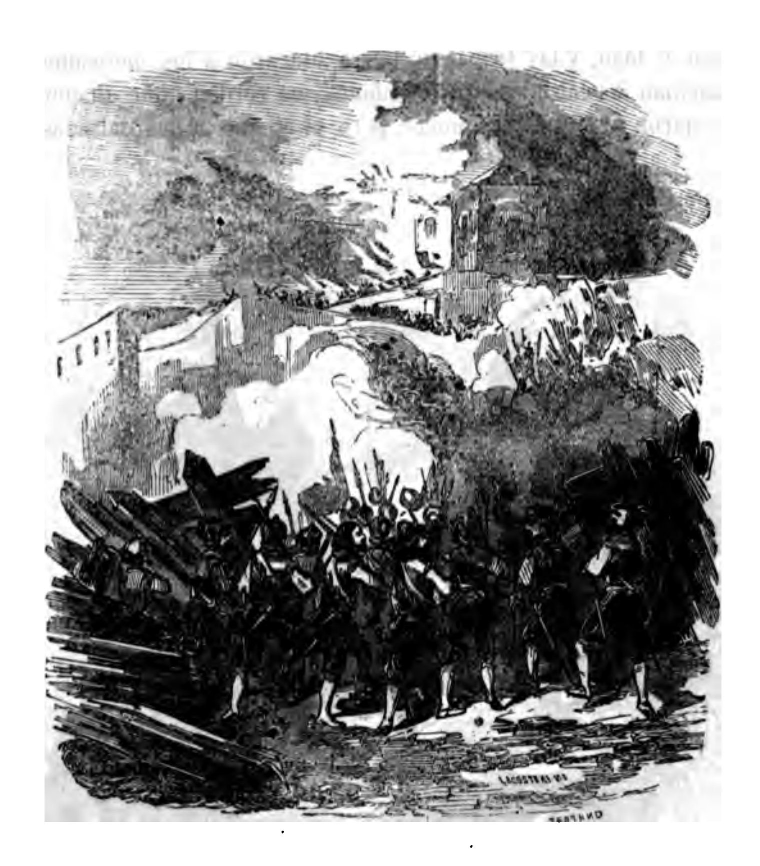
val obtuvo el mando de la primera, Alvarado el de la segunda y Olid se puso á la cabeza de la tercera.

Desde este momento, no pasó dia sin una accion mortífera, los bergantines tenian que combatir con las numerosas canoas que cubrian el lago, y las tropas de tierra atacaron á los mejicanos que ocupaban las calzadas. Los españoles, es verdad, que dispersaron y echaron á pique las canoas; pero el ataque en las calzadas pre-



sentaba las mayores dificultades. Se conseguia desalojar á los mejicanos de las trincheras que habian levantado para proteger las brechas y se echaban puentes sobre las cortaduras; pero como los españoles temian el ver renovados los desastres de la *Noche triste*, se retiraban al anochecer á tierra firme, y los sitiados se aprove-

chaban de la noche para reparar sus fortificaciones; de modo que las tropas españolas se consumian en inútiles esfuerzos.



Entonces Cortés, el hombre de atrevidas resoluciones, quiso terminar de una vez esta guerra, que si se dilataba mas, iba á destruir poco á poco su ejército ya debilitado. Por consiguiente, tomó todas las disposiciones para dar al dia siguiente un asalto general á la ciudad.

Al salir la aurora, cada gefe se puso á la cabeza de su columna, y si los españoles atacaron con vigor la defensa fué porfiada, y los mejicanos opusieron una resistencia que agotaba las fuerzas de



Ataque de Méjico.

sus enemigos. La columna de Cortés fué la que mas avanzó, y destruyendo cuanto encontraba por delante, se apoderó de las trincheras que defendian las calzadas y penetró en la ciudad, persiguiendo al enemigo que huía. Conservando en medio del triunfo toda su presencia de espíritu, se acordó de asegurar la retirada, para el caso en que fuese necesaria. En consecuencia mandó á Julian de Alderete, oficial nuevamente llegado de la Española, que se quedase con suficiente número de soldados para ir cegando las cortaduras de la calzada, mientras que los demas destacamentos seguian combatiendo. Alderete, llevado de un falso punto de honor, se creyó que era méngua suya estar lejos del peligro, en el momento en que sus compañeros se cubrian de gloria lidiando, y desobedeciendo á Cortés, abandonó la calzada para ir á unirse con los combatientes.



Guatimocin, advirtiendo esta imprudencia, dió la señal, á la que correspondió el ruido solemne del tambor sagrado del dios de la guerra, que resonaba en lo alto del adoratorio principal. Entonces los mejicanos que huian, volvieron caras, precipitándose furiosos sobre los españoles, que ya fatigados no pudieron resistir tan impetuoso ataque. En vano Cortés emplea, ya las amenazas, ya las súplicas para rehacer sus tropas; se vió apresado de repente por tres capitanes mejicanos, que se le llevaban dando gritos de alegria. Dos de sus oficiales (1) vuelan al socorro de su general, atacan á los mejicanos que le sujetan, les dan muerte y caen á su vez traspasados de mil heridas, pero su resolucion intrépida, su heróico sacrificio han salvado á Cortés, que ya libre consigue llegar á la tierra firme.

Este sangriento combate costó á Cortés mas de sesenta españoles, inclusos los prisioneros: mil tlascaltecas perdieron tambien la vida.

Fué tambien consecuencia suya la súbita y general desercion de todos los indios; pero Cortés la detuvo por medio de un espediente, que no solo le restituyó sus antiguos aliados, sino que le proporcionó otros cuyo concurso le fué muy útil, y su cooperacion decisiva contra Méjico. Mandó suspender las hostilidades durante ocho dias, y fortificándose bien en sus acantonamientos defendidos ademas por los bergantines, esperó la época fijada por los oráculos mejicanos para el aniquilamiento total del ejército español (2). Los ocho dias pasaron y al noveno el ejército existia aun. Entonces se desengañaron los indios, engañados con la astucia de Guatimocin, y volviendo á el lado de los españoles, les prometieron su auxilio hasta destruir el poder de un emperador que se habia burlado de su credulidad.

(1) Segun nuestro historiador Solis, quien salvó la vida á Cortes fué tan solo el capitan Francisco de Guzman. Viendo á su general herido, solo en medio de los enemigos y con el caballo muerto á flechazos, se apeó del suyo para ofrecérsele, con lo que Cortés salvó la vida, y Guzman, á pesar de inauditos esfuerzos fué víctima de su arrojo y lealtad.

(2) Para inteligencia de este pasage es preciso advertir, que Guatimocin, apurando todos los recursos para sostenerse en su crítica posicion, habia divulgado la noticia de que Vitziliputli, el dios de la guerra, le habia anunciado que los españoles y cuantos habian tomado partido á su favor, habian de perecer antes de ocho dias, lo que fué causa de la desercion de los indios ausiliares, entre quienes todavia no habian acabado de perder el crédito los oráculos de sus ídolos.

(*Notas del traductor*).

Renováronse entonces las hostilidades, y el general español estableciendo al rededor de la ciudad un estrecho bloqueo, cortó enteramente la introduccion de víveres á los habitantes, que muy en breve empezaron á sufrir los horrores del hambre. La peste se declaró tambien en la ciudad donde hizo numerosas víctimas.

Antes de dar la señal de un ataque combinado contra los últimos atrincheramientos de Guatimocin, Cortés le hizo por la última vez proposiciones de paz. Al fin el emperador se presentó como dispuesto á un convenio, y una suspension de armas durante tres dias fué el resultado de estas negociaciones.

Durante esta tregua un simple foso separaba á españoles y mejicanos que se observaban mútuamente. Algunas veces solia salir fuera de las trincheras un mejicano para desafiar á los españoles, que despreciaban estas fanfarronadas. No obstante, uno de estos provocadores recibió una leccion que quitó á sus compatriotas las ganas de repetir estas insolentes provocaciones. Armado con la espada y rodela de un español sacrificado, vino á plantarse entre los dos ejércitos, usando en su desafio palabras afrentosas para los soldados es-



trangeros. Algunos españoles pidieron á Cortés el permiso de castigar al audaz provocador; pero el general le negó, anunciando en voz alta al indio por medio del intérprete: «que si traia otros diez soldados mejicanos, permitiria á aquel jóven que fuese á cortarles el pescuezo.» El intérprete señalaba al decir estas palabras, un pagecillo de Cortés, que podria tener como unos diez y seis años de edad, y se llamaba Juan Nuñez de Marcado. El mejicano irritado con este desprecio repitió su desafio con mayor insolencia, y entonces Marcado saltando de las trincheras, atacó al fanfarron con tanto vigor que muy en breve le tendió muerto á sus pies. Todos los españoles palmotearon cuando el vencedor vino á poner á los pies de su general la espada y el escudo del vencido: Cortés le abrazó y en premio de su valor le ciñó con sus propias manos la espada que habia quitado al mejicano.

Guatimocin, que solo procuraba ganar tiempo, habia anunciado que vendria en persona á tratar con Cortés de las condiciones de la paz; pero esta era una astucia para ocultar sus verdaderas intenciones. Queria, aconsejado por sus cortesanos, salir secretamente de Méjico y retirarse á las provincias mas distantes del imperio para reunir nuevo ejército. Se habian adoptado todas las disposiciones para asegurar la fuga del emperador: los nobles mejicanos, embarcados en las muchísimas canoas que estaban preparadas, atacaron con vigor á los bergantines, mientras que el emperador escapaba por el lago. Sandoval que mandaba á la sazon la flotilla española, empezó á dispersar las canoas á cañonazos; pero los que venian en ellas despreciando el fuego de metralla, no trataban mas que de llegar hasta los bergantines.

Advirtió de repente Sandoval, que muchas canoas atestadas de gente, cruzaban el lago á fuerza de remo con estraordinaria rapidez. Sospechando que Guatimocin iba en alguna de aquellas canoas, mandó darles caza, y Holguin, cuyo buque era el mas velero, fué el primero que las alcanzó. Disponíase á echarlas á pique; mas asi que fué conocido su intento, los remeros se pararon, y los soldados rindieron las armas pidiendo á gritos que se perdonase la vida al emperador. Holguin saltó con espada en mano á la canoa y reconoció á Guatimocin en las señales de respeto de los que le rodeaban. El mismo emperador, adelantándose hácia el capitan español con tanta

BERTRAND LACOSTE

El cacique implora el perdon de su muger

trangeros. Algunos españoles pidieron á Cortés el permiso de castigar al audaz provocador; pero el general le negó, anunciando en voz alta al indio por medio del intérprete: «que si traia otros diez soldados mejicanos, permitiria á aquel jóven que fuese á cortarles el pescuezo.» El intérprete señalaba al decir estas palabras, un pagecillo de Cortés, que podria tener como unos diez y seis años de edad, y se llamaba Juan Nuñez de Marcado. El mejicano irritado con este desprecio repitió su desafio con mayor insolencia, y entonces Marcado saltando de las trincheras, atacó al fanfarron con tanto vigor que muy en breve le tendió muerto á sus pies. Todos los españoles palmotearon cuando el vencedor vino á poner á los pies de su general la espada y el escudo del vencido: Cortés le abrazó y en premio de su valor le ciñó con sus propias manos la espada que habia quitado al mejicano.

Guatimocin, que solo procuraba ganar tiempo, habia anunciado que vendria en persona á tratar con Cortés de las condiciones de la paz; pero esta era una astucia para ocultar sus verdaderas intenciones. Queria, aconsejado por sus cortesanos, salir secretamente de Méjico y retirarse á las provincias mas distantes del imperio para reunir nuevo ejército. Se habian adoptado todas las disposiciones para asegurar la fuga del emperador: los nobles mejicanos, embarcados en las muchísimas canoas que estaban preparadas, atacaron con vigor á los bergantines, mientras que el emperador escapaba por el lago. Sandoval que mandaba á la sazon la flotilla española, empezó á dispersar las canoas á cañonazos; pero los que venian en ellas despreciando el fuego de metralla, no trataban mas que de llegar hasta los bergantines.

Advirtió de repente Sandoval, que muchas canoas atestadas de gente, cruzaban el lago á fuerza de remo con estraordinaria rapidez. Sospechando que Guatimocin iba en alguna de aquellas canoas, mandó darles caza, y Holguin, cuyo buque era el mas velero, fué el primero que las alcanzó. Disponíase á echarlas á pique; mas asi que fué conocido su intento, los remeros se pararon, y los soldados rindieron las armas pidiendo á gritos que se perdonase la vida al emperador. Holguin saltó con espada en mano á la canoa y reconoció á Guatimocin en las señales de respeto de los que le rodeaban. El mismo emperador, adelantándose hácia el capitan español con tanta



El cacique implora el perdon de su muger





El cacique implora el perdon de su muger

del lago donde se habia arrojado el tesoro imperial. Cortés tuvo la debilidad de ceder, y abandonando su prisionero á los verdugos que le reclamaban, Guatimocin y su ministro fueron puestos á cuestion de tormento.

Admirable fué la firmeza del emperador en medio de los tormentos. Se cuenta que tendieron á las dos víctimas sobre unas parrillas, bajo las cuales habia carbones encendidos. El ministro de Guatimocin sufrió al principio el tormento con valerosa resignacion; pero hubo un momento en que su constancia estuvo á punto de sucumbir, y lanzando un grito de dolor, volvió los ojos hácia su señor como si le pidiese permiso para declarar. El emperador penetró el significado de aquella mirada, y dijo con la mayor sangre fria á su ministro:

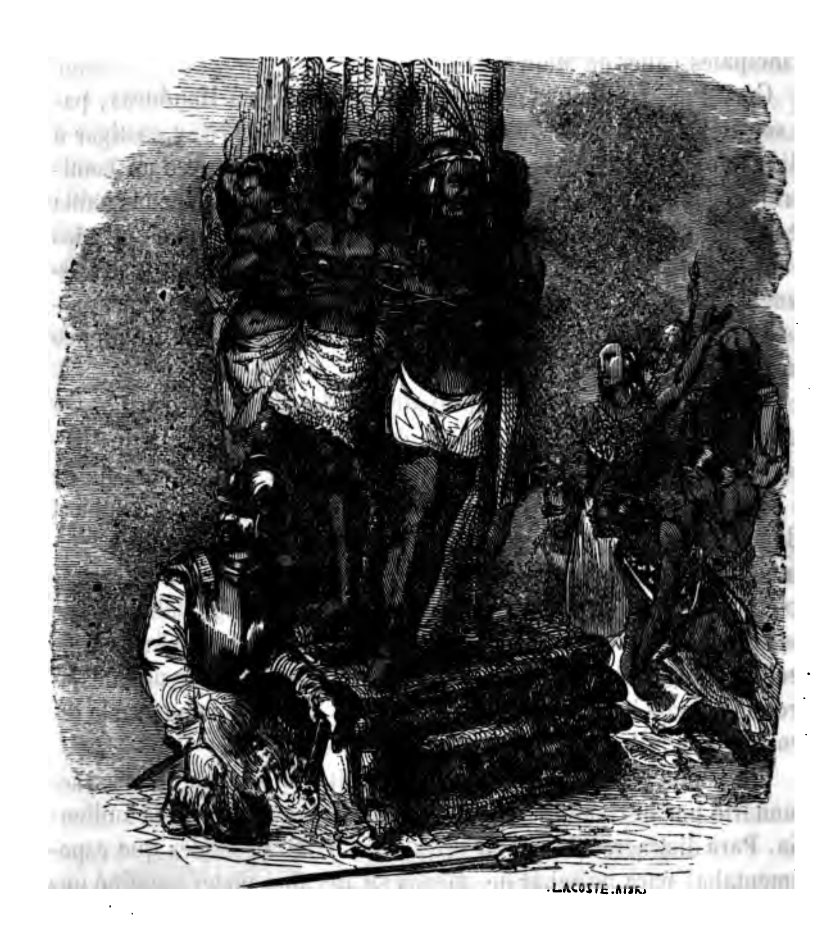
—Y yo, acaso estoy aqui puesto sobre rosas?

Estas palabras recordaron al ministro su deber, guardó silencio, y sin proferir ni una queja ni un suspiro, murió á vista de su señor. Al fin Cortés acudió para mandar que cesase el suplicio del emperador y arrancarle medio muerto de mano de sus verdugos

La conquista de la capital produjo la sumision de las provincias del imperio, y todos sus habitantes doblaron la cabeza al yugo de los nuevos conquistadores. Cortés trató de reedificar á Méjico que no era mas que un monton de ruinas: esta ciudad destinada á ser la primera de las ciudades de América, lo fué efectivamente y ha conservado esta supremacía.

El amor de la libertad, que no podia estar comprimido, hizo que estallasen muchas conspiraciones para sacudir el yugo de los españoles. Todas fueron reprimidas y acarrearon una venganza terrible: la sangre corrió á torrentes, y Cortés se deshonró autorizando crueldades, cuyo relato hace estremecer. En la provincia de Panuco, sesenta caciques y cuatrocientos nobles mejicanos, fueron quemados en una misma hoguera, haciendo que los hijos y parientes de las víctimas fuesen testigos de aquella horrible escena. (1)

(1) El suplicio de la hoguera, por horroroso que hoy dia nos parezca, es el que estaba mas en uso en la época de la conquista: le usaban los mismos indios, y era el que como mas aterrador se podia emplear en represalias de los bárbaros sacrificios que hacian aquellos naturales con cuantos españoles caian en sus manos, á quienes rompian el pecho para sacar el corazon palpitante, disputándose luego los demas miembros en un odioso festin. Los sen-



Guatimocin no sobrevivió mucho tiempo á la destruccion de su imperio: le acusaron de incitar y favorecer la rebelion de sus antiguos vasallos y de que procuraba escaparse de la prision. Se apo-

tenciados de la provincia de Panuco, cuyo número hace subir el autor á mas del que citan los historiadores mas enemigos de Cortés, habian asesinado antes á cerca de seiscientos españoles, muchos de ellos de los ya avecindados pacíficamente en las provincias conquistadas. Tampoco está bien probado que se hiciese asistir al suplicio á los parientes de las víctimas.

(Nota del traductor.)

deraron de él, lo mismo que de los caciques de Tezcuco y de Tacuba, y todos tres fueron ahorcados en medio del dia en una de las principales calles de Méjico. (1)

Cortés preparaba una espedicion desde Méjico á Honduras, para someter al dominio español aquella inmensa comarca y castigar á Olid, uno de sus tenientes que se le habia rebelado; pero un comisario enviado por la córte de España llegó á Méjico. Apenas habia llegado, cuando cayó enfermo y murió, por lo que los empleados reales engañados en su esperanza, renovaron sus quejas y sus denuncias á la córte de España, que nombró una nueva comision, provista de mas ámplios poderes para juzgar al gobernador de Méjico y usar de rigor con él.

Cuando Cortés supo esta providencia del gobierno español, se determinó á presentarse en España para invocar la justicia de Cárlos V. No tuvo motivo de arrepentirse de esta resolucion, ni de la confianza con que se presentaba á su juez supremo. Estaba él ademas, absuelto de antemano con la misma admiracion que escitaba en todas partes la presencia de un hombre, que se habia ilustrado con unos hechos tan maravillosos, y cuya gloria igualaba á la de los héroes de la antigüedad y de los tiempos modernos. Cárlos V le recibió con mucha distincion, le concedió el collar de una de las órdenes españolas, le creó conde (2) y le concedió una vasta estension de territorio en Nueva España.

De vuelta en Méjico, Cortés se vió reducido á un papel casi secundario por la rivalidad envidiosa de los miembros de la audiencia. Para distraerse de sus penas y de las contrariedades que esperimentaba, para no echar de menos su decaido poder, equipó una escuadra considerable en la costa occidental de Méjico con ánimo de hacer descubrimientos en el gran mar del Sud. El resultado de

(1) Guatimocin y sus cómplices no fueron ahorcados en Méjico, sino en un pueblecillo indio por donde pasaron los españoles en su espedicion á Honduras. El antiguo emperador de Méjico acompañaba á Cortés con tropas ausiliares en esta espedicion, y su muerte se hizo inevitable desde que se descubrió su designio de aniquilar á todo el ejército español.

(2) La recompensa que obtuvo Cortés por sus importantes servicios fué el nombramiento de virey y gobernador de Nueva España, cargo que en 1529 quedó reducido al de capitan general del mismo territorio. No fué el título de conde el concedido á Hernan Cortés, sinó el de marqués del Valle de Guaxaca, aunque él no se firmaba mas que el marqués del Valle.

(Notas del traductor.)

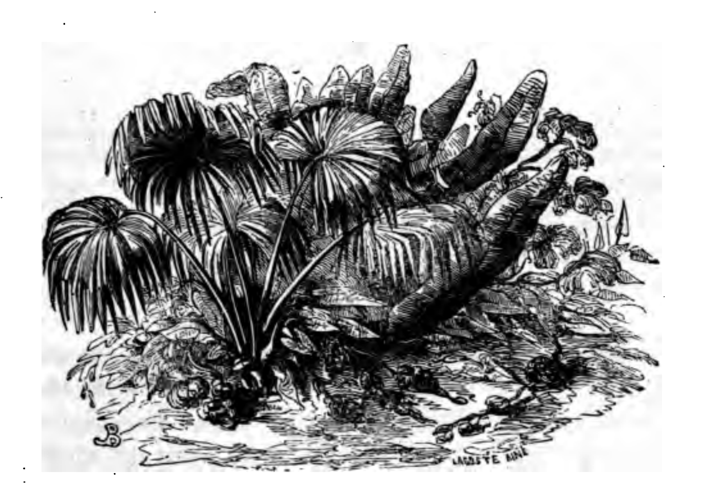
esta espedicion, en la que corrió grandes peligros, fué el descubrimiento de la península de la California, únida á la América septentrional.

Volvió á encontrar en Méjico los enemigos que habia dejado, y desesperado de salir con victoria en lucha tan desigual, creyó que podia contar aun con la justicia del monarca y volvió otra vez á España; pero sus ilusiones fueron bien pronto disipadas por el frio recibimiento qne le hicieron en la córte, y por la desdeñosa indiferencia con que escucharon sus quejas.

Las pesadumbres abreviaron sus dias y murió en su patria el 2 de diciembre de 1547 á los setenta y cinco años de edad. (1) Su cuerpo fué transportado, conforme él lo habia pedido al morir, á Nueva España, y fué enterrado con gran pompa en la catedral de Méjico; pero sus restos mortales han sido trasladados despues á la Habana; como los de Colon, y casi en la misma época.

(1) Otros autores señalan la muerte de Cortés á la edad de sesenta y dos á sesenta y tres años, y añaden que sus restos mortales fueron depositados en el hospital de Jesus que él habia fundado.

(*Nota del traductor.*)





I

Ojeada retrospectiva.—Ojeda y Nicuesa.—Construccion de San Sebastian y de Nombre de Dios. —Nuñez de Balboa.—Descubrimiento del Occeano pacífico.—Pedrarias.—Destitucion de Balboa.—Es arrestado.—Su proceso.—Su muerte.—Francisco Pizarro, Diego de Almagro y Fernando de Luca.—Detalles acerca de Pizarro.—Triunvirato.—Una misa.—Particion de la hostia.—Sacrilegio.—Espedicion para la conquista del Perú.—La tierra de Fuego.—Los vientos Aliseos.

Despues de la muerte de Colon, muchos aventureros se lanzaron á seguir sus huellas, lisongeados con la esperanza de completar en el continente americano los descubrimientos de aquel grande hombre. Hubo dos entre ellos, Ojeda y Nicuesa, que se encaminaron hácia el istmo de Darien, y perpetuaron su nombre con la fundacion de dos colonias: el primero fundó á San Sebastian, y el segundo á Nombre de Dios. En el momento en que Nicuesa desembarcó en es-

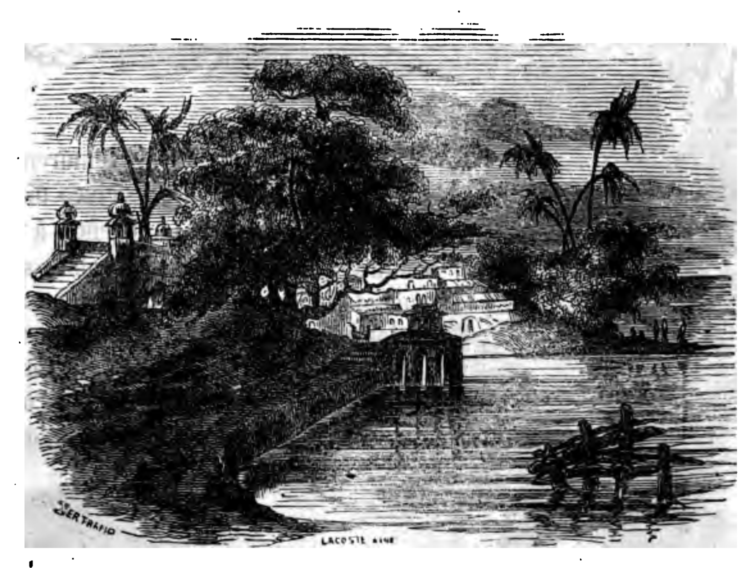
te parage, que halló muy á propósito para establecer una colonia, se volvió hácia sus compañeros esclamando: «Paremos aqui en nombre de Dios,» y la colonia conservó este nombre.

Un oficial que Ojeda habia enviado á la isla Española, trajo consigo á un hombre que adquirió despues gran celebridad: llamábase Nuñez de Balboa y reunia mucho talento á un valor á toda prueba. Acusado en la Española de un crímen que no citan los historiadores, y queriendo librarse de la pena capital en que habia incurrido, se escondió dentro de un tonel, y asi hizo que le llevasen á bordo del navio enviado por Ojeda. Consiguió burlar la vigilancia del mismo capitan á quien habian prohibido admitir á bordo ningun criminal. Balboa no salió de su estrecho escondite hasta algunos dias despues de haberse embarcado, y cuando el buque se hallaba á mas de cien



leguas de la isla Española. El capitan le amenazó con que le dejaria en la primera isla desierta que encontrase al paso; pero las vivas instancias de la tripulacion en favor del fugitivo, aplacaron por fin al capitan y Balboa desembarcó en el Darien.

No tardó en distinguirse por su actividad, su inteligencia y su resolucion: él fué quien aconsejó el establecimiento de una colonia á la embocadura del rio del Darien, y en un terreno conquistado á las márgenes de este rio. Esta colonia fué llamada Santa María la Antigua del Darien; aunque hoy dia se designa solo con el nombre de Santa María. Los compañeros de Balboa reconociendo su méri-



to, le eligieron comandante: emprendedor y ambicioso, quiso distinguirse con algunos descubrimientos importantes, y esplorando las comarcas vecinas, hizo alianza con muchos caciques, sometiendo á los que opusieron resistencia á sus invasiones.

El paso al través del estrecho istmo de Darien presentaba obstáculos casi insuperables. Una cadena de altas montañas, enlazadas con las cordilleras ó Andes, que se estienden á lo largo de la América, protegen este istmo contra el choque de los dos mares, y estas montañas se hallaban cubiertas de bosques tan espesos, que pa-

recia imposible abrirse paso. La lluvia que no cesa de caer durante nueve meses del año, transforma en lagos ó pantanos impenetrables los valles que dividen las montañas; asi es, que bajo la influencia de esta humedad que hace tan insalubre aquella morada, se multiplican las serpientes, las vívoras, los sapos, los lagartos y muchísimas variedades de insectos.

Estas dificultades no arredraron al temerario gefe de los aventureros españoles. Hacía veinte y cinco dias que disputaban estos su existencia á el hambre, á la sed, al frio y calor, siguiendo un camino practicable apenas á los animales feroces, y sin embargo no habian andado mas terreno del que andaria en seis dias un hombre marchando al paso or-



dinario por un camino real. Ya empezaban á desconfiar de los resultados, cuando llegaron por fin al pie de una alta montaña, desde cuya cumbre se debia descubrir el nuevo Occéano, segun aseguraba el hijo del cacique Komagre, y este jóven indio no les habia engañado.

Balboa quiso tener, él solo, el honor de un descubrimiento tan importante y fué él primero á trepar por la montaña, mientras que sus compañeros le seguian con sus inquietas miradas: llegó asi á la



cumbre, donde se hincó repentinamente de rodillas, levantando sus manos al cielo. Al ver esta accion, los españoles que comprendian la

causa del éstasis de Balboa, acuden á unirse con él, y gozar el magnífico espectáculo que el Occéano presenta á sus ojos asombrados. A ejemplo de su gefe, se arrodillan tambien y dan gracias al cielo por la felicidad y la gloria que acaba de concederles.

El gefe español se apresuró á tomar posesion en nombre del rey de España, su señor, de aquellas dilatadas comarcas y del mar del Sur que baña sus costas.

Apenas se habia alejado de la orilla, cuando un terrible huracan alboroló las olas, y poco faltó para que las canoas fuesen sumergidas. Los indios mismos; aunque familiarizados con aquellos peligros, quedaron atemorizados, pero como el riesgo era urgente, saltaron á el agua y ataron las canoas de dos en dos con lo que se pudo evitar que se fuesen á pique. Al fin los españoles pudieron llegar á una isla formada de peñascos; pero un nuevo peligro les esperaba en aquel lugar, donde esperaban haber encontrado un asilo seguro: la isla entera quedó inundada en la hora del reflujo. Balboa y sus infelices compañeros tuvieron que pasar la noche con el agua hasta la cintura, y temiendo el quedar todos sumergidos con la elevacion de la marea. Asi que amaneció quisieron volverse á embarcar; pero habia algunas canoas enteramente hechas pedazos, y otras tan averiadas que no podian sostenerse en el mar. En cuanto á las provisiones y efectos de los españoles, todo se lo habia llevado el agua.

Muriéndose de hambre y de frio y estenuados de cansancio se veian condenados á perecer sobre aquella roca estéril: felizmente encontraron algunos arbolitos y arrancándoles la corteza, todavía tierna, la mascaron mezclada con algunas yerbas, sirviéndose de la misma mezcla para tapar las rajas y ahugeros de las canoas que habian padecido menos. En semejantes barcas se atrevieron á aventurarse en el mar, y precedidos de los indios que iban nadando delante de ellos, llegaron por fin á la costa. Se refugiaron al territorio de un cacique, que en lugar de proporcionarles víveres, conforme habian prometido los indios; acudió con una tropa de naturales armados para atacarlos.

No esperaron los españoles el ataque; sino que acompañados de los perros, tan hambrientos como ellos, cayeron sobre los indios, matando á muchos, ahuyentando á los demas, y dejando mal herido

dinario por un camino real. Ya empezaban á desconfiar de los resultados, cuando llegaron por fin al pie de una alta montaña, desde cuya cumbre se debia descubrir el nuevo Occéano, segun aseguraba el hijo del cacique Komagre, y este jóven indio no les habia engañado.

Balboa quiso tener, él solo, el honor de un descubrimiento tan importante y fué él primero á trepar por la montaña, mientras que sus compañeros le seguian con sus inquietas miradas: llegó asi á la



cumbre, donde se hincó repentinamente de rodillas, levantando sus manos al cielo. Al ver esta accion, los españoles que comprendian la

vidioso. El gobierno español puso á su disposicion quince navios y mil doscientos hombres, siendo muchísimos los caballeros que quisieron participar de los peligros y la gloria de la espedicion. Este era el armamento mas considerable que el rey Fernando habia costeado.

Asi que entró la flota en el estrecho de Darien, Pedrarias envió á tierra un mensagero que anunciase á Balboa su destitucion y la llegada del nuevo gobernador. Creíase que indignado aquel por la afrenta con que el rey pagaba sus servicios, desobedeceria sus órdenes y trataria de mantenerse á fuerza de armas en el puesto que ocupaba. Creíase tambien que el gobernador viviria rodeado de fausto y ostentacion, ejerciendo sus funciones con la solemnidad que convenia al representante de un poderoso monarca; pero cuál fué la sorpresa del enviado de Pedrarias, cuando se encontró un hombre cubierto con un grosero vestido de algodon, con zapatos de esterilla y muy afanado en componer su miserable choza de cañas!

Este hombre era Balboa, el gobernador de Santa María: no tituveó en declarar que estaba pronto á someterse á las órdenes de su soberano. En vano sus soldados, que pasaban de cuatrocientos hombres, todos aguerridos, hicieron vivas instancias al gobernador para que se pusiese á su cabeza y defendiese sus derechos con espada en mano: él persistió en su resolucion; cuando desembarcó Pedrarias fué á rendirle homenage, protestando su obediencia y su lealtad.

El primer acto del nuevo gobernador fué imponer una multa muy considerable á Balboa, para castigarle por haber usurpado estas funciones. Ademas, queriendo deshacerse á toda costa de un rival peligroso, cuyos talentos escitaban su envidia, le hizo comparecer ante un tribunal cuyos jueces estaban vendidos al gobernador, y se le declaró complicado y convicto de conspiracion contra la persona del rey y su delegado, y á pesar de las lágrimas y ruegos de toda la colonia, hasta de los mismos jueces que expiaban ya con sus remordimientos una sentencia tan infame, el implacable Pedrarias hizo decapitar á Balboa en la plaza principal de Santa María.

Entre los españoles que se habian establecido con Pedrarias en Panamá, habia tres hombres que iban pronto á hacerse muy célebres. El primero se llamaba Francisco Pizarro, el segundo, Diego de Al-

magro, y el tercero Fernando de Luca, este último era un sacerdote que se habia enriquecido en Santa Maria.

Francisco Pizarro habia nacido en el año de 1475 en Trujillo de Estremadura, y era hijo natural de un caballero español y una cortesana. Su niñez se pasó en las groseras ocupaciones del campo, donde guardaba los ganados. Privado de educacion y avergonzándose del



género de vida á que condenaban su juventud, sentó plaza de soldado. Este oficio presentaba en Europa, poco aliciente á su ambicion, y se embarcó para América, animado con el ejemplo de tantos aventureros como allí se habian enriquecido. Acompañó á Balboa en su peligrosa espedicion, distinguiéndose de tal modo, que á pesar de sus escasos conocimientos obtuvo el grado de oficial. El vigor de su

constitucion igualaba á su valor y á la energía de su carácter. El primero en el puesto del peligro, vigilante, aplicado, habia comprendido la necesidad de suplir los conocimientos que le faltaban, y bien pronto hizo ver que el antiguo guarda de cerdos era muy digno del mando.

Estos tres hombres se asociaron para dirigir una espedicion al Perú. Cada uno de ellos se ofreció á contribuir con cuanto tenia para los gastos del armamento. Pizarro, menos rico que sus asociados, se encargó de dirigir y mandar la espedicion; Almagro prometió llevarle de tiempo en tiempo refuerzos, víveres y municiones de uerra. En cuanto á Fernando de Luca, mas astuto é inteligente que us compañeros, debia quedarse en Panamá, para conservar las buenas disposiciones de Pedrarias y velar por los intereses de la asociacion.



Cuando Luca consiguió que el gobernador aprobase la espedicion, fué á la iglesia con sus dos compañeros y celebró una misa. Despues de haber consagrado la hostia, la partió en tres pedazos, comulgando él con uno, y dando los otros dos á los cómplices de aquel sacrilegio, porque bien merece este nombre un acto que tenia por objeto la muerte y la desolacion.

Un solo navio y ciento doce hombres de equipage, eran las fuerzas con que Pizarro se proponia conquistar el mayor imperio del mundo. Levó áncoras en el golfo de Panamá, dirigiéndose al Sur;



El juramento.

constitucion igualaba á su valor y á la energía de su carácter. El primero en el puesto del peligro, vigilante, aplicado, habia comprendido la necesidad de suplir los conocimientos que le faltaban, y bien pronto hizo ver que el antiguo guarda de cerdos era muy digno del mando.

Estos tres hombres se asociaron para dirigir una espedicion al Perú. Cada uno de ellos se ofreció á contribuir con cuanto tenia para los gastos del armamento. Pizarro, menos rico que sus asociados, se encargó de dirigir y mandar la espedicion; Almagro prometió llevarle de tiempo en tiempo refuerzos, víveres y municiones de uerra. En cuanto á Fernando de Luca, mas astuto é inteligente que us compañeros, debia quedarse en Panamá, para conservar las buenas disposiciones de Pedrarias y velar por los intereses de la asociacion.



Cuando Luca consiguió que el gobernador aprobase la espedicion, fué á la iglesia con sus dos compañeros y celebró una misa. Despues de haber consagrado la hostia, la partió en tres pedazos, comulgando él con uno, y dando los otros dos á los cómplices de aquel sacrilegio, porque bien merece este nombre un acto que tenia por objeto la muerte y la desolacion.

Un solo navio y ciento doce hombres de equipage, eran las fuerzas con que Pizarro se proponia conquistar el mayor imperio del mundo. Levó áncoras en el golfo de Panamá, dirigiéndose al Sur;



El juramento.

pero se hizo á la vela en la estacion menos á propósito, y los vientos periódicos le eran contrarios.

Natural era que Pizarro, privado de conocimientos especiales y positivos, hallase grandes obstáculos: queria dirigirse hácia el Sur, mientras que los vientos soplaban directamente al Norte.



Despues de una navegacion de setenta dias, despues de una lucha peligrosa contra las olas y los vientos contrarios, apenas habia pasado de la isla de las Perlas, situada en el centro del gran golfo de Panamá.

II.

Apuros de Pizarro y de sus compañeros.—Desembarco en las costas de Quito.—Huracanes temblores de tierra.—Rebelion de Pizarro.—Sus catorce compañeros.—La isla Gorgona.—Llegada de un navio.—Desembarco en Tumbez.—Los peruanos.—El guanaco.—Pizarro en Madrid.—Vuelve al Perú.—Incursiones de los españoles.—El rio de las Esmeraldas.—Los Incas.—Religion de los peruanos.—Las vírgenes del Sol.—Legislacion peruana.—Usos y costumbres.—El noviciado de los soberanos.—Huana Capac.—Sus dos hijos.

Los diversos parages donde abordó Pizarro, debian inspirar un profundo desaliento á este gefe y sus compañeros: no encontraban por todas partes mas que intrincadas selvas sin un solo árbol frutal, ó lagunas fangosas cuyas aguas estancadas exhalaban mefíticos vapores, y por todas partes tambien acudian los pueblos salvages para combatir y esterminar á los estrangeros. En lugar del oro que buscaban en aquellas costas, los españoles no habian encontrado mas que hambre, viéndose precisados para sostener su miserable existencia, á comerse los tiernos retoños de los árboles, y viéndose ademas acometidos de enfermedades á las que sucumbió la mayor parte de los compañeros de Pizarro. Viendo este su tropa tan debilitada, comprendió que debia volverse atrás en busca del refuerzo que Almagro habia prometido traerle. Se decidió á hacerse á la vela para Chuchama, situada en frente de la isla de las Perlas.

Almagro, fiel á su promesa, habia reclutado setenta hombres, y se los traia á Pizarro á quien suponia ya en el rico pais cuya conquista habian proyectado. Dirigiéndose hácia este parage, habia encontrado el mismo obstáculo que su compañero en los vientos contrarios: lo mismo que este habia tenido que combatir con los habi-

tantes de las costas, y aun habia perdido un ojo en un encuentro muy vivo con los salvages. En la isla de las Perlas supo donde se



habia refugiado Pizarro, y fué al instante á reunirse con él en Chuchama.

Esta reunion hizo olvidar á los dos aventureros los males que habian sufrido, y lejos de sentirse desanimados con tan tristes preludios, resolvieron hacerse al instante á la vela. Esta vez fueron mas felices y llegaron, aunque no sin dificultades, á la bahía de San Mateo en las costas de Quito. Desembarcaron en Tucamas, cerca de la embocadura del rio de las Esmeraldas. Quedaron agradablemente sorprendidos con la fertilidad de una provincia, que era la mas vasta y mas bella del imperio del Perú, porque á pesar de que este pais se halla bajo el fuego del Ecuador, el aire es tan templado que ofrece la suavidad de una eterna primavera.

Pero este hermoso pais se halla espuesto á tempestades y tem-

blores de tierra tan frecuentes, que alejan de él á los europeos. La capital del Perú fué víctima cuatro veces de estos temblores de tier-



ra: enteramente destruida por la quinta catástrofe hace mas de un siglo, fué reedificada; pero los habitantes, avisados al fin por una triste esperiencia, se guardaron muy bien de construir casas muy altas, que no convienen á un pais cuyo suelo se halla espuesto á tan frecuentes conmociones. Las edificaron de solo un piso para que pudiesen resistir mejor á los temblores de tierra; conformándose en este particular á la antigua costumbre de los indígenas.

Pizarro y Almagro opinaron que seria una temeridad el intentar una conquista que podia presentar grandes dificultades, con una tropa debilitada ya con las fatigas de un largo viage y las enfermedades, y se decidió que Almagro volviese á Panamá para buscar nue-

vos refuerzos, mientras que Pizarro iria á esperarlos con los soldados que le quedaban, en la islita del Gallo, situada á poca distancia de tierra firme. A consecuencia de esta resolucion, Almagro se separó de su compañero y partió á Panamá.

Pizarro abandonó bien pronto la isla de Gallo que le ofrecia poca seguridad y pasó á otra isla á la que dió el nombre de Gorgona, á causa de los sombríos y espesos bosques de que estaba cubierta, y de las escarpadas montañas que la herizaban. Hacia ya cinco meses que estaba en ella y todavia no habia llegado ningun navio con las provisiones y los refuerzos que esperaba. Trató entonces de salir de una posicion tan horrible y llegar á tierra firme. Comenzó á trabajar con ayuda de sus compañeros, en la construccion de una balsa, único recurso que se presentaba en medio de su desesperacion; pero en el momento en que trabajaban con mas ardor en esta obra difícil, vieron venir un navio á toda vela hácia la isla.

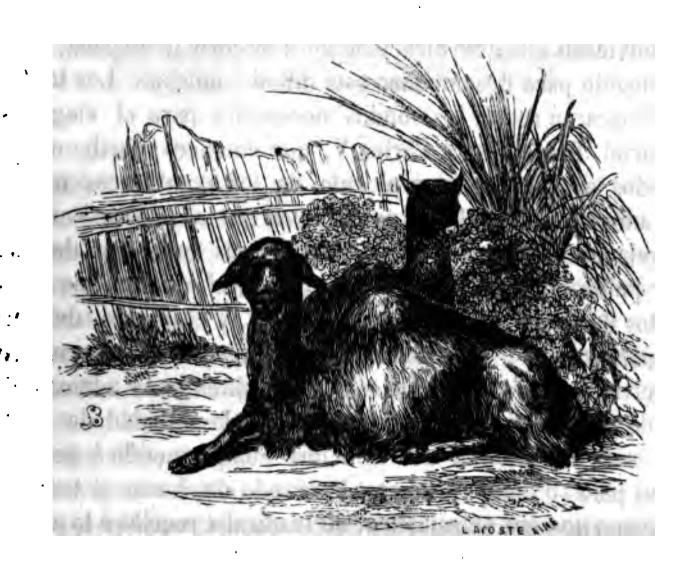
Pronto llegó, y su arribo escitó transportes de alegria, porque venia enviado desde Panamá por los asociados de Pizarro, que habian conseguido al fin el permiso del nuevo gobernador. Pizarro y



sus catorce compañeros se embarcaron en este navio, haciéndose á la vela al Sud-este hácia las costas del Perú.

Despues de veinte y un dias de navegacion, entraron en la bahía de Tumbez, ciudad peruana. Apenas habian anclado los españoles, cuando acudieron muchos peruanos manifestando la sorpresa que les causaba la vista del navio y de hombres blancos y con barbas. Despues se acercaron diez ó doce canoas llenas de peruanos que traian á los españoles bastimentos de toda especie en vasos de oro y de plata: todo esto lo enviaba el cacique, invitándoles al mismo tiempo á desembarcar. Todos querian bajar á tierra; pero Pizarro no concedió este permiso mas que á uno de sus españoles, acompañado de un negro. El diferente color de aquellos dos estrangeros asombró á los peruanos, que todos son de color de cobre, é hicieron un esperimento singular con el negro, lavándole la cara á ver si se volvia blanco: la inutilidad de sus esfuerzos no hizo mas que redoblar su asombro y su admiracion.

Los dos enviados de Pizarro fueron recibidos en todas partes con el mayor afecto, festejando su llegada y ofreciéndoles en todas partes víveres y la hospitalidad mas generosa. Pudieron de paso juzgar de la riqueza del pais por el oro y la plata que brillaban en las habitaciones.



La lana que los peruanos empleaban en sus vestidos, no era producto de verdaderas ovejas, sino de otros animales lanudos á los que llamaban indistintamente llamas, carneros del Perú y guanacos.

Convencido Pizarro por la relacion de los dos enviados, de que seria una locura tratar de someter con tan escasa tropa un pueblo tan numeroso, dilató la ejecucion de su empresa y resolvió limitarse á esplorar las costas de aquel hermoso pais, y adquirir noticias exactas acerca de sus fuerzas, y el régimen de gobierno de la nacion peruana. Con esta intencion se apresuró á dirigirse hácia el Sud.

De vuelta en Panamá, se creyó Pizarro que el gobernador viendo las pruebas de la riqueza de las comarcas visitadas por los españoles, le facilitaria su apoyo para preparar otra espedicion. En vano presentó á Pedro de los Rios los magníficos vasos de oro y de plata; en vano ostentó á su vista las telas de lana y de algodon que habia traido; en vano le enseñaba muchos jóvenes peruanos que habia embarcado para que le sirviesen de intérpretes, el gobernador permaneció indiferente y frio: llegando su prudencia á equivocarse con la cobardia, temió debilitar la colonia de Panamá permitiendo á Pizarro que reclutase nuevos soldados. Rehusó por consiguiente toda especie de socorro á los tres asociados, á quienes esta negativa puso en el mayor compromiso, porque estaban completamente arruinados y sin crédito para procurarse nuevos recursos.

Resolvieron dirigirse directamente á la córte de España, y Pizarro fué elegido para desempeñar esta dificil comision. Los tres compañeros lograron reunir los fondos necesarios para el viage, y Pizarro partió. Presentóse á Cárlos V, que entonces reinaba en España, y todos los que conocian al gefe de los aventureros quedaron asombrados de la dignidad y nobleza con que se presentó en la córte. La relacion que hizo al emperador y á sus ministros de los trabajos y peligros de la primera espedicion, el cuadro que trazó de los vastos dominios que habia descubierto, y el acento de verdad de sus palabras, maravillaron á la córte imperial. Se apresuraron á concederle la autorizacion que solicitaba: obteniendo ademas el gobierno de todos los paises que conquistase y la dignidad de juez supremo; sin embargo de que se habia comprometido á pedir esta dignidad para su amigo Almagro. Fernando de Luca, el tercer asociado, como que era eclesiástico, no inspiraba recelos á la ambicion



de Pizarro, y asi no tuvo queja de infidelidad, porque á peticion de Pizarro, le concedieron la dignidad de arzobispo de todos los paises que fuesen conquistados.

Asi que Pizarro entró en el golfo de Méjico, se dirigió hácia Nombre de Dios, desembarcó con sus compañeros y siguió á lo largo del istmo hasta Panamá. Almagro se llenó de júbilo al saber el feliz resultado de las negociaciones de Pizarro en Madrid; pero cuando supo la deslealtad con que se habia portado respecto de él, se llenó de indignacion y declaró que no queria tener mas relaciones con un hombre que le habia engañado tan indignamente. Al fin Fernando de Luca consiguió reconciliarle con Pizarro, que ofreció cederle

la dignidad de juez supremo. Entonces los tres asociados se ocuparon con la mayor actividad en los preparativos de la espedicion.

No se componia mas que de tres navíos pequeños y de ciento ochenta soldados, entre los que se contaban treinta y seis ginetes. Se hizo á la vela á principios del año de 1531. Pizarro queria desembarcar en Tumbez; pero fué alejado por los vientos y las tempestades y tuvo que entrar en la bahia de San Mateo, desde donde resolvió ir por tierra á Tumbez, aunque era preciso atravesar un país cubierto de lagunas intransitables y cruzar grandes rios cerca de su desembocadero. Durante esta penosa marcha, los españoles hubieran podido hallar algunos ausilios en los indígenas, pero estos huian al acercarse unos estrangeros cuyos pasos iban señalados con las violencias y rapiñas. Faltos de víveres y en vísperas de morir de hambre llegaron á Conca, ciudad situada cerca del mar y casi debajo de la línea. Se arrojaron cual lobos hambrientos que invaden un rebaño, sobre la desgraciada ciudad, ahuyentando á los habitantes para saquearla. Se apoderaron no solo de los víveres de los indios, sino tambien de muchos vasos de oro y plata y de esmeraldas. Estas piedras preciosas se hallan con tal abundancia en este pais, que han hecho dar al rio que le baña el nombre de rio de las Esmeraldas.

Despues de haber permanecido algun tiempo en la isla de Puna, que está situada en el golfo de Guayaquil. salió Pizarro de esta isla para volver al continente. Se dirigió á marchas forzadas acia Tumbez; pero habia llegado alli la noticia de las rapiñas de su tropa y en lugar de hallar en los habitantes la hospitalidad y afecto que tanto habia tenido que alabar, no encontró mas que disposiciones hostiles. Habian tomado las armas, y con el cacique á la cabeza se resistieron á todas las tentativas de Pizarro para que hiciesen alianza con los españoles.

Era forzoso combatir! Pizarro concibió el proyecto de sorprender al cacique con un brusco acometimiento. Parte acompañado de sus dos hermanos y de cincuenta ginetes, atraviesa por la noche un rio, y superando los obstáculos de un terreno intransitable, se presenta al romper el dia delante del campo del cacique. A vista de un enemigo que creian tan distante, y de los caballos, de aquellos mónstruos, que con el ginete que los montaba tenian por un mismo

animal, todos los peruanos huyeron poseidos de espanto. Pizarro y sus caballeros los persiguen y los dispersan, dando muerte á algunos de ellos.

Reconociendo su debilidad y el irresistible poder de tan formidable enemigo, el cacique envió regalos al vencedor, pidiéndole la paz con vivas súplicas. Este cacique no era soberano de todo el país, sino únicamente gobernador de todo el territorio de Tumbez: mandaba en nombre del rey, de quien era á un tiempo el teniente y el vasallo.

Pero antes de comenzar la narracion de las operaciones militares de Pizarro, debemos tomar de los escritores españoles, apesar de que han mezclado algunas fábulas con la historia del Perú, los ne-



cesarios detalles acerca del imperio de los Incas, que va á ser bien pronto el trofeo de un aventurero afortunado.

Segun estos historiadores, el imperio de los Incas ó del Perú se hallaba floreciente hacia ya cerca de cuatrocientos años. Fué fundado por Manco-Capaz y su muger Mama-Ozello. A la voz de Manco-Capaz, los habitantes de este país montañoso se reunieron para escuchar sus lecciones y poner en práctica su enseñanza. Asi fué como aprendieron á cultivar la tierra, á formarse vestidos y construir cabañas. Mama-Ozello por su parte, enseñó á las mugeres de estos salvages, el arte de hilary de teger, habituándoles á las demas ocupaciones de la vida doméstica. Asi empezó para estos pueblos groseros, una educacion que suavizó sus costumbres y concluyó por darles las formas de una nacion casi civilizada.

Estos legisladores sustituyeron al antiguo culto de los salvages, que sacrificaban á sus ídolos víctimas humanas, una religion que no reconocia mas que un Ser supremo: este era el Sol.

Se erigieron templos al Sol, como al dios de los peruanos. Los Incas como descendientes del Sol, eran los únicos sacerdotes en los templos: las mugeres solteras de esta familia, á quienes se llamaba vírgenes del Sol, estaban consagradas á su culto, como las vestales entre los romanos, y aunque podian tomar esposo, habia de ser en la familia de los Incas.

Entre los peruanos la Luna era tambien considerada como una divinidad; aunque de órden inferior, y creian que podia morir. Su opinion acerca de los eclipses era muy singular: cuando se verificaba alguno de ellos, creian que la luna estaba enferma, temiendo que se muriese, porque entonces cayendo del cielo haria pedazos la tierra.

Para conjurar esta catástrofe, daban grandes alharidos y redobles de tambor, con cuyo estrépito se mezclaba el discordante sonido de sus pífanos: tambien castigaban á los perros para hacerles ahullar, por que creian que la luna tenia mucho cariño á estos animales.

El dia en que los peruanos concurrian á la reunion general con los príncipes de la familia de los Incas, era un dia de fiesta que empezaban y concluian con la música y el baile. Se cultivaban primeramente las tierras del Sol; despues las de los pobres y los guerreros,



en seguida las de los Incas y por último la parte concedida al pueblo.

Gracias á esta comunidad de trabajos y placeres, los corazones de los peruanos se hallaban unidos con los lazos de un mútuo cariño. Queriendo á los Incas como si fuesen sus padres, obedeciéndolos como súbditos siempre dóciles, respetuosos, se conformaban á sus órdenes que miraban como sagradas: eran en su concepto, órdenes emanadas del mismo Sol, del que los Incas eran intérpretes y medianeros. Cuando un peruano habia contravenido á las leyes, venia á acusarse de aquella infraccion, se denunciaba á sí mismo y pedia el castigo de la falta cometida.

Los peruanos nada podian poseer en propiedad; al fin de cada año se verificaba nueva reparticion de los campos asignados á cada familia. En la ejecucion de esta medida se tomaba en consideracion el aumento ó disminucion de la familia, y de este modo se hacia imposible el dominio perpétuo.

Las pruebas á que tenian que sujetarse los jóvenes Incas, antes de ser declarados hijos del Sol, exigian tanta constancia, firmeza y valor, como fuerza, sutileza y agilidad. Asi es que debian hacer con



su propia mano un arco y una flecha, una maza, un venablo, una honda, un escudo y un par de zapatos, ó mas bien suelas de correa atadas con cordones de lana.

Estas pruebas duraban un mes, y mientras que los jóvenes estaban sujetos á ellas, eran visitados continuamente por sus inspectores y sus maestros, que los exhortaban á mostrarse dignos de su estirpe cuya gloria recordaban.

Once reyes habian ocupado sucesivamente el trono de los incas desde la muerte de Manco-Capaz. El duodécimo de los reyes del Peru, Huayna-Capaz dejó dos hijos: uno, llamado Huascar, habia

nacido de una muger de la familia de los Incas, y el otro, llamado Atahualpa, de la hija del rey á quien el último soberano habia quitado la provincia de Quito. Habia este mandado que despues de su muerte los dos hermanos dividiesen el reino entre sí; reinando Huascar en el antiguo dominio de sus padres y Atahualpa en la provincia de Quito. El pueblo se pronunció con energía contra una disposicion que violaba la ley fundamental, la que prevenia que la primera condicion para ser soberano, era el provenir por línea paterna y materna de la familia de los Incas. Huascar quiso aprovecharse de esta manifestacion pública que le era tan favorable, y hacer valer el derecho que le daba la ley fundamental. Por consiguiente resolvió obligar á su hermano á que le cediese la provincia de Quito; pero Atahualpa le opuso una viva resistencia; la guerra civil estalló, y Huascar vencido cayó en manos de su hermano. Abusó este cruelmente de su victoria, y creyendo consolidar su poder, mandó matar á todos los hijos del Sol de que pudo apoderarse por fuerza ó por astucia. Solo esceptuó á su hermano Huascar, prisionero, para no acabar de exasperar á sus vasallos irritados con su barbárie.

Tal era la situacion política del imperio del Perú cuando Pizarro formó el proyecto de conquistarle.



III.

Perfidia de Pizarro.—Horrible matanza de los peruanos.—Las patatas y la quina.—Cautiverio de Atahualpa.—Proposiciones que hace á los españoles.—El aposento lleno de oro.—Asesinato de Huascar.—El templo del Sol.—Atahualpa es juzgado y sentenciado á muerte.—Ejecucion de la sentencia.—Entrada de los españoles en Cuzco.—Tesoros que encuentran.—Desprecio que hacen del oro.—Algunos españoles asesinados por los peruanos.—Espedicion de Belalcazar.—Se apodera de Quito.—Llegada de Alvarado, teniente de Cortés, cerca de esta ciudad.

Entretanto Pizarro, despues de haber salido de Tumbez, avanzaba siempre con direccion al Sud, hasta llegar á la embocadura del rio llamado Piura. Esta comarca le pareció conveniente para establecer una colonia que fué la primera que fundaron los españoles en el Perú y á la que dieron el nombre de San Miguel. Resolvió dejar en ella una parte de sus tropas para que activasen los trabajos del nuevo establecimiento, mientras que él con un corto número de soldados penetraba en lo interior del pais.

Apenas habia salido de San Miguel, cuando recibió casi al mismo tiempo diputaciones de Huascar y de su hermano Atahualpa. Como este le pedia una entrevista, salió al encuentro del Inca; pero mientras que Atahualpa, confiando en la lealtad del gefe español, no pensaba mas que en desplegar toda la pompa y magnificencia de la soberania en su marcha solemne, Pizarro adoptó algunas medidas que revelaban sus disposiciones hostiles: parecia que iba á un combate mas bien que á una cita amistosa.

Al acercarse adonde estaban los españoles, notó Atahualpa su



actitud hostil, y sus amigos le participaron sus sospechas y temores, que á la verdad no eran infundados.

«Estos estrangeros, contestó el Inca para tranquilizarlos, son unos enviados de la divinidad; guardáos mucho de irritarlos con vuestras ofensas· nuestro deber es conciliarnos su afecto con nuesras atenciones y nuestra presteza en ejecutar cuanto pueda serles agradable.»

Mientras que dirigia estas palabras á los que le rodeaban, el capellan ó misionero que llevaban los españoles, Vicente Valverde, se adelantó, llevando la cruz en una mano y la biblia en la otra, y colocándose cerca del palanquin del emperador, le dirigió un largo discurso para esplicarle los principales dogmas de la religion cristiana.

El Inca escuchó con una paciencia admirable este discurso, limitándose á responder á Valverde con gran moderacion.

«Que él no deseaba otra cosa mas que hacerse aliado y amigo del rey de España; aunque no estaba dispuesto á reconocerle por señor. Que todo lo restante del discurso era ininteligible para él; pero que tendria un placer en saber de qué medio se habia valido para que llegasen á su noticia todas las cosas que le habia contado.

«Por este libro.»

Esta fué la única respuesta de Valverde, que le enseñaba su biblia. El Inca coge el libro, le examina, le dá una y mas vueltas en todos sentidos, se le acerca á la oreja y al fin arrojándole, dijo con burlona sonrisa:

«Nada me habla.»

Al escuchar estas palabras que á los españoles importaba considerar como insultos á la religion y audaces profanaciones, resuenan gritos de venganza y de muerte.

—Matemos á estos perros que desprecian las palabras de Dios, y pisotean el libro de sus santas leyes!»

Pizarro, como si esperase esta señal, dió la órden de disparar contra los peruanos; la infantería empieza la batalla al son de los



instrumentos bélicos; la caballería sale de su emboscada, y Pizarro al frente de sus mejores soldados se precipita sobre la muchedumbre que defiende al emperador. Sorprendidos, asustados con tan imprevisto ataque los infelices peruanos, huyen de la muerte que los arcabuces les envian, y la caballería sigue su alcance á cuchilladas. Los principales de la nacion permanecian firmes junto á su rey, muriendo por defenderle; pero el intrépido Pizarro es el primero que rompe hasta Atahualpa, le coge por un brazo y le hace prisionero. La noche sola puso fin á la batalla.

Cuatro mil peruanos, entre los que se contaban algunas mugeres, niños y ancianos perecieron en esta horrible jornada: de los vencedores ninguno quedó herido, escepto Pizarro, contuso en una mano en el momento de rendir á Atahualpa.

Despues de haber recogido los despojos en el campo de batalla, celebraron los españoles á su manera su terrible victoria. Al dia siguiente se apoderaron del campamento del inca, donde encontraron inmensas riquezas en oro, plata, muebles y telas de gran valor: bien pudieron saciar su avaricia, porque estos tesoros de todas clases sobrepujaban á sus esperanzas.

Asi empezaron los españoles la série de sus conquistas, dejando



recuerdo de su entrada en el Perú, en este vasto y hermoso pais al que el antiguo mundo debe dos producciones preciosísimas, cuyo descubrimiento fué un verdadero beneficio para la humanidad: estas producciones fueron la patata y la quina. El Perú, y principalmente la fértil provincia de Quito, es en cierto modo la patria de la patata; de allí es desde donde ha sido transportada á otras localidades de América, y por último á Europa. Todo el mundo conoce y aprecia la utilidad de este tubérculo, que constituye hoy dia el principal alimento del pobre, que no es despreciado en la mesa del rico, y que se recomienda á la vez por sus cualidades nutritivas y su baratura. No tenemos necesidad de hacer el elogio de la quina: es la corteza de un árbol que solo se cria en el Perú y produce unas hojas y flores parecidas á los jacintos de Europa. Ha habido época en que la libra de quina costaba cien escudos.

Atahualpa, prisionero de los españoles, no se manifestaba abatido por la desgracia de que habia sido víctima. Encerrado en una sala que tenia veinte y dos pies de largo, por diez y seis de ancho, ofreció á Pizarro que la llenaria de oro hasta la altura á que pudiese alcanzar con la mano, puesto de pié derecho, si queria darle la libertad. Pizarro, contentísimo de una oferta tan seductora, trató de aprovecharla haciendo una señal en la pared á la altura convenida. Al instante Atahualpa envió á Cuzco á Quito y á otras ciudades, sus agentes con órden de proporcionar el tributo estipulado. Los peruanos se apresuraron á obedecer, trayendo oro de todas partes; pero la pieza nunca se llenaba, á lo menos tan prontamente como deseaban los españoles, y Pizarro murmuraba de esta lentitud que el Inca atribuia á la distancia de los parages desde donde debia traerse el oro. En efecto, Cuzco está cien leguas de Caxamarca y las comunicaciones eran muy dificultosas entre estas dos ciudades. Para calmar la impaciencia de Pizarro, el Inca le propuso que enviase dos de los suyos á Cuzco, para que se cerciorase por su testimonio de que el pacto estipulado por el monarca podia ser cumplido, y que no habia contado en vano con el amor de sus vasallos.

Soto (1) se presentó para desempeñar esta espuesta comision,

(1) Este Soto, que ya era entonces la segunda persona del ejército y fué despues gran favorecedor del Inca, es el mismo Hernando de Soto, conquistador de la Florida y émulo en este pais de las glorias de Cortés y de Pizarro. (*Nota del traductor.*)



acompañado de un solo español, llamado Barco. Atahualpa les invitó á que subiesen en una de sus literas, á fin de que los peruanos les tuviesen mas respeto.

Llegados al parage en que habian de cumplir su comision, se quedaron pasmados á vista del oro y plata que contenian los palacios de Atahualpa y los templos del Sol; pero el espectáculo de tantas riquezas inflamó de tal modo su codicia, que exigieron que se despojasen tambien los edificios sagrados. Esta peticion hizo estremecer á los peruanos y en vano representaron á los dos españo-

les que no era necesario cometer un sacrilegio para proporcionar el rescate del monarca. Soto y Barco se pusieron á arrancar con sus propias manos las láminas de oro que cubrian las paredes de los templos, y era tal el terror que inspiraba el nombre español, que los peruanos permanecieron inmóviles á vista de la espoliacion que ejecutaban con el mayor descaro aquellos dos hombres, solos en medio de un numeroso pueblo, cuya piadosa indignacion parece que desafiaban.

Mientras que los dos enviados de Pizarro desempeñaban de esta manera su comision, se recibió en el cuartel general la noticia del regreso de Almagro, que traia un poderoso refuerzo y habia fondeado en San Miguel. Entonces, con el temor de que los recien venidos reclamasen una parte del botin, se decidió que se hiciese la distribucion; aunque la totalidad del oro que debia ser el rescate de Atahualpa estaba muy lejos de estar completa.

Se reservó el valor de cien mil piastras para Almagro, despues Pizarro, sus hermanos y los demas capitanes recibieron la parte que les correspondia segun sus grados. Tocaron además ocho mil piastras á cada ginete y cuatro mil á cada soldado de infantería. La piastra equivale á veinte reales de nuestra moneda; pero en aquella época diez escudos valian mas que ciento en el dia. Asi es fácil figurarse el enagenamiento de aquellos hombres, reclutados la mayor parte entre las clases bajas de España, cuando se vieron poseedores de tan grandes riquezas.

Hubo entre ellos muchos que manifestaron á Pizarro el deseo de volver á España, para disfrutar pacíficamente el caudal que habian adquirido en el Perú. Pizarro no creyó que debia detenerlos, juzgando con razon, que ya no podia contar con unos hombres cuya codicia estaba satisfecha.

Almagro llegó á Caxamarca con el esperado refuerzo; pero así que llegó se suscitaron contestaciones enojosas entre él y Pizarro: Almagro se quejaba de la desigualdad con que se habia distribuido el botin, y aunque estaba reservada para él y sus compañeros una suma muy considerable, reconvino á Pizarro porque se habia adjudicado la parte mayor. Pizarro consiguió con regalos y promesas calmar el resentimiento de su asociado y la reconciliacion de estos dos hombres pareció sincera.

Entretanto Atahualpa habia aprontado la cantidad de oro estipulada por su rescate y todavia estaba prisionero. Lejos de ponerle en libertad, los españoles ni aun tenian con él las consideraciones que se debe á la desgracia: harto de humillaciones, respondian á sus quejas con nuevos ultrajes.



Todos los españoles, tanto los de Almagro como los de Pizarro, deseaban verse libres de aquel prisionero: se temian que mientras viviese, el oro que se continuaba recogiendo bajo el risible nombre de rescate, llegase á ser presa esclusiva de Pizarro y de los suyos. Pizarro, por su parte, tenia ademas que vengar una ofensa personal que se imaginaba haber recibido del Inca y no tardó en presentársele una ocasion favorable á su designio.

Habia un miserable llamado Felipillo, que habia desempeñado de un modo ridículo las funciones de intérprete en las negociaciones entre españoles é indios y que gozaba mucha privanza con Pizarro. Esta privanza le hizo tan insolente, que se atrevió á pretender la mano de una de las mugeres del Inca, hija del Sol; pero conoció que no podia verificarse este enlace mientras viviese el monarca prisionero: era por lo tanto preciso que muriese.

El infame denunció una conspiracion imaginaria, cuyo gefe decia ser el Inca y supuso reuniones de peruanos, que á una señal de Atahualpa, debian pasar á cuchillo á todos los españoles. Los hombres que deseaban desembarazarse á toda costa del Inca acogieron al instante esta acusacion tan grave. Se formó un tribunal que pronunció su sentencia, siendo Pizarro el encargado de anunciársela.



Al escuchar Atahualpa esta noticia empezó á llorar, y postrándose á los pies de Pizarro, puso á Dios por testigo de su inocencia, quejándose de la deslealtad de los hombres barbudos, que despues de haberle hecho pagar el importe de su rescate, querian todavía darle muerte. Por último suplicó á Pizarro que si dudaba de su veracidad, le enviase á España, comprometiéndose á llevar en persona al emperador una gran cantidad de aquel metal á que los españoles daban tanta importancia.

Las lágrimas, las súplicas, las promesas, todo fué inútil. El inflexible Pizarro contestó friamente al Inca, que ya no estaba en su poder el impedir ó suspender la ejecucion de la sentencia. Hizo despues una seña á muchos negros que estaban esperando, para llevarse al infeliz monarca, al que pocos momentos despues ya le habian dado garrote. La sentencia era de quemarle vivo; pero se mitigó su suplicio porque habia consentido en recibir el bautismo.

Ciertamente que fué muy cruel la conducta de Pizarro; pero la suerte que tuvo Atahualpa ¿no se puede considerar como una especie de espiacion con que la justicia divina queria castigar su crueldad con su hermano Huascar, al que habia mandado asesinar poco antes del regreso de Almagro, y con toda la familia de los Incas que habia inmolado á su ambicion sanguinaria?

Dejaba muchos hijos y dos hermanos: Pizarro queria que le sucediese uno de sus hijos en el trono de los Incas; para valerse de este fantasma de rey en sus proyectos de conquista. Este niño con todos sus hermanos y hermanas se hallaba entonces en Quito, donde Atahualpa los tenia confiados á la custodia de un general peruano llamado Ruminagui. Antes de morir, el Inca le habia enviado uno de sus ministros, recomendándoselos de nuevo á su vigilancia y lealtad: despues le enviaron tambien su cadáver, para que dispusiera se le hiciesen unos funerales dignos del rango que habia ocupado.

Pero el general peruano, ingrato y feroz á un mismo tiempo, hizo que dieran muerte no solo á los hijos del desgraciado príncipe, sino á todos los personages que habian concurrido á Quito para asistir á sus funerales.

Mientras que Ruminagui se bañaba en Quito en la sangre de Atahualpa y sus mas fieles servidores, otro general, no menos ambicioso que él, hacia proclamar Inca en el Cuzco; aunque solo por

la forma, á uno de los hermanos de Huascar, llamado Pauli. Este general se llamaba Quizquiz. En las demas provincias del imperio, otros gefes trataban de aprovecharse de aquellas turbaciones, para apoderarse del poder: en todas partes reinaban el desorden y anarquia.

Semejante estado de cosas era en estremo favorable á los designios de Pizarro. Púsose en camino inmediatamente para el Cuzco, llevando en su compañia al jóven Inca; pero se le murió en el viage. Esta circunstancia no le detuvo; porque habia recibido poderosos refuerzos de Panamá y otras colonias españolas, y ademas no podia contar con una séria resistencia por parte de los peruanos divididos. Quizquiz es verdad que habia reunido tropas numerosas, tratando de oponerse á la marcha de los españoles; pero, siempre vencido, ni aun pudo defender las avenidas de la capital. Pizarro entró en ella despues de varios encuentros en que apenas tuvo cinco ó seis hombres ligeramente heridos.

El tesoro que Atahualpa habia entregado por su rescate, era poca cosa en comparacion del botin inmenso que hallaron los españoles en Cuzco, á pesar de que los habitantes de esta capital habian huido con sus efectos mas preciosos. Pero desde este momento, el oro que los españoles encontraban en tanta abundancia, empezó á no tener valor á sus ojos. Los simples soldados rasos eran tan pródigos de él, que jugaban entre sí unas sumas que ningun soberano se hubiera atrevido á aventurar. Un par de calzones, lo mismo que un par de botas se pagaba en treinta piastras: un caballo costaba quinientos ó seiscientos ducados, y aun mucho tiempo despues de la época de que se trata, estos precios se mantenian tan subidos, subsistiendo el poco valor del oro.

Ocurrió por entonces un suceso terrible que vino á turbar toda la alegria de Pizarro: un buen destacamento de sus tropas, marchando con ciega seguridad, fué sorprendido en una emboscada por los peruanos, y muchos soldados españoles cayeron vivos en su poder. Fueron llevados delante de un hermano de Atahualpa, llamado Titu-Autaché, para que dispusiese acerca de ellos. Se reconocieron algunos que habian tenido parte en la muerte de Atahualpa, y otros que habian hecho los mayores esfuerzos para salvarle. Titu-Autaché hizo que diesen garrote á los primeros, á quienes ataron



al mismo poste que habia servido para el suplicio de Atahualpa y puso en libertad á los segundos á quienes despidió colmados de magníficos regalos.

En este intérvalo, un suceso de otra naturaleza, pero cuyas consecuencias debian ser mucho mas graves para los españoles, fué en cierto modo la señal de un trastorno general.

Pizarro habia dejado á su teniente Belalcazar en San Miguel con un corto número de soldados: cuando aquel tuvo noticia de la toma del Cuzco y supo el rico botin que habia tocado á los soldados de Pizarro, quiso tambien tener su parte de riquezas y de gloria y formó el proyecto de apoderarse de Quito, capital de la vasta comarca



Marcha de los españoles sobre Quito.

de este nombre, destronando á Ruminagui que se habia constituido soberano. Reforzado con algunas tropas que llegaron á San Miguel, dejó en este punto un corto destacamento y marchó resueltamente contra Quito. Triunfó á fuerza de valor y de constancia, de las dificultades de un camino muy penoso al través de impetuosos torrentes, de selvas casi impenetrables y de profundas lagunas. La esperanza de una rica y abundante presa, sostenia y animaba á Belalcazar y sus intrépidos compañeros. Despues de haber superado todos estos obstáculos, de haber vencido y hecho huir á Ruminagui que habia tratado de impedir su marcha, entraron por fin en Quito. Pero un cruel desengaño les esperaba en esta capital, donde creian encontrar el resto de los tesoros de Atahualpa. La ciudad habia sido abandonada por los habitantes, que se habian llevado todos los objetos que pudieran ser de algun valor.

Apenas se habian instalado en su estéril conquista, cuando apareció en las cercanias de Quito un cuerpo de tropas españolas al mando de Alvarado, el antiguo capitan de Cortés.

Nombrado por el conquistador de Méjico, gobernador de la provincia de Guatemala, situada en las costas del mar del Sur, mas allá de Tabasco, supo los triunfos de Pizarro en el Perú y formó el proyecto de concurrir él tambien, porque el descanso á que le condenaba su gobierno de Guatemala no convenia de modo ninguno á su carácter aventurero y á su actividad infatigable. A su voz acuden numerosos soldados que se reputaban felices en seguir la bandera de tan famoso capitan, y bien pronto se encontró á la cabeza de quinientos hombres, entre los cuales habia doscientos bastante ricos para comprar un caballo.

Desembarcó en Puerto-Viejo situado un poco al Sud, mas allá de la línea, y desde allí se dirigió hácia Quito. ¡Pero qué fatigas, que padecimientos van á poner á prueba la intrepidez del gefe y de los soldados! El hambre les hizo matar los caballos y no encontraban alivio del tormento de la sed, mas que en las gotas de rocío recogidas en la concavidad de las hojas de algunas plantas. Tan pronto les faltaba el aliento con los ardores sofocantes de un sol abrasador, tan pronto el frio cruel que reina en las montañas hiela sus miembros y los deja entorpecidos. Los cadáveres de sesenta compañeros quedaron en el camino. Unas veces tenian que sufrir la nieve, y



otras veces una lluvia de cenizas ardientes que despiden los volcanes inmediatos á Quito, las que llevadas por el viento los envuelven en una nube de fuego que no les deja respirar.

No habia obstáculo, sin embargo, capaz de detener á Alvarado y sus campeones, y llega por fin con ellos á vista de Quito.

IV.

Reunion de Belalcazar y Almagro en Quito.—Preparativos de combate.—Convenio.—Manco, nuevo Inca del Perú.—Se presenta á Pizarro.—Alvarado vuelve á Guatemala.—Pizarro pone la primera piedra de Lima.—Llegada de Hernando Pizarro á España.—Premia el rey á Francisco Pizarro y Almagro.—Querellas.—Preparativos de Almagro para su espedicion á Chile.—Padecimientos de los españoles.—Frio escesivo.—Llegada á Chile.—Rebelion de los peruanos.—Quieren apoderarse de Lima y de Cuzco.—Son rechazados.—Guerra civil entre los españoles.—Almagro entra en Cuzco por sorpresa.—Los hermanos de Francisco Pizarro son hechos prisioneros.—Generosidad de Almagro.

La aproximacion de un cuerpo de tropas españolas causó la mayor inquietud á Belalcazar, á quien Pizarro se habia incorporado con su pequeño ejército. Era un aliado ó un enemigo el que se presentaba? Para salir de la duda, los dos gefes reunidos enviaron siete ginetes á la descubierta; pero cayeron en poder de los soldados de Alvarado, quienes los llevaron prisioneros á la presencia de su general. Hízoles este muchas preguntas acerca de la situacion y la fuerza del ejército, y despues de haberlos tratado con el mayor miramiento, los despachó á Quito sin darles recado ninguno para Belalcazar y Almagro: semejante conducta les inspiró desconfianza y se prepararon á combatir.

En esta circunstancia, el infame Felipillo, aquel intérprete que tan odioso papel representó en la historia de la conquista del Perú, se hizo culpable de otra traicion de que esperaba grandes ventajas. Salió clandestinamente de Lima y presentándose á Alvarado, le ofreció que no solo le entregaria á Almagro, sino que le haria dueño de toda la provincia de Quito. Alvarado rechazó con desprecio esta proposicion.

Entretanto los dos ejércitos avanzaban, y cuando llegaron uno enfrente de otro, se detuvieron esperando cada partido que el otro diese la señal de combate, ó fuese el primero á proponer una reconciliacion. Por ambas partes el punto de honra de los gefes hacia imposible la iniciativa, y sin duda la sangre hubiera corrido, si un hombre prudente y animado de un sincero patriotismo, no hubiese servido de mediador entre los dos ejércitos prontos á degollarse y no hubiese determinado á los gefes á convenir en una tregua de veinte y cuatro horas para arreglar las condiciones de la paz. Gracias á este mediador, cuyo nombre no merecia el ingrato olvido de la historia, los gefes lograron entenderse y firmaron recíproco convenio. Belalcazar y Almagro se obligaron á pagar á Alvarado, cien mil piastras para indemnizarle de los gastos de su espedicion, y por su parte, el antiguo teniente de Cortés, prometió, que mediante esta indemnizacion se volveria á su gobierno de Guatemala, renunciando á todos sus proyectos contra el Perú: demasiado generoso con el traidor Felipillo, pidió y obtuvo su perdon.

Casi por este tiempo fué cuando murió Titu-Autache, aquel hermano de Atahualpa que debia sucederle en el trono, y transmitió todos sus derechos á su hermano llamado Manco. Este resolvió ir al Cuzco á solicitar la proteccion de Apu (tal era el título que los peruanos daban en su lenguage al gobernador Pizarro). Los amigos del jóven príncipe quisieron en vano distraerle de este propósito, induciéndole á que sostuviese sus derechos con la fuerza de las armas: en vano trataron de asustarle, recordándole la conducta que habian usado los españoles con su hermano Atahualpa, que al fin habia sido víctima. Manco se presentó en el Cuzco, y no quedó arrepentido de su confianza. Pizarro recibió al Inca con todos los honores debidos á su rango y nacimiento, y entregándole la banda roja, señal distintiva de la soberanía, le reconoció por legítimo emperador del Perú.

Entretanto Alvarado no queria volverse á Méjico antes de haber visto á Pizarro. Marchando á Quito los tres gefes reunidos, fueron atacados repetidas veces por Quizquiz, perdiendo en estos encuentros hasta catorce soldados muertos y cincuenta heridos; pero sin dejar de perseguir al general indio hasta la ciudad en que se habia refugiado con los restos de su ejército. La situacion de Quizquiz era desesperada y algunos de sus oficiales le aconsejaban que pidiese la

paz; pero él estaba tan enfurecido contra los españoles que amenazó con la muerte al primero que volviese á darle semejante consejo: otros le proponian el dar la batalla á los enemigos; pero Quisquiz no se atrevió á tomar tan enérgica resolucion: entonçes uno de sus capitanes, indignado de tanta cobardía, le mató de una lanzada. Su muerte fué la señal de la dispersion de las tropas peruanas, y los españoles entraron en la ciudad sin hallar resistencia.

Cuando Pizarro supo la llegada de Alvarado y el convenio celebrado con él, salió al encuentro de un rival que pudiera ser muy temible, si llegaba á ver el rico botin recogido en el Cuzco. Cuando se avistaron le recordó su promesa de volver á Guatemala y para obligarle á que se volviese cuanto antes, añadió á las cien mil piastras que Belalcazar y Almagro se habian comprometido á darle un regalo de igual valor, acompañado de muchos vasos magníficos y pedrerias. Alvarado satisfecho, partió para volverse á Guatemala y dejó á Pizarro casi todos los soldados que le habian acompañado en su espedicion.

Libre ya de un concurrente cuyos talentos temia, trató Pizarro de llevar á cabo el proyecto, que hacia tiempo tenia formado, de edificar una ciudad que fuese el centro de sus conquistas y la capital de su gobierno. Al tiempo de dirigirse hácia la costa, envió al Cuzco á su asociado Almagro, recomendándole que tratase con la mayor dulzura al Inca y á todos los peruanos que habia dejado en aquella ciudad. Este cambio de conducta era debido á la sagaz política del gefe español.

El parage que Pizarro escogió para echar los cimientos de la nueva ciudad, era un valle agradable y fértil, no lejos de la orilla del mar y á la embocadura de un rio, llamado primero Kimac y despues Lima, á los trece grados de latitud Sud. Puso la primera piedra de esta ciudad el dia de Reyes, y por esta coincidencia la llamó ciudad de los Reyes; aunque hoy solo es conocida con el nombre de Lima. Los trabajos se continuaron con tal actividad, que la poblacion parecia salir de la tierra á la voz de Pizarro. Hizo edificar un palacio magnífico que debia servir para residencia del gobernador, y á ejemplo suyo, todos sus capitanes se apresuraron á construir, á sus espensas y segun su caudal, un gran número de casas.

En este intérvalo, Hernando Pizarro partió con la enorme canti-

dad de oro y de plata que formaba la parte del emperador; estas inmensas riquezas deslumbraron los ojos del monarca, y la nacion participó de su sorpresa y su regocijo. En todas partes se prodigaron los agasajos y las demostraciones de la mas alta estimacion al hermano del conquistador del Perú, y fué admitido caballero de la órden de Santiago. Su hermano Francisco y Almagro no quedaron olvidados en la distribucion de las recompensas y favores y se les concedió el título de marqués. No solo el emperador confirmó á Pizarro en su empleo y funciones de gobernador, sino que aumentó los límites de su gobierno, con setenta leguas marinas á lo largo de las costas del Sud. En la patente de gobernador que le fué estendida, se daba á estas vastas comarcas el nombre de Nueva Castilla. Almagro ademas del título de adelantado que Pizarro le habia prometido, obtubo un gobierno independiente, que confinaba con el de Pizarro y tenia mas de doscientas leguas de estension al Sud. El país de que se nombraba á Almagro gobernador, á pesar de que los españoles todavia no habian penetrado en él, era Chile, que en el nombramiento del emperador se designaba con el nombre de la Nueva Toledo.

La noticia de estos diversos nombramientos llegó al Perú antes que volviese Hernando Pizarro, y suscitó al instante vivas disputas entre Pizarro y Almagro. Este pretendia que Cuzco, residencia de los Incas, se hallaba comprendido en el gobierno que le concedia la córte de España, y esta absurda pretension no podia ser admitida por Pizarro. Mediaron entre los dos gefes amargas reconvenciones, palabras irritantes, y estuvo en poco que los españoles diesen á los peruanos el espectáculo de una guerra civil.

Al fin Almagro aventuró algunas proposiciones amistosas á las que Pizarro con su natural franqueza correspondió con disposiciones pacíficas. Pizarro prometia ceder á su antagonista una parte del Perú, si el pais que Almagro iba á conquistar no era tan estenso y tan rico como se esperaba: este que tenia derecho á dudar de la buena fé y lealtad de su asociado, no titubeó sin embargo en aceptar su proposicion, y una ceremonia religiosa concurrió tambien como en la época de su primera asociacion, á consagrar el nuevo tratado concluido por aquellas dos ambiciones rivales.

Almagro satisfecho, no se ocupaba mas que de los preparativos de su espedicion á Chile. Reunió un ejército de cerca de seiscientos

europeos y un cuerpo ausiliar de quince mil peruanos que Manco le proporcionó. Habia dos caminos para ir desde Cuzco á Chile: el uno atravesaba por unas llanuras que se estendian á lo largo de las costas del mar, y si se tomaba el otro camino, mucho mas corto, pero solo practicable en el verano, era preciso escalar altas montañas, escarpadas y por lo regular cubiertas de nieve, por lo que reina en ellas un frio escesivo. Los peruanos inducian á los españoles á que siguiesen el camino mas largo porque era el mas seguro y el mas fácil; pero la altivez castellana despreciaba este consejo. Almagro y sus compañeros querian probar á los peruanos que no habia obstáculo capaz de intimidarles y que nada se resistia á sus esfuerzos.

Pero cuando se internaron en aquel horrible pais, bien pronto se arrepintieron de su temeraria audacia: el frio era tan horroroso, que para no quedarse helados tenian que estar en contínuo movimiento. Desgraciado del que se paraba para disfrutar un momento de reposo y quedaba rendido de sueño; no se despertaba jamás! El hambre, que les obligó á matar sus caballos, vino tambien á aumentar sus apuros, y en medio de tan angustiosa situacion todavia tenian que rechazar los ataques de los salvages, que escelentes flecheros, dejaban tendidos muchos españoles y peruanos.

El ejército de Almagro iba debilitándose y disminuyendo de dia en dia. Muchos españoles, y peruanos todavia mas, se quedaron helados de pié derecho, asaltados y heridos de muerte por el frio. La inmóvil rigidez de sus cadáveres, arrimados á un árbol ó una peña, y conservando la misma postura en que se hallaban al exhalar el último suspiro, les hacia parecer unas estátuas. Si se ha de creer á algunos historiadores, cuando cinco meses despues, este ejército pasó por el mismo camino volviendo del Perú, se encontraron muchos de estos hombres helados en la misma actitud, y teniendo asidas con la mano las bridas de los caballos tan helados como ellos; los españoles hambrientos comian con ánsia la carne de aquellos animales, tan fresca como si los acabáran de matar

Al fin el ejército, diezmado con tantas plagas conjuradas contra él, llegó á las hermosas llanuras de Chile. Los españoles quedaron gustosamente sorprendidos con el risueño aspecto, la temperatura deliciosa y la fertilidad estraordinaria de la parte menos elevada, que se estiende á lo largo de las costas del mar, de Este á Sud. La

situacion de este pais tan inmediato al ecuador pudiera hacer creer que se esperimentan en él grandes calores; pero debe la suave temperatura de la primavera á la cercania de las altas Cordilleras ó Andes y al Occeano del Sud. El terreno es favorable al cultivo de todas





las plantas aun las de Europa. Los caballos y el ganado vacuno que se han llevado, sobrepujan en alzada y en robustez á las mejores castas de España, de donde proviene. En fin, este dichoso clima reune todas las ventajas de la provincia de Quito sin tener sus inconvenientes, porque no hay que temer los huracanes y los temblores de tierra como en esta provincia.

Antiguamente el comercio considerable que se hacia entre el Perú y Chile, se verificaba por mar desde Lima á Santiago, porque estas dos ciudades se hallan á la orilla de dos rios y á poca distancia del sitio en que desembocan en el Occeano Pacífico ó mar del Sud. Se han edificado á la embocadura de estos dos rios dos pequeñas ciudades: una llamada Callao, está situada como á dos leguas de Lima, y la otra, á la que se ha dado el nombre de Valparaiso, esta á veinte leguas de Santiago. Durante un siglo entero, los navegantes que salian de Callao ó de Valparaiso, temiendo perderse en el gran mar del Sur, no se atrevian á separarse de las costas, que dan un grande rodeo. Se gastaba casi un año en ir desde Callao á Valparaiso, porque nadie ignora que la navegacion siguiendo las costas es mucho mas dificil y peligrosa que en alta mar.

Al fin un piloto audaz encontró nuevo camino: se atrevió á aven-

turarse en alta mar, donde favorecido de los vientos alisios, navegó con tanta celeridad que no tardó mas que un mes en la travesía. En aquellos tiempos de ignorancia, un descubrimiento nuevo esponia algunas veces á su autor á grandes peligros, y el genio tenia á veces que sufrir el que su obra fuese mirada como un crímen. El intrépido piloto que tantos derechos tenia á la pública gratitud, fué encerrado en una cárcel, pretendiendo sus acusadores que era un hechicero. Tal vez le hubieran quemado vivo, si no hubiera llevado un diario exacto de su viage, el que presentado á sus jueces, sirvió para que estos no se atreviesen á condenarle: fué al fin absuelto de haber prestado un eminente servicio al comercio y la navegacion.

Almagro en tanto, hallaba en la ejecucion de sus proyectos de conquista, obstáculos inesperados. Los españoles no tenian ya que habérselas con enemigos débiles, divididos y poco guerreros, como eran los peruanos: los indígenas de Chile eran audaces, valientes y robustos. Sorprendiéronles al principio las armas de fuego; pero familiarizados bien pronto con los efectos de aquellas detonaciones que tanto les habian asustado, llegaron á las manos con los españoles. Aunque derrotados en todos los encuentros, volvian sin cesar á la carga, y este teson desconcertaba los proyectos de Almagro. Una conspiracion contra sus dias, urdida por Felipillo, contribuyó á que se retardase una conquista que cada vez se hacia mas difícil.

Asi que esta conspiracion (sobre la cual no dan detalles suficientes los historiadores españoles) fué descubierta, Felipillo trató de escaparse; pero fué perseguido, juzgado y sentenciado á que le descuartizasen. Antes de recibir el justo castigo de todos sus crímenes, declaró este traidor (1) que sus calumnias habian sido causa de la muerte de Atahualpa.

Cuando Almagro se disponia ya á volver á Cuzco, las noticias que recibió del Perú, le hicieron acelerar mas su regreso. Despues de su partida habian prendido al Inca, y cargado de cadenas le tenian en la cárcel como á un malhechor. Al salir para Lima, el go-

(1) Este Felipillo de triste recuerdo en la historia de la conquista, era uno de aquellos muchachos indios, que Pizarro recogió para que le sirviesen de intérpretes en su primera espedicion al Perú. Fué efectivamente causa de la muerte de Atahualpa. porque al interpretar las declaraciones de los testigos, las falseaba en contra del desgraciado monarca.
(*Nota del traductor.*)

bernador Pizarro, con un destacamento de tropa, habia confiado e. mando á sus dos hermanos Juan y Gonzalo, pero teniendo la imprudencia de permitir á los españoles que dejaba en Cuzco, el que hiciesen incursiones en las provincias que no estaban completamente sometidas. Quedaban pocos soldados en la ciudad, y á favor de estas circunstancias, el Inca prisionero logró que llegase á noticia de algunos gefes de la nacion indígena el mal trato que le hacian sufrir.

Mientras que ellos se concertaban para libertar á su soberano y organizar una insurreccion general contra los opresores de su pais, Hernando Pizarro volvió de España y se reunió á sus dos hermanos Juan y Gonzalo, que mandaban en el Cuzco. Fernando que tan humano se habia mostrado con Atahualpa, no pudo ser indiferente á la triste situacion de Manco, y este confiando en la bondad generosa de Hernando, no temió solicitar el permiso de asistir á una fiesta solemne que los peruanos celebraban todos los años á poca distancia de la capital. Hernando consintió, y el Inca libre por fin, salió para presentarse en la fiesta donde su presencia debia ser la señal de una revolucion.

Los principales de la nacion acuden al instante á esta cita del ódio y de la venganza: todos anhelan ponerse bajo la bandera de su soberano, para libertar á su patria del dominio español, y lavar su propia afrenta en la sangre de aquel puñado de tiranos, cuya codicia y rapiñas se avergonzaban de haber sufrido por tanto tiempo. Se enarbola el estandarte de la guerra; los peruanos acuden á las armas por todas partes: sorprenden y pasan á cuchillo á los destacamentos españoles que andan aislados por las provincias recogiendo tributos. Bien pronto Manco se halla en estado de marchar al frente de un ejército, que los historiadores españoles hacen subir á doscientos mil hombres, contra Cuzco, mientras que otro ejército casi de igual fuerza se dirige hácia Lima.

La ciudad del Cuzco no tardó en ser atacada: los tres Pizarros que defendian este punto, no tenian á sus órdenes mas que ciento setenta españoles. En el primer choque, Juan uno de los tres hermanos, y el que, segun se dice, era tan compasivo como valiente, fué muerto de una pedrada.

El ataque de las dos capitales se verificó casi al mismo tiempo, lo que impedia el que los pequeños destacamentos españoles disemi-

nados pudiesen comunicar entre sí. Apenas se habian comenzado las hostilidades, cuando ya habian perecido seiscientos españoles á manos de los peruanos, que se apoderaban de sus caballos, de sus armas, aprendiendo de sus mismos enemigos á manejarlas. Hasta se asegura que se atrevieron á disparar armas de fuego. Manco y otros gefes marchaban á la cabeza de sus tropas, montados en caballos que habian caido en poder de los peruanos,

La situacion de los españoles se iba haciendo cada vez mas crítica. El Inca habiéndose apoderado de una parte de la ciudad de Cuzco, bloqueó á los dos Pizarros en el barrio á que se habian retirado con los pocos soldados que les quedaban. No podian esperar sostenerse allí por mucho tiempo: toda comunicacion entre Cuzco y Lima era imposible, y los caminos entre las dos capitales se hallaban tan perfectamente interceptados por el enemigo, que ya habian sido inútiles todas las tentativas de los tres hermanos para comunicarse recíprocamente las noticias. El gobernador Pizarro no sufria menos que sus dos hermanos Gonzalo y Hernando con tan cruel incertidumbre, aunque su posicion era mucho mas tolerable que la de sus hermanos. Hallaba en la proximidad del mar los recursos que le faltaban, recibiendo de tiempo en tiempo refuerzos de Panamá que le permitian reparar sus pérdidas.

Tomó entonces una resolucion enérgica para obligar á sus soldados á vencer ó morir. Despachó sus navíos á Panamá, y á medida que le iban viniendo reclutas, enviaba pequeños destacamentos, mandados por capitanes, cuyo valor y talento tenia bien conocido, para que fuesen á socorrer á los españoles bloqueados en Cuzco. Mas ¡cuál hubiera sido su dolor si hubiera llegado á saber la suerte de estos diversos destacamentos! Setenta caballeros mandados por su primo don Diego Pizarro, fueron sorprendidos, atacados y muertos por los peruanos en un estrecho desfiladero. Gonzalez de Tapia, otro oficial que salió tambien de Lima con ochenta hombres, pereció de la misma manera, é igual suerte tuvieron los dos comandantes Morgovejo y Gayeta, que con los soldados que conducian cayeron en manos del enemigo. Mas de trescientos españoles sucumbieron de este modo sin que lo supiese Pizarro.

En fin, gracias á un refuerzo considerable que le trajo Alfonso de Alvarado, hermano del comandante de este nombre, se halló en



estado de tomar la ofensiva. Hizo una vigorosa salida y derrotó el innumerable ejército que sitiaba á Lima, persiguiendo á los peruanos hasta las montañas. Un imperioso deber le llamaba á Cuzco, y hubiera querido volar en persona al socorro de sus hermanos, cuya suerte ignoraba: ¿mas cómo habia de abandonar á Lima, la ciu-

dad que él habia fundado, el centro de sus recursos y su único refugio en caso de un revés? Se quedó por consiguiente en esta ciudad, confiando á Alvarado, que con su venida le acababa de salvar, la espedicion destinada á libertar á sus hermanos.

Alvarado salió para Cuzco con un destacamento de trescientos hombres que pronto fué reforzado con otros doscientos mas. Los peruanos, que tan felices habian sido hasta entonces en sus ataques contra las diversas tropas que iban á Cuzco, creian tambien dar buena cuenta de las que mandaba Alvarado; pero tenian que habérselas con un capitan hábil y esperimentado que los escarmentó en todos los encuentros. A pesar de todo, antes que llegase á Cuzco, una nueva peripecia que debemos dar á conocer, habia cambiado la escena y hecho que se presentasen nuevos actores en aquel móvil teatro de la discordia y de la guerra.

Almagro habia salido de Chile y se dirigia hácia Cuzco, cuando recibió el diploma que trajo Hernando Pizarro, en el que el emperador le nombraba gobernador independiente de los paises situados al Sur, mas allá de los límites del gobierno de Pizarro. El exámen de este título le confirmó en su opinion de que el emperador habia querido comprender á Cuzco en su gobierno y no en el de su asociado. Resuelto á hacer valer sus pretendidos derechos, marchó contra Cuzco para apoderarse de esta ciudad. Cuando estuvo en sus inmediaciones, supo con asombro que una tercera parte de aquella poblacion, que miraba ya casi como una propiedad suya, habia sido consumida por las llamas; que la otra tercera parte estaba en poder de Manco, y que la última tercera parte, aun estaba ocupada por los Pizarros; pero en vísperas de ser espulsados por los peruanos. En tanto que adquiria los datos necesarios acerca de la série de sucesos que habian producido una situacion tan deplorable, marchó con la lentitud que le aconsejaba la prudencia.

No tardaron en presentársele comisionados de los dos partidos solicitando su amistad y su auxilio. El Inca apreciaba las ventajas de una alianza con un guerrero tan temible, tan poderoso como Almagro: los Pizarros por su parte no ignoraban que su alianza con el Inca les seria fatal, y que serian bien pronto aniquilados con la reunion de las dos fuerzas. Pero Almagro imponia como primera condicion de la alianza la cesion de Cuzco, y no estando el Inca de pa-

recer de cederle su capital y siendo inútiles las instancias de Almagro para que consintiese en este sacrificio, el general español rompió las negociaciones, atacó á los peruanos y les hizo levantar el sitio de Cuzco.

Desembarazado ya de este enemigo, Almagro intimó á los Pizarros que le entregasen la ciudad; pero ellos se negaron á verificarlo. Entonces Almagro avanzó hasta las puertas de la ciudad, y no tardaron en unírsele varios soldados de la guarnicion: su franqueza, su buena fé, y su generosidad le habian granjeado partido entre los españoles, que iban aborreciendo á los Pizarros por su dureza y su perfidia. Este refuerzo facilitó á Almagro el que una noche se apoderase de Cuzco por sorpresa, siendo dirigido el ataque con tal prontitud y destreza, que cuando el general y su tropa llegaban á la casa de los Pizarros, todavia ignoraban estos que la ciudad habia sido tomada. Intimóseles la rendicion; pero ellos se encerraron, y fortificándose en su casa se defendieron con teson, hasta que agotados todos los medios de defensa, tuvieron que sujetarse á la ley del vencedor, y hechos prisioneros sin capitulacion fueron cargados de cadenas.

Entonces fué cuando Alvarado se presentó con su pequeño ejército delante de la capital sin tener mas que un rio que atravesar para llegar á ella. ¡Júzguese su sorpresa cuando vio á la orilla opuesta soldados españoles cuya actitud era enteramente hostil! Como ignoraba completamente cuanto habia pasado en Cuzco, no podia comprender el motivo de semejantes disposiciones amenazadoras en unos hombres que vestian el uniforme español. Al fin Almagro vino en persona á instruirle de la situacion de las cosas, y trató con regalos y promesas de inclinarle á su partido, haciéndole abandonar el de los Pizarros; pero todos los esfuerzos de Almagro se estrellaron en la incorruptible fidelidad de Alvarado.

Habia sin embargo en el ejército del teniente de Pizarro y entre sus oficiales, un traidor que consiguió seducir á una parte de sus camaradas. Concertó tan bien su plan con Almagro, que una noche el ejército de este cayó en medio del campamento de Alvarado, antes que en el se advirtiesen los movimientos del enemigo. Fué hecho prisionero sin que pudiera defenderse; porque los conjurados habian tenido la precaucion de quitar sus armas, asi como las de sus mas



intimos amigos, para privarles de todos los medios de resistencia. Como la mayor parte de las tropas de Alvarado entraban en la conspiracion, los pocos soldados que se mantuvieron fieles tuvieron que ceder al número y rendir las armas, siendo conducidos á Cuzco con buena escolta.

Ya tenia Almagro en su poder á tres enemigos peligrosos, á tres rivales temibles: consultó á sus amigos lo que debia hacer con sus prisioneros, y casi todos opinaron que el suplicio de los Pizarros, de Alvarado y de todos los partidarios del gobernador, aseguraria la preponderancia de Almagro sobre su rival y su pacífico dominio en el vasto imperio del Perú. Despues de haberlos escuchado atentamente y convenido en la exactitud de sus razones, Almagro les de-

claró que no podia seguir su consejo. Fué mas generoso todavía, porque le hubiera sido fácil marchando inmediatamente contra Lima, el esterminar á Pizarro y su partido, y quiso mas bien mantenerse á la defensiva, dejando á su rival la responsabilidad de dar principio á la guerra civil. Volvióse por consiguiente á Cuzco, á fin de preparar sus medios de defensa, esperando la determinacion de Pizarro.



V.

Crítica situacion de Pizarro.—Su firmeza.—Negociaciones.—Desercion en las tropas de Almagro.—Mala fé de Pizarro.—Combate de Cuzco.—Derrota del ejército de Almagro.—Muerte de Orgoñez.—Almagro cae vivo en manos de los soldados de Pizarro.—Es juzgado y sentenciado á muerte.—Le dan garrote y despues le cortan la cabeza.—Alvarado se presenta en España á pedir justicia contra Pizarro.—Prision de Hernando Pizarro en Madrid.—Un nuevo comisario en el Perú.—Espedicion de Gonzalo Pizarro.—Audaz incursion de Orellana.—Sus mentiras.—El pais de las Amazonas y el Dorado.—Conspiracion contra Pizarro.—Es asesinado.—Su retrato.—Anécdotas.—Conclusion.

Al fin pudo Pizarro rasgar el misterioso velo que cubria los sucesos de Cuzco y conocer la estension de sus pérdidas y lo grave de su situacion, recibiendo una tras otra las mas siniestras noticias. Supo casi al mismo tiempo la muerte de su hermano Juan, el regreso de Almagro, el cautiverio de sus otros dos hermanos y la derrota de su teniente Alvarado; pero la energia de su alma y la firmeza de su carácter no se abatian con tan repetidas desgracias. Conociendo la buena fé de Almagro, resolvió armarle un lazo, y en el resultado de una nueva perfidia fundó toda su esperanza de triunfar definitivamente de un rival que debia ser víctima aun de su lealtad y confianza.

Pizarro esperaba de un momento á otro un considerable refuerzo que le habian de enviar desde Panamá: le interesaba mucho por esta razon, el ganar tiempo y reducir á Almagro á la inaccion, ha-

ciéndole proposiciones pacíficas y entablando negociaciones que intentaba fuesen muy despacio. Mientras que Almagro, engañado con las demostraciones de Pizarro, se abstenia de todo movimiento hostil, no se estaba este con los brazos cruzados: trabajaba en fortificarse, en reclutar su ejército, y en procurarse considerables refuerzos de hombres y municiones. Ya estaba en vísperas de revelar sus proyectos, cuando le llegaron su hermano Gonzalo y Alvarado, que logrando escaparse de la prision, le presentaron sesenta ginetes que habian atraido de los de Almagro. Este inesperado socorro colmó de alegría á Pizarro que se sintió desde entonces con fuerzas suficientes para ir en busca de sus enemigos. Pero Hernando Pizarro se hallaba aun prisionero, y el gobernador, antes de declararse como enemigo y cortar las negociaciones, queria privar á Almagro de tan preciosa garantía.

Aparentó entonces que deseaba con mas empeño una sincera reconciliacion y propuso á Almagro que sometiesen su pleito al arbitrio del emperador. Almagro aceptó al instante la propuesta, y Pizarro, creyendo que todavía podria obtener algo mas de la crédula confianza de su generoso competidor, le pidió pusiese en libertad á su hermano, para enviarle á España como plenipotenciario cerca del emperador. Almagro abrió á Hernando las puertas de la prision, mas apenas estubo libre; cuando Pizarro declaró á su rival que solo la guerra podia decidir entre ellos y juzgar su querella. Su ejército habia sido reforzado con numerosos reclutas y se contaban en el dos compañías de arcabuceros, cosa muy estraordinaria, porque en aquella época el uso de las armas de fuego no estaba generalizado ni aun en Europa. Confió el mando de la mayor parte de sus tropas á sus hermanos, que ansiosos de vengarse de Almagro, al instante se pusieron en camino. Fácil le hubiera sido á Almagro, apostándose en los desfiladeros de los Andes ó Cordilleras que el enemigo tenia que atravesar, aniquilarle en ellos y terminar la guerra con un golpe decisivo, porque se asegura que los viageros al pasar de las ardientes llanuras de Quito á los Andes siempre cubiertos de nieve, se ven atacados de aquella enfermedad á que pagan doloroso tributo casi todos los marinos en su primer viage y que por esta circunstancia se llama el mareo.

Almagro quiso mejor esperar á su enemigo en las llanuras de



Almagro se hizo conducir al sitio de la batalla

Cuzco: lo primero porque no queria que recayese en él la odiosa responsabilidad de la agresion en una guerra civil, y lo segundo porque necesitaba terreno para desplegar su caballería que era superior á la de los Pizarros. Fortificó á Cuzco lo mejor que pudo y formó su ejército en batalla en una posicion que creyó serle ventajosa, pero debilitado por la edad, las fatigas y las heridas apenas podia sostenerse. No pudiendo ponerse á la cabeza de las tropas, confió su mando á su teniente general Rodrigo Orgoñez, un capitan valiente y leal á su gefe, pero que nunca era para los soldados el viejo Almagro, que por el afecto y respeto que habia sabido inspirarles, tenia sobre ellos el mayor ascendiente.

Entretanto los Pizarros habian pasado las Cordilleras y avanzaban por las llanuras de Cuzco. Los dos ejércitos no tardaron mucho en avistarse y se prepararon al combate: veíase flotar por ambas partes el estandarte imperial, y las alturas inmediatas estaban coronadas por una inmensa multitud de indios que habian acudido á recrearse en el espectáculo de una lucha sangrienta entre sus opresores, que se encargaban asi de vengarlos. Almagro, enfermo, se hizo trasportar á una colina desde la que podia contemplar el campo de batalla y animar desde lejos á sus tropas á que cumpliesen con su deber.

Dada la señal, los españoles se lanzaron con furor unos contra otros y empezó la matanza. Rotas las primeras líneas de Orgoñez por la impetuosidad del enemigo, el desórden se introduce en las filas y los soldados flaquean y ceden sin que las voces y ruego de los gefes sean suficientes para volverlos al combate. En este trance, Orgoñez desesperado, grita mandando un nuevo ataque: «¡Por Dios poderoso, que he de cumplir con mi deber, aunque me cueste la vida! sígame el que quiera.» Resuelto á no sobrevivir á su desgracia y á la de Almagro, se arroja enmedio de las tropas que mandan Gonzalo, Hernando y Alvarado, y aunque herido en la cabeza porque su celada habia sido rota por una bala, continúa combatiendo. Dá muerte á dos guerreros con su propia mano, y engañado por el brillante uniforme de uno de los criados de Hernando Pizarro cree que es su amo y le mete la lanza por la boca. Al fin este intrépido guerrero sucumbe al número y desarmado, caé prisionero: en el momento que se le llevan los soldados, acude un español que te-

nia que vengar una ofensa personal y le derriba la cabeza de un sablazo.

Este acto de barbárie no fué el único con que los vencedores se mancillaron en esta jornada del 6 de abril de 1538, á pesar de los esfuerzos de Hernando Pizarro y sus principales capitanes para recordar á sus soldados que los vencidos eran tambien españoles. Rui-Diaz oficial del partido de Pizarro, habia tenido la dicha de salvar la vida á un amigo suyo que iba á ser asesinado. Para preservarle de otras violencias le habia hecho que montase á las ancas de su caballo; pero un soldado furioso le pasó con la lanza y le hizo caer muerto á vista de Rui-Diaz. En cuanto á Almagro, testigo de la derrota de su tropa y sin medios de rehacerla, buscó tambien su salvacion en la huida; pero perseguido vivamente por el enemigo, cayó en su poder, y cargado de cadenas fué llevado á Cuzco que se rindió sin resistencia á los vencedores,

Su muerte podia únicamente saciar el ódio y la venganza de los Pizarros: ya estaba resuelta de antemano; pero la prudencia exigia algunas precauciones y era preciso alejar á todos los que fieles á Almagro en su desgracia, podian hacer eficaces tentativas para salvarle. Se les alejó, encargándoles diversas espediciones á las provincias mas remotas del Perú y aun no sometidas al dominio español. Aquellos hombres aprovecharon con afan la ocasion de salir de una ciudad en que ya no podian ser útiles á la causa de Almagro.

Entonces los Pizarros se quitaron la máscara; pero queriendo dar la apariencia de justicia á la ejecucion de su sanguinario proyecto, formaron un tribunal ante el cual compareció el desdichado anciano. Acusábanle del crímen de alta traicion, de rebelde á las órdenes del emperador y de usurpacion de los derechos y funciones del gobernador: acusacion absurda, puesto que se referia á una época en que el emperador todavía no habia dado á conocer su decision, ni fijado los límites del gobierno de Pizarro. En vano Almagro protestó que jamás habia tenido intencion de perjudicar á su antiguo asociado; que siempre habia respetado sus derechos, y que si se habia apoderado de Cuzco, era creyendo estar autorizado para ello en virtud del exámen y de la interpretacion dada á los títulos enviados por el emperador. El tribunal compuesto de jueces á favor de Pizarro, sentenció á muerte á el anciano.

Cuando Almagro supo la sentencia que se acababa de pronunciar, aquel mismo hombre que tantas veces habia despreciado la muerte en sus aventuradas espediciones, y que habia dado tantas pruebas de valor y de energía, cayó en un profundo abatimiento, y débil hasta la cobardia, trató de enternecer á sus vencedores, de escitar la



compasion de sus verdugos con sus súplicas y sus lágrimas. Invocó los recuerdos de la antigua amistad que Francisco Pizarro y él se

habian jurado al pie de los altares, y la humanidad con que él había tratado á sus enemigos cuando eran sus prisioneros: les conjuró para que evitasen á sus canas y á su memoria el oprobio del suplicio reservado á los malhechores, y para que le permitiesen consagrar los últimos instantes de su existencia al arrepentimiento y á la expiacion de sus faltas.

Estos ruegos de un anciano que habia sido uno de los mas intrépidos guerreros de la España, este abatimiento en la desgracia, estas lágrimas del ilustre sentenciado que luchaba en cierto modo con la muerte, conmovieron á la mayor parte de los soldados, á pesar de lo familiarizados que estaban con sensaciones de este género. Pidieron el perdon de Almagro ; pero el corazon de los Pizarros estaba cerrado á la piedad, y no solo se mantuvieron inflexibles sino que osaron burlarse de las mismas súplicas de su acobardado enemigo. Su ironía cruel le prodigó los mas amargos sarcasmos diciéndole que era indigno de un alma grande el mendigar la vida y que marchando á la muerte debia acordarse de que era cristiano y caballero.

En fin cuando Almagro se convenció de que nada tenia que esperar del ódio implacable de los Pizarros, se acordó de lo que habia sido en otro tiempo y volvió á recobrar su antiguo valor: dirigió á sus encarnizados enemigos estas palabras que pronunció con acento de noble resignacion: «Libradme, pues, de esta vida y que vuestra crueldad se sacie con mi sangre!» Despues hizo testamento, dejando á su hijo único y al emperador por sus herederos: cuando hubo terminado este acto postrero de su existencia, le dieron garrote en la prision, cortándole despues la cabeza en la plaza pública de Cuzco. Almagro en el momento de su muerte tenia setenta y siete años.

Asi pereció este hombre, notable bajo mas de un concepto, y que sin duda merecia otra suerte; aunque la historia le acusa con justicia por su complicidad en la muerte de Atahualpa.

Entre los españoles á quienes indignó la crueldad de Pizarro, habia uno que juró vengar la muerte de Almagro. Llamábase Diego de Alvarado y era un oficial de distincion, que padeció tanto mas con el fin desastrado de su amigo, cuanto que sufria sus remordimientos por haber contribuido á él en cierto modo, aconsejándole

que diese libertad á Hernando Pizarro. Poseido de la idea de obtener venganza de los Pizarros, supo eludir su vigilancia y aprovechando una ocasion para volver á España, se presentó al instante en la córte. Admitido á la audiencia del emperador le pintó con tan vivos colores el orgullo, la ambicion y la crueldad de los tres hombres que reinaban como déspotas en el Perú, que escitó á la vez su horror y su indignacion. Pero su animosidad buscaba otro medio de satisfaccion; y pidió el permiso de sostener en campo cerrado la justicia de sus acusaciones, desafiando en combate personal, segun la costumbre de la época, á Francisco Pizarro, que denunciaba á la vindicta pública como el único autor de todos los crímenes y de todas las desgracias cuyo enérgico cuadro acababa de trazar.

Cuando el intrépido Alvarado esperaba la respuesta favorable que le habian dado motivo á esperar, murió tan repentinamente que la opinion general no dejó de atribuir su muerte á los amigos de Pizarro, que habian tratado de librarse por medio del veneno de un enemigo tan temible.

A pesar de todo, habia sobrevivido á Alvarado la impresion producida por su relato; pero el emperador y sus ministros dudaban al adoptar una providencia séria contra los Pizarros, temiendo su influencia y poder en las comarcas conquistadas por ellos. Mientras que se deliberaba en la córte acerca de las medidas que reclamaba semejante estado de cosas, Hernando Pizarro resolvió pasar á España para dar cuenta al gobierno de su conducta y de la de sus hermanos. En vano sus amigos trataron de disuadirle de este proyecto, suplicándole que á lo menos dilatase su ejecucion, hasta que supiese el efecto que habia producido en la córte la noticia del suplicio de Almagro. Hernando confiado en la bondad de su causa y en el crédito que creia gozaba su hermano con el monarca y sus ministros, insistió en su resolucion. Sin embargo, al despedirse del gobernador, le aconsejó que desconfiase de los partidarios de Almagro, que celase su conducta y que nunca les permitiera reunirse en número que pasase de siete, porque tratarian de concertarse para quitarle la vida; pero Pizarro, ciego con su prosperidad, no quiso creer el peligro que le amenazaba y despreció los avisos de su hermano.

Hernando partió y llegado á España se presentó en la córte con una ostentacion que escitó envidiosas murmuraciones: esta pompa

que casi eclipsaba la de la soberania, causó la sórpresa de un escándalo, y la opinion pública vió con indignacion al orgulloso aventurero ostentar con descaro los despojos de los infelices peruanos. Esta conducta no era la mas apropósito para disipar la prevencion terrible que habia contra los tiranos del Perú, asi es que en vano trató Hernando de justificar los actos de Francisco Pizarro y de sus demas hermanos y de probar, que habiendo sido Almagro el agresor, habia recibido con justicia el castigo de su rebeldia. Aunque la córte carecia de datos seguros para decidir esta cuestion, no pudo menos de conocer que los Pizarros habian abusado de su poder en todas ocasiones y que su conducta tiránica merecia la severidad del gobierno. Sin embargo, antes de tomar una resolucion vigorosa contra el gobernador del Perú, se creyó conveniente asegurar la persona de Hernando, que fué arrestado y puesto en prision. Se dice que permaneció en ella cerca de veinte años, y algunos historiadores aseguran que en ella acabó sus dias.

Decidióse despues enviar al Perú un comisario encargado de examinar escrupulosamente cuanto habia sucedido, y de recibir las declaraciones acerca de los sucesos anteriores y posteriores á la muerte de Almagro. Este comisario iba ademas investido de una autoridad que aniquilaba, en cierto modo, el poder de Pizarro, puesto que podia mudar en nombre del emperador, si lo juzgaba conveniente, el gobierno y la administracion del Perú.

Para desempeñar dignamente una comision tan importante, éra preciso unir la probidad á el talento. Vaca de Castro á quien fué confiada, era un caballero pundonoroso é incapaz de transigir con sus deberes: el conocimiento de los hombres y de los asuntos se amalgamaba felizmente en él á una gran firmeza de carácter, por lo que dificil hubiera sido hacer mejor eleccion.

Tiempo era ya de que la córte de España pusiese un término al insolente despotismo de Pizarro en el Perú: distribuia á su arbitrio las dignidades y los terrenos, y nombraba ó destituia á los funcionarios segun su capricho. Distribuyéndose entre él, sus hermanos y sus favoritos las tierras mas fértiles y mas ventajosamente situadas, dejaba las estériles y de poco valor á los oficiales que habian merecido recompensas por sus servicios y su valentía. ¡Desgraciados de los que habian servido á las órdenes de Almagro, porque se veian

condenados á la mas horrorosa penuria! Pizarro como que se complacia en hacerles expiar su lealtad y cariño á su antiguo gefe. Los historiadores refieren un hecho que basta para dar una idea de los apuros de aquellos infelices. Doce de los mas comprometidos oficiales de las tropas de Almagro habitaban en una misma casa, y eran tan pobres que entre todos ellos no tenian mas que un solo vestido decente: cuando alguno tenia precision de salir se servia de él y los otros once tenian que estarse en casa. Era tal el temor que inspiraba el gobernador, que nadie se atrevia á recibirlos en su casa, ni aun á dirigirles la palabra. Asi cuán violento era el ódio que animaba á estos hombres contra Pizarro, y con que impaciencia esperaban el momento de vengarse del cruel dictador del Perú!

Sordo á cuanto se murmuraba contra él, insensible á las quejas de las víctimas de su despotismo, contaba con la impunidad, y asi despreciaba el peligro como las amenazas del ódio. No temió quitar el gobierno de Quito á Belalcazar, aquel intrépido oficial que habia conquistado esta provincia, para dársele á su hermano Gonzalo, á quien poco despues confió el mando de una espedicion importante.

Los peruanos aseguraban á los españoles que mas allá de las Cordilleras, y al Este, habia una comarca en que se encontraban la canela y otras especierías con abundancia. Esto fué lo qué determinó la espedicion confiada á Gonzalo, que partió de Quito con un ejército de trescientos cuarenta soldados europeos, la mayor parte de á caballo, y de cuatro mil peruanos.

Empezó su caminata hácia el Sud-este, siguiendo la orilla del rio Napo, y despues torció ácia el Sud. El Napo desemboca en el gran Marañon ó rio de las Amazonas, uno de los mas caudalosos del mundo, y que atravesando de Este á Oeste, casi toda la América meridional, desemboca despues de numerosas revueltas en el gran occeano Atlántico. Antes de llegar á las Cordilleras, donde ya se suponia que habria que sufrir horribles padecimientos por el escesivo frio, ya encontró Gonzalo otros obstáculos casi insuperables, cual si la naturaleza misma quisiera oponerse á la marcha de los españoles. Un temblor de tierra, precedido ó mas bien anunciado por un espantoso huracan acompañado de truenos y rayos, se tragó á su vista casas y bosques enteros en los abismos que se abrieron de improviso: un rio á cuya orilla habian acampado, salió de



madre con tal impetuosidad que apenas les dió tiempo de refugiarse á un collado inmediato, para no ser sumergidos por los torrentes de agua que inundaron repentinamente la campiña. Cuando llegaron despues á lo alto de las montañas cubiertas de nieve, se creyeron transportados á la zona glacial, mas allá de los círculos polares, y muchos peruanos con algunos españoles alli quedaron sin vida. Llegando por fin á las llanuras del otro lado de las montañas, les asaltaron otras plagas de las cuales la mas cruel fué el hambre: aquellas vastas llanuras no presentaban mas que un inmenso desierto, y ape-

nas se encontraban algunos salvages, que no podian proporcionar los víveres necesarios. Ya tenian que atravesar algun pantano, ya tenian que abrirse un estrecho paso á fuerza de hachazos por alguna selva impenetrable, y para colmo de las desgracias y privaciones de Gonzalo y sus compañeros, llovió sin cesar durante dos meses, en términos que ni una vez sola pudieron ver enjutos sus vestidos.

Llegaron por fin á las orillas del rio Napo, y Gonzalo se ocupó de la construccion de una barca para pasarle en caso de necesidad y para que tambien sirviese para llevar los bagages y los víveres. Careciendo los españoles de los materiales necesarios, y sobre todo de hierro, para ejecutar este trabajo, tuvieron que arrancar las herraduras á los caballos, y con ellas hicieron clavos y abrazaderas, supliendo la brea y la pez con resina que recogieron en árboles de diversas especies. Cuando la barca estubo acabada, Gonzalo hizo que se embarcase en ella un oficial llamado Orellana, con cincuenta hombres, encargándole que bajase por el rio, para buscar víveres y designándole el parage en que le habia de esperar con el resto de las tropas.

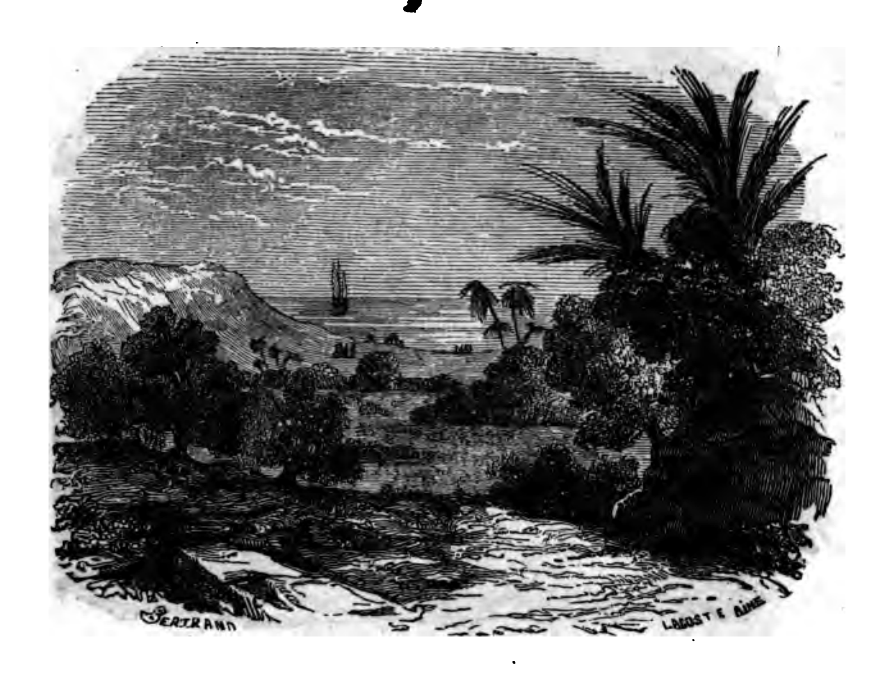
Apenas Orellana los perdió de vista, cuando burlando la confianza de su comandante, resolvió sustraerse á su autoridad: ambicioso y vano creyó haber hallado la ocasion de asociar á su nombre, todavia obscuro, la gloria de una accion atrevida y de una arriesgada empresa. En vez de esperar á Gonzalo en el sitio que este le habia designado, quiso seguir el curso del rio hasta llegar al Occeano: proyecto temerario que este orgulloso oficial se hubiera guardado de acometer, si hubiera sabido los peligros á que se esponia tratando de ejecutarlo, si hubiera sabido que el rio en que se aventuraba sobre una barca tan mezquina y sin provisiones, corre cerca de dos mil leguas marinas antes de salir á el mar.

De todos modos Orellana no dió parte de su intencion á los cincuenta hombres que le acompañaban, hasta que llegaron á el parage en que el Napo desemboca en el Marañon ó rio de las Amazonas. Allí era donde debia esperar á Gonzalo y allí fué tambien donde comunicó su proyecto á sus compañeros, que lejos de intimidarse por su audacia declararon que estaban prontos á seguirlo. Uno tan solo hubo entre ellos fiel á Gonzalo y capaz de protestar contra la perfidia de Orellana; pero este le hizo desembarcar y le dejó abandona-

do en un país desierto donde debia perecer: despues prosiguió la ejecucion de su proyecto.



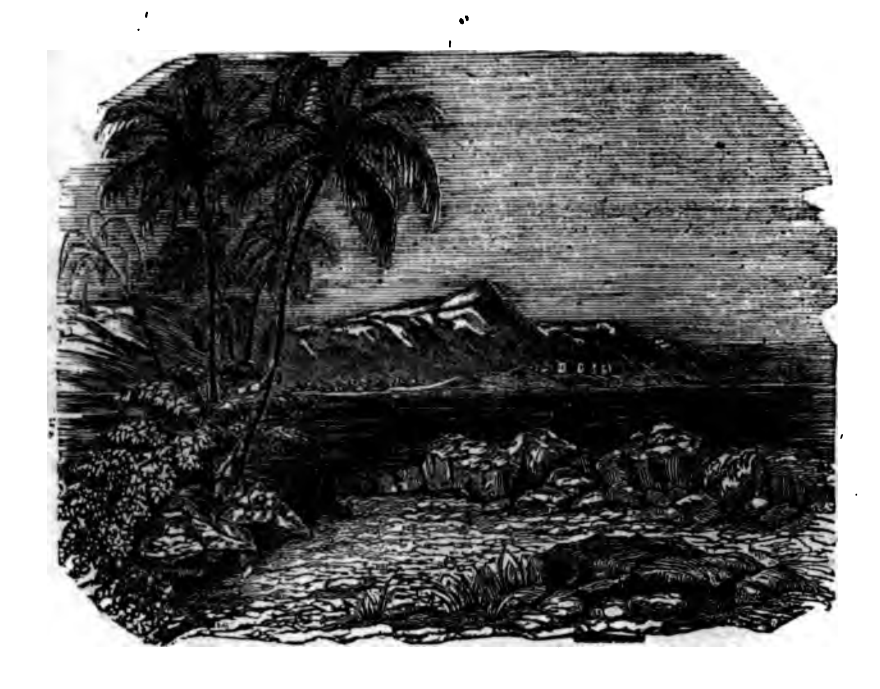
Entonces empezó á conocer cuan peligrosa era su empresa, y á que terribles pruebas iba á verse sometida su constancia. Tan pronto atravesaba comarcas estériles y solitarias, tan pronto tenia que combatir contra belicosos indígenas, si se habia de proporcionar algunos víveres, y muchas veces tambien tenia que rechazar los ataques de un gran número de canoas llenas de salvages armados. Continuó sin embargo bajando por el rio, y despues de haber luchado durante siete meses contra privaciones, fatigas y peligros de toda especie, llegó al desembocadero del Marañon. Entonces mas que nunca nece-



sitaba de todo su valor y de toda su energía, porque era forzoso abandonarse con tan frágil embarcacion en medio del grande Oçceano hasta llegar á una colonia española. En fin despues de haber andado algunos centenares de leguas llegó á Cubaña, situada no lejos de la costa de Tierra Firme.

Desde allí se apresuró á volver á España, donde obtuvo el resultado que se habia prometido de su pérfida conducta con Gonzalo. La relacion de sus aventuras escitó una sorpresa general; pero valiéndose de esta feliz disposicion de los ánimos á dar crédito á sus palabras, recurrió á la mentira y añadió lo maravilloso á lo verdadero. Todos los cuentos que imaginó en el interés de su vanidad, gozaron por mucho tiempo de un gran crédito, y solo en nuestros dias es cuando los ha desvanecido la ciencia.

Orellana aseguraba que en las comarcas que habia atravesado, el oro y pedreria eran tan abundantes como los guijarros en nuestros campos; que otros paises estaban solo habitados por mugeres guerre-



ras cuya fuerza igualaba á su valor, lo que hizo dar al pais regado por el Marañon el nombre de *pais de las Amazonas*, y al mismo rio el de *rio de las Amazonas*, nombres que han conservado. Una de estas comarcas, que no se designa, fué tenida por el pais del oro y se llamó *el Dorado*. Los primeros viageros que probaron la falsedad de los asertos de Orellana, han sido la Condamine, sábio francés que recorrió por entero el pais de las Amazonas, y despues de él madama Godin, á la que determinó á emprender su viage el afecto que profesaba á su marido.

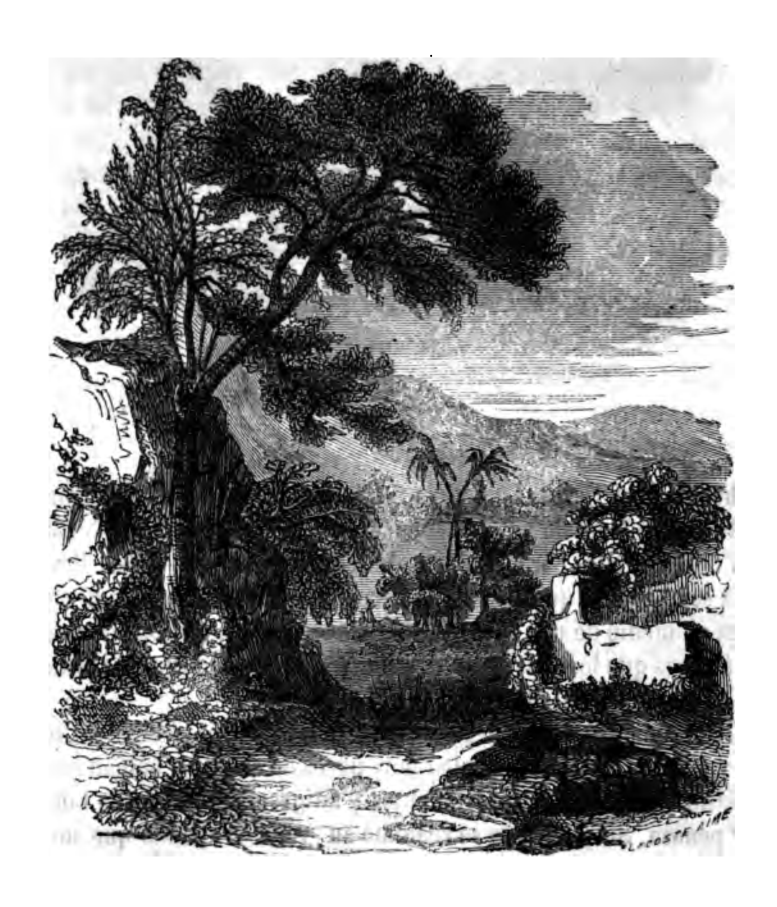
Llegó entretanto Gonzalo á la confluencia del Napo y del Marañon, donde esperaba encontrar á Orellana con los cincuenta hombres que mandaba y una provision de víveres; pero cuál fué su doloroso asombro cuando no vió barca ni hombres! Lejos de concebir sospechas por la ausencia de Orellana, se figuró que algun accidente le habria obligado á descender todavia mas abajo, y resolvió seguir marchando por la orilla del rio, hasta que encontró al español que Orellana habia



hecho poner en tierra. La noticia de la traicion del pérfido comandante puso á Gonzalo y á sus compañeros en una cruel perplegidad. Casi desesperados por la traicion de Orellana que se habia llevado hasta sus bagages que iban en la barca, estenuados de hambre y de fatiga en medio de una comarca desierta y estéril, los soldados pidieron á voces que los volviesen á Quito, y Gonzalo no tuvo mas remedio que consentir, dando la vuelta hácia el Perú.

Habia cuatrocientas leguas desde allí á Quito, y era probable que volviesen á ver esta ciudad muy pocos de cuantos habian resistido hasta entonces los padecimientos y fatigas de una marcha tan larga y penosa. Sin embargo se reanimó su valor creyendo que no su-

fririan tantos obstáculos, tomando diferente camino del que habian traido; pero esta esperanza fué tambien cruelmente burlada. El pais en que se internaron era todavia mas estéril que el que antes habian atravesado. El hambre les obligó á matar sus caballos y sus perros, y cuando se acabaron estos recursos, mascaron hojas de árboles, comieron algunos insectos, y hasta royeron las correas de las sillas y de los cinturones. Sus vestidos se caian á pedazos, sus cuerpos estaban cubiertos de llagas y de úlceras, producidas por las picaduras de los insectos, las espinas y el poco aseo. Doscientos españoles y casi todos los peruanos habian perecido, cuando los restos del pequeño ejército de Gonzalo llegaron á cincuenta leguas de Quito.



Los últimos soldados de Gonzalo y su mismo gefe hubieran sucumbido, sino hubiera salido á buscarlos un destacamento con víveres, vestidos y algunos caballos. A vista de este inesperado socorro, esperimentaron tan grande alegria que se arrojaron á tierra para besarla; pero sin la prudencia de su gefe que por algunos dias redujo el alimento de cada soldado á una muy corta racion, el ánsia de aquellos hombres hambrientos les hubiera sido funesta. Como no habia bastantes caballos para toda la tropa, Gonzalo y sus oficiales quisieron dejárselos á los soldados mas débiles, continuando su camino desnudos y á pié hasta llegar á Quito. Allí sus mas íntimos amigos apenas los conocian, tan profundas eran las huellas que los padecimientos habian dejado en sus semblantes.

Durante la ausencia de Gonzalo, habia ocurrido en Lima un suceso estraordinario, cuya noticia fué un golpe terrible para él.

El lector no habrá olvidado sin duda, que Almagro dejó un hijo á quien designó para que le sucediese. Educado con el mayor esmero por un oficial hábil é instruido, llamado Juan de Rada, el jóven se manifestaba ya por sus bellas cualidades digno del papel que estaba llamado á representar en la escena en que tanto se habia distinguido su padre, á quien se parecia mucho en la intrepidez y firmeza de carácter. Pizarro que le temia, le tuvo preso por algun tiempo juntamente con su ayo, y al fin le puso en libertad, bajo condicion de que no habia de salir de Lima. Creyó que sujetando la conducta del jóven Almagro á una activa vigilancia, nunca le daria tiempo para que hiciese valer sus derechos, y dispusiese un levantamiento á su favor; pero Pizarro no advirtió las frecuentes reuniones que se verificaban en casa de Almagro. Allí era la cita de todos los antiguos amigos y partidarios de su padre, y allí formaron una conspiracion para matar á Pizarro y sus allegados. Juzgaron que la ausencia de los dos hermanos del gobernador, era muy favorable á la ejecucion de sus designios y se prepararon á ejecutarlos.

Pero estos conciliábulos habian llamado la atencion de los amigos de Pizarro, que no pudieron menos de comunicarle sus sospechas y sus temores. «No tengais cuidado por mi vida, respondió el gobernador, el poder que tengo para cortar la cabeza á los demas, garantiza la seguridad de la mia.» Los conjurados queriendo penetrar sus disposiciones y aumentar su seguridad, confiaron á Rada esta de-

licada comision. Pidió este permiso para hablar al gobernador y le encontró paseándose en su jardin y cogiendo limones. Recibió á Rada con mucha cortesía y aun le ofreció uno de los limones que tenia en la mano, diciéndole eran los primeros que se cogian en Lima.

Rada, aparentando una viva inquietud, respondió á Pizarro cuando le preguntó el motivo de ella, que habia oido hablar de un siniestro proyecto atribuido al gobernador; que se trataba nada menos que de la muerte del jóven Almagro y de sus infelices amigos, condenados á morir para disipar una injusta desconfianza provocada con odiosas calumnias. Rada representó su papel con tal destreza, que Pizarro se afanó en tranquilizarle, jurándole que jamás habia pensado semejante cosa, á pesar de que continuamente estaba recibiendo avisos de conspiraciones tramadas contra él. Rada fingió indignarse por estas denuncias, y suplicó á Pizarro que le permitiera alejarse con el jóven Almagro, de Lima, donde su presencia parece que autorizaba tan odiosas suposiciones; quitando asi todo pretesto al ódio y la desconfianza. Pizarro, suscribió á esta peticion? Los historiadores no han dado á conocer la determinacion del gobernador, y dicen únicamente, que aseguró á Rada que ya dispondria le diesen cuanto le hiciese falta. Rada al despedirse de Pizarro, le besó la mano y corrió á participar á los conjurados el resultado de su entrevista, quedando aplazada la ejecucion del proyecto para el próximo domingo 26 de junio de 1541.

El viernes, uno de los conspiradores, acosado por los remordimientos, descubrió el proyecto á un sacerdote que se apresuró á ir á informar al gobernador; pero este cuya confianza y seguridad no podian ser alteradas por ningun aviso, respondió que no podia creer existiese una conspiracion contra sus dias, y que la visita reciente de Rada, y sus sinceras protestas le autorizaban para considerar este aviso de una conspiracion imaginaria, como cálculo de alguno, que teniendo que pedirle algun favor, queria valerse de aquel pretendido descubrimiento como de un título á su gratitud. Despues de haber despedido con buenos modos al eclesiástico, fué á tenderse en el lecho.

Sin embargo, al dia siguiente se levantó con menos confianza, y creyó que debia tomar algunas precauciones. Hacia ya mucho tiempo que sus amigos le aconsejaban formase una guardia para seguridad

de su persona; pero él se temia que, cuando se estaba esperando de un momento á otro la llegada de un comisario español, aquella providencia se interpretase como una garantía contra el poder del nuevo enviado de la córte de España, y esta consideracion le impidió el tener cerca de su persona un destacamento de soldados.

Como el aviso que habia recibido decia que el domingo habia de estallar la conspiracion, no quiso en este dia salir de su casa, y en lugar de ir, segun su costumbre, á la iglesia para oir misa, hizo que se la dijesen en su aposento. Al medio dia fueron llegando sus principales oficiales á quienes habia convidado á comer: esta era la hora fijada por los conjurados para atacar al gobernador, porque, en aquellos paises donde reinan grandes calores, el centro del dia suele destinarse al sueño.



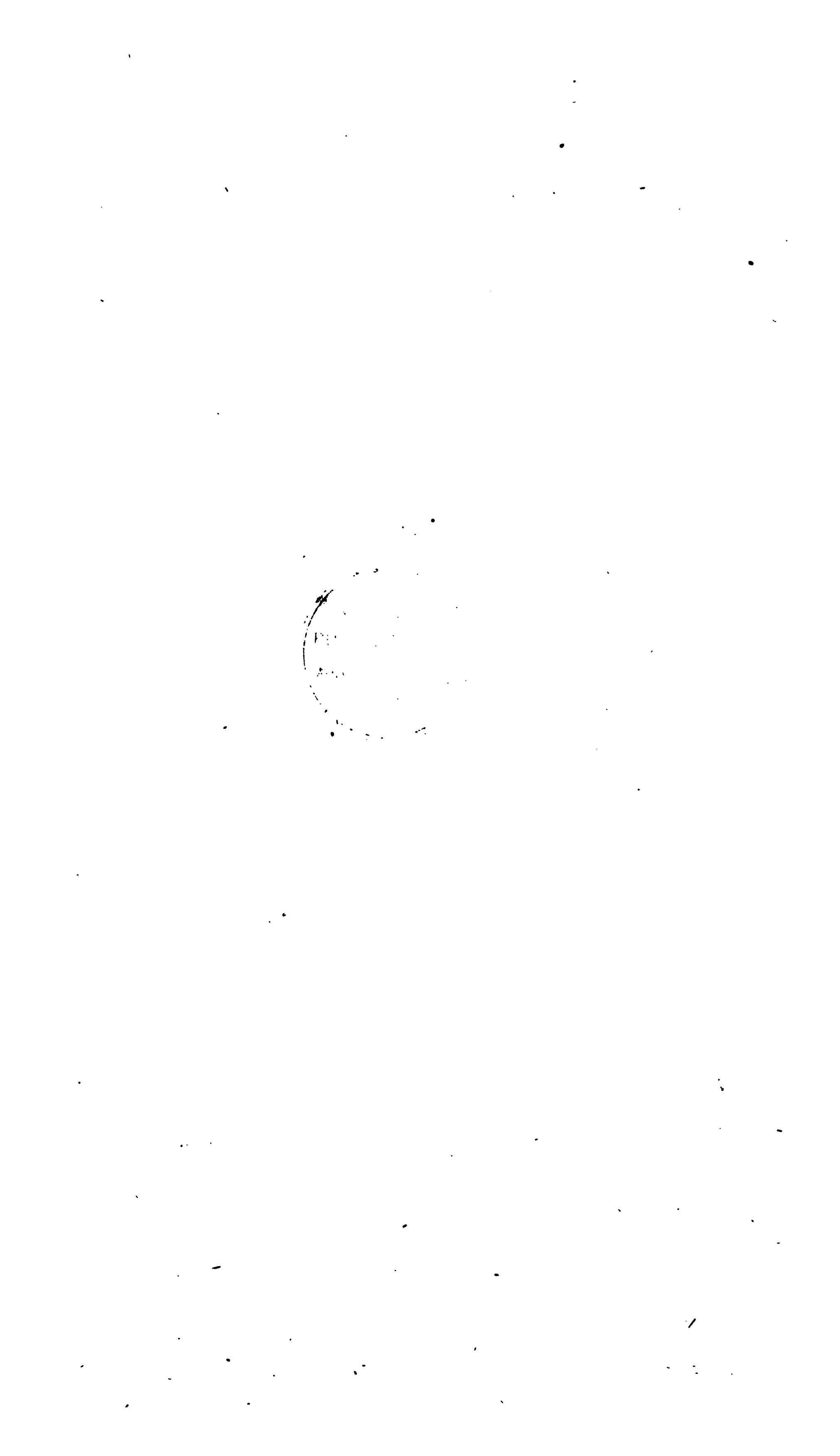
De improviso Rada sale de casa de Almagro y se precipita á la calle al frente de diez y ocho conjurados armados de pies á cabeza, y gritando con las espadas desenvainadas: « ¡Viva el rey! ¡muera el tirano! A esta señal que estaba convenida, los demas conjurados dispersos por la ciudad, acuden todos al palacio del gobernador. Acababa este de levantarse de la mesa y continuaba conversando con sus amigos, mientras que la mayor parte de su servidumbre se habia retirado á descansar. Los conjurados, favorecidos por esta circunstancia que les permitió penetrar sin ser vistos en lo interior del palacio, ya eran en cierto modo dueños de él, antes que Pizarro supiese su llegada. Rada habia tenido la precaucion de dejar un conjurado á la puerta, encargándole que gritase á los que fuesen llegando: « ¡El tirano ha muerto! Asi es que todos los amigos del gobernador, que acudian á socorrerle, engañados con este grito, se volvieron creyendo que habian llegado demasiado tarde.

Llegaban ya los conjurados á la escalera del aposento de Pizarro, cuando fueron vistos por uno de sus pages que se precipitó en el aposento anunciando su llegada. Pizarro intrépido como en un dia de batalla, se levantó y mandó á uno de sus oficiales que echase el cerrojo á la puerta para tener tiempo de armarse; pero aquel hombre estaba aturdido y sin obedecer la órden de Pizarro, salió hasta la escalera para preguntar á los conjurados cuales eran sus intenciones: ellos le dieron por toda respuesta un sablazo que le tendió sin vida en el pavimento y en seguida entraron en la sala.

No encontraron al gobernador que habia entrado en la pieza inmediata para armarse: estaba acompañado de Alcántara su hermano (1) dos amigos y dos pages ya mancebos. Todos los demas saltaron por una ventana, viendo entrar á los conjurados que se precipitaron en el aposento donde estaba Pizarro. Sin acabar de ajustarse la coraza, cogió su sable y su escudo y salió al encuentro de los conjurados gritando á los pocos amigos que le eran fieles: «Valor, camaradas! Todavia somos bastantes para castigar la temeridad de estos traidores!

(1) La diferencia del apellido consiste en que era solo hermano por parte de madre. Los Pizarros eran cinco hermanos: legítimo solo Hernando, y los otros dos Juan y Gonzalo, bastardos como el gobernador. El otro hermano por parte de madre, que es el que ahora se cita, se llamaba Francisco Martin de Alcántara.

(*Nota del traductor.*)





Asesinato de un gefe español.

Armóse entonces una lucha terrible entre adversarios animados de igual furor; pero esta lucha era muy desigual para que pudiese durar mucho tiempo. Los conjurados, armados de pies á cabeza tenian demasiada ventaja sobre sus contrarios, espuestos casi sin defensa á sus golpes. Alcántara fué el primero que cayó á el lado de su hermano; algunos otros tuvieron la misma suerte, y en cuanto á Pizarro, teniendo que hacer frente á numerosos acometedores y evitar los repetidos golpes que le dirigian, se le fueron acabando las fuerzas poco á poco teniendo tan cansado el brazo que apenas podia manejar la espada: recibió entonces una estocada en là garganta que le hizo caer muerto á los pies de los conjurados.

Acto contínuo salieron estos del palacio y recorrieron toda la ciudad, blandiendo sus espadas desnudas y ensangrentadas, para anunciar la muerte del tirano. Doscientos cómplices se agregan á ellos y pasean por todas las calles de Lima al jóven Almagro, montado á caballo, publicando que es el único y legítimo gobernador del Perú. El palacio de Pizarro y las casas de sus principales partidarios son abandonados al saqueo...

Los criados de Pizarro llevaron su cuerpo á la iglesia de Lima, pero nadie se atrevió á darle sepultura. Al fin un antiguo criado, llamado Bárbara, pidió licencia al nuevo gobernador para tributar los honores fúnebres á su antiguo amo. Almagro se la concedió, y el fiel servidor, ayudado de su esposa, enterró á Pizarro antes que los conjurados le cortasen la cabeza para esponerla en medio de la calle.

Así terminó la existencia de un hombre que reunia eminentes cualidades y talentos que infunden admiracion, á vicios y defectos que le hacian odioso y despreciable. Valiente hasta la temeridad, firme, sufrido, hábil para proporcionarse recursos en la adversidad, dotado de una maravillosa penetracion para conocer á los hombres y hacerlos servir á la ejecucion de sus designios, habia adivinado el secreto de ejecutar cosas grandes con muy escasos recursos; pero tambien era falso, disimulado, pronto á sacrificarlo todo á su ambicion y á sus resentimientos, y muchas veces cruel. Su muerte pareció el justo castigo de su conducta con Atahualpa, con Almagro su asociado y amigo y otros muchos que hizo perecer. «Era, dicen los historiadores contemporáneos, de una constitucion robusta: en él la energía de carácter y la constancia se equilibraban con el estraordinario vigor de-

su cuerpo Asi que se encontraba armado se creia invencible y le sucedió muchas veces precipitarse en medio de los enemigos, sin esperar á sus tropas á quienes costaba trabajo alcanzarle: tan grande era la confianza que tenia en su valor y en la fuerza de su brazo.»

Privado de toda clase de instruccion, porque ni aun sabia firmar, la suplia con su inteligencia natural, ayudada de la atencion, la paciencia, la reflexion y la actividad. Cada vez que su firma era necesaria se limitaba á trazar dos rasgos de pluma, entre los que su secretario escribia las palabras: *Francisco Pizarro*. Habia en él, el gérmen de un grande hombre; pero faltó la educacion para desarrollar aquella tosca obra de la naturaleza. Meditando sin cesar empresas grandiosas, los obstáculos y las dificultades nunca parecian insuperables á su teson: su alma no era estraña á los nobles sentimientos, á los ímpetus de la generosidad; pero casi siempre eran comprimidos por la ambicion, por la sed de mando y por el orgullo. He aquí dos rasgos de su vida que forman singular contraste con las crueldades que le atribuye la historia.

Habiendo sabido cierto dia que uno de sus oficiales, que no estaba rico, habia perdido el caballo, ocultó bajo su ropa un tejo de oro de diez libras, con ánimo de regalársele para que comprase otro caballo, y se dirigió á un juego de pelota, donde solia concurrir aquel oficial. Cuando llegó no estaba allí y entonces resolvió esperar que viniese. Invitado por algunos amigos á entrar en la partida, aceptó la invitacion; pero queriendo que se ignorase el motivo que allí le traia, no se quitó la ropa y permaneció tres horas largas cargado con un peso tan incómodo, sobre todo para un jugador. Al fin se presentó el oficial, y Pizarro llamándole aparte, le entregó el tejo de oro, diciéndole que de buena gana le hubiera dado tres veces mas, con tal que hubiera venido cuanto antes á quitarle aquel incómodo peso durante el juego. En general se ha observado que se complacia en ocultar sus beneficios y la discrecion de su generosidad, siempre acompañada de delicadeza, revela el instinto natural de un noble corazon.

Al pasar un rio en una de sus espediciones, cayó al agua uno de sus criados indios, que le tenia dadas repetidas pruebas de cariño y lealtad. Aquel infeliz arrebatado por la rápida corriente iba á perecer, cuando Pizarro, visto el peligro que corria, se arroja á nado, ase al indio por los cabellos y consigue sacarle á la orilla. Sus amigos,

que habian temblado por su vida, viéndole esponerse á una muerte casi segura por salvar á un miserable indio, no pudieron menos de reconvenirle. «Bien se conoce, contestó él, que no sabeis cuanto vale un buen criado.» Palabras admirables, que nunca estaria demas repetir á la opulencia egoista é ingrata que cree pagar con algunas monedas la lealtad de un buen servidor.

Pizarro era estremadamente sencillo en su modo de vestir: llevaba diariamente una ropa negra que le bajaba hasta los tobillos, zapatos blancos y sombrero gris. Algunas veces, por complacer á sus amigos, que temian que la demasiada sencillez del trage perjudicase á la autoridad del gobernador, se ponia un vestido de etiqueta guarnecido de martas, que era regalo de su amigo Hernan Cortés; pero asi que volvia de la iglesia se le quitaba y se quedaba vestido á la ligera, con un pañuelo al rededor del cuello para enjugarse el sudor de su frente y de su rostro. En tiempo de paz, pasaba todos sus momentos de ócio en jugar á los bolos y á la pelota, juegos á que tenia grande aficion Jugaba con el primero que llegase, sin reparar en su estado y condicion: afable hasta la familiaridad, miraba á todos los jugadores como iguales suyos, y exigia que durante la partida no mirasen en él al gobernador del Perú. Asi es que no permitia que le alcanzasen la bola ó la pelota, ni que le evitasen ninguna de las fatigas y molestias del juego.

Daba á sus compañeros el ejemplo de una adhesion y escrupulosa fidelidad al emperador. Cuando se apartaba en cada presa el quinto de la corona, solia levantarse de su asiento para recoger las partículas de oro que se caian de la balanza y las añadia á la parte correspondiente al emperador. Como algunos circunstantes se sonriyesen al verle ejecutar esta accion: «Sino tuviera manos, les dijo, recogeria estos pedacitos con mi boca.» Esta escrupulosidad la miraba él como uno de sus principales deberes.

Repetidas veces se ha preguntado, cuáles eran las ventajas del descubrimiento del Nuevo Mundo. Ha contribuido, es preciso confe-

sario, á los progresos de diversos conocimientos, como la navegacion, la geografía, la astronomía, la medicina y la historia natural; pero la humanidad justamente indignada con los crímenes que manchan la historia de los conquistadores ¿no tiene derecho á decir que estas ventajas han costado demasiado caras?

En cuanto á la España se ha observado que su decadencia data precisamente de la época en que los tesoros de América parece que debieran enriquecerla (1) y haber asegurado su preponderancia sobre las demas naciones. El oro de Méjico y del Perú no pudieron evitar el que Felipe II hiciese bancarrota. «A la España, segun ha dicho exactamente Montesquieu, le ha sucedido lo que á aquel rey insensato, que pidió á los dioses se convirtiera en oro cuanto tocasen sus manos, y que despues tuvo que acudir á ellos para pedirles pusiesen término á su miseria.»

(1) Es indudable que la decadencia de nuestro pais data desde que se trajo á él con tanta abundancia el oro de las Américas. Estos raudales de oro no paraban en España, ni se empleaban en beneficio del pais, sino que iban á desaguar al estrangero de quien nos haciamos tributarios. Los españoles abandonaban las riquezas naturales y positivas, por las facticias que proporcionaba el oro de América, sirviéndose de él, no para fomentar su industria, sino para comprar los productos de las de otras naciones. España es tal vez el único pais que puede subsistir con los productos de su fecundo suelo, y sin embargo, ha tenido que recurrir á otras naciones hasta para la adquisicion de las cosas mas frívolas. Esta es la causa por la que mientras empobrecimos nosotros, se enriquecieron los estrangeros con el oro que tantos peligros nos costaba adquirir: causa á la verdad mas que suficiente para que no nos echasen en cara nuestra decadencia.

(*Nota del traductor.*)

APÉNDICE.

DIVISION ACTUAL

DE AMÉRICA.

La situacion actual de América es muy diversa de lo que fué terminada la conquista. Sangrientas revoluciones han agitado á este pais: las divisiones que en el trazaron los primitivos conquistadores ya no subsisten, y los nombres antiguos castellanos no significan lo que en otro tiempo significaron. Al segregarse aquellos pueblos del dominio español, han formado diferentes estados y repúblicas, á la manera con que del desmembramiento del imperio romano se formaron las monarquias modernas. Para el complemento de esta obra era por tanto indispensable, despues de haber trazado el cuadro de la conquista, referir la situacion á que han venido á parar los paises conquistados.

Con este objeto y con el de aproximar mas los sucesos referidos en esta obra á la época en que se publica, describiremos la estension y límites de América, ahora que ya se han completado los descubrimientos y ahora que las repetidas espediciones de los viageros han hecho que tengamos de aquel pais un conocimiento mas exacto que de Africa y Asia, sin embargo de ser conocidas desde la mas remota antiguedad. Daremos una idea de la insurreccion americana, que ha contribuido á separar aquellos pueblos de la metrópoli, indicando cuales sean los estados y repúblicas que esta misma separacion ha hecho formar.

La cuarta parte del mundo á la que se ha dado el nombre de América, se halla situada en el emisferio occidental de nuestro globo y se compone de dos continentes reunidos entre sí por el istmo de Panamá. Estos dos continentes forman dos penínsulas, que se llaman, segun su posicion, América Septentrional y América Meridional. El istmo de Panamá está formado por una cordillera de elevadas montañas, que semejantes á una inmensa barrera, se elevan en medio del Occeano para separar los dos mares, el Atlántico y el del Sud. En medio del anchuroso golfo formado por las costas de las dos grandes penínsulas de América, se hallan las islas que constituyen el archipiélago de las Antillas; las que aun conservan el nombre de Indias Occidentales con que los españoles designaron primeramente á todos los paises de América. La península Septentrional se pierde entre los hielos á los ochenta grados de latitud Norte; la península Meridional termina en los cincuenta y cuatro grados de latitud Sud, donde está separada de la Tierra de Fuego por el estrecho de Magallanes. El cabo de Hornos forma la estremidad meridional de la Tierra de Fuego. Al Oeste, el cabo del príncipe de Gales, en la estremidad de la península de Alaschka, á los doscientos nueve grados de longitud, y el cabo brasileño de San Roque, al Este, á los trescientos cuarenta y un grados de longitud, forman sus dos límites occidental y oriental. Bajo el nombre de América del Norte se designa toda la region comprendida entre el mar glacial y el istmo de Panamá, y con el nombre de Groenladia, los paises situados entre la parte Noroeste de la bahia de Baffin, el estremo de Lancachter, el Spitzberg, y la tierra de Baffin.

AMÉRICA ESPAÑOLA.

De tan vastos paises poseian los españoles una estension de trescientas noventa y dos mil, setecientas ochenta y seis leguas cuadradas, desde que fueron incorporados á la monarquia en 1519 y en la época de Cárlos I. La poblacion se calculaba en diez y siete millones de habitantes entre españoles, criollos, indios, mulatos y negros, cada cual con sus diferentes derechos. Hasta el año de 1810 en que comenzó la insurreccion, el poder legislativo residia en el rey de España, ejerciéndole por medio del consejo de Indias establecido en Madrid, y el poder ejecutivo estaba confiado á cuatro vireyes y cinco capitanes generales independientes unos de otros. De los nueve gobiernos generales en que antes

de la revolucion estaban divididas las colonias españolas, dos pertenecen á la América del Norte, y son Nueva España y Guatemala.

Nueva España.

Este gobierno que con todo el Nuevo Méjico y parte del antiguo comprendia tambien la California, era el mas considerable de todos. Su estension era de setenta mil leguas cuadradas, con siete millones quinientos cincuenta mil habitantes. Habia hasta quinientas minas en treinta y seis distritos situados en las montañas.

Guatemala.

Esta capitania, situada bajo los trópicos y en medio de la cual se halla el lago de Nicaragua (de 740 leguas cuadradas) confina por el istmo de Panamá con la América Meridional. En una superficie de veinte y cinco mil ochocientas treinta leguas cuadradas, cuenta millon y medio de habitantes. Su importancia consiste ademas de las minas en la pesca de perlas que se hace en el istmo de Panamá.

La Habana.

Esta capitania comprendia Cuba, las Antillas y las Floridas, antes que fuesen cedidas á los Estados-Unidos en 1820. Seis mil ochocientas setenta y cinco leguas cuadradas con seiscientos noventa y dos mil habitantes.

Puerto-Rico.

Este gobierno se componia de la isla de Puerto-Rico, de la isla de las Vírgenes y de la parte española de la isla de Santo Domingo. Tres mil trescientas sesenta leguas cuadradas con cuatrocientos treinta y nueve mil habitantes.

Nueva Granada.

Este vasto reino tan abundante en las ricas producciones de los trópicos y tambien en las de Europa, tiene ciento y ocho mil leguas cuadradas de estension, pobladas por dos millones de habitantes. Se halla dividido en diezyseis provincias, entre las cuales la de Veragua todavia perteneceála América Septentrional por la parte de Panamáy el Darien.

Caracas.

Esta capitania comprendia á Cumana, Barcelona, Venezuela ó Caracas propiamente dicha, Coro, Maracaibo, Varianas y la Guyana, con la isla de Santa Margarita. Su superficie es como de unas treinta y ocho mil setecientas cuarenta leguas cuadradas en las que se cuenta un millon de habitantes. Esta colonia no abunda en oro y plata; pero en recompensa produce el café, el tabaco, el cacao, el algodon, el añil y y otros frutos preciosos.

Perú.—Chile.

El territorio de esta capitania bañada por el mar Pacífico es uno de los mejores del universo apesar de los temblores de tierra que son en él tan frecuentes. La estrecha banda de territorio que se estiende entre el mar y los Andes no pasa de setenta leguas en su mayor anchura. El pais es abundante en minas, aguas minerales, cuadrúpedos, aves é insectos preciosos. El pais de Arauco que se estiende hasta mas allá del grado cuarenta de latitud meridional, se hallaba ocupado por pueblos tan valerosos como inteligentes.

Rio de la Plata ó Buenos-Aires.

El vireinato del Rio de la Plata comprendia las provincias de Buenos-Aires, del Paraguay y de la Plata, y era una de las comarcas mas ricas

y mas estensas del Nuevo Mundo. Se calculaba su estension en noventa y dos mil leguas cuadradas, con millon y medio de habitantes entre españoles, criollos, indios mansos é indios bravos. Entre las riquezas de este territorio se halla la célebre montaña cónica del Potosí, que con sus trescientas minas produce cada año, de quinientos á seiscientos mil marcos de plata.

El gobierno llamado de Mendoza tiene en general el mismo clima y producciones que Paraguay y Buenos-Aires.

La España poseia tambien en la América Meridional muchas islas importantes.

Las tres islas llamadas de *Juan Fernandez* porque las descubrió en 1563; se hallan á 180 leguas al Oeste de las costas de Chile.

La *isla de San Lorenzo*, enfrente del Callao de Lima.

La *isla de Puná* y la *Gorgona*, que tan importantes fueron en la conquista del Perú y están situadas en las costas de la Nueva Granada y las de *los Galápagos*, situadas al Oeste.

La *isla de Barú*, de 26 leguas de largo por 10 de ancho, la que se halla situada en las costas del Norte, no lejos de Cartagena.

Hácia la costa de Caracas, diez islas entre las que se distinguen *la Tortuga, la Salada y la Margarita*.

Las bocas del Orinoco están tambien formadas por algunas islas: la *isla de Lobos* en el desembocadero del rio de la Plata, adonde acuden los cazadores de los lobos marinos.

Por último, al Oeste del estrecho de Magallanes, el grupo de las Malouinas ó islas de Falkland, donde los españoles levantaron una fortaleza.

Los españoles estuvieron en quieta y pacífica posesion de estos dominios hasta la insurreccion general que estalló en 1810. Verdad es que ya antes de esta época se habian hecho algunas tentativas para sustraerse al dominio español; pero todas se malograron. Ya en el año de 1750, un sugeto llamado Leon y natural de Canarias, urdió una conspiracion en Caracas y pagó con su cabeza su temeridad. En 1780 estalló una conjuracion en el Perú; el pueblo proclamó un Inca llamado Tupac-Amarú, y hasta pasados tres años no se pudo sofocar este movimiento popular. Otra conspiracion se descubrió en Caracas por el año de 1797, siendo perseguidos, á causa de ella, muchos criollos y algunos españoles.

En 26 de junio de 1797 fué cuando el gobernador de la Trinidad publicó, en nombre del ministro inglés Dundas, un manifiesto en que incitaba á los americanos á rebelarse contra la España. Los animaba á conquistar la libertad de comercio y les prometia socorros de toda clase, en nombre de su magestad Británica, cuyo mas ardiente deseo, dice aquel

documento, era fundar y consolidar la independencia del pueblo americano. La Inglaterra ha sido fiel á esta promesa, enviando poco despues dos espediciones destinadas á sublevar la América del Sud: una á las órdenes de Miranda, llegó á Venezuela en 1806, y la otra hizo una tentativa contra Buenos-Aires en 1807; pero ambas á dos no consiguieron el resultado que esperaban.

Todas estas tentativas fomentaban el espíritu de insurreccion en los americanos, mientras que los escritos de los estrangeros, debilitando la fuerza moral de la España, indisponian contra ella á los pueblos del Nuevo Mundo y preparaban el momento de la insurreccion. Apesar de todo los indios, los verdaderos americanos como descendientes y originarios del pais, no han sido los primeros á levantar el estandarte de la rebelion: esta ha sido obra de los mismos descendientes de los españoles y de los que en la emancipacion de América encontraban una ocasion y un pretesto de satisfacer su venganza y su codicia.

La invasion de la península española por las tropas francesas y la guerra en que tan noblemente se empeñaron los españoles contra el hasta entonces invencible Napoleon, fué la coyuntura mas favorable para el establecimiento de la independencia americana. Entonces, no solo no habia que temer la llegada de tropas de España que pudieran sofocar el movimiento de insurreccion, sino que parecia imposible el que la península pudiera resistir á los ejércitos de Napoleon y dejase de caer bajo su dominio. Estableciéronse primeramente las juntas de Caracas, Méjico y Montevideo, y aunque gobernaban en nombre de Fernando VII, al fin la junta de Caracas decretó un gobierno nacional é independiente, y se atribuyó el título y autoridad de junta suprema en 19 de abril de 1810. En Buenos-Aires el 25 de mayo, en Santa Fé de Bogotá el 29 de julio, y en Chile el 18 de septiembre, imitaron el ejemplo de Caracas. En Méjico, el virey, sostenido por la aristócracia, trató de contener el movimiento y mantener la autoridad española, pero su resistencia aumentó la rebelion que estalló cerca de Guanaxuato en septiembre de 1810. La mediacion de la Inglaterra lejos de pacificar contribuyó á fomentar estos desórdenes, en términos que cuando, acabada la guerra de la independencia volvió Fernando VII al pleno ejercicio de su soberanía, Caracas y Buenos-Aires ya no le reconocieron.

Entonces se envió al Nuevo Mundo una espedicion de diez mil hombres mandada por el general Morillo, para que la suerte de las batallas decidiese del porvenir de América. Mas de diez años de incertidumbre se pasaron en este segundo periodo de la independencia americana, siendo vário el éxito de la guerra, y concediendo Fernando VII, aunque inutilmente, una amnistía general á la provincia de Caracas. Tampoco

consiguió nada en las negociaciones entabladas con Chile y la Plata en 1820, y en el momento en que eran desechadas sus proposiciones, Bolivar, vencedor en el Orinoco, obligaba á Morillo á que reconociese la república de Colombia en el mismo hecho de firmar con los representantes de ella un armisticio de seis meses. La autoridad española se habia conservado por mas tiempo en el Perú: ya estaban en completa insurreccion Buenos-Aires y Chile, cuando en 1820 el general San Martin, natural de Buenos-Aires, sostenido por una flotilla de Chile, mandada por el inglés Cochrane, llegó al Perú á la cabeza de cinco mil hombres. Vencedor en algunos encuentros, entró al fin en Lima en 12 de julio de 1821. Cuando estos sucesos se supieron en España, asi como los actos que declaraban la definitiva independencia de Méjico, se trató de seguir diferente marcha política, decretando la independencia de las provincias españolas de los dos continentes de América, bajo la condicion de que Fernando VII habia de ser reconocido como gefe de la union hispano americana. Pero el pueblo americano una vez lanzado ya no podia sujetarse á condiciones, y continuó la lucha que fué valientemente sostenida por parte de la España, á pesar de que todos sus esfuerzos eran desgraciados, como lo fueron tambien las espediciones enviadas á las costas de Colombia y Méjico en 1827.

Los diversos estados que se han formado de las colonias españolas, han sido reconocidos por los Estados Unidos del Norte de América, y despues por la Inglaterra y por la Francia. Se han firmado tratados de comercio por los respectivos embajadores, y su existencia política se halla fuera de toda contestacion. Hasta la España se halla decidida á reconocer la independencia americana, por la influencia que este acto tendria en el porvenir del Nuevo Mundo y en el comercio del antiguo.

Hoy dia los negros de las Antillas son los que quieren independencia, estimulados con el ejemplo de la isla de Santo Domingo que conquistó la suya en 1825. Una insurreccion es casi inevitable, y aunque todos los esfuerzos tiendan á evitarla y se hayan sofocado hasta ahora todos sus amagos, la lucha es tan positiva como oculta entre los hombres blancos y los de color.

Daremos una idea de los hechos concernientes á cada uno de los nuevos estados de América, despues de presentar la division general que su establecimiento ha hecho necesaria en el continente americano.

DIVISION GENERAL.

América septentrional.

1.° *La América inglesa* comprende el alto y bajo Canadá, el Nuevo Brunswick, la nueva Escocia, las islas del príncipe Eduardo, el cabo Breton, Terra-nova y la tierra de Labrador, las islas Bermudas y la Nueva Gales.

2.° *La América rusa,* que se compone de la lengua de tierra que forma la península de Alaschka.

3.° *Las tierras de las costas*, conocidas con los nombres de Nueva Georgia, California, Nuevo Hannover y New Cornwallis.

4.° *La confederacion de los Estados Unidos*, que consta de veinte y cuatro estados, seis territorios y muchos distritos. Los territorios no son admitidos en la union hasta que acreditan tener una poblacion de sesenta mil habitantes.

5.° *La república de Méjico*, que se compone de diez y nueve estados independientes. De estos estados hay algunos que son las mismas intendencias antiguas españolas, y otros nuevamente constituidos ó que han recobrado sus antiguos nombres indios.

6.° *La república de Guatemala*, ó la confederacion de la América central, que se compone de cinco estados, á saber, el de Guatemala, el de San Salvador, el de Nicaragua, el de Costa Rica, y el de Honduras.

Estas dos últimas repúblicas y las islas occidentales, se comprenden tambien bajo el nombre de América central.

América meridional.

1.° *El imperio del Brasil* que en 1815 fué dividido en diez provincias ó gobiernos; pero que en el acto constitutivo de 1823, quedó dividi-

do en diez y nueve provincias, porque se formaron dos de algunas de las antiguas.

2.° *La Guyana*, que se divide en francesa, inglesa y holandesa.

3.° *La república de Colombia* que en 1831 quedó dividida en tres repúblicas independientes, unidas tan solo por intereses políticos comunes. Estas tres repúblicas son *Nueva Granada*, que se divide en cinco departamentos, *Venezuela*, que se divide en cuatro y la *República del Ecuador* ó de Quito, que se divide en tres departamentos y ocupa la parte Sud-oeste de la Colombia.

4.° *La república del Perú* dividida en siete departamentos, que son: Lima, Puno, Arequipa, Cuzco, Ayacucho, Junin y Trujillo. Estos departamentos, sin comprender las regiones habitadas por los indios libres, están divididos en provincias y las provincias en cantones.

5.° *La república de Chile*, que comprende ocho departamentos que son: Santiago, Aconcagua, Coquimbo, Colchagua, Maula, Concepcion, Valdivia y Chiloe.

6.° *La república de Bolivia* dividida en seis departamentos, que son: Chuquisaca, Potosí, Oruro, La Paz, Cochamba y Santa Cruz de la Sierra.

7.° *El Paraguay*, bajo el dominio de un dictador absoluto.

8.° *La república oriental del Uruguay*, llamada tambien Banda Oriental, cuya capital es Montevideo.

9.° *La confederacion del rio de la Plata* ó república Argentina. Consta de catorce estados ó provincias cuyos límites no son aun bien conocidos. Los diputados de estas provincias se reunen en Buenos-Aires, capital de la república, en la orilla occcidental del rio de la Plata.

10. *La Patagonia* ó pais de Magallanes, que es la triste, árida y poco conocida comarca que forma la punta meridional de América.

Islas.

Mas allá de la estremidad meridional de América se halla un grande archipiélago de islas, que se llaman *la Tierra del Fuego*. Las *islas Maleuinas* ó archipiélago de Falkland, están como á unas cien leguas de la costa oriental de Patagonia. Hay tambien por aquellos mares muchas islas é islotes inhabitados, casi sin vegetacion, cubiertos de nieve y solo frecuentados para la caza de animales marinos. Inútilles han sido las tentativas hechas por los europeos para establecerse en tan áridos climas

asi como la colonia que trataron de formar los españoles en el estrecho de Magallanes en el año de 1581.

Las ricas, fértiles y habitadas islas de América, son las que están situadas en el Occeano Atlántico, entre la Florida y el desembocadero del Orinoco. Forman un grande archipiélago, dividido en tres grupos, que son: el de las islas de Bahama ó Lucayas, el de las grandes Antillas y el de las pequeñas Antillas.

Las islas de Bahama ó Lucayas forman un grupo muy numeroso en la direccion del Noro-este al Sud-este, y en una de ellas llamada *Guanahani*, fué donde Colon desembarcó. La Inglaterra posée las que están habitadas.

Las grandes Antillas son: *Cuba* y *Puerto Rico*, colonias españolas; la *Jamaica* la posesion mas importante de los ingleses en América, y la *isla de Santo Domingo*, emancipada con el nombre de república de Haiti.

Las pequeñas Antillas en las que se hallan establecidas colonias de diversas naciones. Las principales de estas islas son: *La Guadalupe, la Dominica, la Martinica, Santa Lucía, la Trinidad, la Barbada, Tabago, la Granada, San Vicente, Santa Lucía, la Antigua, San Cristóbal, etc.*

Vamos á dar ahora, segun nuestro propósito, una idea de las vicisitudes políticas de estos estados hasta quedar definitivamente constituidos, y muy particularmente de los que han resultado de la insurreccion de las colonias españolas.

En la América Septentrional, desde que el Canadá fué cedido por la Francia á la Inglaterra en 1763, poseen los ingleses inmensos paises conocidos con el nombre de Nueva Bretaña. El gobernador del bajo Canadá estiende su administracion á todos los paises del interior y del Norte, y bajo el aspecto militar es el gefe de todas las posesiones inglesas de la América Septentrional. Le asiste ademas un consejo legislativo nombrado por el rey de la Gran Bretaña, y los diputados del pueblo forman una asamblea legislativa, semejante en un todo á la del parlamento inglés. El distrito que los rusos poseen en la costa Noroeste de América se halla á cargo de un gobernador que reside en el pueblo de Alejandria ó San Pablo. Estas comarcas son esplotadas por la compañia ruso-americana para el comercio de pieles.

Poseian tambien los ingleses los dilatados territorios que hoy pertenecen á los Estados Unidos. Walter Raleigh, en nombre de la reina Isabel ya reconoció aquellas incultas campiñas en 1584, y sucesivamente fué la Gran Bretaña haciéndose dueña de casi toda la América Septentrional. El descontento de los colonos, escitado por algunas providencias arbitrarias, estalló al fin en Boston en 1774, con motivo de un impuesto

sobre el té. Las medidas rigorosas del gobierno inglés escitaron tanta irritacion, que el 5 de setiembre de 1773, los trece estados resolvieron en el congreso de Filadelfia romper todas las relaciones con la metrópoli. Disuelto violentamente el congreso de Massachussetts el 19 de abril de 1775, corrió la sangre por la primera vez y empezó la guerra entre las colonias y la Inglaterra. Inútiles fueron todos los esfuerzos de esta potencia para recobrar su supremacia ; las trece provincias unidas proclamaron solemnemente su independencia el 4 de julio de 1776, y el 16 de octubre del año siguiente un cuerpo de seis mil ingleses tuvo que rendirse á Washington. La Inglaterra despues de otras pérdidas tuvo que reconocer la independencia de los Estados Unidos el 30 de noviembre de 1782. La paz de Paris (1783) terminó definitivamente esta gran cuestion y asignó á los Estados Unidos su puesto entre las demas naciones. La nueva constitucion propuesta en 1787 y adoptada en 1789 ha hecho avanzar con paso rápido á estos estados hasta el grado de prosperidad que hoy dia gozan.

República de Méjico.

Todo su territorio era gobernado antiguamente por los vireyes españoles hasta el año de 1810 que empezaron los disturbios, que fueron al pronto reprimidos ; pero en 1821 fué tan general la insurreccion que el mismo virey tuvo que reconocer la independencia de Méjico. Poco despues el general Itúrbide tomó posesion del trono imperial, y no pudo sostenerse en el poder supremo mas que hasta el año de 1823: época en que tuvo que emigrar y refugiarse á Italia. En 1824 intentó de nuevo apoderarse del trono; pero habiendo sido descubierto á poco de desembarcar, fué preso y fusilado. Desde entonces Méjico adoptó una forma de gobierno semejante á la de los Estados Unidos de la América Septentrional; pero las guerras civiles no han permitido á esta república aprovechar todas las ventajas de su independencia y de su posicion.

Guatemala.

El congreso de la union de Guatemala, cuyo origen data desde el 5 de marzo de 1825, ha compuesto el gobierno de la república de un senado de doce individuos y una cámara de representantes, en la que toman asiento cuarenta y dos diputados. El poder ejecutivo está confiado á un

presidente elegido por tres años y este nombra tres ministros de su satisfaccion. La guerra civil y las causas de desunion se han sostenido casi constantemente en esta república desde el año de 1827.

Brasil.

El Brasil permaneció sujeto al Portugal hasta el año de 1808, época en que el rey Juan VI, huyendo de los franceses, fué con su familia y muchos portugueses á refugiarse en este pais. El rey hizo algunas mejoras en la administracion y permaneció allí hasta 1821, época en que volvió á Europa dejando á su primogénito don Pedro como regente del Brasil. Habian tenido en él bastante influencia las insurrecciones de las colonias españolas, asi es que habiendo tratado las córtes portuguesas de volver el pais á su antigua dependencia colonial y de llamar al príncipe, la opinion pública se pronunció contra estas disposiciones, y los habitantes de San Pablo anunciaron que se proclamarian independientes en el momento en que el príncipe saliese del Brasil. El príncipe permaneció, y la ciudad de Fernambuco dió otro paso hácia la independencia obligando á retirarse á la guarnicion portuguesa. Inútiles fueron todas las tentativas que hicieron las tropas de la metrópoli para intimidar á los habitantes: en agosto de 1822, don Pedro tuvo que convocar una asamblea general para fijar las bases de una constitucion independiente y representativa, y á principios de octubre del mismo año fué solemnemente proclamada la independencia del Brasil. En 12 de este mismo mes, don Pedro, á propuesta del senado de Rio Janeiro, fué declarado emperador hereditario, aunque el Portugal no le reconoció bajo este título hasta 1825. El espíritu de partido que reinaba en el Brasil habia suscitado tan graves disensiones en la asamblea legislativa, que el emperador tuvo que disolverla en 12 de noviembre de 1823 y el 11 de diciembre del mismo año se publicó la carta ó constitucion de don Pedro; pero ni aun esta pudo aquietar los ánimos. El 7 de abril de 1831, el emperador tuvo que abdicar en favor de su hijo, niño de seis años, y embarcarse para Europa. La regencia empezó á gobernar en nombre de don Pedro II; pero el Brasil espera todavia calma y seguridad para gozar todas las ventajas de su independencia

Colombia.

El primer movimiento revolucionario de Colombia fué á favor de Fernando VII y en contra de los emisarios del gobierno francés en 1808. Poco despues, penetrados los americanos de su fuerza y de su situacion, rehusaron obedecer las órdenes del rey intruso y las de las córtes españolas. Los movimientos de Caracas y Bogotá en 1810, favorecidos por los ingleses, revelaron la intencion de sustraerse al dominio europeo. Las tropas enviadas de España en 1814, encontraron en todas partes la mas desesperada resistencia, sufriendo ademas los rigores de un clima á que no estaban acostumbradas. Bolivar, natural de Caracas, pero educado en España, empleó su caudal y su talento en favor de la emancipacion, y combatiendo desde 1812 contra los mejores generales españoles, redujo al fin á Morillo á suscribir á la tregua de 1820. Poco despues los españoles diezmados cruelmente por las enfermedades y los combates, tuvieron que abandonar el territorio de la república. El gobierno central fundado por Bolivar, que habia sido nombrado dictador, y poco despues obtuvo el título de libertador, disgustó á muchas provincias que pedian se formase una república federal como la de los Estados Unidos de la América Septentrional. Habiéndose separado la provincia de Venezuela en 1829, Bolivar que habia sido nombrado presidente perpétuo, hizo dimision en 1830 y murió pocos meses despues. El año siguiente la república de Colombia se dividió en las otras tres que ya hemos mencionado en la division general.

Perú.

La autoridad española se sostuvo mas tiempo en el Perú, que en otras provincias españolas. Buenos-Aires y Chile ya estaban en completa rebelion, cuando en 1820, el general San Martin pasó á fomentar y proteger la del Perú, entrando en Lima en julio de 1821. Desde entonces quedó proclamada la independencia del Perú, y á el año siguiente se reunió un congreso ante el cual el general San Martin, á pesar de todas las instancias, hizo dimision de su autoridad para retirarse á su patria. En 1823 los generales españoles, Canterac y Laserna, consiguieron de nuevo apoderarse de Lima, y la causa de los insurgentes parecia per-

dida con el triunfo de las tropas reales, cuando el libertador de la Colombia, Bolivar, vino á socorrerlos. La lucha permaneció indecisa por mucho tiempo, hasta que el 9 de diciembre de 1824, el general Sucre, teniente de Bolivar, derrotó completamente en Ayacucho á las tropas españolas obligándolas á rendir las armas. El 29 de enero de 1826 la guarnicion española de Callao tuvo tambien que capitular y con ella las últimas tropas de España abandonaron el continente de América. Bolivar á quien la nueva república habia concedido el título de libertador como una prueba de gratitud, habia sido nombrado dictador en 1824, pero despues renunció el poder. Hoy dia el gobierno se halla confiado á un congreso á cuya cabeza está un presidente encargado del poder ejecutivo.

Chile.

El 10 de setiembre de 1810 fué cuando Chile empezó á luchar contra la España, y hasta 1.º de enero de 1818 no ha logrado ver constituida su independencia. Al principio los españoles triunfaron de los insurgentes; pero protegidos estos por la república de Buenos Aires volvieron á la carga, y la batalla de Chacabuco, dada en 17 de febrero de 1817, aseguró la independencia de Chile. Los españoles abandonaron á Chile para retirarse al pais de Arauco, despues de las batallas de Maipo y Santa Fé. Despues de la salida de los españoles fué cuando los chileños enviaron la espedicion para protejer á los insurgentes del Perú. En 29 de julio de 1824 se abolió la nueva constitucion y se nombró una comision para que revisase la antigua de 1818. El general Freire que se habia hecho estimar por su firmeza y su desinterés, convocó un congreso nacional en setiembre de 1825 y continuó gobernando. En 1827 se adoptó una constitucion federal provisoria y Pinto fué elegido presidente, pero este mismo se puso á la cabeza del movimiento de 1829, para cambiar la constitucion. El presidente Pinto abandonó el poder y se retiró á la provincia de la Concepcion donde protestó, siendo el antiguo presidente Freire el que acudió á el llamamiento de la república, el que derrotó á los rebeldes y dió la paz á su patria. Nuevas agitaciones han alterado desde aquella época el reposo de Chile; pero mas bien que á combates se han reducido á intrigas diplomáticas.

Bolivia.

Esta república fué fundada por los generales Bolivar y Sucre despues de la destruccion del ejército español de Olañeta. La lucha que este pais ha tenido que sostener para conquistar su independencia, ha sido mas porfiada y sangrienta que la de las demas provincias. En 6 de agosto de 1825 pudieron al fin los habitantes proclamar la independencia de su pais, al que llamaron Bolivia en honor de Bolivar su libertador; y la constitucion copiada de la de Colombia, data del 25 de agosto de 1826. En 1828 los habitantes de la provincia de Chuquisaca se rebelaron, y el presidente de la república, A. J. Sucre los sometió; pero habiendo sido gravemente herido el 16 de abril, confió el poder ejecutivo en el 18 al general Perez de Urdinea, que hasta entonces habia sido ministro de la guerra. Este se preparó á resistir á los peruanos que habian enviado cuatro mil hombres á las órdenes de Gamarra contra la república de Colombia; pero tuvo que firmar en 6 de julio un tratado, en virtud del cual hizo dimision del poder en 3 de agosto, y convocó el congreso de Chuquisaca: despues salió del territorio de la república llevándose consigo las tropas de Colombia. El general Santa Cruz fué elegido presidente de al república, y el general Velasco, vice-presidente.

Paraguay.

El Paraguay, célebre por las misiones cristianas que en él se establecieron en el siglo diez y siete, fué poseido por los jesuitas hasta la estincion de su órden. Cuando á principios de este siglo estallaron las insurrecciones en todas las provincias de América, el Paraguay se declaró independiente, y sus naturales confiaron en 1809 al doctor Gaspar Francia, jurisconsulto estimado, un poder provisional que debia emplear en fundar un gobierno estable y capaz de hacer felices á sus conciudadanos. El doctor Francia transformó su poder provisional en una dictadura, pero dió á sus subordinados una constitucion patriarcal que ha hecho reinar entre ellos la paz y la abundancia, sin que les inquietasen las guerras que desde 1810 han sostenido las provincias vecinas. En este mismo año el dictador formó un consejo de cuarenta y dos individuos

elegidos por el pueblo; pero en cambio de este acto de soberanía ha exigido la mas ciega obediencia.

En 1825, Bolivar invitó al dictador á que enviase sus representantes al congreso general que debia reunirse en Panamá; pero él se negó positivamente. En efecto, habia colocado al Paraguay en una posicion que nada tenia de comun con los intereses políticos de los demas estados de América.

República Argentina ó Union de la Plata.

Un ódio violento contra los europeos animaba á los criollos de este pais desde mediados del siglo pasado. En general los habitantes de Buenos-Aires eran resueltos y belicosos, como lo hicieron ver en 1806 y 1807 cuando lanzaron á los ingleses que por sorpresa se habian apoderado de su ciudad. La insurreccion de este país empezó en 1810 y á favor de Fernando VII contra las órdenes de José y de Napoleon. El virey Liniers fué destituido por afrancesado, y Elío que le sucedió fué tambien destituido por afecto á Fernando VII, y tuvo que retirarse á Montevideo. Una junta en nombre de este monarca empezó á gobernar á favor del pueblo. Despues cuando ya estaba organizada la insurreccion, se reunió un congreso en Buenos-Aires que confió el poder ejecutivo á una regencia de tres personas; pero se creyó oportuno concentrar el poder en una sola para resistir mejor á los españoles, y Posadas fué elegido dictador supremo de la república. Elío que aun se sostenia en Montevideo, fué sitiado, y despues de una vigorosa defensa, capituló en 1814, siendo una de las condiciones que las tropas españolas habian de volver libres á España; pero á pesar de esta condicion las dejaron en Buenos Aires prisioneras de guerra. Grandes desórdenes ocurrieron en la república despues de estos sucesos, hasta qne un nuevo congreso, cuyos individuos fueron elegidos por el pueblo, se reunió en Tucuman el 25 de marzo de 1816, y Martin Puyrredon proclamado presidente de la república, consiguió restablecer el órden. El 19 de julio siguiente, la independencia definitiva y completa de la Union de la Plata fué proclamada por el congreso, declarando á Buenos-Aires como residencia del gobierno. Mucho tiempo pasó sin que las antiguas provincias del vireinato de la Plata lográran entenderse. El alto Perú se separó enteramente para formar la república de Bolivia: el Paraguay tambien se separó y la Banda Oriental, despues de la espulsion de los brasileños, formó tambien estado aparte. En el mismo Buenos-Aires, centro de la Union; ocurrieron

tanbien desórdenes considerables y sangrientas revoluciones. Al fin en un congreso general reunido el 1.º de marzo de 1822 en Buenos-Aires, en presencia de los embajadores de todos los estados americanos, allanó las dificultades que dividian á los estados de la Union federal, decretó una amnistía y por último se formó una constitucion en 23 de enero de 1825.

La república Argentina forma desde 1827 una confederacion semejante á la de los Estados Unidos de la América del Norte, y de todos los estados de la Union, Buenos-Aires es el que ha hecho mayores sacrificios por la independencia, y el que hoy dia tiene mayor importancia. La capital que es el depósito del comercio de toda la América del Sur, estiende sus relaciones mercantiles hasta la China.

República oriental del Uruguay.

Esta república militar se componia en 1820 de las provincias llamadas Banda Oriental y Entre Rios. El general Artigas que habia sido elegido protector y general de los ejércitos de estas provincias, hizo durante mucho tiempo la guerra á los portugueses del Brasil que se habian apoderado de Montevideo, pero fué vencido y tuvo que renunciar á la idea de establecer la capital de su gobierno en esta ciudad, yendo á establecerla en la Purificacion, que mejor que capital era el cuartel general de las feroces bandas que capitaneaba dicho gefe, Animado de un ardiente amor á la independencia, renunciaba á todos los goces de la vida, sacrificaba su salud y su reposo por ser el gefe de aquellos miserables pueblos en quienes reconocia el mismo deseo que á él le dominaba. Despues de una larga guerra contra Buenos-Aires, tuvo que ceder á las fuerzas de esta república y refugiarse al Paraguay. En 1828 se hallaba al frente de un vasto plantío de tabaco en las cercanías de la Ascension. Mientras que las vastas soledades que constituyen la mayor parte de este estado, permanecieron bajo el dominio español, se designaron con el nombre de Montevideo ó Banda Oriental; mientras que formaron parte del Brasil, tuvieron el nombre de provincia Cisplastina, y desde que formaron estado independiente se, titulan república oriental del Uruguay.

Ya se ha indicado que el territorio de la Florida, fué cedido por Fernando VII á los Estados Unidos del Norte por el tratado de Washington de 22 de febrero de 1819. La parte española de la isla de Santo Domingo fué declarada por el presidente Boyer como parte integrante de la república de Haiti. No queda por consiguiente á la España de sus inmensas posesiones en América, mas que las islas de Cuba y Puerto-Rico, donde los numerosos propietarios y capitalistas, auxiliados de una fuerza armada considerable, han reprimido todas las tentativas de insurreccion.

La insurreccion de América no solo ha privado á la España de inmensas posesiones territoriales, sino que ha arruinado su comercio casi enteramente escluido de los puertos americanos independientes. A la España se le ha hecho responsable hasta de los ataques y presas que hacian los corsarios de la isla Margarita y otros que infestaban el golfo de Méjico, cubiertos con el pabellon español. Las relaciones comerciales serán sin embargo las que mas contribuirán á establecer la buena inteligencia entre los paises de ambos mundos, y á que las colonias independientes sean reconocidas definitivamente por la metrópoli.

En cuanto al porvenir de esos mismos estados que se han constituido sobre los restos de nuestras antiguas colonias, nunca estará suficientemente asegurado, mientras no se lleve á efecto el plan concebido por el génio de Bolivar, de unir á todas las nuevas repúblicas con un lazo federal que las pusiese en estado de no temer los ataques de la Europa. Esto en cuanto á los enemigos esteriores, que por lo que hace á los interiores; los principales son la desunion que reina entre las diferentes clases del pueblo y las pasiones vivas y exaltadas que necesitan genios superiores que las compriman. Es un grave error creer que los diversos estados que se han constituido en la América española, puedan llegar en poco tiempo á el alto grado de prosperidad con que los Estados Unidos del Norte han sido la admiracion y la envidia de los paises

cultos de Europa. Aun entre estos mismos florecientes estados reina de poco tiempo á esta parte cierta animosidad entre los del Norte y del Mediodia. Estos últimos sufren con mucha impaciencia la abolicion de la esclavitud reclamada por los del Norte, y se quejan tambien de los derechos de entrada impuestos á la introduccion de ciertos productos estrangeros en favor de los estados del Norte, que con los progresos de su industria se hallan en el caso de bastarse á sí mismos.

Las largas y penosas comunicaciones por una parte, y por la otra la ignorancia y la apatia, son obstáculos que detendrán por mucho tiempo ó á lo menos harán escesivamente lentos los progresos de las luces y de la industria que hacen la felicidad de las naciones. Veinte años de revoluciones, de guerras civiles y desgracias de todo género, ha costado á los habitantes del Nuevo Mundo el conquistar su independencia, y tal vez en medio de las sangrientas escenas que han presenciado, y aun en medio de los goces de su ansiada libertad, habrán recordado alguna vez con gratitud la solicitud y paternal desvelo con que á su prosperidad atendieron los reyes de España.



ÍNDICE.

PAGINAS.

CAPITULO IV.

CAPITULO V.

CAPITULO VI.

CAPITULO VII.

SEGUNDA PARTE.—HERNAN CORTÉS.

CAPITULO I.

CAPITULO II.

CAPITULO III.

CAPITULO IV.

CAPITULO IV.

CAPITULO V.

BERGER

